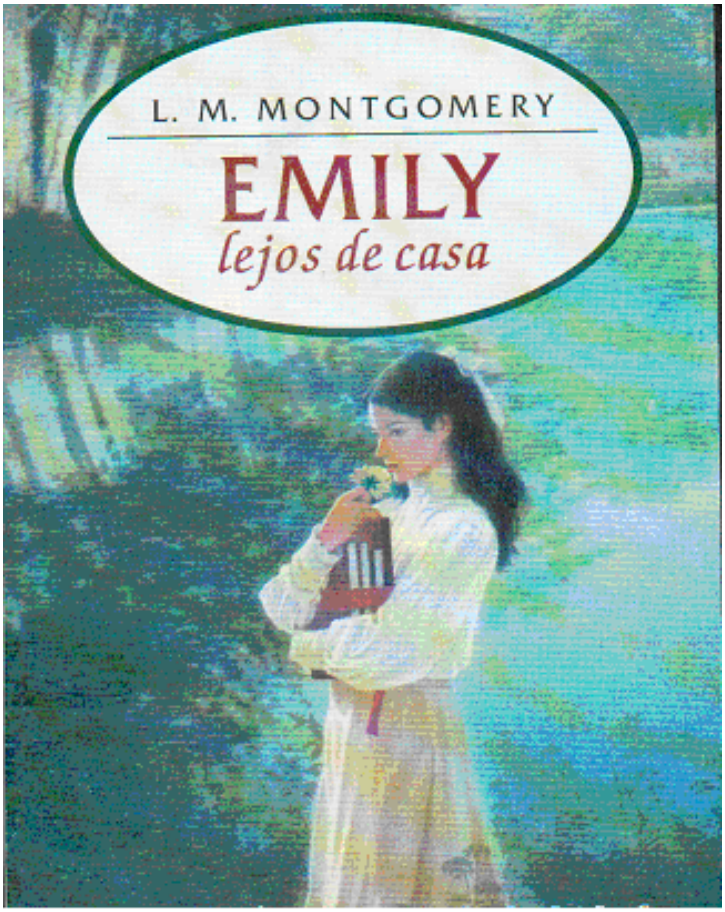
LIBROdot.com

Emily lejos de casa

L. M. Montgomery



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

ESCRIBIENDO HASTA EL AGOTAMIENTO

Emily Byrd Starr estaba sola en su habitación de la vieja casa en la granja de La Luna Nueva, en Blair Walter, una tormentosa noche de febrero en los viejos tiempos, antes de que el mundo se pusiera patas para arriba. En ese momento era tan feliz como los seres humanos pueden serlo. Teniendo en cuenta el frío de la noche, la tía Elizabeth la había autorizado a encender fuego en el pequeño hogar, favor poco frecuente. Éste ardía alegre, arrojando una luz rojo dorada sobre la pequeña habitación inmaculada, con sus muebles antiguos y sus ventanas profundas, de amplios alféizares, en cuyos cristales escarchados blanco azulados se adherían los copos de nieve, formando coronitas. El fuego daba profundidad, misterio y atracción al espejo de la pared que reflejaba a Emily sentada en la otomana frente a las llamas, escribiendo -a la luz de dos altas velas blancas que eran el único medio de iluminación permitido en La Luna Nueva- sobre un flamante cuaderno negro y brilloso que el primo Jimmy le había regalado ese mismo día. Emily se alegró mucho del regalo, porque había terminado el que le había regalado el otoño anterior y por más de una semana había sufrido la aguda angustia de la abstinencia porque no podía escribir en un "diario" no existente. Su diario se había convertido en un factor dominante de su vida joven y animada. Había tomado el lugar de ciertas "cartas" que le había escrito en la niñez a su padre, en las cuales se le había dado por escribir sus problemas y preocupaciones, pues incluso en los años mágicos de los casi catorce años uno tiene problemas y preocupaciones, en especial si está bajo la educación estricta y bien intencionada, si bien no demasiado tierna, de una tía Elizabeth Murray. A veces Emily sentía que, de no haber sido por su diario, se habría hecho añicos, a fuerza de consumir su propio fuego. El cuaderno, negro y gordo, le parecía un amigo personal y un confidente seguro para ciertos asuntos que ardían en busca de expresión y eran, no obstante, demasiado combustibles para ser confiados a los oídos de cualquier ser vivo. Ahora bien, los cuadernos de cualquier tipo eran poco frecuentes en La Luna Nueva y, de no haber sido por el primo Jimmy, Emily jamás habría tenido uno. Por cierto que la tía Elizabeth no se lo habría regalado nunca-la tía Elizabeth consideraba que Emily desperdiciaba demasiado tiempo "con esa tontería de escribir"- y la tía Laura no osaba oponerse a la tía Elizabeth en este tema, más que nada por el hecho de que la misma Laura pensaba que en realidad Emily podía encontrar una ocupación más provechosa. La tía Laura era una joya, pero algunas cosas se ocultaban a sus ojos.

Pero el primo Jimmy no le tenía nada de miedo a la tía Elizabeth y, cuando se le ocurrió que Emily probablemente necesitaba otro cuaderno, ese cuaderno se materializó de inmediato, desafiando las miradas despectivas de la tía Elizabeth. Ese mismo día, el primo Jimmy había ido a Shrewsbury, a pesar de la tormenta inminente, sin otro propósito que comprar el cuaderno. De manera que Emily estaba contenta, con su fueguito sutil y amistoso, mientras el viento rugía y se sacudía entre los árboles grandes y viejos del lado norte de La Luna Nueva, arrojaba enormes coronas espectrales de nieve que se

Librodot

arremolinaban a través del famoso jardín del primo Jimmy, se apilaba sobre el reloj de sol y silbaba tétrico entre las Tres Princesas, como llamaba Emily a los tres altos álamos de Lombardía del rincón del jardín.

"Me encantan las tormentas como ésta por la noche, cuando no tengo que salir", escribió Emily. "El primo Jimmy y yo pasamos una tarde preciosa planeando el jardín y eligiendo en el catálogo las semillas y las plantas. Justo donde ahora está cayendo la nieve más espesa, detrás de la casa de verano, vamos a plantar un cantero con ásteres rosados y a los Dorados, que sueñan bajo más de un metro de nieve, vamos a darles un fondo de almendros en flor. Adoro planear los días de verano así, en medio de una tormenta. Me hace sentir como si le estuviera ganando una victoria a algo tanto más grande que yo misma, sólo porque yo tengo cerebro y la tormenta no es más que una fuerza ciega y blanca, terrible, pero ciega. Tengo la misma sensación cuando me siento aquí, calentita, junto al fuego, y siento la tormenta que ruge a mi alrededor, y me *río* de ella. Y eso es porque hace más de cien años el tatara-tatarabuelo Murray construyó esta casa y la construyó bien. Me pregunto si dentro de cien años alguien ganará alguna victoria sobre alguna cosa por algo que yo dejé o hice. Es un *pensamiento inspirador.*

"Subrayé lo anterior sin pensar. El señor Carpenter dice que subrayo mucho. Dice que es una obsesión de la primera época victoriana y que debo procurar abandonarla. Llegué a la conclusión de que lo haría cuando busqué en el diccionario y me di cuenta de que, evidentemente, no es lindo estar obsesionado, aunque no me pareció tan espantoso como estar *poseído.* Lo hice otra vez; pero creo que esta vez está bien.

"Leí el diccionario una hora entera, hasta que la tía Elizabeth sospechó y me sugirió que sería mucho mejor que me pusiera a tejer medias de lana. No sabía con exactitud por qué estaba mal que me concentrara en el diccionario pero estaba segura de que tenía que haber algo raro porque *a ella* nunca se le ocurre. Yo *adoro* leer el diccionario. (Sí, ese subrayado es *necesario,* señor Carpenter. ¡Un `adoro' común y corriente no bastaría para expresar mis sentimientos!) Las palabras son algo tan fascinante. (Ahora me frené en la primera sílaba). El sonido mismo de algunas, `embrujado', `místico', por ejemplo, me da *el resplandor (¡Ay,* ay! Pero *tengo* que subrayar *el destello.* No es una cosa común y corriente, es lo más maravilloso y extraordinario en mi vida. Cuando me viene, siento como si se hubiera abierto una puerta en una pared frente a mí y me hubiera permitido vislumbrar... sí, *el cielo* ¡Más subrayado! ¡Ah, cómo entiendo por qué rezonga el señor Carpenter! *Tengo* que dejar esa costumbre.)

"Las palabras largas nunca son hermosas: `inimputable, `estrepitoso', `internacional', `inconstitucional'. Me hacen pensar en esos espantosos crisantemos y dalias inmensos que el primo Jimmy me llevó a ver en la exposición de Charlottetown el otoño pasado. No les veíamos nada lindo, aunque algunas personas pensaban que eran maravillosas. Los pequeños crisantemos del primo Jimmy, que son como estrellas pálidas y claras que brillan contra el bosque de abetos en el rincón del noroeste del jardín, eran diez veces más hermosas. Pero me desvío de mi tema, otra mala costumbre mía, según el señor Carpenter. Él dice que *tengo* (¡esta vez el subrayado es suyo!) que aprender a concentrarme, otra palabra larga, y bastante espantosa.

"Pero lo pasé muy bien con ese diccionario, mucho mejor que tejiendo medias. Ojalá pudiera tener un par, sólo un par, de medias de seda. Ilse tiene tres. El padre le da todo lo que ella quiere, ahora que aprendió a quererla. Pero la tía Elizabeth dice que las medias de seda son *inmorales.* Me pregunto por qué, si no lo son, por ejemplo, los vestidos de seda.

"Hablando de vestidos de seda, la tía Janey Milburn, de Derry Pond -en realidad no es pariente, pero todo el mundo la llama tía- hizo una promesa de no usar ningún vestido de seda hasta que todo el mundo pagano se convierta al cristianismo. Eso está muy bien. A

mí me *encantaría* ser tan buena, pero no podría: me gusta demasiado la seda. Es tan corpórea y lustrosa. A mí me gustaría vestirme todo el tiempo de seda, y si pudiera lo haría, aunque supongo que cada vez que pensara en la querida tía Janey y los paganos no convertidos me remordería la conciencia. De todas maneras, van a pasar años antes de que pueda, si es que algún día puedo, comprarme *un* vestido de seda, y mientras tanto todos los meses dono a las misiones parte del dinero que gano con los huevos que vendo. (Ya tengo cinco gallinas, todas descendientes de la gallinita gris que me regaló Perry cuando cumplí doce años). Si alguna vez puedo comprarme ese vestido de seda ya se cómo será. Ni negro ni marrón ni azul marino, que son colores sensatos y discretos, de los que han usado siempre las Murray de La Luna Nueva, ¡ay, no! Va a ser de seda tornasolada, azul bajo una luz, plateado bajo otra, como un cielo de crepúsculo visto a través de los vidrios escarchados de la ventana, con algo de encaje delicadísimo aquí y allá, como esas plumitas de nieve que se adhieren a mi ventana. Teddy dice que me va a pintar con ese vestido y le va a poner "La doncella de hielo" a la pintura y la tía Laura sonríe y dice, suave y condescendiente, con un tonito que odio, aunque sea en la tía Laura:

" ¿De qué te serviría un vestido así, Emily?" Puede que no me sirva de nada, pero con él me sentiría como si fuera parte de mí, que ha crecido conmigo y no simplemente que me lo compré y me lo puse. Quiero un vestido así alguna vez en la vida. Y una enagua de seda debajo. ¡Y medias de seda!

"Ahora Ilse tiene un vestido de seda, de un rosado fuerte. La tía Elizabeth dice que el doctor Burnley viste a Ilse con ropa demasiado cara y que no es para su edad. Pero él quiere compensar todos los años durante los cuales no le compraba ropa. (No quiero decir que anduviera desnuda, pero, de haber sido por él, poco habría faltado. Eran otras personas las que se ocupaban de la ropa de Ilse.) Ahora él hace todo lo que ella quiere que haga, y le da los gustos en todo. La tía Elizabeth dice que eso es malo para ella, pero hay momentos en que la envidio un poquito. Sé que está mal, pero no pudo evitarlo.

"El doctor Burnley va a mandar a Ilse al Colegio de Shrewsbury el próximo otoño, y después a Montreal a estudiar declamación. Por eso es que la envidio, no por el vestido de seda. Cómo me gustaría que la tía Elizabeth me dejara ir a Shrewsbury, pero me temo que no va a permitirlo jamás. Cree que no puede confiar en que me aparte de su vista, porque mi madre se escapó de la casa. para casarse. Pero no tendría que temer que yo me escape para casarme. Ya he decidido que no voy a casarme nunca. Estaré casada con mi arte.

"Teddy quiere ir a Shrewsbury el otoño próximo, pero la madre tampoco quiere dejarlo ir. No porque tenga miedo de que se escape para casarse, sino porque lo quiere tanto que no puede separarse de él. Teddy quiere ser pintor y el señor Carpenter dice que tiene talento y que tendría que tener una oportunidad, pero nadie se anima a decírselo a la señora Kent. Es una mujer muy pequeña, en realidad, no es más alta que yo, callada y tímida, y sin embargo todo el mundo le tiene miedo. Yo le tengo miedo, y mucho. Siempre supe que a mí no me quiere, desde aquella época, hace mucho, cuando Ilse y yo comenzamos a ir a Tansy Patch a jugar con Teddy. Pero ahora me odia, estoy segura, sólo porque Teddy me quiere. Ella no soporta que él quiera a nadie ni a nada que no sea ella. Tiene celos hasta de los dibujos de él. Por eso no hay muchas posibilidades de que Teddy pueda ir a Shrewsbury. Perry sí va. No tiene un centavo, pero va a trabajar para mantenerse. Por eso decidió ir a Shrewsbury y no a la Queen's Academy. Cree que será más fácil conseguir trabajo en Shrewsbury, donde además vivir es más barato.

"La vieja bruja de mi tía Tom tiene un poco de dinero', me dijo, 'pero no quiere darme ni un centavo a menos... a menos...'

"Entonces me miró *significativamente.*

"Yo me ruboricé porque no pude evitarlo y me puse furiosa: conmigo misma por haberme ruborizado y con Perry porque estaba haciendo referencia a algo de lo que yo no quería ni oír hablar, de aquella vez, hace tantísimo tiempo, cuando su tía Tom me encontró en el bosque de John el Altivo y casi me mató del susto exigiéndome que le prometiera que *me casaría con Perry cuando fuéramos grandes,* en cuyo caso ella le pagaría una educación. Yo nunca se lo conté a nadie, porque me daba vergüenza, salvo a llse, y ella dijo:

"¡Cómo se le puede ocurrir a la tía Tom aspirar a una Murray para Perry!'.

"Claro que Ilse es muy severa con Perry y se pelea con él muy seguido por cosas por las cuales yo sólo me sonrío. A Perry no le gusta que nadie lo supere en nada. Cuando estábamos en la fiesta de Amy Moore, la semana pasada, el tío de ella nos contó una historia de un ternero defectuoso que había visto, con tres patas, y Perry dijo:

"`Ah, eso no es nada comparado con un pato que yo vi una vez en Noruega'.

"(Es cierto que Perry estuvo en Noruega. Cuando era pequeño navegó por todos lados con su padre. Pero yo no creo ni una palabra sobre eso del pato. No estaba *mintiendo,* sólo *fantaseando.* Querido señor Carpenter, no puedo vivir sin subrayar).

"El pato de Perry tenía cuatro patas, según él, dos donde deben estar las patas de un pato que se precie de tal y dos que le salían de atrás. ¡Y cuando se cansaba de caminar sobre el par común se dejaba caer para atrás y caminaba con el otro par!

"Perry contó la historia con expresión sería y todos se rieron, y el tío de Amy dijo: 'Vamos, Perry'. Pero Ilse se puso furiosa y no le dirigió la palabra en todo el camino de regreso. Decía que había quedado como un tonto por tratar de `alardear' con una historia tan tonta como ésa y que *un caballero* no actuaría así.

"Perry dijo: `Yo no soy un caballero todavía, apenas un muchacho que trabaja, pero algún día, señorita Ilse, seré un caballero mejor que cualquiera que *usted* conoce'.

"`Caballero', dijo llse con voz muy desagradable, *`se nace;* no *se hace'.*

"Ilse ha dejado casi por completo la costumbre de insultar, como hacía cuando se peleaba con Perry o conmigo y ahora dice cosas crueles e incisivas. Duelen mucho más que los insultos, pero a mí no me molestan demasiado, ni durante mucho tiempo, porque sé que Ilse no las dice en serio y que en realidad me quiere tanto como yo a ella. Pero Perry dice que a él se le quedan como una espina en la garganta. El resto del camino a casa no se hablaron, pero al día siguiente Ilse estaba otra vez rezongándolo por su mala gramática y por no ponerse de pie cuando entra una dama en una habitación.

"`Claro que uno no puede esperar que sepas *eso',* dijo ella con el peor de los tonos, `pero no me cabe duda de que el señor Carpenter ha hecho lo posible por enseñarte gramática'.

"Perry no le dijo ni una palabra a Ilse, sino que se volvió a mí.

"¿Quieres *tú* señalarme mis defectos?' dijo. `No me importa si lo haces tú, porque serás *tú* la que tenga que soportarme cuando seamos grandes, no llse'.

"Lo dijo para enojar a Ilse, pero yo me enojé más, porque era una alusión a *un tema prohibido.* De manera que ninguna de las dos le dirigió la palabra en dos días y él decía que al menos era un buen descanso de las críticas de Ilse.

"Perry no es el único que cae en desgracia en La Luna Nueva. Anoche dije una tontería que me hace poner colorada cuando me acuerdo. Las Damas de Beneficencia se reunieron aquí, y la tía Elizabeth les ofreció una cena y los esposos también vinieron. Ilse y yo servimos la mesa, que estaba puesta en la cocina porque la mesa del comedor no era lo suficientemente grande. Al principio era divertido pero, después, cuando ya todos estaban servidos, se puso un poco aburrido y yo me puse a componer mentalmente una poesía, parada junto a la ventana y mirando hacia el jardín. Era tan interesante que en seguida me

olvidé de todo lo demás hasta que de pronto oí a la tía Elizabeth que decía: `Emily', muy cortante y miraba significamente al señor Johnson, nuestro nuevo ministro. Yo me aturdí, tomé la tetera y dije:

"`Ah, señor *Taza,* ¿le sirvo otra *Johnson* de té?'

"Todos largaron la risa, la tía Elizabeth se enojó y la tía Laura se avergonzó y yo tuve ganas de que me tragara la tierra. No pude dormir en casi toda la noche pensando en eso. Lo extraño es que creo que me sentí peor y más avergonzada que si hubiera hecho algo realmente malo. Es el `orgullo de los Murray', por supuesto, y supongo que es muy malo. A veces temo que la tía Ruth Dutton tenga razón, después de todo, con lo que opina de mí.

"¡No, claro que no!

"Pero es una tradición de La Luna Nueva que las mujeres sepan manejar cualquier situación y siempre salgan dignas y airosas. Y claro, no hubo nada de digno ni de airoso en hacerle semejante pregunta al nuevo ministro. Seguro que nunca podrá mirarme sin acordarse y yo siempre me encogeré cada vez que lo vea mirándome.

"Pero ahora que lo escribí en el diario no me siento tan mal. *Nada* se ve jamás tan importante ni tan espantoso (¡ni tan hermoso o grandioso, ay!) cuando está escrito como cuando uno lo piensa o lo siente. Parece *encogerse* apenas uno lo pone por escrito. Hasta el verso que compuse justo antes de esa absurda pregunta no me parecerá ni la mitad de bonito cuando lo escriba:

"'Donde pisan suavemente los pies aterciopelados de la oscuridad'

"Y no. Parece que se le hubiera ido el perfume. Y sin embargo, mientras estaba de pie, allí, detrás de toda esa gente que comía y charlaba, y vi la oscuridad inundando suavemente el jardín y las colinas, como una hermosa mujer vestida de sombras, con estrellas a modo de ojos, vino *el destello y* me olvidé de todo, salvo de lo que debía poner de esa belleza que sentía en la forma de un poema. Cuando me vino ese verso a la cabeza no me pareció que lo hubiera compuesto yo, parecía como *si Algo Más* estuviera tratando de hablar por mí, y fue ese *Algo Más* que hizo que el verso pareciera tan hermoso, y ahora que se ha ido, las palabras parecen chatas y tontas y la imagen que traté de atrapar en ellas no es tan hermosa, después de todo.

"¡Ay, si pudiera poner en palabras las cosas como las *veo!* El señor Carpenter dice: "Lucha, lucha, continúa, las palabras son tu medio de expresión, hazlas tus esclavas, hasta que digan lo que tú quieres que digan'. Eso es cierto, y lo intento, pero me parece que hay algo *más allá* de las palabras, de cualquier palabra, de todas las palabras, algo que siempre se escabulle cuando uno intenta atraparlo, pero que no obstante me deja entre las manos algo que no tendría, de no haber intentado alcanzarlo.

"Recuerdo un día, en el otoño pasado, cuando Dean y yo caminábamos por la Montaña Deliciosa hacia los bosques que se hallan detrás de ella, bosques de abetos, principalmente, pero en un rincón hay unos preciosos pinos viejos. Nos sentamos a la sombra de éstos y Dean me leyó *Peveril del Pico y* algunos poemas de Scott, y luego miró hacia las grandes ramas emplumadas y dijo:

"Los dioses hablan en los pinos, dioses del viejo norte, de las sagas de los vikingos. Estrella, ¿leíste los versos de Emerson?'

"Y me los recitó. Desde entonces los recuerdo y me encantan:

Los dioses hablan en el hálito de la campiña.
Hablan en el pino sacudido,
Y llenan la extensión de la vieja costa
Con un diálogo divino;

Y el poeta que oye
Una que otra palabra al azar
Es el hombre destinado entre los hombres
A quien los tiempos deben obedecer

"Ay, esa `palabra al azar', eso es el Algo que se me escapa. Siempre estoy escuchando, sé que nunca podré oírla, *mi* oído no está afinado, pero estoy segura de que a veces oigo un eco débil, lejano, sutil, y me produce un deleite que es como un dolor y la desesperación de creer que jamás podré traducir su belleza en ninguna de las palabras que conozco.

"Y es una pena haber quedado como una tonta después de una experiencia tan maravillosa. Si hubiera aparecido, etérea, por detrás -del señor Johnson, con pie de terciopelo como la oscuridad misma, y le hubiera servido grácilmente el té de la tetera de plata de la tatarabuela Murray, como mi mujer de las sombras que servía la noche en la taza blanca del valle de Blair, la tía Elizabeth hubiera quedado mucho más complacida conmigo que si me supiera capaz de componer el poema más hermoso del mundo.

"El primo Jimmy es tan diferente. Esta tarde, después de que terminamos con el catálogo, le recité el poema y a él le encantó. (Él no tenía manera de saber cuán lejos estaba de lo que yo había visto con los ojos de la mente.) El primo Jimmy también hace versos. Es muy inteligente en algunas cosas. Y en otras, donde se le dañó el cerebro cuando la tía Elizabeth lo empujó al pozo de La Luna Nueva, no es *nada.* Allí hay sólo *un vacío.* Por eso la gente lo llama `el simple' y la tía Ruth osa decir que no es capaz ni de evitar que un gato se tome toda la crema de la leche. Pero si uno pone todos sus puntos inteligentes juntos, no hay nadie en todo Blair Water con tanta inteligencia real como él, ni siquiera el señor Carpenter. El problema es que no se pueden poner todos esos puntos inteligentes juntos, siempre hay brechas entre ellos. Pero yo quiero al primo Jimmy y no me da miedo cuando le vienen esos momentos raros. Todos los demás sí le tienen miedo, hasta la tía Elizabeth, aunque tal vez en su caso sea remordimiento y no miedo, excepto Perry. Perry siempre alardea de que no le tiene miedo a nada, que no sabe lo que es el miedo. A mí eso me parece maravilloso. Ojalá yo fuera tan intrépida. El señor Carpenter dice que el miedo es vil, y que está en el fondo de todos los males y el odio del mundo.

"`Arrójalo fuera de ti, muchachita', dice, `arrójalo de tu corazón. El miedo es una confesión de debilidad. Lo que temes es más fuerte que tú, o tú piensas que lo es, de lo contrario no tendrías miedo. Recuerda a Emerson: `haz siempre lo que temes hacer'.

"Pero ése es un consejo de perfección, como dice Dean, y no creo que yo sea capaz de alcanzarlo. Para ser honesta, tengo miedo a demasiadas cosas, pero hay dos personas en el mundo a las que de verdad les tengo miedo. Una es la señora Kent y la otra es el señor Morrison, el loco. A él le tengo muchísimo miedo, y creo que a todo el mundo le pasa lo mismo. Vive en Derry Pond, pero casi nunca está allí: vaga por todo el condado buscando a su esposa. Llevaba unas pocas semanas de casado cuando su joven esposa murió, hace muchos años, y desde entonces quedó mal de la cabeza. Insiste con que ella no está muerta, sólo perdida, y que algún día va a encontrarla. Ha envejecido y está encorvado, pero, para él, ella sigue joven y linda.

"Un día del verano pasado estuvo en casa, pero no entró, asomó la cabeza por la puerta de la cocina con expresión esperanzada y preguntó: "¿Está Annie aquí?". Ese día estaba muy tranquilo, pero a veces se pone violento. Dice que siempre oye a Annie que lo llama, que la voz de ella va siempre flotando delante de él, siempre delante de él, como mi palabra al azar. Está arrugado y anda desarreglado, parece un mono viejo. Pero lo que más odio de él es su mano derecha, es roja como la sangre, por una marca de nacimiento. No sé por qué, pero esa mano me llena de horror. No podría soportar tocarla. Y a veces se ríe

solo, de una manera espantosa. El único ser viviente al que quiere es su viejo perro negro, que siempre va con él. Dicen que nunca pide comida para él mismo. Si la gente no le ofrece comida, pasa hambre, pero pide para el perro.

`Ay, cuánto miedo le tengo. Me alegré tanto de que ese día no entrara en casa. La tía Elizabeth se lo quedó mirando mientras él se iba, con los cabellos largos y grises flotando al viento, y dijo:

"`Fairfax Morrison era un muchacho delicado, inteligente, con un excelente futuro por delante. Bien, los caminos de Dios son misteriosos'.

`Por eso son interesantes', dije.

"Pero la tía Elizabeth frunció el entrecejo y me dijo que no fuera irreverente, lo que dice siempre que yo digo algo sobre Dios. Me pregunto por qué. Tampoco quiere que Perry y yo hablemos de Él, aunque Perry está muy interesado en Él y quiere saber. La tía Elizabeth me oyó decirle a Perry un domingo de tarde cómo pensaba yo que era Dios y me dijo que era un escándalo.

"¡Pero no lo era! El problema es que la tía Elizabeth y yo tenemos dioses diferentes, eso es todo. Creo que todos tenemos dioses diferentes. El de la tía Ruth, por ejemplo, es uno que castiga a sus enemigos, que les envía `juicios'. A mí me parece que eso es para todo lo que le sirve Dios a la tía Ruth. Jim Cosgrain utiliza al suyo para maldecir. Pero la tía Janey Milburn camina a la luz del rostro de su Dios, todos los días, y resplandece en ella.

"Por esta noche he escrito hasta el agotamiento y me voy a la cama. Sé que he `desperdiciado palabras' en este diario, otro de mis defectos literarios, según el señor Carpenter.

"`Desperdicias palabras, muchachita, las desparramas con demasiada generosidad. Economía *y contención, eso es* lo que te hace falta'.

"Claro que tiene razón, y en mis ensayos e historias trato de poner en práctica lo que me enseña. Pero en el diario, que no ve nadie más que yo, ni verá nadie mientras yo viva, me gusta dejarme ir."

Emily miró la vela, que también estaba casi consumida. Sabía que esa noche no podía tener otra. Las reglas de la tía Elizabeth eran como las de los medos y los persas. Guardó el diario en el armario de la derecha, sobre la repisa del hogar, cubrió el fuego moribundo, se desvistió y apagó la vela. La habitación se fue llenando de esa débil luz blanca como la nieve de las noches en las que hay luna llena detrás de las veloces nubes de tormenta. Y justo en el momento en que estaba a punto de deslizarse dentro de su alta cama, Emily sintió una súbita inspiración, una espléndida idea nueva para un cuento. Por una fracción de segundo se estremeció, sin ganas de levantarse. La habitación estaba enfriándose. Pero no podía hacer a un lado la idea. Metió la mano entre la funda de plumas y el colchón de paja y sacó una vela a medio consumir, escondida allí para emergencias como ésta.

Claro que era algo incorrecto. Pero yo en ningún momento di a entender, ni lo haré, que Emily fuera una niña correcta. Uno no escribe libros sobre niños correctos. Serían tan aburridos que no los leería nadie.

Encendió la vela, se puso las medias y un saco abrigado, sacó otro cuaderno a medio llenar y comenzó a escribir a la luz solitaria y mortecina de la vela que dejaba un pálido oasis de luz en las sombras de la habitación. En ese oasis escribía Emily, con la cabeza oscura inclinada sobre el cuaderno, a medida que las horas de la noche avanzaban y los otros ocupantes de La Luna Nueva dormían profundamente. Se enfrió y se acalambró, pero no tenía conciencia de esto. Le picaban los ojos, le ardían las mejillas, las palabras venían como tropas de genios obedientes al llamado de su pluma. Cuando, al fin, la vela se apagó

con un chisporroteo y un bisbiseo en su laguito de sebo derretido, ella volvió a la realidad con un suspiro y un estremecimiento. Eran las dos de la mañana, por el reloj, y Emily estaba muy cansada y helada, pero había terminado su historia y era la mejor que había escrito en su vida. Se metió en su nidito congelado con una sensación de realización y victoria que había nacido de la expresión de su impulso creativo, y se quedó dormida con el arrullo de la tormenta que amainaba.

2

JUVENTUD INEXPERTA

Este libro no estará enteramente, ni siquiera principalmente, formado por extractos del diario de Emily pero, para enlazar asuntos poco importantes en sí mismos para merecer un capítulo propio pero, sin embargo, necesarios para una adecuada comprensión de su personalidad y su entorno, voy a incluir más de éstos. Además, cuando uno tiene material preparado y a mano, ¿por qué no utilizarlo? El "diario" de Emily, a pesar de todos sus excesos juveniles y sus subrayados, en realidad da una mejor interpretación de ella y de su mente imaginativa e introspectiva en esa, su primavera número catorce, de lo que podría dar cualquier biógrafo, por comprensivo que fuera. De modo que echemos otro vistazo a las páginas amarillentas de ese viejo cuaderno, escrito hace tanto tiempo en el "mirador" de La Luna Nueva.

"15 de febrero de 19...

"He decidido escribir, en este diario, todos los días, mis buenas y mis malas acciones. Me dio la idea un libro, y me gustó. Quiero ser lo más honesta posible. Será fácil escribir las buenas acciones, por supuesto, pero no tanto escribir las malas.

"Hoy hice una sola cosa mala, sólo una cosa que yo considero mala, quiero decir. Fui impertinente con la tía Elizabeth. Ella entendía que me estaba llevando demasiado tiempo lavar los platos. Yo no tenía ninguna prisa y estaba componiendo una historia llamada El *secreto del molino.* La tía Elizabeth me miró y luego miró el reloj y dijo, con su tonito más desagradable:

"¿Eres hermana de los caracoles, Emily?'

"¡No! Yo no tengo nada que ver con los caracoles' dije, con *altivez.*

"No fue lo que dije, sino cómo lo dije lo que era una impertinencia. Y *ésa era mi intención.* Me había enojado mucho, los comentarios sarcásticos me alteran mucho. Después lamenté haber perdido los estribos, pero lo lamenté porque era *tonto y poco digno,* no porque fuera *malo.* De modo que no creo que fuera un arrepentimiento sincero.

"En cuanto a mis buenas acciones, hoy hice dos. Salvé dos pequeñas vidas. Saucy Sal había atrapado a un pobre pajarito y se lo saqué. Salió volando en seguida y estoy segura de que se sintió muy feliz. Más tarde fui al armario del sótano y encontré un ratoncito atrapado por la patita en una trampa. El pobre animalito estaba echado allí, exhausto de tanto luchar, con una *expresión* en los ojitos negros. Yo no pude soportarlo, así que lo dejé libre y, a pesar de la patita lastimada, se fue corriendo. Sobre *esta* acción no estoy muy segura. Sé que fue buena desde el punto de vista del ratoncito, pero ¿y desde el punto de vista de la tía Elizabeth?

"Esta tarde la tía Laura y la tía Elizabeth leyeron y luego quemaron una caja llena de cartas viejas. Las leían en voz alta y las comentaban, mientras yo estaba sentada en un rincón, tejiendo medias. Las cartas eran muy interesantes y aprendí muchas cosas de los Murray que antes no sabía. Me parece maravilloso pertenecer a una familia como ésta. Con

razón la gente de Blair Water nos llama `los Elegidos', aunque ellos no lo digan como un cumplido. Creo que tengo que vivir a la altura de las tradiciones de mi familia.

"Hoy recibí una larga carta de Dean. Está pasando el invierno en Argel. Dice que en abril vuelve a casa y va a alojarse con su hermana, la señora de Fred Evans, todo el verano. Me alegro tanto. Será espléndido tenerlo en Blair Water todo el verano. Nadie me habla como Dean. Es el anciano más gentil y más interesante que conozco. La tía Elizabeth dice que es egoísta, como todos los Priest. Pero a ella los Priest no le gustan. Y siempre lo llama el `Giboso', lo que me pone los pelos de punta. Uno de los hombros de Dean es *un* poquito más alto que el otro, pero no es culpa suya. Una venle dije a la tía Elizabeth que me gustaría que no llamara así a mi amigo, pero ella me dijo:

"`Yo no le puse ese apodo a *tu amigo,* Emily. Su propia familia siempre lo llamó así. ¡Los Priest no se destacan por su delicadeza!'

"Teddy también recibió una carta de Dean, y un libro, *Vida de Grandes Pintores,* Miguel Angel, Rafael, Velázquez, Rembrandt, Ticiano. Teddy dice que no quiere que la madre lo vea leyéndolo, se lo podría quemar. Estoy segura de que si Teddy tuviera una oportunidad sería un artista tan grande como cualquiera de ellos."

"18 de febrero de 19...

"Esta tarde pasé unos momentos preciosos conmigo misma, después de la escuela, caminando en el camino del arroyo, en el bosque de John el Altivo. El sol estaba bajo y color crema, y la nieve era tan blanca y las sombras tan esbeltas y azules. Creo que no hay nada tan hermoso como las sombras de los árboles. Y cuando salí al jardín, mi propia sombra se veía tan graciosa, tan larga, que se extendía todo a lo largo del jardín. De inmediato hice un poema, aquí van dos versos:

"Si, fuéramos tan altos como nuestras sombras
Qué altas serían nuestras sombras".

"Creo que tiene mucha *filosofía.*

"Esta noche escribí una historia y la tía Elizabeth se enteró de lo que estaba haciendo y se enojó mucho. Me reprendió por perder el tiempo. Pero *no era* tiempo perdido. *Yo crecí* en esos momentos, sé que sí. Y hay algo en una de las frases que me gusta. *`Le temo al bosque gris',* eso me gustó mucho. Y `blanca e imperiosa recorría ella el bosque oscuro como un rayo de luna'. Me parece muy lindo. Pero el señor Carpenter dice que cuando a mí algo me parezca muy lindo tengo que tacharlo. Pero, ¡no puedo tachar eso!, no todavía, al menos. Lo extraño es que unos tres meses después de que el señor Carpenter me dice que tache algo llego a estar de acuerdo con él y me da vergüenza. Hoy el señor Carpenter estuvo muy duro con mi ensayo. No le venía nada bien.

"`Tres *ay de mí* en un párrafo, Emily. ¡Uno solo habría sido excesivo en este año de gracia! *¡Más irresistible,* Emily, por lo que más quieras, escribe en inglés! Eso es imperdonable'.

"Y tenía razón. Me di cuenta y sentí que la vergüenza me bajaba de la cabeza a los pies como una oleada roja. Entonces, después de que el señor Carpenter había marcado con lápiz casi todas las frases y había sonreído burlón ante todas mis frases más lindas y me había dicho que yo era demasiado aficionada a poner "cosas inteligentes" en todo lo que escribía, arrojó sobre la mesa mi cuaderno, se llevó las manos a los cabellos y dijo:

"¡Tú, escribir! ¡Muchacha, ponte un delantal y aprende a cocinar!'

"Y se fue, balbuceando maldiciones `no alto pero hondo'. Yo recogí mi pobre ensayo y no me sentí tan mal. Yo *ya sé* cocinar, y he aprendido una o dos cosas sobre el señor

Carpenter. Cuanto mejores son mis ensayos más rabiosos se pone. Éste tiene que haber sido bastante bueno. Pero se enoja y se impacienta tanto cuando ve que podría haberlo escrito mucho mejor y no lo hice, por negligencia, pereza o indiferencia, según cree él. Y no tolera que una persona que *puede* hacer algo mejor, no lo haga. Porque no se tomaría la menor molestia conmigo, si no creyera que algún día puedo llegar a hacer algo bueno.

"A la tía Elizabeth no le gusta el señor Johnson. Considera que su teología no es sólida. El domingo pasado él dijo, en el sermón, que el budismo tiene cosas buenas.

"`Lo único que falta es que diga que el papado también tiene cosas buenas', dijo la tía Elizabeth, indignada, a la mesa de la cena. "Tal vez haya algo bueno en el budismo. Tengo que preguntárselo a Dean cuando venga a casa."

"2 de marzo de 19...

"Hoy fuimos a un funeral, el de la anciana señora Sarah Paul. A mí siempre me ha gustado ir a los funerales. Cuando lo dije, la tía Elizabeth se impresionó y la tía Laura dijo

` ¡Ay, Emily *querida!'.* Impresionar a la tía Elizabeth no me desagrada, pero nunca me siento cómoda si preocupo a la tía Laura, es *tan* buena, así que me expliqué, o intenté hacerlo. A veces es muy difícil explicarle las cosas a latía Elizabeth.

"`Los funerales son interesantes', dije. `Y divertidos.'

"Creo que diciendo *eso* sólo conseguí empeorar las cosas. Sin embargo, la tía Elizabeth sabía tan bien como yo que fue divertido ver a algunos de esos parientes de la señora Paul, que se han peleado con ella y la han odiado durante años -¡ella no era nada encantadora, por más que esté muerta!- sentados ahí, llevándose los pañuelos a los ojos y haciendo que lloraban. Yo sabía perfectamente lo que estaba pensando cada uno de ellos en lo más profundo de su corazón. Jake Paul se preguntaba si la vieja bruja le habría dejado algo en su testamento, y Alice Paul, que sabía que *a ella* no le tocaría nada, rogaba que tampoco le tocara a Jake Paul. Con eso le alcanzaba. Y la señora de Charlie Paul se preguntaba cuándo podría, sin faltar a las normas, remodelar la casa como siempre había querido y como la señora Paul nunca se lo había permitido. Y la tía Min estaba preocupada de que no hubiera suficiente carne asada para semejante multitud de primos terceros a los que no esperaban ni querían, y Lisette Paul contaba a la gente y se sentía humillada porque no había una concurrencia tan nutrida como en el funeral de la señora de Henry Lister, la semana pasada. Cuando le dije esto a la tía Laura, ella me contestó, con mucha gravedad:

"`Puede que todo eso sea cierto, Emily' (ella sabía que sí), `pero no está bien que una niña como tú pueda... pueda ver esas cosas, eso es todo'.

"Pero yo no puedo evitar verlas. La querida tía Laura compadece tanto a la gente que nunca puede verle el lado gracioso. Pero, además, yo vi otras cosas. Vi que el pequeño Zack Fritz, a quien la señora Paul adoptó y con quien era muy buena, estaba destrozado, y vi que Martha Paul estaba muy triste y avergonzada por su vieja y amarga pelea con la señora Paul... y vi que el rostro de la señora Paul, tan contrariado y tenso en vida, se veía placentero y majestuoso, incluso hermoso, como si la Muerte por fin le hubiera dado una satisfacción.

"Sí, los funerales *son* interesantes."

"5 de marzo de 19...

"Esta noche nieva un poquito. Me encanta ver caer la nieve en líneas oblicuas contra la oscuridad de los árboles.

"Creo que hoy hice una buena acción. Jason Merrowby estaba ayudando al primo Jimmy a cortar leña, y *yo lo vi meterse a hurtadillas en el chiquero y tomar un trago de una botella de whisky.*

Pero no le dije una palabra a nadie, ésa es mi buena acción.

"Tal vez *tendría* que decírselo a la tía Elizabeth pero, si lo hago, ella no va a contratarlo más, y él necesita trabajar, por su pobre esposa y sus pobres hijos. Me doy cuenta de que no siempre es fácil saber si las acciones de una son buenas o malas."

"20 de marzo de 19...

"Ayer la tía Elizabeth se enojó mucho porque no quise escribir un poema necrológico para el viejo Peter DeGeer, que murió la semana pasada. La viuda vino a pedirme que lo escribiera. Yo no quise, me indignó semejante pedido. Sentí que sería *desacralizar* mi *arte* hacer algo así, aunque por supuesto que no le dije nada de eso a la señora DeGeer. Por un lado, la habría herido, y, por el otro, no habría tenido la más remota idea de lo que yo quiero decir. Ni siquiera la tía Elizabeth, cuando le expliqué mis motivos para negarme, después de que la señora DeGeer se hubo ido, entendió.

"`Te lo pasas escribiendo kilómetros de basura que no le interesa a nadie', dijo. `Creo que podrías escribir algo que alguien *quiere.* La pobre Mary DeGeer habría quedado complacida. "Desacralizar tu arte", caramba. Ya que *tienes* que hablar tanto, Emily, ¿por qué no hablas cosas que tengan sentido?'

"Procedí a hablar con sentido.

"`Tía Elizabeth', dije, muy seria. ` ¿Cómo puedo escribirle un poema necrológico? No podría escribir nada que no fuera cierto sólo por complacer a alguien. ¡Y tú sabes bien que no se pueden escribir cosas buenas y verdaderas sobre el viejo Peter DeGeer!'

"La tía Elizabeth lo sabía, y se sintió desconcertada, pero eso sólo hizo que se enojara más conmigo. Me atormentó tanto que subí a mi habitación y escribí un `poema necrológico' para Peter, para mi propia satisfacción. Por cierto que es muy divertido escribir un poema necrológico *veraz* sobre alguien que a uno no le gusta. No es que a mí Peter DeGeer me *disgustara,* sólo lo despreciaba, como todo el mundo. Pero la tía Elizabeth me había irritado, y cuando me irrito puedo ser muy sarcástica escribiendo. Y volví a sentir que Algo escribía por mi intermedio, pero *Algo* muy diferente del de costumbre, un Algo malicioso, burlón que *disfrutaba* burlándose del viejo perezoso, inútil, mentiroso, tonto, hipócrita de Peter DeGeer. Ideas, palabras, rimas, todo parecía caer en el lugar justo mientras ese Algo reía entre dientes.

"El poema me pareció tan inteligente que no pude resistirme a la tentación de llevarlo a la escuela hoy y mostrárselo al señor Carpenter. Creí que le iba a gustar, y creo que le gustó, en cierto sentido, pero después de leerlo lo dejó y me miró.

"`Supongo que hay placer en satirizar a un fracasado', dijo. `El pobre Peter fue un fracasado, y está muerto, tal vez su Creador sea misericordioso con él, pero sus prójimos no lo serán. Cuando yo haya muerto, Emily, ¿escribirás así sobre mí? Tienes la habilidad de hacerlo, sí, está muy claro, esto es muy inteligente. Sabes pintar las debilidades, las tonterías y las bajezas de un personaje de una manera decididamente poco común en una criatura de tu edad. Pero, ¿vale la pena, Emily?'

"`No, no', dije. Estaba tan avergonzada y compungida que tuve ganas de irme y echarme a llorar. Era terrible pensar que el señor Carpenter me creyera capaz de escribir algo así sobre él, después de todo lo que ha hecho por mí.

"`No, no vale la pena', dijo el señor Carpenter. `Hay un lugar para la sátira, hay gangrenas que sólo pueden quemarse, pero deja eso para los grandes genios. Es mejor curar que lastimar. Nosotros, los fracasados, lo sabemos bien'.

"`¡Ay, señor Carpenter!' comencé a decir. Quería decirle que él no era un fracasado, quería decirle mil cosas, pero no me lo permitió.

"` Ya está, ya está, Emily, no hablaremos del tema. Cuando yo haya muerto, di: Era un fracasado, y nadie lo sabía tan clara y amargamente como él. Sé compasiva con los fracasados, Emily. Satiriza la maldad si quieres hacerlo, pero ten compasión de la debilidad.'

"Entonces se fue y convocó a los alumnos para comenzar la clase. Desde ese momento me siento muy desgraciada y esta noche no voy a dormir. Pero voy a consignar aquí un juramento, en mi diario, con toda solemnidad. Mi pluma curará, no lastimará. Y lo escribo en subrayado, aunque sea estilo victoriano temprano, porque hablo muy en serio.

"Pero el poema no lo rompí, no pude, era de verdad demasiado bueno para destruirlo. Lo guardé en mi armario literario, para volver a leerlo de vez en cuando, para mi propio goce, pero jamás se lo mostraré a nadie.

"¡Ay, cómo quisiera no haber lastimado al señor Carpenter!"

"1° de abril de 19...

"Una cosa que oí decir hoy a una persona que estaba de visita en Blair Water me irritó mucho. El señor Alec Sawyer y su esposa, que viven en Charlottetown, estaban en el Correo, y yo también. La señora de Sawyer es muy hermosa y condescendiente y viste muy a la moda. La oí decirle al esposo: ` ¿Cómo hacen los nativos de este lugar perdido en el mundo para seguir viviendo? Yo me volvería loca. Aquí nunca sucede *nada'*.

"A mí me hubiera encantado decirle un par de cositas sobre Blair Water. Podría haber sido sarcástica con ganas. Pero los de La Luna Nueva *no hacen escenas en público*. De modo que me contenté con inclinar la cabeza *con mucha frialdad y* con *pasar rauda* a su lado. Oí que el señor Sawyer preguntaba `¿Quién es esa niña?' y la señora Sawyer decía `Ha de ser esa minina'[1] Starr, tiene la costumbre de los Murray de llevar la cabeza bien en alto'.

"¡Cómo se le puede ocurrir decir que `aquí nunca sucede nada'! En este preciso momento están pasando cosas, y cosas muy emocionantes. A mí, la vida aquí me parece *extremadamente* maravillosa. Siempre tenemos tantas cosas que nos hacen reír, llorar y conversar.

'Veamos todas las cosas que han sucedido en Blair Water en las últimas tres semanas, la comedia y la tragedia mezcladas. James Baxter dejó de pronto de dirigirle la palabra a su esposa *y nadie sabe porqué.* Ella tampoco lo sabe, pobrecita, y está destrozada. El viejo Adam Gillian, que odiaba cualquier tipo de falsedad, murió hace dos semanas y sus últimas palabras fueron `Por favor, que nadie llore ni aúlle en mi funeral'. De manera que nadie lloriqueó ni aulló. Nadie tenía ganas de hacerlo pero, como además él lo había prohibido, nadie tuvo que fingir. Jamás ha habido un funeral más alegre en Blair Water. Yo he visto bodas melancólicas, como la de Ella Brice, por ejemplo. Lo que arruinó esa boda fue que la novia olvidó ponerse zapatos blancos al vestirse y bajó a la sala calzada con un par de viejas pantuflas, gastadas y con agujeros en los dedos. Si hubiera bajado *desnuda* la gente no habría hablado tanto. La pobre Ella lloró durante toda la cena de la boda.

"El viejo Robert Scobie y su media hermana se pelearon, luego de vivir treinta años juntos sin ni un sí ni un no, aunque se dice que ella es una mujer bastante insoportable. Nada de lo que ella hacía o decía provocaba jamás un exabrupto en Robert, pero parece que hace poco quedaba sólo un bollo para la cena y a Robert le encantan los bollos. Lo guardó en la alacena para comérselo antes de irse a la cama y cuando fue a buscarlo descubrió que se lo había comido Matilda. Se puso furioso, la llamó diabla y la echó de su casa. Ella se fue a vivir con una hermana en Derry Pond y Robert vivirá solo. Ninguno de los dos perdonará jamás al otro, al más puro estilo Scobie, y ninguno de los dos volverá a ser feliz otra vez.

[1] 1 "Puss" significa 'minino' y `muchachita'. (N. *de la T.)*

"Una noche de luna, hace dos semanas, George Lake volvía caminando a su casa desde Derry Pond cuando *de repente* vio otra sombra *muy negra* que caminaba a su lado sobre la nieve iluminada por la luna.

"Y no había nada que pudiera arrojar esa sombra.

"Corrió a la casa más cercana, medio muerto de miedo, y dicen que ya no volverá a ser el mismo.

"Esto es lo más fuerte que ha sucedido. Me estremezco al escribirlo. Claro que George *tiene* que haberse equivocado. Pero es un hombre veraz y no bebe. Yo no sé qué pensar.

"Arminius Scobie es *un hombre muy mezquino y* siempre le compra él mismo los sombreros a la esposa, por temor a que ella gaste demasiado. En las tiendas de Shrewsbury lo saben, y se ríen de él. Un día de la semana pasada estaba en la tienda de Jones and McCallum, comprándole un sombrero, y el señor Jones le dijo que, si se animaba a *llevar el sombrero puesto* desde la tienda hasta la estación, se lo regalaba. Arminius lo hizo. Es casi medio kilómetro hasta la estación y todos los niños de Shrewsbury le corrían atrás, burlándose. Pero a Arminius no le importó. Había ahorrado tres dólares con cuarenta y nueve centavos.

"Y una noche, aquí mismo, en La Luna Nueva, a mí se me cayó un huevo pasado por agua sobre el segundo mejor vestido de cachemira de la tía Elizabeth. Eso sí que fue un acontecimiento. Un rey derrocado en Europa no habría provocado una conmoción semejante en La Luna Nueva.

"Por lo tanto, señora Sawyer, usted está completamente equivocada. Además, dejando a un lado todas las cosas que suceden, la gente aquí es interesante en sí misma. A mí no me gustan todos, pero sí encuentro que todos son interesantes: la señorita Marry Small, que tiene cuarenta años y se viste con unos colores imposibles (durante todo el verano pasado fue a la iglesia con un vestido rosa viejo y sombrero púrpura); el viejo Tío Reuben Bascom, tan perezoso que se pasó toda una noche de lluvia acostado en la cama y sosteniendo un paraguas cuando el techo comenzó a gotear, en lugar de levantarse y mover la cama; Elder McCloskey, que no consideró apropiado utilizar la palabra `calzoncillos' en una historia que contaba sobre un misionario, en la reunión de oración, y todas las veces hizo amables referencias a `la ropa que cubría sus partes íntimas'; Amasa Derry, que se quedó con cuatro premios de la Exposición, el otoño pasado, con vegetales robados del campo de Ronnie Bascom y Ronnie no se sacó ni un premio; Jimmy Joe Belle, que vino desde Derry Pond ayer a buscar madera `para construir una casita para mi perito'; el viejo Luke Elliott, que es un sinvergüenza tan grande que hasta hace un plan, el primero de enero, y marca todos los días en los que piensa emborracharse, y los cumple: todos son interesantes, divertidos y encantadores.

"Bien, he probado que la señora de Alec Sawyer está tan errada que ahora me da pena ella, aunque me llamó `minina'.

"¿Por qué no me gusta que me digan `minina', si los gatos son tan preciosos? Además, que me digan gatita sí me gusta."

"28 de abril de 19...

"Hace dos semanas envié mi mejor poema, "Canción del viento", a una revista de Nueva York, y hoy recibí unas líneas impresas que dicen: `Lamentamos informarle que no podemos publicar su colaboración'.

"Me siento horrible. Creo que nunca voy a poder escribir nada que valga la pena.

"Sí voy a poder. ¡Algún día esa revista va a desear poder publicar algo mío!

"No le dije al señor Carpenter que lo había enviado. No puedo esperar consuelo de su parte. Él dice que dentro de cinco años sí podré empezar a perseguir a los editores. Pero yo sé que algunos de los poemas qué leí en esa revista no son mejores que la "Canción del viento."

"En verano me dan más ganas de escribir poesía que en cualquier otra época del año. El señor Carpenter me dice que luche contra ese impulso. Dice que la primavera ha sido responsable de más basura que cualquier toda otra cosa en el universo de Dios.

"La manera de hablar del señor Carpenter es muy *pintoresca."*

"1° de mayo de 19...

"Dean está en casa. Ayer vino a lo de la hermana y esta noche estuvo aquí y caminamos por el jardín, por el sendero del reloj de sol, y hablamos. Fue maravilloso tenerlo de vuelta, con sus misteriosos ojos verdes y su linda boca.

"Tuvimos una larga charla. Hablamos de Argel y de la transmigración de las almas, de la cremación y de los perfiles (Dean dice que yo tengo un buen perfil, `griego puro'). Me encantan los cumplidos de Dean.

"` ¡Estrella de la mañana, cómo creciste!', me dijo. `¡El otoño pasado dejé a una niña y ahora me encuentro con una mujer!' "(Dentro de tres semanas cumplo catorce y soy alta para mi edad. A Dean al parecer le gusta, al contrario de la tía Laura, que suspira cuando me alarga los vestidos y piensa que los niños crecen demasiado rápido.)

"`Así pasa el tiempo', dije, citando la leyenda del reloj de sol y sintiéndome *muy sofisticada.*

"`Estás casi tan alta como yo', dijo él, y agregó, *con amargura* `si bien el Giboso Priest no tiene una estatura descomunal.'

"Yo siempre había evitado hacer ningún tipo de referencia a su hombro pero ahora dije:

"`Dean, por favor, no te burles así de ti mismo, al menos, no conmigo. Yo *jamás* pienso en ti como el Giboso.

"Dean me tomó una mano y me miró directo a los ojos, como tratando *de leerme el alma.*

"`¿Estás segura de eso, Emily? ¿A veces no desearías que yo no cojeara un poco, ni estuviera torcido?'

"`Por ti, sí', respondí, `pero, en lo que a mí concierne, no hace ninguna diferencia, y nunca la hará.'

"` ¡Y nunca la hará!' Dean repitió mis palabras con énfasis. `Si estuviera seguro de eso, Emily, si pudiera estar seguro de eso.' "`Puedes estar seguro', exclamé, con afecto. Me molestaba que pareciera dudar y, sin embargo, algo en su expresión me hizo sentir incómoda. De pronto me hizo acordar de cuando me rescató del acantilado en Malvern Bay y me dijo que mi vida le pertenecía porque me la había salvado. No me gusta la idea de que mi vida le pertenezca a nadie que no sea yo misma, a *nadie,* ni siquiera a Dean, por más que lo quiero. Y *en cierto sentido* quiero a Dean más que a nadie en el mundo.

"Cuando oscureció, salieron las estrellas y las estudiamos con los espléndidos gemelos de Dean. Fue fascinante. Dean sabe todo lo que hay que saber sobre las estrellas, a mí me parece que sabe todo de todo. Pero cuando se lo dije, me respondió:

"`Hay un secreto del que no sé nada, y daría todo lo demás por saberlo, un solo secreto, y tal vez no lo sepa jamás. La manera de ganar... la manera de ganar...

"` ¿Qué?', pregunté, curiosa.

"` Lo que desea mi corazón', dijo Dean, con expresión soñadora, mirando una estrella resplandeciente que parecía colgada de la punta de una de las Tres Princesas. `Ahora me

parece tan deseable y tan inalcanzable como esa estrella parecida a una piedra preciosa, Emily. Pero, ¿quién sabe?'

"Me pregunto qué será lo que Dean desea tanto."

"4 de mayo de 19...

"Dean me trajo de París una carpeta preciosa y copié mi poema preferido de *La flor de cruciata* en la parte de adentro de la portada. Lo leeré todos los días y recordaré mi voto de `trepar el Sendero Alpino'. Comienzo a darme cuenta de que tengo mucho camino por delante, aunque creo que en un tiempo yo creía subir vertiginosamente a `esa lejana meta' en alas de plata. El señor Carpenter ha echado por tierra con ese sueño.

`Clava los pies en la tierra y sostente con todas tus fuerzas, es la única manera', dice.

"Anoche, en la cama, pensé algunos títulos preciosos para los libros que voy a escribir en el futuro: *Una dama de alto rango; Leal a la* fe *y a sus votos; Ay extraña margarita pálida* (éste lo saqué de Tennyson), *La casta de Vere de Vere* (igual) y *Un reino junto al mar.*

"¡Ahora tengo que tener ideas que combinen con los títulos! "Estoy escribiendo una historia llamada *La casa del serbal,* también un buen título, creo. Pero los diálogos amorosos siguen preocupándome. Todo lo que escribo sobre el amor me parece tan rígido y tonto apenas termino de escribirlo, que me saca de mis casillas. Le pedí a Dean si podía enseñarme a escribir esas cosas correctamente, porque hace mucho tiempo me prometió que lo haría, pero él me respondió que yo era muy joven todavía y lo dijo con esa expresión misteriosa que siempre parece dar la idea de que en sus palabras hay mucho más de lo que su mero sonido expresa. Ojalá yo pudiera hablar tan *significativamente* porque así uno se vuelve *muy interesante.*

"Esta tarde, después de la escuela, Dean y yo nos pusimos a leer otra vez *La Alhambra,* sentados en el banco de piedra del jardín. Ese libro siempre me hace sentir como si hubiera abierto una puertita y hubiera entrado directamente en el país de las hadas.

"` ¡Cómo me gustaría conocer la Alhambra!', dije. "`Algún día iremos, juntos', dijo Dean.

"` ¡Ay, sería *maravilloso!',* exclamé. ` ¿Te parece que podremos, algún día, Dean?'

"Antes de que Dean pudiera contestarme oí el silbido de Teddy en el bosque de John el Altivo, ese querido silbidito de dos notas breves y una larga, que es *nuestra señal.*

"`Perdóname, tengo que irme, me llama Teddy', dije. "` ¿Siempre tienes que irte cuando te llama Teddy?', preguntó Dean.

"Asentí y le expliqué.

"` Me llama así sólo cuando me necesita *especialmente y* le prometí que, mientras pueda, iré siempre.'

"` ¡Yo te necesito *especialmente!',* dijo Dean. `Esta tarde vine sólo para leer *La Alhambra* contigo.'

"De pronto, me sentí muy desdichada. Tenía muchísimas ganas de quedarme con Dean, pero al mismo tiempo sentía que tenía que acudir al llamado de Teddy. Dean me atravesó con la mirada. En seguida cerró *La Alhambra.*

"`Ve', dijo.

"Fui, pero las cosas parecieron, de alguna manera, estropeadas.

"10 de mayo de 19...

"Esta semana estuve leyendo tres libros que me prestó Dean. Uno era como un jardín de rosas, muy agradable, pero casi demasiado dulzón. Otro era como un bosque de pinos en una montaña, lleno de aromas, y me encantó, pero, sin embargo, me llenó de una especie de

desconsuelo. Estaba escrito de una manera tan hermosa. *Yo nunca* podré escribir así, estoy segura. Y el otro era como una pocilga. Dean me lo dio por error. Se enojó mucho consigo mismo cuando se dio cuenta, se enojó y se apenó.

"`Estrella, Estrella, *jamás* te habría dado un libro así, maldita sea mi negligencia, perdóname. Ese libro es la pintura fiel de un mundo, pero no *tu* mundo, gracias a Dios, ni ningún mundo que tú puedas jamás habitar. Estrella, prométeme que olvidarás ese libro.' "`Lo olvidaré, si puedo', dije.

"Pero no sé si puedo. Era tan horrible. Desde que lo leí no he podido volver a ser del todo feliz. Siento como si se me hubieran ensuciado las manos y no pudiera terminar de limpiármelas. Y tengo otra extraña sensación, *como si se hubiera cerrado una puerta a mis espaldas,* introduciéndome en un nuevo mundo que no entiendo ni me gusta del todo, pero por el que debo viajar.

"Esta noche traté de escribir una descripción de Dean en mi cuaderno de bosquejos de personajes. Pero no lo logré. Lo que escribí se parecía a una fotografía, no un retrato. Hay algo en Dean que está más allá de mí.

"El otro día, Dean me sacó una fotografía con su cámara nueva, pero no le gustó.

`No se parece a ti', dijo, `pero, claro, no es posible fotografiar la luz de una estrella.'

"Entonces agregó, con algo de mal humor, según me pareció a mí.

`Dile a ese sinvergüenza de Teddy que no ose incluir tu cara en sus cuadros. No tiene por qué ponerte a ti en cualquier cosa que dibuja.' ` ¡No lo hace!', exclamé. ` ¡Pero si Teddy me hizo un solo retrato, el que me robó la tía Nancy!'

"Lo dije con rabia y sin vergüenza, porque nunca le perdoné a la tía Nancy que se hubiera quedado con ese retrato.

"`Pone algo de ti en cada dibujo', dijo Dean, empecinado, `tus *ojos,* la curva del cuello, la inclinación de tu cabeza, tu personalidad. Eso es lo peor, no me importan tanto los ojos o la curva del cuello pero no voy a permitir que ese cachorrito ponga un poquito de tu alma en todo lo que dibuja. Probablemente no sepa que está haciéndolo, y eso empeora las cosas.'

"`No te entiendo', dije, muy altiva. `Pero Teddy es maravilloso, lo dice el señor Carpenter.'

"` ¡Y Emily la de La Luna Nueva lo repite! Ah, ese chico tiene talento, hará algo valioso algún día, si esa mórbida madre suya no le arruina la vida. Pero que mantenga su lápiz y su pincel fuera de mi propiedad.'

"Dean rió al decirlo. Pero yo mantuve la cabeza en alto. Yo no soy `propiedad' de nadie, ni siquiera en broma. Y no lo seré jamás."

"12 de mayo de 19...

"La tía Ruth, el tío Wallace y el tío Oliver estuvieron en casa esta tarde. El tío Oliver me cae bien, pero la tía Ruth y el tío Wallace no me gustan mucho más que antes. Tuvieron una especie de cónclave familiar en la sala, con la tía Elizabeth y la tía Laura. Al primo Jimmy le permitieron entrar, pero a mí me excluyeron, aunque estoy absolutamente segura de que tuvo que ver conmigo. Creo que la tía Ruth no consiguió lo que quería, tampoco, porque durante toda la cena me trató con arrogancia, ¡y dijo que me estaba poniendo muy flacucha! La tía Ruth, por lo general, me trata con arrogancia y el tío Wallace con condescendencia. Prefiero el trato de la tía Ruth porque no tengo que simular que me gusta. Lo soporté hasta cierto punto, hasta que no pude más. La tía Ruth me dijo:

"`Emily, no me contradigas', como si le hablara a una criatura. Yo la miré directo a los *ojos y* le dije, con mucha frialdad: "`Tía Ruth, creo que ya estoy demasiado crecida para que me hablen de esa manera'.

"`No estás demasiado crecida para ser tan grosera e impertinente', dijo la tía Ruth, con un resoplido, `y si yo estuviera en el lugar de Elizabeth le habría dado una buena bofetada, señorita.'

"¡Odio que me hable así, que me diga `señorita' y que me resople. Me parece que la tía Ruth tiene *todos* los defectos de los Murray *y ninguna* de sus virtudes.

"Andrew, el hijo del tío Oliver, vino con él y va a quedarse una semana. Tiene cuatro años más que yo."

"19 de mayo de 19...

"Hoy es el día de mi cumpleaños. Cumplo catorce años. Escribí una carta `De mí a los catorce para mí a los veinticuatro', la sellé y la guardé en el armario, para abrirla el día en que cumpla veinticuatro. Hice algunas predicciones en la carta. Me pregunto si se habrán cumplido cuando la abra.

"Hoy la tía Elizabeth me devolvió todos los libros de papá. Me alegré tanto. Me parece que hay una parte de papá en esos libros. Está su nombre en cada uno de ellos, con su letra, y las notas que hacía en los márgenes. Me parecen fragmentos de cartas suyas. Estuve hojeándolos toda la tarde y papá me parece otra vez tan *cercano* que me siento feliz y triste al mismo tiempo.

"Una cosa me estropeó el día. En la escuela, cuando fui al pizarrón para hacer un problema, de pronto todo el mundo se echó a reír. Yo no me daba cuenta por qué. Hasta que descubrí que alguien me había pegado una hoja en la espalda en la que habían escrito, con grandes letras negras: *`Emily Byrd Starr, Autora del Pato de las cuatro patas'.* Rieron todavía más cuando me arranqué la hoja y la arrojé en la papelera. Me pone furiosa que cualquiera ridiculice así mis ambiciones. Volví a casa enojada y dolorida. Pero cuando me senté en los escalones de la casita de verano y miré durante cinco minutos uno de los inmensos pensamientos púrpura del primo Jinnny, se me fue toda la rabia. Nadie puede estar mucho rato enojado si mira el corazón de un pensamiento durante un ratito.

"Además, *¡ya llegará el momento en que no van a reírse de mí!* `"Ayer Andrew se fue a su casa. Latía Elizabeth me preguntó qué be había parecido. Nunca antes me había preguntado si me había gestado alguna persona, mis gustos no eran para nada importantes. Supongo que está empezando a darse cuenta de que *ya no soy una niña*.

"Le dije que me parecía bueno, amable, estúpido y nada interesante.

"La tía Elizabeth se enojó tanto que no me habló el resto del día. ¿Por qué? Tenía que decirle la verdad. Y Andrew es así."

"21 de mayo de 19...

"Hoy estuvo en casa el viejo Kelly por primera vez esta primavera, con una carga de nuevas ollas lustrosas. Como siempre, me trajo una bolsa de caramelos, y, como siempre, bromeó sobre cuándo me caso. Pero parecía tener algo especial en mente y cuando fui al tambo a traerle la leche que había pedido, me siguió.

"`Querida niña', dijo, misteriosamente, `me encontré con el Giboso Priest en el camino. ¿Viene mucho?'

"Yo incliné la cabeza a un lado, al estilo Murray.

"`Si se refiere al señor Dean Priest', dije, `viene a menudo. Es muy amigo mío.'

"El viejo Kelly sacudió la cabeza.

"`Querida niña, te lo advertí, no digas después que no te lo advertí. Te dije el día que te llevé a Priest Pond que nunca te casaras con un Priest. ¿No te lo dije?'

"`Señor Kelly, qué cosa tan ridícula', dije, enojada pero sintiendo al mismo tiempo que era absurdo enojarme con el viejo Jock Kelly. `Yo no voy a casarme con nadie. El señor Priest podría ser mi padre y yo no soy más que una niña a quien él ayuda con sus estudios.'

"El Viejo Kelly sacudió otra vez la cabeza.

"`Yo conozco a los Priest, niña querida, y cuando se les mete algo en la cabeza, es más fácil hacer cambiar de dirección al viento. }'&) *Giboso, se* dice que te puso el ojo el día que te rescató de las *rocas* de Malvern, sólo está esperando a que *tengas edad para cortejarte. Se* dice *que* es un pagano, y se sabe *que cuando estaban* bautizándolo levantó la mano y le arrancó los anteojos al ministro. ¿Qué puedes esperar de alguien así? No tengo que decirte que es *cojo* y jorobado, eso puedes verlo con tus propios *ojos*. Escucha el consejo del viejo tonto de Kelly y apártate de él mientras haya tiempo. Bueno, no me mires como los Murray, querida niña. Es por tu propio bien que te hablo así.'

"Me fui y lo dejé. No *podía* ponerme a discutir con él por semejante cosa. *Ojalá* la gente no me pusiera esas ideas en la cabeza, porque se pegan como espinas. Ahora van a pasar semanas antes de que pueda volver a sentirme cómoda con Dean, aunque sé perfectamente que todo lo que dijo el viejo Kelly es una tontería.

"Después de que se fue el Viejo Kelly subí a mi habitación y escribí una descripción completa de él en mi cuaderno.

"llse tiene un sombrero nuevo adornado con unos grandes moñones de tul azul debajo del mentón. A mí no me gustó y se lo dije. Se puso furiosa y me dijo que yo estaba celosa y hace dos días que no me habla. Lo pensé. Yo sabía que no eran celos, pero llegué a la conclusión de que cometí un error. Jamás le diré a nadie ese tipo de cosas. Era cierto pero no era diplomático. Espero que para mañana llse me perdone. La extraño muchísimo cuando está ofendida conmigo. Es tan amorosa y divertida, y tan espléndida, cuando no está enfurruñada.

"Teddy también está un poco enojado conmigo ahora. *Creo* que es porque el miércoles de noche Geoff North me acompañó a casa después de la reunión de oración. *Espero* que la razón sea esa. Me encanta saber que *tengo tanto poder* sobre Teddy.

"Me pregunto si tendría que haber escrito esto último. Pero es *la verdad.*

"Si Teddy supiera que he estado muy avergonzada y triste por ese tema... Al principio, cuando Geoff me eligió de entre todas las chicas, me sentí muy orgullosa. Era la primera vez que *un muchacho me acompañaba a casa y* Geoff es un muchacho de la ciudad, *muy buen mozo y refinado, y* todas las chicas más grandes de Blair Water están tontitas por él. Así que salí como sobre nubes por la puerta de la iglesia con él, sintiéndome como si hubiera crecido de pronto. Pero no habíamos caminado mucho cuando ya estaba odiándolo. Estuvo tan *condescendiente.* Parecía convencido de que soy una simple muchachita del campo que tenía que estar sobrecogida por el *honor* de su compañía.

"¡Y al principio era cierto! *Eso* me molestó. ¡Pensar que fui tan estúpida!

"No dejaba de decir, `La verdad, me sorprendes', con un tonito afectado y pedante, cada vez que yo hacía cualquier comentario. Y me *aburrió.* No podía decir dos palabras sensatas sobre nada. O al menos no lo intentó conmigo. Para cuando llegamos a La Luna Nueva yo estaba loca. ¡Y entonces *esa criatura insufrible* me pidió que le diera un beso!

"Me erguí, ah, en ese momento sí que fui una Murray, de los pies a la cabeza. Me *sentí* idéntica a la tía Elizabeth.

"`Yo no me beso con los muchachos', le dije, con desdén. "Geoff rió y me agarró la mano.

"`Pero, tontita, ¿para qué crees que te acompañé hasta tu casa?', me preguntó.

"Le saqué la mano y entré en la casa. Pero, antes, hice otra cosa: *"¡Le di una bofetada!*

"Entonces subí a mi habitación y lloré de la vergüenza de sentirme insultada y de haber tenido la poca dignidad de permitir que me doliera. La dignidad es una tradición de La Luna Nueva y sentí que la había traicionado.

"¡Pero creo que sí `sorprendí' a Geoff North, y de verdad!"

"24 de mayo de 19...

"Hoy Jennie Strang me dijo que Geoff North le dijo al hermano de ella que yo era `una cascarrabias' y que él no quería tener nada que ver conmigo.

"La tía Elizabeth se enteró de que Geoff me acompañó a casa y hoy me dijo que no se puede confiar en dejarme ir otra vez sola a la reunión de oración."

"25 de mayo de 19...

"Estoy sentada aquí en mi habitación, al crepúsculo. La ventana está abierta y las ranas cantan sobre algo que sucedió hace mucho tiempo. En todo el sendero del medio del jardín, las Personitas Alegres sostienen grandes copas aflautadas de rubí, de oro y de perlas. Ahora no llueve, pero llovió todo el día, una lluvia con perfume a lilas. A mí me gustan todos los climas y me gustan los días de lluvia, esos días suaves, brumosos, de lluvia, cuando la Señora Viento sacude apenas las copas de los abetos rojos y esos otros días de lluvia violentos, tempestuosos, con lluvias fuertes. Me gusta no poder salir por la lluvia, me gusta oírla golpetear sobre el techo y golpear los vidrios de la ventana y caer del tejado, mientras la Señora Viento gira como una vieja bruja loca en los bosques y en el jardín.

"¡Claro que si llueve y tengo que ir a algún lado rezongo como cualquiera!

"Un atardecer como éste siempre me hace pensar en aquella primavera en la que murió papá, hace tres años, y de aquella vieja casita querida en Maywood. Nunca volví. Me pregunto si ahora vivirá alguien allí. Y si Adán y Eva y el Pino Gallo y el Árbol Penitente siguen iguales. Y quién duerme en el que era mi cuarto, y si alguien les da afecto a los abedules pequeños y juega con la Señora Viento en los páramos de abetos rojos. Apenas escribí `páramos de abetos rojos' me vino un viejo recuerdo. Un atardecer de primavera, cuando yo tenía ocho años, estaba corriendo por los páramos jugando a las escondidas con la Señora Viento y encontré una pequeña hondonada entre dos abetos que estaba cubierta con una diminutas hojitas muy verdes, cuando todo lo demás estaba marrón y marchito. Eran tan hermosas que me vino *el destello* mientras las miraba, era la primera vez que me sucedía. Supongo que por eso es que recuerdo con tanta nitidez esas hojitas. Nadie más las recuerda, tal vez nadie más las haya visto jamás. De otras hojas me he olvidado, pero a éstas las recordaré todas las primaveras y con cada evocación volveré a sentir el momento de magia que me regalaron."

3

EN LA VIGILIA DE LA NOCHE

Algunos de nosotros podemos recordar con exactitud el momento en que llegamos a ciertos hitos en el camino de la vida, la hora maravillosa en que pasamos de la niñez a la adolescencia, la hora encantada, hermosa -o tal vez conmocionante y horrible- cuando la adolescencia fue de pronto adultez, la hora helada en la que nos enfrentamos al hecho de que la juventud quedaba definitivamente a nuestras espaldas, la hora pacífica, triste, en que nos damos cuenta de nuestra edad. Emily Starr no olvidó nunca la noche en la que pasó el primer hito y dejó la niñez atrás para siempre.

Toda experiencia enriquece la vida y cuanto más profunda sea esa experiencia mayor la riqueza que trae consigo. Esa noche de horror y misterio y de un extraño deleite, maduró su mente y su corazón como el paso de los años.

Fue una noche a principios de julio. El día había sido de intenso calor. La tía Elizabeth lo había sufrido tanto, que decidió no ir a la reunión de oración. La tía Laura, el primo Jimmy y Emily sí *fue*ron. Antes de salir, Emily pidió y obtuvo el permiso de la tía Elizabeth para quedarse a pasar la noche en la casa de llse Burnley, después de la reunión. Era un favor poco común. A la tía Elizabeth no le parecían bien, en términos generales, las ausencias durante toda una noche.

Pero el doctor Burnley no estaría y su ama de llaves estaba temporariamente ausente por un tobillo fracturado. llse le había pedido a Emily que fuera a pasar la noche y a Emily le permitieron ir. llse no lo sabía; en realidad, tenía pocas esperanzas de *que la* dejaran, pero Emily se lo confirmaría en la reunión de oración. Si Ilse no hubiera llegado tarde, Emily se lo habría dicho antes de que la reunión "entrara" y los infortunios de la noche habrían sido probablemente evitados. Pero Ilse, como siempre, llegó tarde, y todo siguió su curso.

Emily se sentó en el banco de los Murray, bastante al frente de la iglesia, junto a la ventana que daba al bosque de abetos blancos y arces que rodeaban la iglesita blanca. Esta reunión de oración no era la usual reunión semanal de unos pocos fieles. Era una "reunión especial" convocada con miras al inminente domingo de comunión y el orador no era el joven señor Johnson, a quien Emily le gustaba escuchar, a pesar de su metida de pata en la Cena de las Damas de Beneficencia, sino un evangelista itinerante prestado por una noche a Shrewsbury. Su fama llenó la iglesia, pero casi todos los presentes declararon después que habrían preferido por lejos a su señor Johnson. Emily lo miró con su mirada directa, crítica, y decidió que era untuoso y poco espiritual. Lo escuchó en una oración y pensó:

"Dar el buen consejo de Dios y hablar mal del diablo no es orar". Escuchó su discurso unos minutos más y llegó a la conclusión de que era obvio, ilógico y sensacionalista, y entonces se dispuso, calculadamente, a cerrar la mente y los oídos a sus palabras y desparecer en la tierra de los sueños, algo que por lo general podía hacer a voluntad cuando se sentía ansiosa de escapar de las realidades discordantes.

Afuera, la luz de la Luna seguía colándose en una lluvia plateada entre los abetos blancos y los arces, aunque un ominoso banco de nubes se estaba formando hacia el noroeste y el repetido sonido de los truenos venía por el aire silencioso de la calurosa noche

de verano, una noche sin viento casi, aunque ocasionalmente una súbita brisa que parecía más un suspiro que una brisa sacudía los árboles y ponía a bailar sus sombras en grupos extraños. Había algo extraño en la noche con esa mezcla de belleza plácida y cotidiana y la amenaza de la tormenta inminente, algo que intrigaba a Emily, y pasó la mitad del tiempo de la alocución del evangelista componiendo una descripción mental para su cuaderno. El resto del tiempo lo dedicó a estudiar a los fieles que estaban al alcance de su vista

Eso era algo de lo que Emily no se cansaba jamás, en las reuniones públicas, y cuanto más crecía más le gustaba. Era fascinante estudiar esos rostros variados y especular sobre las historias escritas sobre ellos en misteriosos jeroglíficos. Todos tenían sus vidas íntimas, secretas, esos hombres y esas mujeres, que nadie conocía, salvo ellos mismos y Dios. Otros podían apenas tratar de adivinarlas, y a Emily le encantaba ese juego de adivinanza. Por momentos, le parecía que era más que una adivinanza, que en algunos momentos de intensidad ella podía penetrar sus almas y leer allí motivos y pasiones ocultos que eran, tal vez, un misterio hasta para sus dueños. Para Emily nunca era fácil resistirse a la tentación de hacer eso cuando sentía que le llegaba esa capacidad, aunque nunca se entregaba a ella sin una extraña sensación de estar entrometiéndose donde no debía. Diferente era volar en las alas de la fantasía hacia un mundo ideal de creación, muy diferente de la belleza exquisita, no terrenal, del "destello". Ninguna de esas dos actividades le daba momentos de duda o vacilación. Pero pasar en puntas de pie por una puerta abierta momentáneamente, por decirlo así, y alcanzar a atisbar cosas enmascaradas, jamás dichas, indecibles, en los corazones y las almas de los otros, era algo que siempre traía consigo, junto con su sentido de poder, un sentido de lo prohibido, de sacrilegio casi. Pero Emily no sabía si alguna vez podría resistir la atracción, siempre había atisbado a través de la puerta y visto las cosas antes de darse cuenta de que estaba haciéndolo. Casi siempre eran cosas terribles. Por lo general, los secretos son terribles. La belleza no se oculta, sólo se oculta la fealdad y la deformidad.

"Elder Forsyth habría sido un perseguidor en otros tiempos", pensó. "Tiene toda la cara. En este preciso momento disfruta del discurso porque el orador habla del infierno, y Elder Forsyth piensa que todos sus enemigos irán a parar al infierno. Sí, por eso se lo ve tan satisfecho. Creo que la señora Bowes de noche sale volando en una escoba. Se le nota. Hace cuatrocientos años habría sido una bruja y Elder Forsyth la habría quemado en la hoguera. Ella odia a todo el mundo; ha de ser terrible odiar a todo el mundo, tener el alma llena de odio. Debo tratar de describir a una persona así en mi cuaderno. Me pregunto si el odio habrá echado todo el amor fuera de su alma o si aún le quedará algo hacia alguien o algo. Si algo hay en ella, puede salvarla. Sería una buena idea para un cuento. Tengo que anotarlo antes de acostarme, le pediré prestado un pedacito de papel a Ilse. No, aquí tengo un pedacito en el libro de himnos. Lo escribiré ahora.

"Me pregunto qué dirían todas estas personas si de pronto se les preguntara qué quieren más y *tuvieran* que responder la verdad. Me pregunto cuántos de estos esposos y esposas querrían un cambio. Chris Farrar y su esposo cambiarían, eso lo sabe todo el mundo. No sé por qué estoy tan segura de que James Beatty y su esposa *también* querrían un cambio. *Parecen* muy contentos el uno con el otro pero una vez la vi a ella mirarlo sin saber que yo estaba mirándola a ella y, ay, me pareció ver dentro de su alma, a través de los ojos de ella, y vi que lo odiaba, y que le temía. Ahora está sentada ahí, al lado de él, pequeña, delgada, sin atractivo, con la cara gris y los cabellos opacos, pero, en esencia, esa mujer es una llama roja de rebeldía. Lo que *ella* quiere más que nada es liberarse de él, o, por lo menos, *por una vez devolverle el golpe. Eso* le daría satisfacción.

"Ahí está Dean, ¿qué lo habrá hecho venir a una reunión de oración? Está muy solemne, pero hay una expresión burlona en sus ojos. El señor Sampson -¿qué dice el señor

Librodot

Sampson?- ah, algo acerca de las vírgenes sabias. Yo odio a las vírgenes sabias, me parecen tan egoístas. *Podrían* haberles dado un poquitito de aceite a las pobres tontas. No creo que Jesús haya querido alabarlas más que al mayordomo injusto; creo en realidad que Él sólo quería advertirles a las tontas que no *deben* ser negligentes y tontas porque, en ese caso, jamás deben esperar ayuda de las personas prudentes y egoístas. Me pregunto si será un pecado sentir que preferiría estar afuera con las tontas tratando de ayudarlas y consolarlas y no adentro, regocijándome con las sabias. Además, *sería más interesante.*

"Ahí están la señora Kent y Teddy. Ay, ella sí necesita mucho algo, no sé qué es pero es algo que no puede conseguir nunca, y la sedad por conseguirlo la atormenta día y noche. Por eso se aferra tanto a Teddy, lo sé. Pero no sé qué es lo que la hace tan diferente de las otras mujeres. En el alma de ella no he podido entrar nunca, la mantiene cerrada para todo el mundo, jamás entreabre la puerta.

"¿Y qué es lo que yo quiero más? Subir a la cima del Sendero Alpino.

" *`Y escribir sobre el papiro reluciente el humilde nombre de una mujer.'*

"Todos tenemos hambre de algo. Todos queremos nuestra parte de pan en la vida, pero el señor Sampson no puede dárnoslo. ¿Y qué querrá él más que nada? Su alma está tan sofocada que no puedo ver dentro de ella. Quiere muchas cosas sórdidas, no hay nada suficientemente *fuerte* para dominarlo. El señor Johnson quiere ayudar a las personas y predicar la verdad, de verdad. Y la tía Janey lo que más quiere es ver a todo el mundo pagano cristianizado. En el alma de ella no hay deseos oscuros. Yo sé lo que quiere el señor Carpenter: que le devuelvan la oportunidad que perdió. Katheríne Morris quiere que le devuelvan la juventud, a las jóvenes nos odia precisamente porque somos jóvenes. El viejo Malcolm Strang lo único que quiere es vivir, un año más, siempre aunque sea un año más, sólo vivir, no morirse. Ha de ser espantoso no tener otra razón para vivir que no sea escaparle a la muerte. Sin embargo, él cree en el cielo, piensa que se va a ir al cielo. Si pudiera ver mi destello aunque más no fuera una vez, no odiaría tanto la idea de morirse, pobre viejo. Y Mary Strang quiere morirse, antes de que algo terrible a lo que le teme mucho la torture y la mate. Dicen que es cáncer. Ahí está el señor Morrison, en la galería. Todos sabemos lo que él quiere: encontrar a su Annie. Tom Sibley quiere la Luna, creo, y sabe que jamás podrá alcanzarla, por eso la gente dice que le falta un tornillo. Amy Crabbe quiere que Max Terry vuelva con ella, es lo único que le importa.

"Mañana tengo que escribir todo esto en el cuaderno. Son cosas fascinantes aunque, después de todo, me gusta más escribir de cosas hermosas. Aunque estas cosas tienen un sabor que las cosas hermosas no tienen. Esos bosques de ahí afuera, qué hermosos se ven con esos tonos plateados y las sombras. La luz de la Luna está haciendo algo extraño con las losas del cementerio, hasta las más feas se ven lindas. Pero hace un calor terrible, aquí es sofocante, y los truenos se oyen cada vez más cerca. Espero que llse y yo lleguemos a casa antes de que se desate la tormenta. Ah, señor Sampson, señor Sampson, Dios no es un Dios airado, usted no lo conoce para nada si dice eso. Estoy segura de que Él se apena cuando nosotros somos malos y tontos, pero Él no tiene rabietas. Su Dios y el de Ellen Green son exactamente iguales. Me encantaría levantarme y decirlo en voz alta, pero no es una tradición de los Murray contestar en la iglesia. Usted hace que Dios parezca espantoso, y Él es hermoso. Lo odio, señor Sampson, gordito tonto, por hacer espantoso a Dios.

A lo cual el señor Sampson, que había reparado varias veces en la mirada intensa y concentrada de Emily y pensaba estar impresionándola profundamente, habiendo despertado en ella la conciencia de su estado de pecado, terminó con un último y perentorio alarde de llamado y se sentó. En la atmósfera cerrada y opresiva de la iglesia llena e iluminada con lámparas, los presentes exhalaron un perceptible suspiro de alivio y casi no esperaron el himno y la bendición para apresurarse a salir al aire fresco. Emily, atrapada en

la corriente y separada de la tía Laura, se vio arrastrada por la puerta del coro hacia la izquierda del púlpito. Le llevó tiempo poder zafarse de la multitud y correr a la puerta del frente donde esperaba encontrarse con Ilse. Aquí había otra densa multitud, aunque se dispersaba rápidamente, pero Emily no vio a llse. De pronto, Emily se dio cuenta de que no tenía su libro de himnos. Volvió de prisa a la puerta del coro. Seguramente lo había dejado en el banco, y no podía dejarlo allí. Dentro del libro había guardado un papelito en el que había tomado algunas notas furtivas durante el último himno: una descripción bastante mordaz de la señorita Potter en el coro, un par de frases satíricas sobre el mismo señor Sampson y algunas fantasías sueltas que deseaba ocultar más que nada porque en ellas había algo de ensueño que habría hecho que la lectura de ojos extraños fuera un sacrilegio.

El viejo Jacob Banks, el sacristán, un poco ciego y bastante sordo, apagaba las lámparas cuando ella entró. Había llegado a las dos de la pared detrás del púlpito. Emily tomó su libro de himnos del soporte pero el papelito no estaba adentro. A la débil luz, en el momento en que Jacob Banks apagaba la última lámpara, Emily lo vio en el suelo, debajo del asiento de adelante. Se arrodilló y lo alcanzó. En ese momento, Jacob salió y cerró la puerta del coro. Emily no se dio cuenta de que el sacristán se había ido; la iglesia seguía apenas iluminada por la luz que todavía no había perdido la batalla contra las nubes en rápido avance. Pero ése no era el papelito que ella buscaba, *¿dónde* podía estar? ah, acá, por fin. Emily lo recogió y corrió hacia la puerta, que no se abrió.

Sólo entonces, Emily se dio cuenta de que Jacob Banks se había ido, de que estaba sola en la iglesia. Perdió tiempo tratando de abrir la puerta y luego en llamar al señor Banks. Por fin corrió por el pasillo central hacia el portal del frente. Al hacerlo oyó que el último coche hacía rechinar las ruedas al girar frente a la iglesia y comenzaba a alejarse; al mismo tiempo la Luna fue tragada de repente por las nubes negras y la iglesia quedó envuelta en la oscuridad, una oscuridad espesa, caliente, sofocante, casi tangible. Emily gritó, llena de pánico, golpeó la puerta, sacudió frenéticamente el picaporte de arriba abajo, volvió a gritar. ¡No podían haberse ido todos, alguien tenía que oírla! "Tía Laura", "primo Jimmy", " llse" y por fin, en un alarido de desesperación, "¡Ay, Teddy, Teddy!"

Un relámpago blanco azulado atravesó el pórtico, seguido de un trueno. Comenzaba una de las peores tormentas en los anales de Blair Water, y Emily Starr estaba encerrada en la iglesia a oscuras, entre los bosques de arces, ella, que siempre les había tenido miedo a las tormentas de truenos con un miedo irracional, instintivo, que nunca había podido superar y que dominaba sólo a medias.

Se dejó caer, temblando, en un escalón de la escalera de la galería, y se acurrucó. Alguien vendría, sin duda, cuando se dieran cuenta de su ausencia. Pero, ¿se darían cuenta? ¿Quién podía notar su falta? La tía Laura y el primo Jimmy supondrían que estaba con llse, como se había arreglado. llse, que evidentemente se había ido a su casa creyendo que Emily no iría con ella, supondría que se había ido a casa, a La Luna Nueva. Nadie sabía dónde estaba, nadie vendría por ella. Debería quedarse allí en este lugar horrible, solitario, lleno de ecos, porque ahora la iglesia que tan bien conocía y quería por lo que evocaba de la Escuela Dominical, de las canciones y las caras bondadosas de los queridos amigos se había vuelto un lugar fantasmagórico y desconocido, lleno de amenazadores terrores. No había escapatoria. Las ventanas no se abrían. La iglesia se ventilaba mediante unos paneles cerca del techo que se abrían y cerraban tirando de un alambre. Ella no alcanzaba pero, aunque los hubiera alcanzado, tampoco podría salir por ellos.

Se acurrucó en el escalón, temblando de pies a cabeza. Ya los truenos y los relámpagos eran casi incesantes, la lluvia golpeaba contra las ventanas, no en gotas sino en cortinas de agua, y unas ráfagas intermitentes de granizo atronaban los vidrios. De pronto, se levantó viento y comenzó a ulular alrededor de la iglesia. No era su vieja amiga de la

Librodot

niñez, la neblinosa "Señora Viento", la de las alas de murciélago, sino una legión de brujas ululantes. Una vez había oído decir al señor Morrison, el loco, "El Príncipe de la Fuerza del Aire rige al viento". ¿Por qué se le ocurría pensar en el señor Morrison ahora? ¡Cómo se sacudían las ventanas, como si los jinetes demoníacos de la tormenta los batieran! Había oído un cuento disparatado de alguien que, una noche, hacía muchos años, había oído tocar el órgano en la iglesia vacía. ¡Y *si empezaba a tocar ahora!* La imaginación no tenía límites para las cosas horribles y grotescas que podían hacerse realidad. ¿No crujía la escalera? La oscuridad entre un relámpago y otro era tan intensa y parecía tan *espesa*. Emily tenía miedo de que la *tocara* y escondió la cara en la falda.

Pero a los pocos minutos pudo controlarse y comenzó a darse cuenta de que no estaba actuando a la altura de las tradiciones de los Murray. Se suponía que los Murray no se desmoronan así. Los Murray no se dejan amilanar por un tonto pánico a las tormentas de truenos. Aquellos antiguos Murray que dormían en el cementerio privado del otro lado del estanque la habrían despreciado como a una descendiente indigna. La tía Elizabeth habría dicho que era su parte de Starr que salía a la superficie. Debía ser valiente; después de todo, había pasado momentos peores que ése: la noche en la que comió la manzana envenenada de John el Altivo,[2] la tarde en que cayó de las rocas en Malvern Bay. Esto le había sucedido de manera tan repentina, que se había dejado atrapar por el terror antes de que pudiera prepararse. *Debía* recuperar el control. No iba a ocurrirle nada malo, nada peor que tener que quedarse toda la noche en la iglesia. Por la mañana podría atraer la atención de cualquiera que pasara. Ya haría más de una hora que estaba allí y no le había pasado nada, a menos, claro, que el cabello se le hubiera puesto blanco, como tenía entendido que sucedía a veces. En varios momentos había sentido una sensación tan extraña, tan intensa, en las raíces. Emily se tomó la larga trenza y esperó el siguiente relámpago. Cuando éste vino, corroboró que el cabello seguía siendo negro. Suspiró de alivio y comenzó a animarse. La tormenta pasaba. Los truenos se espaciaban más y eran más suaves, aunque seguía lloviendo y el viento seguía girando y ululando alrededor de la iglesia y entraba como con un silbido tétrico por el gran agujero de la cerradura.

Emily enderezó los hombros y con mucha cautela bajó los pies un escalón. Pensó que sería mejor tratar de volver a la iglesia. Si viniera otra nube, un rayo podía caer sobre la aguja de la iglesia, recordó que *siempre* caían rayos sobre las agujas de las iglesias, y entonces la aguja se derrumbaría sobre el pórtico, justo encima de ella. Iría a sentarse en el banco de los Murray; se comportaría con calma, sensatez y sentido común, se avergonzaba de su pánico, pero sí había sido terrible.

Ahora la rodeaba una oscuridad suave, pesada, aún con esa fantasmagórica sensación de que era algo que uno podía tocar, producto tal vez del calor y la humedad de la noche de julio. El pórtico era tan pequeño y estrecho; en la iglesia no se sentiría tan sofocada y oprimida.

Estiró una mano para agarrarse del pasamano de la escalera y tratar de incorporarse sobre sus pies acalambrados. La mano no tocó el pasamanos de la escalera sino... cielo santo, ¿qué era?... algo *peludo*. El alarido de terror se le congeló en los labios a Emily y unas pisadas suaves bajaron los escalones junto a ella, hubo un relámpago y, al pie de la escalera, había un inmenso perro negro, que se había vuelto y la miró antes de desaparecer, cuando volvió la oscuridad. En esa fracción de segundo Emily vio los ojos del perro que la miraban, lustrosos y rojos, como los de un diablo.

Emily sintió que las raíces del pelo comenzaban a rizarse y a erizarse otra vez, y que un gusano muy grande y muy frío comenzaba a reptar lentamente subiéndole por la columna vertebral. Ni siquiera pudo gritar. En lo único en que pudo pensar al principio fue

[2] Ver *Emily la de Luna Nueva.*

en el espantoso sabueso demoníaco del Castillo Manx en *Peveril del Pico.* Durante unos minutos su terror fue tan grande que se sintió físicamente mal. Luego, con un esfuerzo nada infantil en su determinación -creo que fue en ese momento que Emily dejó por completo de ser una niña- recuperó el control de sí misma. No *se dejaría vencer por el miedo,* apretó los dientes y las manos temblorosas, *sería* valiente... sensata. Ese animal no era más que uno de los tantos perros de Blair Water que había seguido a su dueño, algún muchachito pícaro, a la galería, y se había quedado allí. Había ocurrido otras veces. Otro relámpago le mostró que el pórtico estaba vacío. Era evidente que el perro se había ido a la iglesia. Emily decidió quedarse donde estaba. Se había recuperado del pánico, pero no quería volver a sentir el roce de una nariz fría o de un flanco peludo en la oscuridad. Jamás olvidaría el horror de ese momento en que había tocado al animal.

Ya serían las doce de la noche; la reunión había terminado a las diez. El ruido de la tormenta casi había cesado. El viento soplaba fuerte por momentos pero, entre un ventarrón y otro, había un silencio que sólo interrumpían las gotas de agua, cada vez más esporádicas. El trueno seguía murmurando y había relámpagos a intervalos frecuentes, pero de una luz más suave, más pálida, no el resplandor violento que había parecido envolver todo el edificio en un fulgor de un azul intolerable, quemándole los ojos. Poco a poco el corazón retomó los latidos normales. Le volvió la capacidad de pensamiento racional. No le gustaba la situación en que se encontraba, pero comenzó a hallarle posibilidades dramáticas. ¡Ay, qué capítulo para su diario, o para su cuaderno y, más allá todavía, para la novela que escribiría algún día! Era una situación creada expresamente para la heroína que, por supuesto, debía ser rescatada por el héroe. Emily comenzó a armar la escena, agregándole cosas, haciéndola más intensa, buscando palabras para expresarla. Eso era, después de todo, bastante interesante. Sólo le habría gustado saber dónde estaba el perro. ¡Qué impresión daba la pálida luz de los relámpagos sobre las losas de las tumbas que alcanzaba a ver por la ventana del pórtico frente a ella! ¡Qué extraño parecía el conocido valle con esta extraña iluminación! ¡Cómo gemía, suspiraba y se quejaba el viento, aunque ahora había vuelto a ser la Señora Viento, la suya. La Señora Viento era una de las fantasías de su niñez que Emily había llevado consigo hasta la madurez, y ahora la consolaba, dándole la sensación de una antigua amistad. Los jinetes salvajes de la tormenta se habían ido y su amiga, el hada, había regresado. Emily exhaló un suspiro casi de satisfacción. Lo peor había pasado y, después de todo, ¿no se había portado bastante bien? Comenzó a sentir otra vez respeto por sí misma.

¡Pero, de pronto, Emily se dio cuenta de que no estaba sola! Cómo lo supo no podría haberlo explicado nunca. No oyó nada, no vio nada y no sintió nada, y sin embargo sabía, sin el menor lugar a duda o cuestionamiento, que había una Presencia en la oscuridad, arriba, en la escalera.

Se volvió y miró hacia arriba. Era horrible mirar, pero era menos horrible tener a ese... Algo... enfrente que a espaldas de uno. Miró la oscuridad con los ojos dilatados por el espanto, pero no vio nada. Y en ese momento oyó una risa baja allá arriba, una risa que casi le paralizó el corazón, la risa espantosa, inhumana de los que han perdido la razón. No le hubiera hecho falta el relámpago que lo iluminó todo en ese momento para saber que el señor Morrison, el Loco, estaba en alguna parte de la escalera, por encima de ella. Pero hubo un relámpago, y ella lo vio, y sintió que se hundía en un helado golfo de frialdad y no pudo ni siquiera gritar.

La imagen del hombre, dibujada en el cerebro de ella por el relámpago, no la abandonó. Estaba agachado cinco escalones arriba de ella, con la cabeza de cabellos grises echada hacia adelante. Ella vio el brillo desaforado de los ojos, los dientes amarillos,

Librodot

como colmillos, expuestos en una horrible sonrisa, la mano larga, delgada, roja como la sangre, tendida hacia ella, casi tocándole el hombro.

Un inmenso pánico sacó a Emily de su trance. Se puso de pie de un salto con un agudo grito de terror.

-¡Teddy! ¡Teddy! ¡Sálvame! -gritó, como loca.

No sabía por qué llamaba a Teddy, ni siquiera se dio cuenta de haberlo llamado, sólo lo recordó después, como uno recuerda el grito que nos despierta de una pesadilla, sólo supo que *necesitaba* ayuda, que se moriría si esa mano horrenda la tocaba. *No debía tocarla.*

Bajó los escalones a los saltos, se metió en la iglesia y corrió por el pasillo central. Debía esconderse antes del siguiente relámpago, pero no en el banco de los Murray. Él la buscaría allí. Se metió en uno de los bancos de las hileras del medio y se acurrucó en el suelo, en un rincón. Tenía el cuerpo empapado en una transpiración fría. Estaba totalmente en las garras de un terror incontrolable. Lo único en lo que podía pensar era en que no debía tocarla, esa mano roja como la sangre del viejo loco no debía tocarla.

Pasaron minutos que parecieron años. Al cabo oyó pisadas, pisadas que iban y venían y sin embargo parecían acercarse lentamente a ella. De pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo el otro. Recorría cada banco, sin esperar la luz del relámpago, tanteando. Entonces, sí estaba buscándola. Ella había oído que a veces seguía muchachas jóvenes, pensando que eran Aunie. Si las alcanzaba las tomaba con una mano y con la otra les acariciaba la cara y el pelo con cariño, mientras murmuraba seniles palabras afectuosas. Nunca le había hecho daño a ninguna, pero nunca había dejado ir a ninguna, siempre las muchachas habían sido rescatadas por alguna otra persona. Se decía que Mary Paxton, de Derry Pond, jamás había vuelto a ser la misma, que sus nervios nunca se recuperaron de la experiencia.

Emily sabía que era apenas cuestión de tiempo el que él llegara al banco donde ella se ocultaba, ¡tanteando la oscuridad con esas manos! Lo único que le permitía mantener la conciencia despierta, a pesar de su cuerpo paralizado, era pensar que, si perdía la conciencia, esas manos la tocarían, la abrazarían, la acariciarían. El relámpago siguiente lo mostró entrando en el banco de al lado. Emily dio un salto y salió corriendo hacia el otro lado de la iglesia. Volvió a esconderse: él la buscaría, pero ella volvería a eludirlo, eso podía continuar así toda la noche y la fuerza de un loco sería más resistente que la suya, al fin podría caer exhausta y él se abalanzaría sobre ella.

Durante lo que a Emily le parecieron horas continuó este demente juego de escondidas. En realidad, fue apenas media hora. Ella ya no era una criatura racional, no más racional que su perseguidor. Ella no era más que un objeto de horror que se agachaba, saltaba, gritaba. Una y otra vez él la obligó a salir de su escondite con una paciencia astuta e implacable. La última vez ella había estado cerca de una de las puertas del pórtico y, desesperada, la atravesó corriendo y al soltarla se la cerró a él en la cara. Con sus últimas fuerzas, trató de sostener el picaporte para que él, del otro lado, no pudiera hacerlo girar. Y mientras hacía fuerza oyó... ¿era un sueño?... la voz de Teddy que la llamaba desde la escalinata del otro lado de la puerta.

-Emily... Emily... ¿estás ahí?

Ella no supo cómo había llegado él, no se lo preguntó, sólo supo que él estaba allí.

-¡Teddy, estoy encerrada en la iglesia! -gritó-, y el Loco Morrison está aquí y... ay, ay, rápido, rápido, sálvame, sálvame! -¡La llave de la puerta está colgada ahí, en un clavo a tu derecha! -gritó Teddy-. ¿Puedes alcanzarla y abrir la puerta? Si no puedes, rompo la ventana del pórtico.

Librodot

En ese momento, se abrieron las nubes y el pórtico quedó iluminado por la luz de la Luna. Entonces Emily vio con toda claridad la gran llave, que colgaba, alta, sobre la pared, junto a la puerta del frente. Corrió hacia ella y la agarró justo en el momento en que el Loco Morrison lograba abrir la puerta y entraba en el pórtico, con el perro detrás. Emily abrió la puerta del frente y cayó en brazos de Teddy justo a tiempo para eludir esa mano roja como la sangre, tendida hacia ella. Oyó que el Loco Morrison exhalaba un salvaje alarido de desolación, al ver que ella se le escapaba.

Sollozando y temblando, se abrazó a Teddy.

-¡Ay, Teddy, sácame de aquí, sácame rápido, ay, que no me toque, Teddy, que no me toque!

Teddy la puso detrás de su cuerpo y encaró al señor Morrison en la escalinata de piedra. -¿Por qué la asustó así? -preguntó, enojado.

El Loco Morrison sonrió, como disculpándose, bajo la luz de la Luna. De pronto, había dejado de ser violento y era apenas un pobre hombre desdichado que buscaba a su enamorada.

-Busco a Annie -murmuró-. ¿Dónde está Annie? Pensé que la había encontrado, recién. Yo sólo quería encontrar a mi hermosa Annie.

-Annie no está aquí -dijo Teddy, apretándole más la manita fría a Emily.

-¿Tú no sabes dónde está Annie? -rogó el Loco Morrison, con esperanza-. ¿No puedes decirme dónde está mi Annie, morena?

Teddy estaba furioso con el Loco Morrison por haber asustado a Emily, pero el penoso ruego del anciano lo conmovió, y el artista que había en él respondió a los valores de la imagen que se le presentaba contra el fondo de la iglesia blanca, iluminada por la luna. Pensó que le gustaría pintar al Loco Morrison de pie, allí, alto y enjuto, con su abrigo gris, su barba y sus cabellos largos y blancos y esa búsqueda eterna en los ojos vacíos y hundidos.

-No, no sé dónde está -dijo, con suavidad-, pero creo que algún día la encontrará.

El Loco Morrison suspiró.

-Ah, sí. Algún día la alcanzaré. Vamos, perrito, vamos a buscarla.

Seguido por el viejo perro negro, bajó los escalones, cruzó el jardín y tomó el largo camino mojado y sombreado por los árboles. Al irse, se fue para siempre de la vida de Emily. Ella no volvió a ver al Loco Morrison. Pero en ese momento se quedó mirándolo, comprendiéndolo, y lo perdonó. Para sí mismo, él no era el viejo repulsivo que le parecía a ella sino un joven enamorado galante en busca de su encantadora novia perdida. La penosa belleza de esa búsqueda la intrigó, incluso en ese momento tan inmediato a su hora de angustia.

-Pobre señor Morrison -dijo sollozando mientras Teddy a medias la ayudaba, a medias la llevaba hasta una de las losas, a un lado de la iglesia.

Se sentaron allí hasta que Emily recuperó la compostura y pudo contar su historia, o al menos lo más sobresaliente. Sentía que jamás podría contar, tal vez ni siquiera escribir en su cuaderno, todo el alcance de su miedo. Eso estaba más allá de las palabras.

-Y pensar -dijo, sollozando- que la llave estaba allí todo el tiempo. Yo no lo sabía.

-El Viejo Jacob Banks siempre cierra la puerta del frente por el lado de adentro con esa llave inmensa y después la cuelga de ese clavo -dijo Teddy-. La puerta del coro sí la cierra con una llavecita que se lleva a su casa. Lo hace siempre desde que una vez, hace tres años, perdió la llave grande y estuvo semanas sin encontrarla.

De pronto, Emily tuvo conciencia de lo extraño que era que Teddy hubiera acudido.

-¿Cómo fue que viniste, Teddy?

Librodot

-Pero, tú me llamaste -dijo él-. Me llamaste, ¿no?

-Sí -dijo Emily, despacio-, te llamé cuando vi al señor Morrison. Pero, Teddy, no pudiste haberme oído, no *pudiste.* Tansy Patch queda a un kilómetro y medio de aquí.

-Pues te oí -dijo Teddy, empecinado-. Estaba durmiendo y me desperté. Dijiste "Teddy, Teddy, sálvame" y era tu voz, con toda claridad. Me levanté, me vestí volando y vine lo más rápido que pude.

-¿Cómo supiste que estaba aquí?

-Ah, eso no lo sé -dijo Teddy, confuso-. No me detuve a pensar, me pareció que sabía que estabas en la iglesia cuando te oí llamarme y que tenía que llegar lo antes posible. Es... es muy raro -balbuceó, no muy seguro de lo que decía.

-Me... me da un poco de miedo -dijo Emily, estremeciéndose-. La tía Elizabeth dice que yo tengo la segunda visión, ¿te acuerdas de la madre de Ilse? El señor Carpenter dice que soy psíquica, yo no sé bien lo que quiere decir, pero creo que preferiría no serlo.

Volvió a estremecerse. Teddy pensó que tenía frío y, no teniendo nada para ponerle sobre los hombros, le pasó el brazo, en un gesto algo tímido, porque el orgullo de los Murray y la dignidad de los Murray podían considerarse ofendidos. Emily no tenía frío en el cuerpo, sino que una ráfaga helada le había atravesado el alma. Algo sobrenatural, un misterio que ella no podía comprender, le había pasado demasiado cerca en esa extraña convocatoria. Involuntariamente se acurrucó contra Teddy, intensamente consciente de la ternura del muchacho que ella percibía detrás de la frialdad de su timidez infantil. De pronto, Emily supo que quería a Teddy más que a nadie, más incluso que a la tía Laura, a llse o a Dean.

El brazo de Teddy se apretó un poquito más.

-Sea como fuere, me alegro de haber llegado a tiempo -dijo él-. De lo contrario, ese viejo loco te habría matado del susto.

Se quedaron sentados unos minutos en silencio. Todo parecía tan maravilloso, tan bello, y algo irreal. Emily pensó que estaba soñando, o en medio de uno de sus cuentos. La tormenta había pasado y la Luna había vuelto a brillar con toda su claridad. El aire fresco estaba lleno de voces seductoras: la voz caprichosa de las gotitas de lluvia que caían de las ramas de los bosques de arce a sus espaldas, la voz antojadiza de la Señora Viento alrededor de la iglesia blanca, la voz lejana y fascinante del mar y, todavía más lejanas y desconocidas, las vocecitas remotas, lejanas, de la noche. Emily las oía todas, más con el oído del alma que del cuerpo, al parecer, pues jamás antes las había oído. Más allá había campos, bosques y caminos, agradablemente sugerentes y elusivos, como si reflexionaran en secreto sobre los duendes, a la luz de la Luna. Las margaritas de un blanco plateado asentían y se mecían por todo el cementerio, encima de las tumbas recordadas o de las tumbas olvidadas. Un búho rió de una manera deliciosa, para sí mismo, en el viejo pino. Ante un sonido tan mágico, el destello místico se apoderó de Emily, sacudiéndola como un viento fuerte. Sintió como si ella y Teddy estuvieran completamente solos en un mundo maravillosamente nuevo, creado para ellos sólo con la juventud, el misterio y el deleite. Parecían, ellos mismos, ser parte de la fresca y suave fragancia de la noche, de la risa del búho, de las margaritas que bailaban en el aire lleno de sombras.

En cuanto a Teddy, pensaba que Emily estaba preciosa bajo la pálida luz de la Luna, con esos ojos sombreados y misteriosos y los rizos oscuros que le caían sobre el cuello de nieve. Apretó el brazo un poco más, y el orgullo de los Murray y la dignidad de los Murray siguieron sin protestar.

-Emily -susurró Teddy-, eres la muchacha más maravillosa del mundo.

Librodot

Tantos millones de muchachitos les han dicho estas palabras con tanta frecuencia a tantos millones de muchachitas que deberían sonar muy usadas. Pero, cuando una las escucha por primera vez en algún momento mágico de la adolescencia, son nuevas, frescas y maravillosas, como si acabaran de atravesar los cercos del jardín del Edén. Señora, sea usted quien sea y tenga la edad que tenga, sea honesta, admita que la primera vez que oyó esas palabras de labios de un tímido enamorado fue el gran momento de su vida. Emily se estremeció de los pies a la cabeza con una sensación de una dulzura hasta entonces desconocida y casi aterradora, una sensación que era para los sentidos lo que su "destello" era para el espíritu. Es concebible y no totalmente reprensible el que lo siguiente fuera un beso. Emily pensó que Teddy iba a besarla; Teddy sabía que lo haría y todo indicaba que no iba a recibir un sopapo como le había sucedido a Geoff North.

Pero no había de ser. Una sombra que se había escurrido por el portón y había avanzado sobre el pasto húmedo se detuvo ante ellos y tocó a Teddy en el hombro justo en el momento en que él inclinaba su cabeza de brillantes cabellos negros. Él levantó la mirada, sorprendido. Emily levantó la mirada. La señora Kent estaba de pie, allí, sin sombrero, con la cara cruzada por la cicatriz clara a la luz de la Luna, mirándolos con expresión trágica.

Emily y Teddy se pusieron de pie, los dos, con tanta rapidez que pareció que de verdad los había accionado un resorte. El mundo de hadas de Emily se desvaneció como una pompa de jabón. Estaba en un mundo completamente distinto, un mundo absurdo, ridículo. Sí, ridículo. Todo de pronto se había vuelto ridículo. ¿Podía haber algo más ridículo que la *madre de Teddy* los sorprendiera aquí, a las dos de la madrugada-¿cómo era esa palabra espantosa que había oído recientemente por primera vez?... ah, sí, *besuquearse*- besuqueándose en la tumba de ochenta años de antigüedad de George Horton? Así lo verían los demás. ¿Cómo podía algo ser tan hermoso en un instante y tan absurdo al siguiente? Ella era una sola brasa de vergüenza de la cabeza a los pies. Y Teddy, ella sabía que Teddy se sentía un tonto.

Para la señora Kent no era ridículo, era espantoso. Para sus celos anormales, el incidente tenía una significación siniestra. Miró a Emily con sus ojos vacíos, hambrientos.

-Así que estás tratando de robarme a mi hijo -dijo-. Él es lo único que tengo y tú estás tratando de robármelo.

-¡Ay, mamá, por lo que más quieras, sé razonable! -murmuró Teddy.

-Me dice... me dice que sea razonable -repitió trágicamente la señora Kent mirando a la Luna-. ¡Razonable!

-Sí, razonable -dijo Teddy, enojado-. No tienes por qué hacer todo este lío. Emily quedó encerrada en la iglesia por accidente y el Loco Morrison estaba adentro. Casi la mata del susto. Yo vine a sacarla y estábamos sentados aquí un momento hasta que se recuperara del susto y pudiera regresar a su casa. Eso es todo.

-¡Cómo supiste que estaba aquí? -preguntó la señora Kent. ¡Eso, cómo! Pregunta difícil de responder. La verdad sonaba como un invento tonto y estúpido. De todas maneras, Teddy lo explicó.

-Ella me llamó -dijo, sin más.

-Y tú la oíste, desde un kilómetro y medio de distancia. ¿Quieres que te crea? -preguntó la señora Kent, con una risotada. Emily ya había recuperado la compostura. En ningún momento de su vida Emily Byrd Starr estaría desconcertada por mucho rato. Se irguió con orgullo y a la luz difusa, a pesar de sus rasgos Starr, se la veía como seguramente se había visto Elizabeth Murray hacía más de treinta años.

-Señora, lo crea o no, es la verdad -dijo, altiva-. Yo no le estoy robando a su hijo, no lo quiero, puede irse.

Librodot

-Primero voy a llevarte a tu casa, Emily -dijo Teddy. Se cruzó de brazos y echó la cabeza hacia atrás, tratando de verse tan majestuoso como Emily. Sentía que la suya era una figura desoladora, pero se impuso ante la señora Kent, que se echó a llorar. -Vete, vete -dijo-. Vete con ella, abandóname.

Emily ya estaba furiosa. Si esta mujer irracional insistía en hacer una escena, muy bien, tendría una escena.

-No voy a permitir que me lleve a mi casa -dijo, autoritaria-. Teddy, ve con tu madre.

-Ah, tú le das órdenes, ¿eh? Tiene que hacer lo que tú le digas, ¿eh? -exclamó la señora Kent, que parecía haber perdido todo control de sí misma. Su cuerpo pequeño se sacudía con la violencia de los sollozos. Se retorcía las manos.

-Tiene que elegir por sí mismo -gritó-. Irá contigo o vendrá conmigo. Elige, Teddy, por ti mismo. No harás lo que ella te ordene. ¡Elige!

Otra vez estaba febrilmente dramática, y levantó la mano y señaló al pobre Teddy.

Teddy se sentía tan desgraciado, impotente y furioso como puede sentirse cualquier varón cuando dos mujeres pelean por él en su presencia. Deseaba estar a kilómetros de distancia. Qué situación, ¡y que lo ridiculizaran así ante Emily! ¿Por qué no podía portarse su madre como las madres de los otros chicos? ¿Por qué tenía que ser tan fuerte y exigente? Sabía que en Blair Water se decía que ella estaba "un poquito tocada". Él no lo creía. Pero... pero, la cosa es que eso era un lío. A eso se resumía todo. ¿Qué diablos podía hacer? Si llevara a Emily a su casa sabía que su madre lloraría y rezaría sin parar durante días y días. Por otro lado, abandonar a Emily después de su horrible experiencia en la iglesia y dejarla que atravesara sola el camino solitario era inconcebible. Pero ahora Emily dominaba la situación. Estaba muy enojada, con ese enojo helado del viejo Hugh Murray que no se gastaba en bravatas sino que iba derecho a la cuestión.

-Usted es una mujer tonta y egoísta -dijo ella- y va a hacer que su hijo la odie.

-¡Egoísta! Me llamas egoísta-sollozó la señora Kent-. Vivo sólo para Teddy, él es todo lo que tengo para vivir.

-Sí que es egoísta. -Emily estaba muy erguida, los ojos se le habían puesto negros y la voz era cortante: tenía "la mirada Murray" y, a la pálida luz de la Luna, eso era algo de temer. Se preguntó, mientras hablaba, cómo sabía ciertas cosas. Pero las sabía. -Usted piensa que lo quiere, pero es a usted misma a quien ama. Está decidida a arruinarle la vida. No quiere que vaya a Shrewsbury porque a usted le va a doler quedarse sola. Ha permitido que sus celos de todo lo que él quiere le carcoman el corazón y la dominen. No es capaz de soportar un poquito de dolor por él. Usted no es una madre. Teddy tiene mucho talento, lo dicen todos. Usted tendría que estar orgullosa de él, tendría que darle una oportunidad. Pero no, y algún día él la odiará por eso, sí, la odiará.

-Oh, no, no -gimió la señora Kent. Levantó las manos como para eludir un golpe y se acurrucó contra Teddy. -Ay, qué cruel eres, qué cruel. Tú no sabes cuánto he sufrido, no sabes el dolor que llevo siempre en el corazón. Él es todo lo que tengo, todo. No tengo nada más, ni siquiera un recuerdo. Tú no comprendes. No puedo... no puedo dejarlo ir.

-Si permite que sus celos le arruinen la vida a él, lo perderá -dijo Emily, inexorable. Siempre le había tenido miedo a la señora Kent. Pero ahora, súbitamente, ya no le temía, y supo que no volvería a temerle. -Usted odia todo lo que a él le gusta, odia a sus amigos, a su perro y sus dibujos. Usted sabe que es así. Pero no lo retendrá de esa manera, señora Kent. Y se va a dar cuenta cuando ya sea demasiado tarde. Buenas noches, Teddy. Gracias otra vez por venir a rescatarme. Buenas noches, señora Kent.

El "buenas noches" de Emily fue muy categórico. Se volvió y comenzó a caminar sin mirar hacia atrás, con la cabeza muy en alto. Y por el camino mojado avanzó, al

Librodot

principio muy enojada y luego, a medida que el enojo fue desvaneciéndose, muy cansada. Se encontró casi temblando de cansancio. Las emociones de la noche la habían dejado exhausta y ahora, ¿qué haría? No le gustaba la idea de irse a su casa en La Luna Nueva. Emily sentía que jamás podría enfrentarse a una tía Elizabeth indignada si se descubrían los acontecimientos de la noche. Entró por el portón de la casa del doctor Burnley. Allí nunca cerraban las puertas. Emily entró en la sala del frente justo cuando el amanecer comenzaba a blanquear el cielo y se acurrucó en el diván, detrás de la escalera. No tenía sentido despertar a llse. Le contaría toda la historia por la mañana y la conminaría a guardar silencio. Le contaría todo salvo, tal vez, una cosa que había dicho Teddy y el episodio de la señora Kent. Lo primero era demasiado hermoso y lo segundo demasiado desagradable para hablarlo. Claro que la señora Kent no era como otras mujeres y no tenía sentido sentirse demasiado mal al respecto. De todas maneras, había estropeado y malogrado algo frágil y hermoso, había manchado de absurdo un momento que tendría que haber sido amado eternamente. Y además, por supuesto, había hecho sentir al pobre Teddy como un asno. Eso era, en última instancia, lo que Emily no podía perdonar.

Mientras se quedaba dormida recordó, borrosamente, los acontecimientos de esta noche asombrosa: su encierro en la iglesia solitaria, el horror de tocar al perro, el horror más grande de la persecución del Loco Morrison, su inmenso alivio al oír la voz de Teddy, el breve momento de idilio en el cementerio -¡vaya lugar para un idilio!-, la tragicómica llegada de la pobre señora Kent, con sus mórbidos celos.

"Espero no haber estado demasiado dura con ella", pensó Emily mientras se hundía en el sueño. "Si lo estuve, lo lamento. Tendré que anotarlo en mi diario como una mala acción. En cierto sentido me siento como si hubiera crecido de golpe esta noche; ayer me parece que fue hace siglos. Pero qué capítulo este para mi diario. Lo escribiré todo, todo menos eso que dijo Teddy de que yo era la muchacha más maravillosa del mundo. Eso es demasiado... demasiado lindo... para escribirlo. Lo... lo recordaré."

Librodot

4

CÓMO NOS VEN LOS OTROS

Emily había terminado de lavar el piso de la cocina de La Luna Nueva y estaba muy ocupada lustrándolo con arena en el famoso y complicado "diseño de espina de arenque" que era una de las tradiciones de La Luna Nueva pues había sido inventado, o al menos eso se decía, por la tátara tatarabuela famosa por el "Aquí me quedo". La tía Laura le había enseñado a Emily cómo hacerlo y Emily se enorgullecía de su habilidad. Hasta la tía Elizabeth había condescendido en admitir que Emily hacía muy bien el famoso diseño y cuando la tía Elizabeth elogiaba algo, cualquier comentario ulterior holgaba. La Luna Nueva era el único lugar en Blair Water donde se mantenía la vieja costumbre de "lustrar" así los pisos; otras amas de casa habían comenzado hacía ya tiempo a usar métodos "modernos" y limpiadores especiales para blanquear sus pisos. Pero la Dama Elizabeth Murray no quería saber de nada con esas cosas; mientras ella reinara en La Luna Nueva, allí arderían velas y los pisos "lustrados" relucirían blancamente.

La tía Elizabeth había exasperado a Emily insistiendo en que se pusiera el viejo delantal "Mamá Hubbard" de la tía Laura mientras refregaba el piso. Un "Mamá Hubbard", pues tal vez corresponda explicarlo a los de esta generación, era una prenda suelta y sin forma que servía principalmente como una especie de vestido de mañana y fue muy apreciado en su época porque era fresco y fácil de vestir. La tía Elizabeth, de más está puntualizarlo, odiaba los "Mamá Hubbard". Los consideraba la última palabra en desprolijidad, y nunca se le permitió a Laura tener otro. Pero el viejo, aunque su bonito color lila original se había decolorado hasta convertirse en un blanco desvaído, estaba todavía demasiado "bueno" como para tirarlo, y esto era lo que le habían dicho a Emily que se pusiera. Emily odiaba los "Mamá Hubbard" con tanta intensidad como la tía Elizabeth. Eran peores, según ella, que los "delantales de bebé" de su primer verano en La Luna Nueva. Sabía que quedaba ridícula en el "Mamá Hubbard" de la tía Laura, que le llegaba a los pies y le caía con una línea floja y feísima de los delgados hombros juveniles, y Emily le tenía pánico al ridículo. Una vez había impresionado a la tía Elizabeth diciendo que prefería "ser mala y no ridícula". Emily había refregado y "lustrado" el piso sin apartar un ojo de la puerta, lista para salir corriendo si aparecía algún extraño mientras ella vestía una prenda tan espantosa.

No era, como Emily bien sabía, una tradición de los Murray "salir corriendo". En La Luna Nueva uno se enfrentaba a las situaciones, tuviera puesto lo que tuviera puesto, dándose siempre por sentado que uno siempre estaba prolija y adecuadamente ataviado para la ocupación del momento. Emily admitía lo razonable de esto pero, no obstante, era lo suficientemente joven y tonta como para sentir que se moriría de vergüenza si alguien la veía con el "Mamá Hubbard" de la tía Laura. Era prolijo, estaba limpio, pero era "ridículo". ¡Ésa era la cuestión!

Justo cuando Emily terminaba el lustrado y guardaba la lata de arena en su lugar debajo de la mesa de la cocina, donde se guardaba desde tiempos inmemoriales, oyó voces extrañas en el patio. Una rápida mirada por la ventana de la cocina reveló a las dueñas de las voces: la señorita Beulah Potter y la señora Ann Cyrilla Potter, de visita, sin duda, por

Librodot

algún asunto referido a las Damas de Beneficencia. Iban por la puerta de atrás como era costumbre en Blair Water cuando uno iba a ver a los vecinos, informalmente o por algún asunto específico. Ya habían pasado los alegres canteros de malvas con los que el primo Jimmy había bordeado el sendero de piedra que llevaba al tambo y, de todas las personas dentro y fuera de Blair Water, éstas eran las dos por las que Emily menos querría ser vista en una situación ridícula. Sin ponerse a pensar, se metió en el armario de los zapatos y cerró la puerta.

La señora Ann Cyrila golpeó dos veces a la puerta de la cocina, pero Emily no se movió. Sabía que la tía Laura estaba hilando en la buhardilla -oía el sordo ruido del pedal por encima de su cabeza- pero creía que la tía Elizabeth estaba cocinando tartas en la cocina de afuera y que vería u oiría a las visitas. Las llevaría a la salita y Emily podría escabullirse. Y una cosa tenía decidida: no la verían con ese "Mamá Hubbard". La señorita Potter era una chismosa delgada, venenosa, ácida, que parecía odiar a todo el mundo en general y a Emily en particular; y la señora Ann Cyrilla era una chismosa regordeta, bonita, suave y amable que, justamente a causa de su suavidad y su amabilidad, hacía más daño en una semana que la señorita Potter en un año. Emily desconfiaba de ella, aunque no podía evitar que le cayera bien. Tantas veces había oído a la señora Ann Cyrilla burlándose de personas en cuyas caras había sido dulce y encantadora y la señora Ann Cyrilla, que había sido una de las "elegantes Wallace" de Derry Pond, disfrutaba especialmente riéndose de las peculiaridades de la vestimenta de los demás.

Volvieron a llamar; esta vez era la señorita Potter. Emily se dio cuenta por los golpes secos. Estaban impacientándose. Bien, podían seguir golpeando hasta que las vacas vinieran a la casa, juró Emily. Ella no iría a abrir la puerta con su "Mamá Hubbard". Entonces oyó la voz de Perry explicándoles que la señorita Elizabeth estaba en los canteros detrás del granero recogiendo frambuesas, pero que entraran si lo deseaban y se pusieran cómodas, mientras él iba a buscarla. Para desesperación de Emily, eso fue lo que hicieron. La señorita Potter se sentó con un crujido y la señora Ann Cyrilla con un suspiro y las pisadas de Perry se perdieron en el patio. Emily se dio cuenta de que estaba a punto de encontrarse en una situación muy embarazosa. Hacía mucho calor y estaba sofocante dentro del diminuto armario de los zapatos, donde, además de los zapatos, se guardaba la ropa de trabajo del primo Jimmy. Deseó con toda el alma que Perry no demorara mucho en encontrar a la tía Elizabeth.

-Ay, qué calor hace -dijo la señora Ann Cyrilla, con un gran gemido.

La pobre Emily -no, no debemos llamarla pobre, no merece piedad, ha actuado como una tonta y se lo tiene merecido-; Emily, entonces, ya transpirando a más no poder dentro del estrecho recinto, estuvo absolutamente de acuerdo con ella.

- Yo no sufro el calor como los gordos -dijo la señorita Potter-. Espero que Elizabeth no nos haga esperar mucho. Laura está hilando; oigo la rueca en la buhardilla. Pero no serviría de nada verla a ella, Elizabeth se opondría a cualquier cosa que Laura pudiera prometer, aunque más no fuera porque no lo ha decidido *ella.* Veo que acaban de lustrar el piso. Mira esas maderas gastadas. Uno diría que Elizabeth Murray puede hacer cambiar el piso, ¿no? pero es demasiado avara, por supuesto. Mira esa hilera de velas en la repisa del hogar, tanta molestia y una mala luz por lo poquito más que puede costarle el querosén. No se va a llevar la plata en el cajón, tendrá que dejarla cuando pase la puerta de oro, aunque sea una Murray.

Emily se asustó. Se dio cuenta de que no sólo se estaba sofocando dentro del armario sino que además estaba espiando, algo que no había vuelto a hacer desde la tarde, en Maywood, cuando se escondió debajo de la mesa para escuchar a sus tíos y tías deliberando sobre su futuro. Claro que aquello había sido voluntario, mientras que eso era

Librodot

obligatorio, al menos, el "Mamá Hubbard" lo había hecho obligatorio. Pero eso no haría que fuera más agradable oír los comentarios de la señorita Potter. ¿Quién era ella para llamar "avara" a la tía Elizabeth? La tía Elizabeth *no era* avara. De pronto, Emily se sintió furiosa con la señorita Potter. Ella misma muchas veces había criticado en secreto a la tía Elizabeth, pero era intolerable que lo hiciera una desconocida. ¡Y ese desdén por los Murray! Emily se imaginaba el brillo desagradable en los ojos de la señorita Potter mientras hablaba. En cuanto a las velas...

"Los Murray ven más lejos a la luz de las velas de lo que usted ve a la luz del Sol, señorita Potter", pensó Emily despectiva, o al menos todo lo despectiva que se puede ser cuando a uno le corre un río de transpiración por la espalda y no tiene para respirar más que el aroma a cuero viejo.

-Supongo que es por el gasto que no quiere mandar más a Emily a la escuela este año -dijo la señora Ann Cyrilla-. Aunque todo el mundo piensa que tendría que mandarla a Shrewsbury, y sería de esperar que lo haga, aunque más no fuera por orgullo, si no por otra cosa. Pero tengo entendido que ha decidido no enviarla.

A Emily le dio un vuelco el corazón. Hasta ese momento no estaba segura de que la tía Elizabeth no la enviaría a Shrewsbury. Se le llenaron los ojos de lágrimas, lágrimas amargas, ardientes, lágrimas de desilusión.

-Emily tendría que aprender algo para ganarse la vida -dijo la señorita Potter-. El padre no le dejó nada.

-Me dejó *a mí* -dijo Emily, entre dientes, apretando los puños. La ira le secó las lágrimas.

-Ah -dijo la señora Ann Cyrilla, riendo con un desdén tolerante-, tengo entendido que Emily va a ganarse la vida escribiendo cuentos, no sólo ganarse la vida sino hacerse rica, si no me equivoco.

Volvió a reír. La idea era tan exquisitamente ridícula. La señora Ann Cyrilla hacía mucho que no oía nada tan gracioso.

-Dicen que pierde muchísimo tiempo garabateando tonterías -asintió la señorita Potter-. Si yo fuera su tía Elizabeth, en seguida la curaría de esas cosas.

-Podría no serte tan fácil. Tengo entendido que siempre ha sido una niña difícil, tan testaruda, típicamente Murray. Todos son iguales: necios como mulas.

(Emily, rabiosa: "¡Qué manera irrespetuosa de hablar de nosotros! Ay, si no tuviera puesto este `Mamá Hubbard' abriría esta puerta de par en par y les pediría cuentas".)

-Necesita que le aprieten las riendas, si conozco la naturaleza humana -dijo la señorita Potter-. Va a ser una coqueta, eso se nota desde ahora. Será la misma historia de Juliet. Ya vas a ver. ¡Le hace ojitos a todo el mundo y no tiene más que catorce años!

(Emily, sarcástica: "¡No es cierto! Y mamá no era ninguna coqueta. Aunque podría haberlo sido, pero no lo fue. *Usted* no puede ser una coqueta, aunque quisiera, ¡respetable solterona!")

-No es bonita, como la pobre Juliet, y es muy solapada, muy insondable. La señora Dutton dice que es la niña más solapada que ha visto en su vida. Pero, aun así, hay algunas cosas que me gustan de la pobre Emily.

`-El tono de la señora Ann Cyrilla era muy paternalista. La "pobre' Emily se retorcía entre los zapatos.

--Lo que no me gusta de ella es que siempre quiere pasar por inteligente -dijo, muy decidida, la señorita Potter-. Dice cosas inteligentes que ha leído en los libros y las hace pasar por propias.

(Emily, ultrajada: "¡No es cierto!")

-Y es muy sarcástica y susceptible. Además de orgullosa como el mismo diablo -dijo la señorita Potter.

La señora Ann Cyrilla rió otra vez con placidez y amabilidad. -Ah, eso se da por descontado en una Murray. Pero el defecto mayor que tienen es que están convencidos de que nadie puede hacer nada mejor que ellos, y en Emily es clarísimo. Si hasta cree que podría dar mejores sermones que el señor Johnson.

(Emily: "Eso es porque dije que en uno de sus sermones se contradijo, y fue así. Pero también la oí a *usted* criticar docenas de sus sermones, señora Ann Cyrilla".)

-Es celosa-continuó la señora Ann Cyrilla-. No soporta que le ganen en nada, quiere ser la primera en todo. Me dijeron que lloró de la mortificación la noche del concierto porque llse Burnley se llevó todos los honores en el diálogo. Emily estuvo muy mal, era como de madera. Y continuamente está contradiciendo a los mayores. Sería gracioso si no fuera tan mala educación.

-Es raro que Elizabeth no la cure de *eso.* Los Murray están convencidos de que ellos tienen mejores modales que nadie -dijo la señorita Potter.

(Emily, furiosa, hablándoles a las botas: "Y así es".)

-Claro que, en mi opinión -dijo la señora Ann Cyrilla-, muchos de los defectos de Emily vienen de su amistad con llse;' Burnley. No deberían permitirle andar con llse. Dicen que llse es tan pagana como el padre. Siempre he oído decir que no cree en Dios para nada, ni en el Diablo, tampoco.

(Emily : "Lo que, a *tus* ojos, es muchísimo peor".)

-Ah, ahora el doctor la está educando un poquito mejor, des- ' pués de que se supo que su preciosa esposa no se fue con Leo Mitchell -dijo la señorita Potter, con un resoplido-. La hace ira la escuela dominical. Pero no es una chica para ser amiga de Emily. Dice malas palabras como un soldado, dicen. Un día la señora de Mark Burns estaba en el consultorio del doctor y oyó que llse, que estaba en el vestíbulo, decía, con toda claridad: "¡Fuera, mancharle mierda!", probablemente le hablaba al perro.

-Dios santo, Dios santo -gimió la señora Ann Cyrilla. -¿Sabes lo que le vi hacer la semana pasada? ¡Y lo vi con mis propios ojos! -La señorita Potter puso mucho énfasis en esto. No fuera cosa que Ann Cyrilla creyera que lo había visto con los ojos de otra persona.

-Nada puede sorprenderme -farfulló la señora Ann Cyrilla-. Si dicen que el martes pasado, de noche, estaba en la serenata que le dieron a Johnson, vestida de varón.

-Muy probable. Pero esto sucedió en el patio del frente de mi casa. Ella estaba con Jen Strang, que había venido a pedirme un gajo de mi rosal persa para la madre. Yo le pregunté a Ilse si sabía coser, cocinar y algunas otras cosas que consideré que había que recordarle que existen. llse dijo "No" a cada pregunta, muy campante y después me dijo... ¿qué se te ocurre que pudo haberme dicho esa niña?

-¡Ay! ¿Qué? -se impacientó la señora Ann Cyrilla, sin aliento.

-Me preguntó: "¿Usted puede pararse en un pie y levantar el otro a la altura de los ojos, señorita Potter? Yo sí". Y -dijo la señorita Potter, bajando la voz a un adecuado tono de horror- ¡lo hizo!

La escucha del armario ahogó un espasmo de risa contra el mameluco gris del primo Jimmy. ¡Cómo le encantaba a la loca de llse impresionar a la señorita Potter!

-¡Santo Cielo! ¿Había hombres cerca? -inquirió la señora Ann Cyrilla.

-No, por suerte. Pero yo creo que lo habría hecho igual, hubiera quien hubiese. Estábamos cerca del camino, podría haber pasado *cualquiera.* Me sentí tan avergonzada. En *mis* tiempos una muchacha se habría muerto antes de hacer algo así.

-No es peor de cuando ella y Emily se bañaron a la luz de la luna en la playa *sin absolutamente nada de ropa* -dijo la señora Ana Cyrilla-. Eso fue un escándalo. ¿Te enteraste?

-Ay, sí, la historia se sabe en todo Blair Water. Todos la oyeron menos Elizabeth y Laura. Lo que no puedo averiguar es cómo se ¿Las vieron?

-Ay, por Dios, no, no fue tan malo. La misma Ilse la contó. Al parecer considera algo sin ninguna importancia. A mí me parece que e alguien tendría que contárselo a Laura y a Elizabeth.

-Cuéntales tú -sugirió la señorita Potter.

-No, no. Yo no quiero indisponerme con mis vecinos. Yo no soy responsable por la educación de Emily Starr, gracias a Dios. Si lo fuera, tampoco le permitiría tratarse tanto con el Giboso Priest. Es el más extraño de todo ese clan extraño que son los Priest. Estoy segura de que tiene una mala influencia sobre ella. Esos ojos verdes me dan escalofríos. Creo que ese hombre no cree *en nada.*

(Emily, otra vez sarcástica: "¿Ni siquiera en el Diablo?") -Hay un rumor extraño sobre él y Emily -dijo la señorita Potter-. Yo no le veo sentido. Los vieron el miércoles pasado, al atardecer, en la colina grande, portándose de una manera muy rara. Caminaban con los ojos fijos en el cielo, de pronto se detenían, se tomaban del brazo y señalaban hacia arriba. Lo hicieron una y otra vez. La señora Price los observaba desde la ventana y no puede imaginarse en qué andaban. Era demasiado temprano para que hubiera estrellas *y ella* no vio nada en el cielo. Pasó toda la noche despierta pensando en eso.

-Bien, en resumidas cuentas, Emily Starr necesitaría más vigilancia -dijo la señora Ann Cyrilla-. A veces pienso si no sería prudente prohibirles a Muriel y a Gladys que se traten tanto con ella.

(Emily, devota: "Por favor, sí. Son tan estúpidas, tan pero tan estúpidas y no se nos despegan ni por un segundo a Ilse y a mí".) -Al final de cuentas, yo le tengo lástima -dijo la señorita Potter-. Es tan tonta y tan engreída que le va a ir mal con cualquiera y nunca ningún hombre decente y sensato se va a fijar en ella. Geoff North dice que una vez la acompañó a la casa y que, a él, le alcanzó.

(Emily, enfática: "¡Eso te lo creo! Geoff demuestra una inteligencia casi humana con ese comentario").

-Pero probablemente no pase la adolescencia. Se le nota la tuberculosis. De verdad, Ann Cyrilla, esa pobrecita *me da* lástima. Esto fue la proverbial última gota para Emily. *¡Ella,* una Starr entera y una Murray a medias, ser compadecida por Beulah Potter! ¡Con "Mamá Hubbard" o sin Mamá Hubbard", no lo toleraría! De pronto la puerta del armario se abrió de golpe y allí apareció Emily, con su "Mamá Hubbard", contra un fondo de botas y ropa de trabajo. Tenía las mejillas rojas y los ojos negros. Las bocas de la señora 70

Ann Cyrilla y de la señorita Beulah Potter se abrieron y así se quedaron; las caras se pusieron de un rojo subido: quedaron mudas. Emily las miró fijo durante todo un minuto de un silencio desdeñoso y elocuente. Luego, con aire de reina, atravesó la cocina y desapareció por la puerta de la salita, justo en el momento en que la tía Elizabeth subía los escalones de piedra con dignas disculpas por haberlas hecho esperar. La señorita Potter y la señora Ann Cyrilla estaban tan aturdidas que casi no pudieron hablar de las Damas de Beneficencia y se fueron, confusas, después de unas pocas preguntas y respuestas no muy coherentes. La tía Elizabeth no supo qué pensar y supuso que se habrían ofendido, tontamente, por haber tenido que esperar. Luego apartó el tema de su cabeza. Una Murray no se preocupaba por lo que hacían o pensaban las Potter. La puerta abierta del armario no reveló nada y no se enteró jamás de que, en la habitación del mirador, Emily estaba tendida boca abajo sobre la cama llorando apasionadamente de vergüenza, de furia y de

humillación. Se sentía humillada y lastimada. Todo había sido resultado de su tonta vanidad, en un principio, eso lo admitía, pero el castigo había sido *demasiado* severo.

No le importaba tanto lo que había dicho la señorita Potter, pero los aguijones de malicia de la señora Ann Cyrilla sí dolían. A ella le gustaba antes la señora Ann Cyrilla, tan bonita y agradable, tan amable, siempre diciéndole cumplidos. Había creído que la señora Ann Cyrilla la quería. ¡Y averiguar ahora que era capaz de hablar así de ella!

-¿No podrían haber dicho *una* cosa buena de mí? -se preguntó, sollozando-. Ay, me siento como sucia, entre mi estupidez y la malicia de ellas, sucia y confundida en la mente. ¿Volveré algún día a sentirme limpia?

No se sintió "limpia" hasta no haberlo escrito todo en su diario Entonces adoptó una visión menos distorsionada del tema y convocó en su ayuda a la filosofía.

"El señor Carpenter dice que debemos hacer que toda experiencia nos enseñe algo", escribió. "Dice que cualquier experiencia, agradable o desagradable, tiene algo para darnos si somos capaces de considerarla sin apasionamiento. `Ese', agregó él con amargura `es uno de los consejos que he repetido durante toda mi vida sin poder nunca aprovecharlo yo mismo.'"

"¡Muy bien, intentaré ver esto sin apasionamientos! Supongo que la manera de hacerlo es considerar todo lo que se dijo de mí y decidir qué es verdadero y qué falso, y qué sólo distorsionado, lo que es peor que falso, creo.

"Para empezar: esconderme en el armario, sólo por vanidad, entra en mi lista de malas acciones. Y supongo que aparecer como aparecí, después de haber estado allí tanto rato, y hacerlas sentir tan incómodas, fue otra. Pero, en ese caso, todavía no puedo sentirlo `sin apasionamientos', porque me alegro pecaminosamente de haberlo hecho, ¡sí, aunque me hayan visto con el `Mamá Hubbard'! ¡Jamás olvidaré esas caras! En especial la de la señora Ann Cyrilla. La señorita Potter no se preocupará mucho tiempo por esto, pero la señora Ann Cyrilla jamás olvidará, hasta el día que se muera, de cómo fue *desenmascarada* de esa manera.

"Ahora revisemos sus críticas sobre Emily Byrd Starr y decidamos si la dicha Emily Byrd Starr merecía tales críticas, total o parcialmente. Ahora sé honesta, Emily, `mira dentro de tu corazón' y trata de verte tú misma, no como te ve la señorita Potter ni como te ves tú, sino como eres en realidad.

("¡Creo que esto va a ser interesante!)

"En primer lugar, la señora Ann Cyrilla dijo que yo era testaruda.

"¿Lo soy?

"Sé que soy decidida, y la tía Elizabeth dice que soy empecinada. Pero testaruda es peor que cualquiera de las dos cosas. La determinación es una buena cualidad e incluso el empecinamiento tiene una gracia salvadora si viene acompañado de coraje. Pero una persona testaruda es una persona demasiado estúpida para ver o entender la tontería de determinado curso de acción e insiste en seguirlo, insiste, en breve, en darse de cabeza contra un muro de piedra.

"No, no soy testaruda. Acepto los muros de piedra.

"Pero cuesta mucho convencerme de que *son* muros de piedra y no imitaciones en cartulina. Por lo tanto, sí soy un poquito testaruda.

"La señorita Potter dijo que yo era una coqueta. Esto es absolutamente falso, de modo que no lo consideraré. Pero también dijo que yo `hago ojitos'. ¿Lo hago? No es mi intención, eso lo sé, pero parece que uno puede `hacer ojitos' sin tener conciencia, de modo que, ¿cómo voy a evitarlo? No puedo vivir toda la vida con los ojos bajos. El otro día Dean me dijo:

"`Cuando me miras así, Estrella, no puedo más que hacer lo que tú me pidas'.

Librodot

"Y la semana pasada la tía Elizabeth se enojó mucho porque dice que yo estaba mirando a Perry `de manera impropia' cuando lo instaba a ir al picnic de la Escuela Dominical. (Perry odia los picnics de la Escuela Dominical).

"Ahora bien, en ambos casos, yo pensaba que sólo miraba con una mirada *encantadora.*

"La señora Ann Cyrilla dijo que yo no era bonita. ¿Es cierto?" Emily dejó la lapicera, se acercó al espejo y observó "sin apasionamiento" su aspecto. Cabellos negros, ojos como humo púrpura, labios rojos. Eso no estaba mal. La frente era demasiado alta pero su nuevo peinado disimulaba el defecto. Tenía la piel demasiado blanca y las mejillas, tan pálidas en su niñez, ahora tenían el delicado tinte de un rosa perlado. La boca era demasiado grande, pero los dientes eran lindos. Las orejas apenas puntiagudas le daban un encanto de fauno. El cuello tenía una línea que a ella le gustaba. El cuerpo delgado, inmaduro, era grácil; sabía, porque se lo había dicho la tía Nancy, que tenía los tobillos y el arco del pie de los Shipley. Emily miró muy seria a Emily del espejo desde varios ángulos, y volvió a su diario.

"He decidido que no soy bonita" escribió. "Creo que *me veo* bonita cuando me peino de una determinada forma, pero una niña de veras bonita lo sería se peinase como se peinase, de modo que la señora Ann Cyrilla tenía razón. Pero estoy segura de que tampoco soy tan fea como ella dio a entender.

"También dijo que yo era solapada e insondable. No me parece que sea un defecto ser `insondable', aunque ella lo dijo como si a ella le pareciera que sí. Prefiero ser insondable que superficial. Pero, ¿soy solapada? No, no lo soy. Entonces, ¿qué es lo que hace que la gente me crea solapada? La tía Ruth siempre insiste con que lo soy. Yo creo que es porque tengo la costumbre, cuando estoy aburrida o irritada con una persona, de irme de pronto a mi propio mundo y cerrar la puerta. A la gente eso no le gusta, supongo que es natural que a nadie le guste que le cierren una puerta en las narices. Lo llaman astucia y es sólo autodefensa. Así que no me preocuparé de ese tema.

"La señorita Potter dijo algo abominable: que yo decía discursos inteligentes que había leído en libros y los hacía pasar por propios, haciéndome la interesante. Eso es *absolutamente* falso. Honestamente, jamás quise hacerme la interesante. Lo que sí: con mucha frecuencia trato de ver cómo suena algo que he pensado al ponerlo en palabras. Tal vez sea una especie de alarde. Debo tener cuidado con eso.

"Celosa, no, no lo soy. Me gusta ser la primera, lo reconozco. Pero no fue por celos de Ilse que lloré aquella noche del concierto. Lloré porque sentí que había estropeado mi parte. Sí fui de madera, como dijo la señora Ann Cyrilla. Creo que *no sé* actuar un papel. A veces hay un papel que parece encajarme y creo que puedo *ser* ese personaje pero, si no es así, no soy buena con los diálogos. Sólo participé por la señora Johnson, y me sentí muy mortificada porque sabía que ella estaba decepcionada. Y supongo que mi orgullo también sufrió, pero no me pasó por la cabeza tener celos de Ilse. Estuve orgullosa de ella: es magnífica en el teatro.

"Sí, contradigo a la gente. Admito que ése es uno de mis defectos. ¡Pero la gente dice disparates tan grandes! ¿Y por qué no es malo que la gente me contradiga a mí? Lo hacen todo el tiempo, y yo tengo razón con tanta frecuencia como los demás.

"¿Sarcástica? Sí, me temo que ése es otro de mis defectos. Susceptible no, no lo soy. Sólo soy *sensible. ¿Y* orgullosa? Bien, sí, soy un poquito orgullosa, pero no tanto como cree la gente. No puedo evitar llevar la cabeza con cierto porte y no puedo evitar sentir que es una gran cosa tener un siglo de personas buenas, correctas, con buenas tradiciones y cerebros considerables, detrás de uno. ¡No como los Potter, recién llegados como son!

"Ah, y cómo esas mujeres confundieron las cosas con respecto a la pobre llse. Supongo que uno no puede esperar que una Potter o la esposa de un Potter reconozca la escena de sonambulismo de *Lady Macbeth.* Una y otra vez le he dicho a Ilse que se asegure de que están todas las puertas cerradas cuando la ensaya. La interpreta maravillosamente. Y ella no fue a esa serenata, sólo dijo que le gustaría ir. Y en cuanto a bañarnos a la luz de la Luna, eso es cierto, excepto que *algo* de ropa teníamos. No tuvo nada de malo. Fue absolutamente hermoso, aunque ahora todo se degradó por haber sido arrastrado a la charlatanería. Ojalá Ilse no hubiera contado nada.

"Habíamos ido a caminar por la costa. Era una noche de luna y la costa estaba preciosa. La Señora Viento susurraba entre los pastos de las dunas y había un suave oleaje de olas pequeñas y relucientes en la costa. Queríamos bañarnos, pero al principio pensamos que no podíamos, porque no teníamos nuestros trajes de baño. Así que nos sentamos en la arena y hablamos de mil cosas. Fue una conversación verdadera, no una charla. El gran golfo se extendía ante nosotros, plateado, reluciente, atractivo, estirándose más y más lejos hacia la niebla del cielo del norte. Era como un océano en `remotas tierras de hadas'.

"Yo dije:

"`Me gustaría subirme a un barco y zarpar... ir lejos... ¿adónde desembarcaría?'

"`Supongo que en Anticosti' dijo Ilse, demasiado prosaica para mi gusto.

"`No, no, creo que en Ultima Thule', dije, soñadora. `En alguna costa hermosa y desconocida donde `nunca caiga la lluvia y nunca sople el viento'. Tal vez la región detrás del Viento del Norte donde fue *Diamond.* En una noche como ésta se podría navegar hasta ella sobre ese mar de plata.'

"`Creo que eso era el cielo', dijo Ilse.

"Después hablamos de la inmortalidad e llse dijo que ella le tenía miedo, que tenía miedo de vivir para siempre; dijo que estaba segura de que terminaría terriblemente harta de sí misma. Yo le dije que a mí me gustaba bastante la idea de Dean de una sucesión de vidas -aunque no pude averiguar si él en realidad cree en esa teoría o no- e Ilse dijo que podría ser espléndido si uno estuviera seguro de volver a nacer como una persona decente, pero, ¿y si no era así?

`Bueno, algún riesgo tienes que correr en cualquier tipo de inmortalidad', dije yo.

"`De todas maneras', dijo Ilse, `sea yo u otra persona, la próxima vez espero no tener un carácter tan difícil. Si sigo siendo yo misma romperé el arpa y destrozaré mi halo y les arrancaré las alas a todos los otros ángeles media hora después de llegar al cielo. Sabes que lo haré, Emily. No puedo evitarlo. Ayer volví a tener una pelea brutal con Perry. Fue culpa mía, pero es que él me irritó con sus alardes. ¡Cómo me gustaría poder controlar mi carácter!'

"A mí ahora no me molestan las rabietas de llse, sé que jamás cree en las cosas que dice cuando está enojada. Yo no le respondo. Le sonrío y, si tengo un pedacito de papel a mano, anoto las cosas que dice. Eso la pone tan fuera de sí que se sofoca con la rabia y no puede seguir hablando. Por lo demás, llse es amorosa y muy divertida.

"`No puedes controlar tus rabietas porque te encantan', le dije. "llse me miró.

"`No, no.'

"`Sí, te encantan. Las disfrutas', insistí.

"`Bueno', dijo llse, sonriendo, `es cierto que me divierto mientras duran. Es muy satisfactorio decir las cosas más insultantes y decir palabrotas. Creo que tienes razón, Emily. Sí las disfruto. Qué raro que nunca se me ocurrió. Supongo que si de verdad me hicieran desdichada, las evitaría. Pero cuando terminan me arrepiento tanto. Ayer, después de pelearme con Perry, lloré una hora entera.' "`Sí, y eso también lo disfrutaste, ¿no?'

Ilse reflexionó.

"`Supongo que sí, Emily; eres muy misteriosa. No voy a hablar más del tema. Vamos a bañarnos. ¿No tenemos trajes de baño? ¿Y qué importa? No hay un alma en kilómetros a la redonda. No puedo resistirme a esas olas. Me llaman.'

"Yo sentía lo mismo que ella y bañarnos a la luz de la Luna me parecía tan romántico, tan delicioso, y lo es, si los Potter del mundo no se enteran. Cuando se enteran, lo ensucian todo. Nos desvestimos en una pequeña hondonada entre las dunas que era como un caldero de plata a la luz de la luna, pero nos quedamos en enagua. Nos divertimos como locas nadando y saltando en esa agua color azul plateado y esas olitas color crema, como si fuéramos sirenas o ninfas del mar. Era como vivir dentro de un poema o un cuento de hadas. Y cuando salimos yo le tendí una mano a llse y dije:

"`Ven a estas arenas amarillas
Donde hemos bailado y hemos besado.
Silben salvajes las brisas.
Posa gracioso tu pie
Y tu peso soporten los dulces duendes.'

"llse me tomó de las manos y bailamos en ronda sobre la arena iluminada por la Luna, después fuimos al caldero de plata, nos vestimos y volvimos a casa sintiéndonos muy felices. Claro que las enaguas las llevábamos mojadas, arrolladas debajo del brazo, de manera que estábamos algo `llovidas', pero no nos vio nadie. Y por *eso* es por lo que Blair Water está escandalizado.

"De todos modos, espero que la tía Elizabeth no se entere.

"Es una pena que la señora Price haya perdido el sueño por Dean y por mí. No estábamos llevando a cabo ningún extraño hechizo, simplemente caminábamos por la Montaña Deliciosa haciendo dibujos en las nubes. Tal vez fuera infantil, pero fue muy divertido. Eso es algo que me encanta de Dean: no tiene miedo de hacer algo inofensivo y agradable sólo porque sea infantil. Una nube que me señaló parecía exactamente un ángel que volaba por el cielo pálido y brillante llevando un bebé en brazos. Había un finísimo velo azul sobre la cabeza del bebé y una primera estrella, muy débil todavía, brillaba a través de éste. Tenía las alas salpicadas de oro y el vestido blanco moteado de rojo.

"`Ahí va el Ángel de la Estrella Vespertina con el mañana en brazos', dijo Dean.

"Era tan maravilloso que me dio uno de mis momentos de magia. ¡Pero diez segundos después se había convertido en algo parecido a un camello con una joroba exageradísima!

"Pasamos media hora deliciosa, aunque a la señora Price, que no podía ver nada en el cielo, le haya parecido que estábamos completamente locos.

"Bueno, en resumidas cuentas, no sirve de nada tratar de vivir según la opinión de los demás. Lo que hay que hacer es vivir según la opinión propia. Después de todo, yo creo en mí misma. No soy tan mala ni tan tonta como ellos me creen, no estoy tuberculosa, y *escribo.* Ahora que lo he escrito todo siento de manera diferente.

Lo único que sigue molestándome es que la señorita Potter me haya *compadecido...* ¡compadecida por una Potter!

"Acabo de mirar por la ventana, vi el cantero de capuchinas del primo Jimmy y de pronto me vino el destello, y entonces la señorita Potter con su compasión y su lengua maliciosa parecieron no tener la menor importancia. Capuchinas, ¿quién les dio su color, esplendorosas florcitas? Seguramente fueron hechas con atardeceres de verano.

"Este verano estoy ayudando mucho al primo Jimmy con el jardín. Creo que quiero tanto a ese jardín como él mismo. Todos los días hacemos nuevos descubrimientos de brotes y flores nuevas.

"¡Conque la tía Elizabeth no va a mandarme a Shrewsbury! Ay, me siento tan desilusionada como si de verdad hubiera creído que me mandaría. Parece que se me cierran todas las puertas de la vida.

"Aunque, después de todo, tengo mucho que agradecer. La tía Elizabeth me va a dejar ir otro año a la escuela de aquí, creo, y el señor Carpenter puede enseñarme muchísimo todavía; no soy fea; la luz de la Luna sigue siendo una belleza; algún día voy a hacer algo con mi pluma y tengo un precioso gato gris, con cara de luna, que acaba de saltar sobre mi mesa y empujar la lapicera con el hocico como señal de que he escrito suficiente por hoy.

"¡No hay gato más gato que un gato gris!"

Librodot

5

TRATO HECHO

Un atardecer, a fines de agosto, Emily oyó el silbido de Teddy que la llamaba desde el Camino del Mañana y salió a reunirse con él. Él tenía novedades: era evidente a juzgar por el brillo de sus ojos.

-¡Emily -exclamó, entusiasmado-, después de todo, voy a ir a Shrewsbury! ¡Esta tarde mamá me dijo que había decidido dejarme ir!

Emily se alegró, pero sintió al mismo tiempo una especie de pena de la cual se reprochó. ¡Qué sola estaría La Luna Nueva cuando sus tres viejos compañeros de juegos se hubieran ido! Hasta ese momento, no se había dado cuenta de hasta qué punto había contado con la compañía de Teddy. Él siempre había estado en sus pensamientos sobre el año siguiente. Siempre había dado por sentado que Teddy estaría. Ahora no habría nadie, ni siquiera Dean, porque Dean, como siempre, se iba durante el invierno, a Egipto o Japón, o donde decidiera a último momento. ¿Qué haría ella? ¿Llenarían todos los cuadernos del mundo el lugar de sus compañeros de carne y hueso?

-¡Ay, si pudieras ir tú también! -dijo Teddy, mientras caminaban por el Camino del Mañana, que ya era casi un Camino del Hoy, tan rápido habían crecido los jóvenes arces, y tan frondosos.

-No tiene sentido ni desearlo, no hablemos de eso, me entristece -dijo Emily, molesta.

-Bueno, al menos tendremos los fines de semana. Y tengo que agradecerte a ti que me dejen ir. Lo que le dijiste a mamá aquella noche, en el cementerio, hizo que me dejara ir. Sé que lo ha estado pensando desde entonces, por cosas que decía de vez en cuando.

Un día de la semana pasada la oí murmurar: "Qué horrible ser madre, qué horrible ser madre y sufrir así. ¡Y ella me dijo egoísta!" Y otra vez dijo: "¿Es egoísmo tratar de retener lo único que uno tiene en la vida" Pero esta noche, cuando me dijo que podía ir, estuvo amorosa. Yo sé que la gente dice que a mamá le falla la cabeza, y es cierto que a veces es un poco rara. Pero sólo cuando hay gente. No tienes idea, Emily, de lo buena y cariñosa que es cuando estamos solos. No me gusta nada dejarla. Pero ¡tengo que educarme!

-Me alegraría mucho que fuera lo que yo dije lo que la hizo cambiar de idea, pero jamás me perdonará. Me ha odiado desde entonces, tú lo sabes. Sabes cómo me mira cuando voy a Tansy Patch, ah, sí, es muy amable, pero... cómo me mira, Teddy.

-Lo sé-dijo Teddy, incómodo-. Pero no seas dura con mamá, Emily. Estoy seguro de que no fue siempre así, aunque es así desde que yo tengo uso de razón. No sé *nada* de ella de antes. Nunca me cuenta nada. No sé nada de mi padre. No quiere hablar de él. Ni siquiera sé cómo se hizo esa cicatriz en la cara.

-Yo no creo que tu madre esté mal de la cabeza, para nada -dijo Emily, despacio-. Pero creo que hay algo que la atormenta, que la atormenta siempre, algo que no puede olvidar ni hacer a un lado. Teddy, estoy segura de que tu madre está *hechizada.* No me refiero, claro, a un fantasma ni ninguna tontería por el estilo. Me refiero a un *pensamiento* terrible.

Librodot

-No es feliz, lo sé -dijo Teddy-, y, además, somos pobres. Esta noche mamá me dijo que sólo puede mandarme a Shrewsbury por tres años, es todo lo que podrá pagarme. Pero eso me da algo para empezar, después me las arreglaré de alguna manera. Sé que podré hacerlo. Algún día se lo pagaré.

-Algún día serás un gran pintor -dijo Emily, soñadora. Habían llegado al final del Camino del Mañana. Ante ellos estaba la pradera del estanque, blanca de margaritas. Los granjeros odian las margaritas como si fueran una hierba mala, pero un campo blanco de margaritas en un crepúsculo de verano es una visión de la Tierra de los Deleites Perdidos. Más allá de ellas, Blair Water relucía como un gran lirio de oro. Sobre la colina del este, la Casa Desilusionada se acurrucaba entre sus sombras, soñando, tal vez, con la falsa novia que nunca había llegado. No había luz en Tansy Patch. ¿Estaría llorando la solitaria señora Kent, en la oscuridad, con la única compañía de ese apetito secreto que guardaba en su corazón atormentado? Emily miraba el cielo del crepúsculo, con los ojos absortos y la cara pálida y ansiosa. Ya no se sentía triste ni deprimida, por alguna razón no podía sentirse mal mucho rato en compañía de Teddy. En todo el mundo no había música como su voz. Todas las cosas buenas parecían posibles, de pronto, con él. Ella no podía ir a Shrewsbury, pero podía trabajar y estudiar en La Luna Nueva, ay, cómo trabajaría y estudiaría. Otro año con el señor Carpenter le haría mucho bien, tal vez tanto como Shrewsbury. Ella también tenía su Sendero Alpino para subir, y lo subiría, más allá de los obstáculos que se le presentaran en el camino, más allá de que hubiera alguien para ayudarla o no.

-Cuando sea pintor, te pintaré como te veo ahora-dijo Teddy le pondré de título *Juana de Arco,* con un rostro que es todo espíritu, escuchando sus voces.

A pesar de sus voces, Emily se fue a dormir esa noche con bastante pesar en el corazón, y a la mañana despertó con la inexplicable convicción de que ese día le traería alguna buena noticia, convicción que no se desvaneció con el pasar de las horas con ese ritmo común y corriente de los sábados en La Luna Nueva, horas atareadas en las cuales había que dejar la casa inmaculada para el domingo y había que llenar la despensa. Era un día fresco y húmedo, con niebla de la costa que traía el viento del este, y La Luna Nueva y su viejo jardín estaban envueltos en la neblina.

Al atardecer comenzó a caer una lluvia delgada y gris, y todavía no había habido ninguna buena noticia. Emily acababa de lustrar los candelabros de bronce y de componer un poema llamado "Canción de la lluvia" cuando la tía Laura le dijo que la tía Elizabeth quería verla en la sala.

Los recuerdos de Emily de las reuniones en la sala con la tía Elizabeth no eran especialmente agradables. No recordaba nada que hubiera hecho o dejado de hacer recientemente que justificara esta convocatoria y, sin embargo, entró en la sala temblorosa: lo que fuera que la tía Elizabeth iba a decirle tenía que tener una significación especial, de lo contrario no se lo diría en la sala. Ésa era una de las manías de la tía Elizabeth. Flor, el gran gato, se metió junto a ella como una sombra gris y silenciosa. Ella esperaba que la tía Elizabeth no lo echara: su presencia constituía una especie de consuelo, pues un gato es un buen sostén si está del lado de uno.

La tía Elizabeth tejía; se la veía solemne, pero no ofendida ni enojada. Ignoró a Flor, pero reparó en lo alta que parecía Emily en esa habitación antigua, majestuosa y en penumbras. ¡Qué rápido crecen los niños! Parecía ayer que la bonita Juliet... pero Elizabeth Murray apartó esos pensamientos como de un tijeretazo.

-Siéntate, Emily -dijo-. Quiero hablar contigo.

Emily se sentó. Flor también, arrollando la cola cómodamente alrededor de las patitas de adelante. De pronto, Emily sintió que tenía las manos tensas y la boca seca.

Librodot

Deseó tener un tejido entre las manos, también ella. Era horrible estar sentada allí, sin nada que hacer, preguntándose qué iba a ocurrir. Lo que pasó fue lo único que a ella nunca se le habría ocurrido. Después de tejer toda una carrera de la media, la tía Elizabeth dijo, directamente:

-Emily, ¿te gustaría ir a Shrewsbury la semana próxima? ¿Ir a Shrewsbury? ¿Había oído bien?

-¡Ay, tía Elizabeth! -dijo.

-Estuve hablando del tema con tus tíos -dijo la tía Elizabeth-. Están de acuerdo conmigo en que debes seguir estudiando. Será un gasto considerable, por supuesto, no... no me interrumpas. No me gusta que me interrumpan, pero Ruth te alojará por la mitad del precio, como su contribución a tu educación... ¡Emily, no quiero que me interrumpas! El tío Oliver pagará la otra mitad; el tío Wallace pagará los libros y yo me ocuparé de tu ropa. Claro que ayudarás a la tía Ruth con las tareas de la casa en todo lo que puedas, como manera de retribuir su generosidad. Puedes ir a Shrewsbury durante tres años con una condición.

¿Cuál era la condición? Emily, que tenía ganas de ponerse a bailar, a cantar y a reírse por toda la sala como jamás ningún Murray, ni siquiera su madre, había osado bailar o reír antes, se obligó a quedarse sentada muy rígida en el diván haciéndose esa pregunta. Detrás del suspenso sentía que el momento era muy importante.

-Tres años en Shrewsbury -continuó la tía Elizabeth- te servirán tanto como tres años en Queen's, con la diferencia, claro, de que no obtendrás diploma de maestra, lo que en tu caso no importa porque no vas a tener necesidad de trabajar para mantenerte. Pero, como te decía, hay una condición.

¿Por qué la tía Elizabeth no decía cuál era la condición? Emily sentía que el suspenso era insoportable. ¿Era posible que la tía Elizabeth tuviera un poco de *miedo* de decirlo? No era típico de ella darles vueltas a las cosas. ¿Era algo tan terrible?

-Tienes que prometerme -dijo la tía Elizabeth, severa-, que durante los tres años que estés en Shrewsbury abandonarás por completo esa tontería tuya de escribir, *por completo,* excepto en lo que tenga que ver con las composiciones que te pidan en la escuela.

Emily se quedó muy quieta, y fría. Por un lado, no a Shrewsbury; por el otro, no a los poemas, a los cuentos y los "estudios", no a la delicia de los cuadernos con sus misceláneas. No le llevó más de un instante decidirse.

-Eso no puedo prometértelo, tía Elizabeth -dijo, resuelta. La tía Elizabeth dejó caer el tejido, asombrada. No había esperado esto. Había creído que Emily estaba tan entusiasmada con ir a Shrewsbury que haría cualquier cosa que se le pidiera con tal de ir, en especial una tontería como ésa que, o al menos eso creía la tía Elizabeth, sólo implicaba una rendición de la testarudez.

-¿Me estás diciendo que no quieres dejar tus tontos garabatos en aras de la educación que siempre has dicho que tanto querías? -preguntó.

-¡No es que no *quiera,* es que no *puedo!* -dijo Emily, desesperada. Sabía que la tía Elizabeth no podía comprender, la tía Elizabeth nunca había comprendido *eso.* -No puedo *evitar* escribir, tía Elizabeth. Lo llevo en la sangre. Es inútil pedirme que lo haga. Sí quiero estudiar, no son sólo palabras, pero no puedo dejar de escribir para estudiar. No *podría* cumplir con esa promesa, ¿qué sentido tendría hacerla?

-Entonces puedes quedarte en casa -dijo la tía Elizabeth, enojada.

Etnily esperó verla ponerse de pie y salir de la habitación. Pero la tía Elizabeth retomó la media y, furiosa, se puso a tejer. A decir verdad, la tía Elizabeth estaba absurdamente alelada. En realidad, quería enviar a Emily a Shrewsbury. La tradición le exigía eso, y todo el clan era de la opinión de que fuera. Esa condición había sido idea

suya. Le pareció una buena oportunidad de quitarle a Emily el tonto hábito, indigno de los Murray, de gastar tiempo y papel, y no había dudado ni por un instante de que su plan tendría éxito, pues sabía cuánto quería ir Emily. Y ahora esa obstinación sin sentido, irracional, desagradecida, " la Starr que le salía", pensó la tía Elizabeth, con rencor, olvidando la herencia Shipley. ¿Qué hacer? Sabía muy bien, por experiencias pasadas, que una vez que Emily tomaba una decisión no había manera de hacerla cambiar de idea, y sabía que Wallace, Oliver y Ruth, aunque consideraban la locura de Emily por escribir tan tonta y poco ajustada a las tradiciones como ella, no la apoyarían a ella, a Elizabeth, en su exigencia. Elizabeth Murray vio que la esperaban expresiones de "te lo tienes merecido" y a Elizabeth Murray la perspectiva no le gustaba nada. Podría haber sacudido, de buena gana, a esa cosita delgada y pálida sentada frente a ella en el diván. La criatura era tan frágil, tan joven y tan indomable... Durante más de tres años Elizabeth Murray había intentado curar a Emily de esa tontería de escribir y durante más de tres años ella, que nunca antes había fracasado en nada, había fracasado en eso. No se la podía matar de hambre para hacerla obedecer, y nada menos que eso tendría eficacia.

Elizabeth tejía, furiosa en medio de su irritación, y Emily seguía sentada inmóvil, luchando con su amarga desilusión y su sentido de la injusticia. Estaba decidida a no llorar ante la tía Elizabeth, pero era difícil contener las lágrimas. Ojalá Flor no ronroneara con tanta felicidad, como si, desde el punto de vista de un gato gris, todo fuera perfecto. Ojalá la tía Elizabeth le dijera que podía irse. Pero la tía Elizabeth seguía tejiendo, furiosa, y no decía nada. Todo parecía una pesadilla. Se estaba levantando viento y la lluvia comenzó a golpear contra los cristales de la ventana y los Murray fallecidos miraban con expresión acusadora desde sus marcos oscuros. Ellos no entendían los destellos, los cuadernos ni los senderos alpinos, ni la búsqueda de divinidades poco usuales y seductoras. Pero Emily no pudo dejar de pensar, a pesar de su desilusión, qué excelente entorno sería ése para una escena trágica en una novela.

Se abrió la puerta y por ella entró el primo Jimmy. El primo Jimmy sabía lo que se estaba cocinando y, tranquila e intencionalmente, había estado escuchando del otro lado de la puerta. Él sabía que Emily no podía prometer semejante cosa, se lo había dicho a Elizabeth hacía diez días en la reunión de familia. Él no era más que el simplón de Jimmy Murray, pero comprendía lo que la sensata Elizabeth Murray no podía comprender.

-¿Qué pasa? -preguntó, mirando a una y a otra.

-No pasa nada -dijo la tía Elizabeth, altiva-. Le he ofrecido a Emily una educación y la ha rechazado. Es libre de hacerlo, por supuesto.

-Nadie es libre cuando tiene mil ancestros -dijo el primo Jimmy con ese tono extraño que utilizaba para decir ese tipo de cosas. A Elizabeth siempre la hacía estremecer; nunca podía olvidar que *su extrañeza* era culpa de ella. -Emily no puede prometerte lo que quieres. ¿Puedes, Emily?

-No. -A pesar de sí misma un par de gordas lágrimas le rodaron por las mejillas a Emily.

-*Si pudieras* -dijo el primo Jimmy-, por mí lo harías, ¿verdad?

Emily asintió.

-Pediste demasiado, Elizabeth -le dijo el primo Jimmy a la airada señora de las agujas de tejer-. Le has pedido que abandonara *todo* lo que escribe... si le pidieras que abandone sólo *parte*... Emily, ¿y si te pidiera que dejes sólo *parte?* Eso sí podrías hacerlo, ¿verdad?

-¿Qué *parte?* -preguntó Emily, cauta.

Librodot

-Bueno, por ejemplo, lo que no sea *verdadero.* -El primo Jimmy se acercó a Emily y le apoyó la mano, con gesto implorante, sobre el hombro. Elizabeth no dejaba de tejer, pero las agujas iban más lentas. -Por ejemplo cuentos, Emily. A ella no le gusta, especialmente, *que escribas cuentos. Piensa que son mentiras. ¿No* te parece, Emily, que podrías dejar de escribir cuentos durante tres años? Estudiar es muy importante. Tu abuela Archibald habría vivido a colas de arenque con tal de haber podido estudiar, muchas veces se lo oí decir. ¿Y, Emily?

Emily pensó con rapidez. Le encantaba escribir cuentos, sería difícil dejar de hacerlo. Pero, si podía seguir escribiendo fantasías nacidas del aire en forma de poemas, y bosquejos de personalidades en su cuaderno, e informes sobre los acontecimientos cotidianos, agudos, satíricos, trágicos, según el humor que tuviera, podría arreglárselas.

-Tantéala, vamos -susurró el primo Jimmy-. Hazle un gusto. Le debes mucho, Emily. Da tú un paso.

-Tía Elizabeth -dijo Emily, trémula-, si me mandas a Shrewsbury, te prometo que durante tres años no escribiré nada que no sea *verdadero.* ¿Sirve? Porque es *todo* lo que puedo prometer.

Elizabeth tejió dos vueltas antes de dignarse responder. El primo Jimmy y Emily creyeron que no iba a responder nunca. Pero, de pronto, dobló el tejido y se puso de pie.

-Muy bien. Aceptaré eso. Claro que son los cuentos lo que menos apruebo. En cuanto al resto... espero que Ruth se ocupe de que no tengas demasiado tiempo para perder con el resto.

La tía Elizabeth salió a paso vivo, muy aliviada, en lo más profundo de su corazón, de no haber sido vencida por completo y de haber tenido la posibilidad de retirarse de una posición compleja con algo de los honores de la victoria. El primo Jimmy le dio una palmadita a Emily en la cabeza de cabellos oscuros.

-Muy bien, Emily. No hay que ser demasiado testarudo, ¿no opinas? Y tres años no es toda una vida, gatita.

No, pero lo parecen a los catorce. Cuando se fue a la cama, Emily lloró hasta quedarse dormida, y se despertó a las tres de la madrugada, en una noche ventosa, de un gris oscuro, en la antigua costa del norte; se levantó, encendió una vela, se sentó ante su mesa y escribió toda la escena en su cuaderno, teniendo mucho cuidado de no escribir en ella ni una palabra que no correspondiera estrictamente a la verdad.

Librodot

6

LOS COMIENZOS EN SHREWSBURY

Teddy, llse y Perry gritaron de alegría cuando Emily les contó que iría a Shrewsbury. Pensando que eso era todo, Emily estaba bastante contenta. Ahora lo importante era que iba a asistir al Colegio. No le gustaba la idea de vivir con la tía Ruth. Esto era inesperado. Había supuesto que la tía Ruth no habría aceptado jamás recibirla a ella y que, si la tía Elizabeth decidía enviarla a Shrewsbury, viviría en cualquier otro lado, probablemente con llse. Por cierto que habría preferido ese arreglo. Sabía bien que la vida no sería fácil bajo el techo de la tía Ruth. Y además no debía escribir más cuentos.

Sentir dentro de sí la necesidad de crear y verse impedida de expresarla; emocionarse de deleite imaginando personajes humorísticos o dramáticos y verse impedida de darles existencia; ser asaltada, de pronto, por la idea de un argumento fabuloso y darse cuenta, de inmediato, de que no podía desarrollarlo. Todo eso era una tortura que nadie que no haya nacido con la urgencia fatal de escribir puede comprender. Las tías Elizabeth del mundo no podrían comprenderlo jamás. Para ellas son simples tonterías.

Esas dos últimas semanas de agosto fueron muy activas en La Luna Nueva. Elizabeth y Laura mantuvieron largas conversaciones sobre la ropa de Emily. Debía tener un guardarropa que no arrojara el descrédito sobre los Murray, pero era el sentido común y no la moda lo que debía predominar. Emily no tuvo voz ni voto al respecto. Laura y Elizabeth un día discutieron "desde el mediodía hasta el rocío de la tarde" sobre si Emily debía tener una blusa de tafetán azul -llse tenía tres- y decidieron que no, para desilusión de Emily. Pero Laura ganó la partida sobre lo que no osaba llamar "vestido de noche", ya que el nombre habría determinado la opinión de Elizabeth: era una cosa muy bonita de crépe, de un color gris rosáceo -creo que era un tono que entonces se llamaba "cenizas de rosas"- y se lo hicieron sin cuello -inmensa concesión de parte de Elizabeth-con esas grandes mangas abollonadas que hoy parecen tan absurdas pero que, como cualquier otra moda, eran bonitas y atrevidas cuando las usaban las jóvenes hermosas de la época. Era el vestido más bonito que Emily había tenido en su vida, y el más largo, lo que significaba mucho en esos días, cuando una no era adulta hasta no haberse puesto vestidos "largos". Le llegaba hasta sus hermosos tobillos.

Se lo puso una tarde, cuando Laura y Elizabeth no estaban, porque quería que Dean se lo viera puesto. Él había ido a pasar la tarde con ella. Se iba al día siguiente, luego de decidirse por Egipto, y caminaron en el jardín. Emily se sentía madura y sofisticada porque tenía que levantarse la falda brillosa para evitar el pasto. Tenía una pequeña chalina gris rosácea en la cabeza y, a ojos de Dean, se parecía más que nunca a una estrella. Los gatos eran su séquito: Flor, lustroso y rayado, y Saucy Sal, que seguía siendo la reina suprema de los graneros de La Luna Nueva. Los gatos podían ir y venir, pero Saucy Sal era eterna. Jugueteaban en los canteros y se saltaban encima desde junglas de flores y rodaban, insinuándose, a los pies de Emily. Dean iba a Egipto, pero sabía que en ninguna parte, ni siquiera en medio del extraño encanto de imperios olvidados, vería nada que le gustara tanto como esa hermosa imagen de Emily y sus gatos en el viejo jardín, prolijo, armonioso y aromático, de La Luna Nueva.

Librodot

No hablaron tanto como de costumbre, y los silencios les provocaron cosas extrañas a los dos. Dean tuvo uno o dos impulsos locos de desistir de su viaje a Egipto y quedarse a pasar el invierno en casa, tal vez ir a Shrewsbury, pero se encogió de hombros y se rió de sí mismo. Esa niña no necesitaba que él la cuidara, las damas de La Luna Nueva eran guardianas muy capaces. Pero ella era todavía una niña, a pesar de su esbelta estatura y sus ojos insondables. Pero qué perfecta la línea blanca de su garganta, cómo hacía pensar en un beso la dulce curva roja de la boca. Pronto sería una mujer, pero no para él, no para el rengo Giboso Priest, un hombre de la generación de su padre. Por centésima vez, Dean se dijo que no haría el tonto. Debía contentarse con lo que le había dado el destino: la amistad y el afecto de esa criatura exquisita, estelar. En los años venideros el amor de esta muchacha sería algo maravilloso... para otro hombre. Sin duda, pensó Dean con cinismo, lo desperdiciaría en algún títere joven y buen mozo que no la merecería.

Emily pensaba en cuánto iba a extrañar a Dean, más de lo que nunca antes lo había extrañado. Habían sido tan buenos amigos ese verano. Ella nunca había mantenido una conversación con él, aunque fuera por unos pocos minutos, sin sentir después que la vida era más rica. Sus dichos sabios, inteligentes, humorísticos, satíricos, eran educativos. La estimulaban, la impresionaban, la inspiraban. Y sus cumplidos ocasionales le daban confianza en sí misma. Tenía para ella cierta extraña fascinación que nadie más en el mundo poseía. Lo sentía, aunque no podía analizarlo. Teddy, por ejemplo, ella sabía perfectamente bien qué le gustaba de Teddy. Era su *ser* Teddy. Y Perry... Perry era un sinvergüenza divertido, bronceado por el sol, franco, arrogante, y uno no podía evitar quererlo. Pero Dean era diferente. ¿Era su encanto la atracción de lo desconocido, de la experiencia, del conocimiento sutil, de una mente que se había hecho sabia a fuerza de amargura, de cosas que Dean sabía y que ella no sabría jamás? Emily no lo sabía. Sólo sabía que todo el mundo parecía algo insulso después de Dean, hasta Teddy, aunque Teddy era quien más le gustaba. Ah, sí, Emily nunca dudó de que Teddy era quien más le gustaba. Y, sin embargo, Dean parecía satisfacer un aspecto de su naturaleza sutil e intrincada que sin él andaba sedienta.

-Gracias por todo lo que me has enseñado, Dean -dijo cuando estaban junto al reloj de sol.

-¿Crees que tú no me has enseñado nada, Estrella? -¿Qué pude enseñarte? Soy tan joven, tan ignorante...

-Me has enseñado a reír sin amargura. Espero que nunca te des cuenta de la bendición que es eso. No permitas que te estropeen en Shrewsbury, Estrella. Estás tan contenta de ir que no quiero aguarte la fiesta. Pero estarías igual de bien, incluso mejor, en La Luna Nueva.

-¡Dean! Quiero *educarme* un poco.

-¡Ah, la educación! La educación no tiene que ver con que te den cucharadas de álgebra y latín de segunda clase. El viejo Carpenter podría enseñarte más cosas y mejor que esos aprendices de escuela, hombres y mujeres, del Colegio de Shrewsbury.

-Aquí no puedo seguir yendo a la escuela -protestó Emily-. Estaría sola. Todos los alumnos de mi edad van a Queen's, a Shrewsbury o se quedan en sus casas. No te entiendo, Dean. Pensé que ibas a alegrarte de que me dejen ir a Shrewsbury.

-Y me alegro, porque a ti te gusta. Sólo que... el conocimiento que desearía para ti no se aprende en los colegios ni se mide por exámenes finales. Cualquier cosa de valor que obtengas en cualquier escuela será lo que averigües sola. No permitas que te conviertan en otra persona que tú misma, eso es todo. No creo que puedan, por otra parte.

-No, no lo harán -dijo Emily, decidida-. Yo soy como el gato de Kipling, camino por mi senda salvaje y muevo mi cola salvaje cuando me viene en gana. Por eso los Murray

Librodot

me miran asombrados. Piensan que tengo que seguir con la majada. Ay, Dean, me vas a escribir seguido, ¿verdad? Nadie me comprende como tú. Y te has convertido tanto en una costumbre para mí que no puedo vivir sin ti.

Emily lo dijo, y lo pensaba, con ligereza, pero las mejillas de Dean se tiñeron de un rojo subido. No se dijeron adiós: era un viejo pacto de los dos. Dean la saludó con la mano.

-Que todos los días te sean propicios -dijo.

Emily le dirigió sólo su sonrisa lenta y misteriosa y él se fue. El jardín quedó muy solitario a la débil luz azul del crepúsculo, con los pimpollos espectrales del flox blanco aquí y allí. Se alegró cuando oyó el silbido de Teddy en el Bosque de John el Altivo.

En su última noche en casa, fue a ver al señor Carpenter para pedirle su opinión sobre unos manuscritos que le había dejado la semana anterior para que él le hiciera la crítica. Entre ellos estaban sus últimos cuentos, escritos antes del ultimátum de la tía Elizabeth. La crítica era algo que el señor Carpenter daba de muy buena gana y nunca escamoteaba nada, pero era justo, y Emily tenía confianza en su veredicto, incluso cuando dijera cosas que le dejaban ampollas temporarias en el alma.

-Esta historia de amor no sirve para nada -dijo, brusco. -Yo sé que no es lo que quería escribir -dijo Emily, con un suspiro.

-Ningún cuento lo es, nunca -dijo el señor Carpenter-. Jamás escribirás algo de lo que estés de verdad satisfecha, aunque pueda satisfacer a otros. En cuanto a las historias de amor, no puedes escribirlas porque no puedes sentirlas. No trates de escribir nada que no puedas sentir, será un fracaso, "ecos sin valor". Ahora bien, esta otra historia, sobre la anciana. No está mal. El diálogo es inteligente; el clímax, simple y efectivo. Y gracias al Señor que tienes sentido del humor. Ésa es la razón principal por la que no eres buena con las historias de amor, creo. Nadie con verdadero sentido del humor puede escribir una historia de amor.

Emily no entendía por qué. A ella le gustaba escribir historias de amor, y eran historias terriblemente sentimentales y trágicas. -Shakespeare podía -dijo, desafiante.

-Te falta para entrar en la categoría de Shakespeare -dijo el señor Carpenter, secamente.

Emily se ruborizó.

-Yo sé que sí. Pero usted dijo *nadie.*

-Y lo mantengo. Shakespeare es la excepción que confirma la regla. Aunque su sentido del humor quedó en suspenso cuando escribió *Romeo y Julieta.* Pero volvamos a Emily la de La Luna Nueva. Esta historia, bueno, un joven podría leerla sin quedar contaminado.

Emily supo, por la inflexión de la voz del señor Carpenter, que no estaba alabando su cuento. Mantuvo silencio y el señor Carpenter continuó, hojeando con irreverencia sus preciosos manuscritos.

-Éste parece una débil imitación de Kipling. ¿Has estado leyéndolo últimamente?

-Sí.

-Me pareció. No trates de imitar a Kipling. Si tienes que imitar a alguien, imita a Laura Jean Libbey. En éste no hay nada bueno, más que el título. Un cuento muy pedante. Y "Tesoros ocultos" no es un cuento, es una máquina. Cruje. Ni por un instante me permitió olvidar que era un cuento. Ergo: no es un cuento.

-Trataba de escribir algo muy parecido a la vida -protestó Emily.

-Ah, es eso. Todos vemos la vida a través de una ilusión, hasta los más desilusionados de entre nosotros. Por eso las cosas no son convincentes si se parecen

Librodot

demasiado a la vida. Déjame ver... "La familia Madden", otro intento de realismo. Pero es sólo una fotografía, no un retrato.

-Cuántas cosas desagradables me ha dicho -dijo Emily, con un suspiro.

-El mundo sería muy lindo si nadie dijera nunca cosas desagradables, pero sería un mundo muy peligroso -replicó el señor Carpenter-. Me dijiste que querías crítica, no alabanzas. No obstante, aquí hay una alabanza para ti por el último. "Algo diferente" es comparativamente bueno y, si no me diera miedo halagarte en exceso, te diría que es muy bueno. Dentro de diez años podrás rescribirlo y hacer algo con él. Sí, diez años, no pongas esa cara, muchachita. Tienes talento y una percepción maravillosa con las palabras, todo el tiempo encuentras la palabra inevitable, eso es valiosísimo. Pero tienes algunos defectos muy viles, también. Esos malditos subrayados, abandónalos, muchachita, abandónalos. Y tu imaginación necesita un freno cuando te apartas del realismo.

-Ahora va a tener freno -dijo Emily, triste. Le contó del pacto con la tía Elizabeth. El señor Carpenter asintió.

-Excelente.

-¡Excelente! -repitió Emily, asombrada.

-Sí. Es justo lo que precisas. Te enseñará control y economía. Concéntrate en los hechos durante tres años y ve qué puedes hacer con ellos. Deja el reino de la imaginación tranquilo, con severidad, y confínate a la vida común y corriente.

-No existe la vida común y corriente -dijo Emily. El señor Carpenter la miró.

-Tienes razón, no existe -dijo, despacio-. Pero uno se maravilla de que lo sepas. Bueno, continúa, continúa, sigue el camino que has elegido, y agradece a los dioses que quieras por que te hayan dado la libertad de seguirlo.

-El primo Jimmy dice que nadie puede ser libre cuando tiene mil ancestros.

-Y pensar que la gente dice que ese hombre es un simple -murmuró el señor Carpenter-. Pero tus ancestros no parecen haberte enviado ninguna maldición especial. Simplemente te han impuesto que apuntes a las cumbres más altas y no te darán paz si no lo haces. Llámalo ambición, aspiraciones, *cacoéthes scribendi,* como quieras llamarlo. Bajo su aguijón, o su influencia, uno tiene que seguir subiendo, hasta que fracasa o hasta que...

-Triunfa -dijo Emily, echando hacia atrás la cabeza de cabellos oscuros.

-Amén -dijo el señor Carpenter.

Esa noche Emily escribió un poema, "Adiós a La Luna Nueva", y lloró escribiéndolo. Sentía cada verso. Era muy lindo ir al colegio, pero, ¡dejar la querida La Luna Nueva! Todo en La Luna Nueva estaba relacionado con su vida y sus pensamientos, era parte de ella.

"No es que ame mi habitación, mis árboles y mis colinas, es que ellos me aman a mí", pensó.

Su pequeño baulito negro estaba preparado. La tía Elizabeth se había ocupado de que contuviera todo lo necesario, y la tía Laura y el primo Jimmy de que también incluyera una o dos cosas innecesarias. La tía Laura le había dicho a Emily que encontraría un par de medias de encaje negro dentro de las pantuflas -ni siquiera Laura se animaba a tanto como medias de seda- y el primo Jimmy le había regalado tres cuadernos y un sobre con un billete de cinco dólares adentro.

-Para que te compres lo que quieras, Gatita. Te habría dado diez pero cinco fue todo lo que Elizabeth accedió a adelantarme a cuenta del sueldo del mes próximo. Creo que sospechó.

Librodot

-¿Puedo gastar un dólar en estampillas para los Estados Unidos si hallo la manera de conseguirlas? -susurró Emily, ansiosa. -En lo que quieras -repitió el primo Jimmy, con lealtad, aun cuando hasta para él el hecho de que alguien quisiera comprar estampillas para los Estados Unidos era inexplicable. Pero si la querida Emily quería estampillas para los Estados Unidos, estampillas para los Estados Unidos debía tener.

A Emily el día siguiente no le pareció real: el pájaro que oyó cantando tan arrobadoramente en el bosque de John el Altivo cuando despertó, la ida a Shrewsbury en esa mañana fresca de septiembre, la fría bienvenida de la tía Ruth, las horas en la escuela desconocida, la organización de las clases de los de "preparatorio", volver a casa a comer... sin duda tenía que haber pasado más que un sólo día.

La casa de la tía Ruth quedaba al final de una callecita residencial, casi afuera del pueblo. A Emily le pareció una casa espantosa, cubierta, como estaba, de adornos de diverso tipo. Pero una casa con trabajo de encaje de madera en el techo y ventanas salientes era el último grito de la elegancia en Shrewsbury. No había jardín, no había nada más que un pedacito de parque desnudo y prolijito, pero había algo en lo que los ojos de Emily se regodearon. Detrás de la casa había una gran plantación de abetos blancos, altos y esbeltos, los abetos más altos, derechos y esbeltos que ella había visto en su vida, que se extendían en largas vistas verdes y delicadas.

La tía Elizabeth había pasado el día en Shrewsbury y se fue a casa después de la cena. En la puerta de la casa le estrechó la mano a Emily y le dijo que se portara bien e hiciera todo lo que la tía Ruth le ordenara. No le dio un beso, pero su tono era muy amable para tratarse de la tía Elizabeth. Emily, con un nudo en la garganta, se quedó en la puerta observando cómo la tía Elizabeth desaparecía de la vista, la tía Elizabeth, que volvía a la querida La Luna Nueva. -Entra -dijo la tía Ruth- y por favor no golpees la puerta. Emily jamás golpeaba las puertas.

-Lavaremos los platos de la cena -dijo la tía Ruth-. De ahora en adelante, lo harás siempre tú. Te mostraré dónde se guarda todo. Supongo que Elizabeth te dijo que espero que hagas algunas tareas de la casa a cambio de tu alojamiento.

-Sí -dijo Emily, brevemente.

A ella no le importaba trabajar en la casa, en lo que fuera, pero ese tonito de la tía Ruth...

-Es claro que el hecho de que estés aquí significa mucho gasto extra para mí -continuó la tía Ruth-. Pero es justo que todos contribuyamos algo para educarte. Yo opino, y lo he opinado siempre, que habría sido mucho mejor enviarte a Queen's para que tuvieras un título de maestra.

-Yo también quería -dijo Emily.

-Mmm-dijo la tía Ruth, apretando la boca-. Eso dices ahora. En ese caso, no sé por qué Elizabeth no te envió a Queen's. En otras cosas ya te ha consentido demasiado, sin duda, era de esperar que en esto también cediera, si creyera que tú de verdad querías ir. Dormirás en la habitación de la cocina. En invierno es más calentito que los otros cuartos. No tiene gas pero, de todos modos, yo no podría darme el lujo de dejarte usar gas para estudiar. Usarás velas, puedes usar dos al mismo tiempo. Quiero que mantengas tu habitación limpia y ordenada y que estés en casa a las horas exactas para las comidas. En eso soy muy exigente. Y hay otra cosa que quiero que te quede clara desde el principio. No debes traer a tus amigos aquí. No tengo intenciones de recibir gente.

-¿Ni a llse, a Perry y a Teddy?

-Bueno, llse es una Burnley y pariente lejana. Ella puede venir de vez en cuando, no puedo permitir que se pase todo el tiempo aquí. Por todo lo que he oído de ella, no es una compañía muy adecuada para ti. En cuanto a los varones, por supuesto que no. A Teddy

Librodot

Kent no lo conozco para nada, y tú tendrías que tener un poco más de orgullo antes de tratarte con Perry Miller.

-Tengo el orgullo de tratarme con él -replicó Emily.

-No seas impertinente conmigo, Emily. Quiero que entiendas, de una vez por todas que aquí no vas a hacer todo lo que se te antoja, como en La Luna Nueva. Has sido muy mal criada. Pero yo no voy a permitir que un muchacho contratado visite a mi sobrina. Te digo la verdad, no sé de dónde sacas esos gustos bajos. Hasta tu padre parecía un caballero. Ve arriba y saca tus cosas del baúl. Luego estudiarás. ¡A las nueve de la noche nos acostamos!

Emily estaba muy indignada. Ni a la tía Elizabeth se le habría ocurrido prohibirle a Teddy ir a La Luna Nueva. Se encerró en su habitación y desempacó, tristemente. El cuarto era espantoso. Lo odio a primera vista. La puerta no cerraba del todo, el cielo raso manchado por la lluvia y caía tan a pique sobre la cama que podía tocarlo con la mano. Sobre el suelo desnudo había una gran alfombra "de gancho' que 1e hacía doler los ojos a Emily. No tenía nada que ver con el gusto de los Murray, y tampoco con el gusto de Ruth Dutton, para ser justos .Se la había regalado una prima del campo del fallecido señor Dutton. El centro, de un tono escarlata subido e intenso, estaba rodeado de volutas de un anaranjado brillante y un verde violento. En las esquinas había manojos de helecho púrpura y rosas azules.

La madera estaba pintada de un espantoso marrón chocolate, y las paredes estaban cubiertas con un empapelado aún más horrible. Los cuadros hacían juego, en especial una cromolitografía de la reina Alejandra, esplendorosamente recubierta de joyas, colgada en un ángulo tal que parecía que la dama real estaba a punto de caer de cabeza. Ni siquiera una cromolitografía podía hacer fea u ordinaria a la reina Alejandra, pero se acercaba mucho. Sobre un angosto estantecito color chocolate había un florero lleno de flores de papel que ya habían cumplido la mayoría de edad. No se podía pedir *nada* tan horrible y deprimente como esas flores.

-Este cuarto es hostil, no me quiere, *nunca* podré sentirme cómoda aquí -dijo Emily.

Extrañaba terriblemente. Quería la luz de las velas de La Luna Nueva, que se reflejaban en los abedules, el aroma del lúpulo bajo el rocío, sus gatitos ronroneadores, su cuarto, tan querido, tan lleno de sueños, los silencios y las sombras del viejo jardín, los grandes himnos del viento y el oleaje en el golfo, esa sonora música antigua que extrañaba tanto en ese silencio de tierra firme. Extrañaba hasta el pequeño cementerio donde descansaban los muertos de La Luna Nueva.

-No voy a llorar -dijo Emily, apretando las manos-. La tía Ruth se reiría de mí. No hay nada dentro de este cuarto que pueda llegar a querer. Veamos si hay algo fuera de él.

Levantó la ventana. Daba al sur, al bosque de abetos, y su perfume sopló hacia ella como una caricia. Hacia la izquierda había un claro en los árboles, como una ventana verde y arqueada, y a través de la abertura se veía un encantador paisaje iluminado por la Luna. Además, dejaría entrar el esplendor del crepúsculo. Hacia la derecha se veía la ladera de la colina a lo largo de la cual se extendía Shresvsbury Oeste. La colina estaba cubierta de luces en el atardecer otoñal, y tenía un encanto de cuento de hadas. Cerca, en algún lado, había un piar amodorrado, como de pajaritos con sueño que cantaban en una rama llena de sombras.

-Ay, esto es *hermoso-susurró* Emily, inclinándose hacia fuera para embeberse del aire con aroma a bálsamo-. Una vez papá me dijo que uno puede encontrar *en cualquier parte* cosas para amar. Amo esto.

La tía Ruth asomó la cabeza por la puerta, sin anunciarse. -Emily, ¿por qué dejaste toda arrugada la funda del sofá del comedor?

Librodot

-No... no sé -dijo Emily, confundida. No se había dado cuenta siquiera de que había desacomodado la funda. ¿Por qué la tía Ruth hacía semejante pregunta, como si sospechara alguna intención siniestra, oscura, oculta?

-Ve y acomódala.

En el momento en que Emily, obediente, se puso en movimiento, la tía Ruth exclamó:

-¡Emily Starr, baja esa ventana inmediatamente! ¿Te has vuelto loca?

-El cuarto está tan cerrado -rogó Emily.

-Puedes aerearlo durante el día pero jamás abras esa ventana después de la caída del Sol. Ahora yo soy responsable de tu salud. Tendrías que saber que los tuberculosos tienen que cuidarse del aire de la noche y de las corrientes de aire.

-Yo no estoy tuberculosa -exclamó Emily, rebelándose.

-Contradiciéndome, claro.

-Y si lo estuviera, el aire fresco sería *a cualquier hora* lo mejor para mí. Lo dice el doctor Burnley. *Odio* sofocarme.

-"Los jóvenes piensan que los viejos son tontos y los viejos *saben* que los jóvenes son tontos." -La tía Ruth consideró que el proverbio dejaba todo dicho. -Ve a arreglar esa funda, Emily. "Emily" tragó saliva y fue. La funda ofensiva fue matemáticamente acomodada.

Emily se detuvo un momento para mirar a su alrededor. El comedor de la tía Ruth era mucho más espléndido y "actualizado" que la salita de estar de La Luna Nueva, donde comían cuando había "visitas". Piso de madera dura, alfombra Wilton, muebles de roble estilo inglés. Pero no era ni la mitad de acogedor que la habitación de La Luna Nueva, pensó Emily. Extrañaba más que nunca. Creía que no iba a encontrar *nada* que le gustara en Shrewsbury, ni vivir con la tía Ruth ni ir a la escuela. Los maestros parecían todos aburridos e insípidos luego del punzante señor Carpenter y había una chica en la clase de Segundo Año a la que odió a primera vista. Y ella, que había creído que todo sería tan delicioso, vivir en la bonita Shrewsbury e ir al Colegio. Bien, nada es nunca exactamente como uno espera que sea, se dijo Emily en un pesimismo temporario, mientras regresaba a su cuarto. ¿No le había dicho Dean una vez que toda la vida él había soñado con andar en góndola a la luz de la Luna por los canales de Venecia? Y cuando lo hizo los mosquitos casi lo comieron vivo.

Emily apretó los dientes mientras se metía en la cama. "Tendré que concentrar mis pensamientos en la luz de la Luna y en la atmósfera romántica y olvidarme de los mosquitos", pensó. "Ay, pero cómo pica la tía Ruth."

Librodot

7

POPURRÍ

"20 de septiembre de 19..

"Últimamente he abandonado mi diario. En lo de la tía Ruth no sobra mucho el tiempo. Pero es viernes de noche y no puedo irme a casa a pasar el fin de semana así que he recurrido a mi diario en busca de consuelo. Puedo pasar un fin de semana sí y uno no en La Luna Nueva porque la tía Ruth quiere que un sábado por medio me quede a ayudar en la limpieza de la casa. Limpiamos esta casa del sótano hasta la buhardilla, aunque no haga falta, como dijo el vagabundo que se lavaba la cara todos los meses, y después, el domingo, descansamos de nuestro trabajo.

"Esta noche hay como el asomo de una helada en el aire. Temo que el jardín de La Luna Nueva sufra. La tía Elizabeth comenzará a pensar que es hora de dejar la cocina de afuera y llevar la cocina Waterloo a la cocina de adentro. El primo Jimmy estará hirviendo las papas para los cerdos en el viejo huerto y recitando sus versos. Probablemente Teddy, llse y Perry -que se fueron todos a casa, criaturas afortunadas- estarán con él y Flor estará correteando alrededor de ellos. Pero no debo pensar en eso. Por ahí yace la nostalgia de casa.

"Está empezando a gustarme Shrewsbury, y la escuela de Shrewsbury y los maestros de Shrewsbury, aunque Dean tenía razón cuando dijo que aquí no iba a encontrar a nadie como el señor Carpenter. Los de Segundo y Tercero desdeñan a los de Primero y son condescendientes. Algunos se pusieron condescendientes conmigo, pero no creo que vuelvan a intentarlo, excepto Evelyn Blake, que se pone condescendiente cada vez que nos vemos, lo cual sucede a menudo porque su amiga amiga, Mary Carswell, vive con Ilse en la pensión de la señora Adamson

"Odio a Evelyn Blake. De eso no me cabe la menor duda. Y casi e ella me odia a mí. Somos enemigas instintivas nos vimos nos miramos como dos gatos desconocidos y eso bastó. En realidad, yo nunca había odiado a nadie. Pensaba que si, pero ahora me doy cuenta de que era sólo que no me gustaba alguien. Evelyn está en Segundo y es alta, inteligente y bastante linda. Tiene unos ojos largos, brillantes, *traicioneros y* habla por la nariz. Tiene *ambicionés literarias,* tengo entendido y se considera la muchacha mejor vestida del Colegio. Tal vez sea cierto peor a mí me parece que su ropa hace más impresión en uno que ella misma La gente critica a llse por vestirse con ropa muy cara y como si fuera mayor, pero ella *domina* a su ropa. Evelyn no. Uno piensa siempre en su ropa antes de pensar en ella. La diferencia parece radicar en que Evelyn se viste para los demás e llse se viste para ella misma. Tengo que escribir una descripción de personalidad de Evelyn cuando la haya estudiado un poco más. ¿Qué satisfacción va a ser!

"La conocí en el cuarto de Ilse y nos presentó Mary Carswell. Evelyn me miró como desde arriba -es un poquito más alta, porque es un año mayor que yo- y me dijo:

"`Ah, sí, ¿la señorita Starr? Oí a mi tía, la esposa de Henry Blake, hablar de ti'.

"La esposa de Henry Blake era de soltera la señorita Brownell. La miré a Evelyn directo a los ojos y le dije:

"`Seguramente la señora de Henry Blake pintó una imagen muy favorable de mí'.

Librodot

"Evelyn rió, con una risa que no me gustó nada. Uno tiene la sensación de que se está riendo de *uno* y no de lo que uno dijo. "` No te llevabas muy bien con ella, ¿verdad? Tengo entendido que eres muy literaria. ¿Para qué publicaciones escribes?'

"Hizo la pregunta con mucha dulzura pero sabía perfectamente bien que no escribo para ninguna publicación... todavía.

"`Para el *Enterprise* de Charlottetown y para el *Weekly Times* de Shrewsbury', dije, con una sonrisa desagradable. `Acabo de hacer un trato con ellos. Me van a pagar dos centavos a la semana por cada noticia que mande al *Enterprise y* veinticinco centavos a la semana por cada carta de sociales para el *Times'.*

"Mi sonrisa preocupó a Evelyn. Se supone que los de Primero no les sonríen así a los de Segundo. No se hace.

"`Ah, sí, tengo entendido que trabajas para pagar tu alojamiento', dijo. `Supongo que cada centavo ayuda. Pero yo me refería a publicaciones de verdad'.

"` ¿La *pluma?',* pregunté, con otra sonrisita.

"La pluma es el diario del Colegio, que aparece mensualmente. Lo editan los miembros de La calavera y el búho, una `sociedad literaria' a la cual sólo pueden pertenecer los de Segundo y Tercero. El contenido de *La pluma* es de los estudiantes y en teoría cualquier estudiante puede enviar su contribución, pero en la práctica no aceptan casi nada de los de Primer año. Evelyn es miembro de La calavera y el búho y su primo es el director de *La pluma*. Evidentemente pensó que yo me ponía sarcástica a costillas de ella y me ignoró durante el resto de su visita, excepto por una pequeña estocada cuando hablábamos de vestidos.

"` Yo quiero una de esas cintas nuevas', dijo. `Hay unas preciosas en Jones and McCallum y quedan tan elegantes. La cintita de terciopelo negro que tienes en el cuello sienta muy bien, señorita Starr. Yo tenía una igual cuando estaban de moda.'

"A mí no me se ocurrió nada inteligente que decir a modo de respuesta. Se me ocurren cosas inteligentes con tanta facilidad cuando no hay a quién decírselas. De manera que no dije nada y me limité a sonreírle *muy* lentamente *y desdeñosamente. Eso* pareció enojar a Evelyn más que cualquier cosa que hubiera dicho porque después la oí decir que `esa Emily Starr' tenía una sonrisa muy afectada.

"Nota: Se puede hacer mucho con la sonrisa adecuada. Tengo que estudiar el tema con detenimiento. La sonrisa amistosa, la sonrisa despectiva, la sonrisa indiferente, la sonrisa suplicante, la sonrisa común o de jardín.

"En cuanto a la señorita Brownell -mejor dicho, la señora Blake-, a ella me la encontré hace unos días en la calle. Después de pasar le dijo algo a su amiga y las dos se rieron. Pésimos modales, en mi opinión.

"Shrewsbury me gusta bastante y me gusta la escuela, pero lo que nunca me va a gustar es la casa de la tía Ruth. Tiene una personalidad desagradable. Las casas son como las personas, a una le gustan algunas y le disgustan otras y de vez en cuando hay alguna a la que una ama. Por fuera, esta casa está cubierta de chucherías. Me dan ganas de agarrar una escoba y limpiarla. Por dentro, las habitaciones son todas cuadradas, modositas y desprovistas de alma. Nada que uno pusiera en ellas parecería jamás parte de ellas. No tiene ningún rincón romántico, como La Luna Nueva. Mi cuarto no ha mejorado tampoco con mi conocimiento de él. El cielo raso me oprime, de tanto que baja sobre la cama, y la tía Ruth no me deja cambiar la cama de lugar. Pareció azorada cuando se lo sugerí.

"`La cama ha estado siempre en ese rincón', dijo, como si dijera `El Sol siempre ha salido por el este'.

"Pero los cuadros son por lejos lo peor de este cuarto, cromolitografías que escapan a toda descripción. Una vez las puse a todas de cara a la pared pero, por supuesto, cuando la tía Ruth entró jamás golpea antes de entrar- se dio cuenta en seguida.

"`Emily, ¿por qué moviste los cuadros?'

"La tía Ruth siempre pregunta `por qué' yo hago esto o lo otro. A veces puedo explicarle, pero a veces no. Esa fue una de las veces en la que no pude. Pero tenía que responderle, claro. Aquí no iba a servirme una sonrisa desdeñosa.

"`El collar del perro de la reina Alejandra me pone nerviosa' le dije, `y la expresión de Byron en su lecho de muerte en Missolonghi me impide estudiar.'

"`Emily', dijo la tía Ruth, `podrías tratar de mostrar un poquito de gratitud.'

"Yo hubiera querido decirle:

"` ¿Hacia quién? ¿Hacia la reina Alejandra o hacia Lord Byron?' pero no lo hice, por supuesto. En cambio, dócilmente puse otra vez todos los cuadros al derecho.

"`No me dijiste la razón real por la que diste vuelta esos cuadros', dijo la tía Ruth, severa. `Supongo que no tienes la menor intención de decírmelo. Taimada e insondable. Taimada e insondable, como siempre dije que eras. La primera vez que te vi en Maywood dije que eras la criatura más solapada que había visto.'

"`Tía Ruth, ¿por qué me dices esas cosas?', le pregunté, exasperada. ` ¿Es porque me quieres y quieres educarme o porque me odias y quieres lastimarme, o sencillamente porque no puedes evítarlo?'

"`Señorita Impertinencia, recuerda por favor que ésta es mi casa. Y de ahora en más no vas a tocar mis cuadros. Esta vez te perdono por haberlos movido, pero que no vuelva a suceder. Ya voy a averiguar el motivo por el que lo hiciste, por inteligente que tú te creas.'

"La tía Ruth salió a paso vivo, pero sé que se quedó escuchando un buen rato en la escalera para ver si yo me ponía a hablar sola. Me vigila permanentemente, aunque no diga nada ni haga nada, igual sé que está vigilándome. Me siento como una mosca debajo de la lente de un microscopio. No hay palabra ni actitud que escape a su crítica y, aunque no puede leerme los pensamientos, me atribuye pensamientos que a mí jamás se me ocurrió tener. Odio eso más que cualquier otra cosa.

"¿No puedo decir nada bueno de la tía Ruth? Sí, claro que puedo.

"Es honesta, virtuosa, veraz, trabajadora y no tiene por qué avergonzarse de su despensa. Pero no tiene ninguna virtud querible, y jamás dejará de intentar averiguar por qué di vuelta los cuadros. Jamás va a creer que le dije `la pura verdad'.

"Claro que las cosas `podrían ser peores'. Como dice Teddy, podría haber sido la reina Victoria en lugar de la reina Alejandra. "Tengo algunos cuadros míos clavados en la pared que me salvan, unos preciosos dibujos de La Luna Nueva y del viejo huerto que me hizo Teddy, y un grabado que me regaló Dean. Es un cuadro en colores suaves, apagados, de palmeras alrededor de un pozo en el desierto con una caravana de camellos que cruza por sobre la arena contra un cielo negro salpicado de estrellas. Exhala atracción y misterio y, cuando lo miro, me olvido de las joyas de la reina Alejandra y del rostro lúgubre de Lord Byron, y mi alma se desliza, sale, atravesando un pequeño portón, hacia un mundo grande, vastísimo, de libertad y de ensueño.

"La tía Ruth me preguntó de dónde había sacado ese cuadro. Cuando se lo dije resopló y dijo:

`No entiendo cómo te gusta tanto el Giboso Príest. Ese hombre a mí no me gusta.'

"Jamás pensé qué pudiera gustarle.

"Pero si la casa es horrible y mi cuarto hostil, la Tierra de la Rectitud es hermosa y me mantiene viva el alma. La Tierra de la Rectitud es el bosque de abetos detrás de la casa. Lo llamo así porque los abetos son todos tan excesivamente altos, esbeltos y rectos.

Librodot

Hay un estanque allí, velado de helechos, con una gran roca gris a un costado. Se llega a él por un senderito serpenteante, caprichoso, tan estrecho que no puede pasar más de una persona por vez. Cuando estoy cansada, solitaria, enojada o me siento demasiado ambiciosa voy allí y me siento unos minutos. Nadie puede seguir enfurruñado mirando esas copas altas, entrecruzadas contra el cielo. Las tardes lindas voy allí a estudiar, aunque la tía Ruth sospecha y piensa que es otra manifestación de mi astucia. Pronto oscurecerá demasiado temprano para estudiar allí y lo lamentaré. Por alguna razón, allí mis libros tienen un *significado* que nunca tienen en otro lado.

"Hay tantos rinconcitos verdes tan hermosos en la Tierra de la Rectitud, llenos del aroma de los helechos inundados de sol, y espacios abiertos cubiertos de césped donde los pálidos ásteres besan el suelo, meciéndose dulcemente unos contra otros cuando la Señora Viento corre entre ellos. Y exactamente a la izquierda de mi ventana hay un grupo de abetos altos y viejos que parecen, a la luz de la Luna o del crepúsculo, como un grupo de brujas tejiendo encantamientos y hechizos. Cuando los vi por primera vez, una noche ventosa contra el atardecer rojizo, con el reflejo de mí vela como una extraña señal de fuego suspendida en el aire entre sus ramas, me vino *el destello,* por primera vez en Shrewsbury, y me sentí tan feliz que no me importó nada. Les escribí un poema.

"Pero ardo por escribir cuentos. Yo sabía que sería difícil mantener la promesa que le hice a la tía Elizabeth, pero no sabía que sería tan difícil. Cada día parece peor: me surgen tantas ideas espléndidas para argumentos. Entonces tengo que conformarme con los estudios de personalidad de las personas que conozco. Escribí varios. Siempre me siento tan tentada de retocarlos *un* poquito, de profundizar las sombras, de resaltar los rasgos salientes de una manera algo más vívida. Pero recuerdo mi promesa a la tía Elizabeth de no escribir nada que no sea verdadero y freno mi mano y trato de pintarlos exactamente como son.

"Escribí uno de la tía Ruth. Interesante pero peligroso. Nunca dejo el cuaderno ni mi diario en el cuarto. Sé que la tía Ruth me revisa las cosas cuando no estoy. Así que siempre ando con ellos en la bolsa.

"Esta tarde vino Ilse y estudiamos juntas. La tía Ruth frunce el entrecejo y, para ser honesta, no se equivoca mucho. llse es tan divertida y tan cómica que nos reímos más de lo que estudiamos, creo. Al día siguiente no nos va tan bien en la clase y, además, a esta casa no le gustan las risas.

"A Perry y a Teddy les gusta el Colegio. Perry se paga el alojamiento ocupándose del horno y se paga la comida sirviendo la mesa. Además, saca veinticinco centavos por hora haciendo otros trabajos. No lo veo mucho, ni a él ni a Teddy, excepto en los fines de semana, en casa, porque el reglamento de la escuela prohíbe que las niñas y los niños vayan a la escuela o vuelvan juntos. Claro que muchos lo hacen. Yo he tenido varias oportunidades, pero llegué a la conclusión de que eso de quebrar normas no se condice con las tradiciones de La Luna Nueva. Además, todas las benditas noches la tía Ruth me pregunta, cuando regreso de la escuela, si vine con alguien. Creo que a veces se siente decepcionada cuando le digo que no.

"Además, ninguno de los muchachos que quisieron acompañarme me gustaba mucho.

"20 de octubre de 19...

"Mi cuarto está lleno de olor a repollo hervido esta noche, pero no me animo a abrir la ventana. Afuera hay demasiado aire nocturno. Me animaría un ratito si la tía Ruth no hubiera estado de tan mal humor todo el día. Ayer fue mi domingo en Shrewsbury y cuando fuimos a la iglesia me senté en la punta del banco. Yo no sabía que la tía Ruth tiene que sentarse siempre en ese lugar, pero ella pensó que lo hice a propósito. Leyó la Biblia toda la

Librodot

tarde. Yo *sentí* que me la leía a mí, aunque no se me ocurría por qué. Esta mañana me preguntó por qué lo había hecho.

"`Emily, tú sabes lo que hiciste. No voy a tolerar tu astucia. ¿Qué motivo tuviste?'

"`Tía Ruth, no tengo la menor idea de lo que estás diciendo', le dije, con altivez, porque sentí que no me estaba tratando con justicia.

"`Emily, ayer te sentaste en el extremo del banco para quitarme el lugar. ¿Por qué lo hiciste?'

"Miré desde arriba a la tía Ruth, ahora estoy más alta que ella y puedo. A ella no le gusta nada. Me sentía enojada y creo que me apareció un poco de la mirada Murray en la cara. Era tan ridículo que hiciera un lío por tan poca cosa.

"`Si lo hice para quitarte el lugar, ¿no es ése suficiente motivo?", dije, con todo el desdén que sentía. Tomé mi cartera y avancé hacia la puerta. Allí me detuve. Me di cuenta de que, hicieran los Murray lo que hicieran, yo no estaba comportándome como una Starr. A papá no le habría gustado mi comportamiento. De modo que me volví y, con toda cortesía, dije:

"`No tendría que haberte hablado así, tía Ruth, te pido disculpas. No tuve ninguna intención especial al sentarme en el extremo. Fue sólo porque llegué primero al banco. No sabía que tú preferías el extremo'.

"Tal vez me excedí con la cortesía. El asunto es que mis disculpas sólo parecieron irritar más a la tía Ruth. Resopló y dijo: "`Esta vez te perdono, pero que no vuelva a ocurrir. No esperaba, claro, que me dijeras la verdad. Eres demasiado solapada.' "`¡Tía Ruth, tía Ruth! Si sigues diciéndome solapada vas a hacer que de verdad me haga solapada y *entonces,* cuidado. Si decidiera ser solapada, podría manejarte como a un títere. Puedes conmigo sólo porque soy una persona franca.'

"Todas las noches tengo que irme a la cama a las nueve, pues `las personas que viven bajo la amenaza de la tuberculosis necesitan dormir mucho'. Cuando vuelvo de la escuela hay tarea para hacer y debo estudiar por las tardes. De modo que no tengo ni un minuto para escribir nada. Sé que la tía Elizabeth y la tía Ruth tuvieron una charla sobre el tema. Pero yo *tengo* que escribir. De manera que, apenas amanece, me levanto, me visto y me pongo un abrigo -porque ahora las mañanas son frescas-, me siento y me pongo a escribir durante una preciosísima hora. No quise que la tía Ruth se enterara y me dijera solapada, así que se lo dije. Me dio a entender que yo estaba mentalmente enferma y que terminaría mal, en un manicomio, pero no me lo prohibió específicamente, probablemente porque se dio cuenta de que sería inútil. Y claro que sería inútil. *Tengo* que escribir, así de sencillo. Esa hora en medio del gris de la mañana es el momento más delicioso del día para mí.

"Últimamente, dado que se me ha prohibido escribir cuentos, he estado pensándolos. Pero un día se me ocurrió que estaba faltando a mi pacto con la tía Elizabeth, en el espíritu, si bien no en la letra. Así que no lo hago más.

"Hoy escribí un estudio de personalidad de llse. Muy fascinante. Es difícil analizarla. Es tan diferente e inesperable (esta palabra la inventé yo). Ni siquiera se enoja como todo el mundo. A mí me divierten sus rabietas. Cuando está furiosa no dice tantas cosas espantosas como antes, pero es *punzante.* (Punzante es una palabra nueva para mí. Me encanta utilizar palabras nuevas. Nunca puedo sentir que una palabra me pertenece hasta que no la he pronunciado o escrito.)

"Estoy escribiendo junto a la ventana. Adoro observar las luces de Shrewsbury que se apagan en medio de la media luz, sobre esa larga colina.

"Hoy recibí carta de Dean. Está en Egipto, entre las ruinas de templos de dioses y tumbas de viejos reyes. Vi esa tierra extraña por sus ojos, me sentí retroceder con él hasta

los siglos de la antigüedad, conocí la magia de sus cielos. Fui Emily de Karnak o de Tebas, no Emily de Shrewsbury, en absoluto. Es un don que tiene Dean.

"La tía Ruth insistió en ver la carta y cuando terminó de leerla dijo que era irreverente.

"Adjetivo que a mí jamás se me habría ocurrido."

"21 de octubre de 19...

"Esta noche subí la pequeña colina empinada y boscosa en la Tierra de la Rectitud y me sentí exultante en la cima. Siempre hay algo de satisfactorio en el hecho de subir a la cima de una colina. Había un dejo de helada en el aire, la vista del puerto de Shrewsbury era maravillosa y el bosque que me rodeaba estaba esperando que pronto sucediera algo, al menos ésa es la única manera en la que puedo explicar el efecto que provocó en mí. Me olvidé *de todo,* de los aguijones de la tía Ruth, de la actitud paternalista de Evelyn Blake, del collar de perro de la reina Alejandra, de todo lo que en esta vida no es como debería ser. Pensamientos hermosos vinieron volando hacia mí, como pájaros. No eran mis pensamientos. Yo no podría pensar nada ni la mitad de exquisito. *Vinieron* de alguna parte.

"Al regresar por el senderito oscuro, donde el aire estaba lleno de unos deliciosos sonidos misteriosos, oí una risa contenida en un bosque de abetos blancos, justo detrás de mí. Me sorprendí y me asusté un poco. De inmediato supe que no era una risa humana, sino más bien la expresión de alegría de un Puck, de un habitante del país de las hadas, con un asomo de malicia. Yo ya no puedo seguir creyendo en los duendes de los bosques -ay, cuánto pierde uno cuando se vuelve incrédulo- de manera que la risa me intrigó y, sí, una sensación muy desagradable comenzó a correrme por la espalda. Pero entonces, de pronto, me acordé de los búhos y me di cuenta de lo que era: un sonido verdaderamente delicioso, como si un sobreviviente de la Edad de Oro se riera para sus adentros, allí, en la oscuridad. Eran dos, creo, y me parece que se estaban divirtiendo mucho con una broma `buhesca'. Tengo que escribir un poema sobre eso, aunque jamás podré poner en palabras ni la mitad del encanto y de la picardía de la realidad.

"Ayer le llamaron la atención a llse en la oficina del director por haber ido a su casa, después de clase, acompañada por Guy Lindsay. Algo que dijo el señor Hardy la puso tan furiosa que agarró un florero con crisantemos que había sobre el escritorio y lo estrelló contra la pared donde, por supuesto, se hizo añicos. `Si no lo hubiera tirado contra la pared se lo hubiera tirado a usted', le dijo. "Para cualquier otra chica habría sido un desastre, pero el señor Hardy es amigo del doctor Burnley. Además, hay algo en esos ojos amarillos de Ilse que provocan cosas en la gente. Yo sé exactamente cómo debe de haber mirado al señor Hardy después de romper el florero. Seguramente se le había disipado toda la furia y su mirada era risueña y osada: impertinente, diría la tía Ruth. El señor Hardy se limitó a decirle que se estaba portando como una nenita y que tendría que pagar el florero, dado que era propiedad de la escuela. Eso desconcertó a Ilse: le pareció un final muy manso para su hazaña.

"Yo la reprendí sin miramientos. De verdad, alguien tiene que educar a llse y, al parecer, no hay nadie más que yo que se sienta responsable del tema. El doctor Burnley se desternilla de la risa cuando ella le cuenta. Pero fue como haber reprendido a la Señora Viento. llse se rió y me abrazó.

"`Querida, hizo un estrépito maravilloso. Cuando lo oí se me pasó todo el enojo.'

"La semana pasada Ilse recitó en el concierto de la escuela y les pareció maravillosa a todos.

"Hoy la tía Ruth me dijo que esperaba que yo fuera una estudiante estrella. Y no era un juego de palabras con mi apellido,' no, no, la tía Ruth no conoce ni de oídas lo que es un

Librodot

juego de palabras. Todos los alumnos que obtienen un promedio de noventa por ciento en los exámenes de Navidad son considerados alumnos "estrella" y se les da una estrella de oro que pueden usar por el resto del año lectivo. Es una distinción codiciada y no muchos la ganan, por supuesto. Si no la consigo, la tía Ruth me hará la vida imposible. *No puedo* fallar.

"30 de octubre de 19...

"Hoy salió La pluma de noviembre. Hace una semana le mandé mi poema sobre el búho al director, pero no lo publicó. Pero sí publicó un poema de Evelyn Blake, unos versitos tontos y simplotes sobre "Las hojas del otoño", muy parecido al tipo de cosas que yo escribía hace tres años.

"Y Evelyn *se condolió* de mí ante la clase llena de chicas porque no habían aceptado mi poema. Supongo que Tom Blake le contó. "`No debe sentirse mal por eso, señorita Starr[3]. Tom me dijo que no estaba tan mal, aunque, claro, no alcanza el nivel de La pluma. Seguramente dentro de uno o dos años conseguirá que le publiquen algo. Siga intentándolo.'

"`Gracias', le dije. `No me siento mal. ¿Por qué habría de sentirme mal? Yo no hice rimar "rayo" con "mayo" en mi poema. En ese caso sí que me sentina mal.'

"Evelyn se puso roja hasta las orejas.

"`No dejes ver así tu decepción, niña', me dijo. "Pero después de eso cambió de tema.

"Para mi satisfacción personal, apenas llegué a casa, después de clase, escribí una crítica del poema de Evelyn en mi cuadernito. Lo hice sobre el modelo del ensayo de Macaulay sobre el pobre Robert Montgomery y me divertí tanto escribiéndolo, que ya no me sentí dolida ni humillada. Tengo que mostrárselo al señor Carpenter cuando vaya a casa. Se va a morir de risa."

"6 de noviembre de 19...

"Esta tarde, hojeando mi diario, me di cuenta de que en seguida dejé de registrar mis buenas y malas acciones. Supongo que fue porque había tantas que eran mitad y mitad y nunca pude decidir a qué categoría pertenecían.

"Los lunes por la mañana se nos pide que digamos `presente' con una cita. Esta mañana repetí un verso de mi propio poema "Una ventana que da al mar". Cuando dejé el salón de formación para ir al aula de Primero, la señorita Aylmer, la subdirectora, me detuvo.

"`Emily, era precioso ese verso que dijiste cuando se pasó asistencia. ¿De dónde lo sacaste? ¿Sabes todo el poema?'

"Sentí una alegría tan grande que casi no podía hablar. "`Sí, señorita Aylmer', dije, muy modestita.

"`Me gustaría tenerlo', dijo la señorita Aylmer. ` ¿Podrías copiármelo? ¿Quién es el autor?'

"`El autor', dije, riendo, `es Emily Byrd Starr. La verdad, señorita Aylmer, es que me olvidé de buscar una cita para hoy y, de prisa, no se me ocurrió ninguna, así que recurrí a algo mío.'

"La señorita Aylmer no dijo nada por un instante. Me miró, solamente. Es una mujer corpulenta, de edad media, con cara muy cuadrada y unos lindos ojos grandes y grises.

"` ¿De verdad quiere que se lo copie, señorita Aylmer?', pregunté, sonriendo.

[3] "Star`, el apellido de Emily, suena como "star", que significa "estrella". (N. de la T.)

"¯Sí', dijo, y seguía mirándome de esa manera extraña, como si no me hubiera visto antes. `Sí, y autografiado, por favor.'

"Le prometí llevárselo y bajé la escalera. Al llegar abajo miré hacia atrás. Ella seguía mirándome. Algo en su mirada me hizo sentir alegría, orgullo, felicidad y humildad y... y... sí, agradecimiento. Sí, eso es exactamente lo que sentí.

"Ay, éste ha sido un día maravilloso. ¿Qué me importan ahora La pluma o Evelyn Blake?

"Esta tarde la tía Ruth fue al centro de la ciudad a ver a Andrew, el hijo del tío Oliver, que ahora está trabajando aquí, en el Banco. Me hizo ir con ella. Le dio a Andrew muchos consejos sobre moral, sobre sus comidas, sobre su ropa interior, y lo invitó a que fuera a su casa cualquier noche que lo deseara. Andrew es un Murray, ¿se entiende? y tiene, por lo tanto, acceso a lugares que Teddy y Perry no pueden osar hollar. Es bastante buen mozo; tiene cabellos rojos lacios que lleva muy bien cuidados. Pero siempre da la sensación de que terminaran de almidonarlo y plancharlo.

"Sentí que la tarde no se había perdido del todo pues la señora Garden, la dueña de la casa donde él vive, tiene un gato muy interesante que hizo algunos acercamientos conmigo. Pero cuando Andrew lo acarició y le dijo `Pobre gatito', el inteligente animal le bufó.

"`No seas tan confianzudo con un gato', le aconsejé a Andrew. `Tienes que hablar con mucho respeto, tanto cuando te diriges a él como cuando hablas de él.'

"` ¡Qué disparate!', dijo la tía Ruth. "Pero un gato es un gato."

"8 de noviembre de 19...

"Ahora las noches son frías. El lunes, cuando volví, me traje uno de los porrones de La Luna Nueva para mi confort. Me acurruqué con el porrón en la cama y disfruté de los rugidos contrastantes de la tormenta desatada en la Tierra de la Rectitud y de la lluvia que caía con fuerza en el techo. La tía Ruth tiene miedo de que se le salga la tapa al porrón e inunde la cama. Eso sería casi tan malo como lo que efectivamente ocurrió anteanoche. Me desperté a eso de la medianoche con una idea maravillosa para un cuento. Sentí que debía levantarme de inmediato y anotarla en un cuaderno antes de que se me olvidara. Así podría guardarla hasta que pasen los tres años y esté en libertad de escribirla.

"Salté de la cama y, al tantear alrededor de la mesa buscando la vela, volqué el frasco de tinta. Entonces, obviamente, me puse loca ¡no podía encontrar nada! Los fósforos, las velas, todo había desaparecido. Enderecé el frasco, pero yo sabía que arriba de la mesa había quedado un charquito de tinta. Tenía tinta en los dedos y no me animaba a tocar nada en la oscuridad y no encontraba nada con qué limpiarme. Y no dejaba de escuchar el ruidito de la tinta cayendo al suelo.

"Desesperada, abrí la puerta -con los dedos de los pies porque no me animé a tocarla con las manos sucias de tinta-, bajé, me limpié las manos con el trapo de la cocina y encontré fósforos. Claro que, para entonces, la tía Ruth se había levantado y me preguntaba mis por qué y mis motivos. Tomó mis fósforos, encendió su vela y subió conmigo. ¡Ay, qué espectáculo tan terrible! ¿Cómo puede un frasco chiquito contener un *cuarto litro de tinta?* Tenía que tener *por lo menos* cuarto litro para hacer tanto desastre.

"Me sentí como el viejo inmigrante italiano que una tarde, al llegar a su casa, la encontró destruida por el fuego y a su familia escalpada por los indios y dijo `Esto é absolutamente ridículo'. La carpeta de la mesa estaba totalmente arruinada; la alfombra, empapada, hasta el empapelado de la pared estaba salpicado. Pero la reina Alejandra sonreía, benigna, sobre toda la escena y Byron seguía muriéndose.

"La tía Ruth y yo tuvimos una sesión de una hora con sal y vinagre. La tía Ruth no me creyó cuando le dije que me había levantado para anotar el argumento de un cuento. Ella

Librodot

sabía que yo tenía *otro* motivo y no era otra cosa que mi naturaleza solapada y astuta. Dijo además otras cosas que no voy a poner por escrito. Claro que me merecía un rezongo por haber dejado destapado el frasco de tinta, pero no me merecía todo lo que me dijo. Sin embargo, lo tomé todo con mansedumbre. Por un lado, sí había sido un descuido mío y, por el otro, tenía puestas las pantuflas. Cualquiera puede someterme si tengo puestas las pantuflas. Entonces ella terminó diciendo que esa vez me perdonaba, pero que no debía volver a suceder.

"Perry ganó la carrera de una milla en los deportes escolares y rompió el récord. Alardeó demasiado, e llse se puso furiosa con él.

"11 de noviembre de 19...

"Anoche la tía Ruth me sorprendió leyendo *David Copperfield* y llorando por la separación de Davy de su madre y con el corazón lleno de furia contra el señor Murdstone. Quiso saber por qué lloraba y no me creyó cuando le expliqué.

"`¡Llorar por gente que no existió!', dijo mi tía Ruth llena de incredulidad.

"` Ay, pero claro que existen', le dije. `Son tan reales como tú, tía Ruth. ¿Me estás queriendo decir que la señorita Betsy Trotwood es una ilusión?'

"Yo pensaba que, cuando viniera a Shrewsbury, tal vez me dieran té de verdad, pero la tía Ruth dice que no es sano. De modo que tomo agua fría porque *me he negado* a seguir tomando leche con té. ¡Como si fuera una criatura!"

"30 de noviembre de 19...

"Esta tarde vino Andrew. Siempre viene las noches de los viernes cuando yo no voy a La Luna Nueva. La tía Ruth nos dejó solos en la sala y se fue a una reunión de las Damas de Beneficencia. Andrew, siendo un Murray, es de confiar.

"No me cae mal Andrew. Sería imposible que a uno le cayera mal alguien tan inofensivo. Es una de esas buenas personas charlatanas y torpes que lo obligan a uno irresistiblemente a querer atormentarlas. Después uno siente remordimientos porque son *tan* buenos.

"Esta tarde, como la tía Ruth no estaba, traté de averiguar hasta qué punto podía no hablarle a Andrew mientras seguía con mis pensamientos. Descubrí que puedo arreglármelas con muy pocas palabras: `Sí', `No', en varias inflexiones, con una risita o sin ella, `No lo sé', `¿en serio?', `caramba', `qué bien', `¡qué maravilloso!', en-es-pe-cial esta última. Andrew seguía hablando y, cuando se interrumpía para respirar yo intercalaba un `qué maravilloso'. Lo hice exactamente once veces. A Andrew le encantó. Sé que le daba la linda y halagadora sensación de que él era maravilloso y su conversación maravillosa. Mientras tanto, yo viví una espléndida vida imaginaria de ensueño junto al Río de Egipto en los tiempos de Ptolomeo I.

"Así fuimos muy felices los dos... Creo que volveré a intentarlo. Andrew es demasiado estúpido para darse cuenta.

"Cuando volvió a casa, la tía Ruth preguntó ` ¿Y? ¿Cómo se llevaron Andrew y tú?'

"Pregunta lo mismo cada vez que él viene de visita. Yo sé por qué. Sé el plan que han armado los Murray, aunque no creo que ninguno de ellos lo haya puesto en palabras nunca.

"`Espléndido', dije. `Andrew está mejorando. Esta noche dijo una cosa inteligente y no tenía tantos pies y manos como de costumbre

"No sé por qué a veces le digo esas cosas a la tía Ruth. Sería mucho mejor para mí si no lo hiciera. Pero algo, si es de los Murray, de los Starr, de los Shipley o de los Burnley,

o sencillamente maldad propia, no lo sé, pero eso me lleva a decir esas cosas antes de que pueda reflexionar.

"`Sin duda encontrarás una compañía más de tu gusto en Stovepipe Town', dijo la tía Ruth:'

8

S I N P R U E B A S

Con pena, Emily salió de la Booke Shoppe, donde el aroma de los libros y de las revistas nuevas era como dulce incienso a su nariz, y tomó de prisa la calle Prince, fría y llena de gente. Cada vez que podía se metía en la Booke Shoppe y se zambullía, hambrienta, en las revistas que no podía comprar, ávida de enterarse qué publicaban, en especial de poesía. Veía que no muchos de los poemas publicados en ellas eran mejores que algunos de los suyos, y sin embargo los directores le enviaban los suyos de vuelta, religiosamente. Emily ya había utilizado buena parte de las estampillas estadounidenses que había comprado con el dólar que el primo Jimmy le había regalado, para recibir de vuelta sus pichoncitos de literatura, acompañados por el único consuelo de las cartitas de rechazo. Su "La risa del búho" había sido devuelto ya seis veces, pero Emily todavía no había perdido totalmente la fe en él. Esa misma mañana, lo había puesto otra vez en el correo de la Shoppe.

"La séptima es la vencida", pensó mientras tomaba la calle que llevaba a la casa donde vivía llse. A las once tenía examen de inglés y quería echarle una ojeada al cuaderno de llse antes de ir. Los de Primero casi habían terminado con los exámenes finales, que daban de a ratos, cuando las aulas estaban libres de los de Segundo y Tercero, algo que a los de Primero siempre ponía furiosos. Emily estaba muy segura de que iba a ganarse una estrella. Los exámenes de las materias que a ella le resultaban más difíciles ya habían terminado y creía haber obtenido al menos ochenta en cualquiera de ellos. Ese día le tocaba inglés, en el cual tendría que sacar al menos noventa. Sólo le quedaba historia, que también le encantaba. Todo el mundo esperaba que se ganara una estrella. El primo Jimmy estaba muy entusiasmado y Dean le había enviado sus prematuras felicitaciones desde el pico de una pirámide, tan seguro estaba de su éxito. El día anterior había recibido carta de él, junto con un paquete que contenía su regalo de Navidad.

"Te envío un collarcito de oro tomado de la momia de una princesa de la decimonovena dinastía, escribía Dean. Su nombre era Mena y en su epitafio dice que era `de corazón dulce'. Por eso pienso que en la Sala de Juicio le fue bien y que los viejos dioses adustos le sonrieron con indulgencia. Este pequeño amuleto ha estado sobre su pecho por miles de años. Te lo envío con el peso de siglos de amor. Creo que tuvo que haber sido un regalo de un enamorado. De lo contrario, ¿por qué iba a descansar sobre su corazón todo ese tiempo? Ha de haber sido elegido por ella. Otros habrían puesto algo más costoso en el cuello de la hija de un rey."

La pequeña alhaja intrigaba a Emily con su encanto y su misterio y, sin embargo, le tenía una especie de miedo. Se estremeció cuando se lo puso alrededor de la blanca garganta y pensó en la niña princesa que lo había usado en aquellos días de un imperio muerto. ¿Cuál era su historia y su secreto?

Naturalmente, a la tía Ruth no le había gustado el regalo. ¿Por qué Emily debía recibir regalos de Navidad del Giboso Priest? -Al menos podría haberte regalado algo *nuevo,* ya que quiso hacerte un regalo- dijo.

-Un recuerdo de El Cairo hecho en Alemania- sugirió Emily, muy seria.

Librodot

-Algo así- convino la tía Ruth, sin sospechar. -"La señora Ayers" tiene un pisapapeles precioso, de vidrio y montado en oro, con la imagen de la Esfinge, que le trajo el hermano de Egipto. Esa cosa vieja parece muy barata.

-¡Barata! Tía Ruth, ¿te das cuenta de que este collar fue hecho a mano y usado por una princesa egipcia antes de los tiempos de Moisés?

-Ah, bueno, si vas a creer en los cuentos de hadas del Giboso Priest- dijo la tía Ruth, muy divertida-. Yo, en tu lugar, no lo usaría en público, Emily. Los Murray nunca usan joyas de segunda. ¿No te lo dejarás puesto esta noche, niña?

-Claro que sí. Probablemente la última vez que lo usaron fue en la corte del Faraón, en los días de la opresión. Ahora va a asistir al baile de la nieve de Kit Barrett. ¡Qué diferencia! Espero que el fantasma de la princesa Mena no me atormente esta noche. Puede sentirse agraviada por el sacrilegio, ¿quién sabe? Pero no fui yo la que profanó su tumba y, si no lo tuviera yo, lo tendría otra persona, alguien que no pensaría para nada en la princesita. Estoy segura de que ella preferiría que estuviera calentito y resplandeciente alrededor de mi cuello y no en un sombrío museo expuesto a las miradas frías y curiosas de miles de ojos. Era "de corazón dulce", dice Dean; no se enojará porque yo use su bonito collar. Dama del Egipto, cuyo reino ha sido derramado como el vino sobre las arenas del desierto, te saludo a través del abismo de los tiempos.

Emily hizo una profunda reverencia y saludó con la mano hacia los siglos muertos.

-Ese lenguaje pomposo es una tontería- dijo la tía Ruth. -Ay, casi toda la última frase es textual de la carta de Dean - dijo Emily, con inocencia.

-Suena típico de él- fue el desdeñoso comentario de la tía Ruth-. Bien, yo creo que tus cuentas venecianas te quedarían mejor que esa cosa pagana. Ahora bien, no te quedes hasta muy tarde, Emily. Que Andrew te traiga a casa no después de las doce.

Emily iba con Andrew al baile de Kitty Barrett, privilegio acordado graciosamente dado que Andrew era uno de Los Elegidos. Aun cuando Emily no volvió a casa hasta la una, la tía Ruth lo dejó pasar. Pero el baile la dejó a Emily con mucho sueño para el día siguiente, en especial porque había estudiado hasta tarde las dos noches anteriores. La tía Ruth aflojaba un poco sus rígidas reglas en época de examen y le permitía una provisión extra de velas. Lo que habría dicho de enterarse de que Emily había usado parte de las velas extra para escribir un poema sobre Las sombras, no lo sé y no puedo contarlo. Pero, sin duda, lo habría considerado una prueba más de su naturaleza solapada. Tal *vez fuera una actitud algo sola*pada. Debe recordarse que soy sólo la biógrafa de Emily, no su apologista.

Emily encontró a Evelyn Blake en el cuarto de llse y Evelyn Blake estaba muy enojada, en secreto, porque a ella no la habían invitado al baile y a Emily Starr sí. Por lo tanto, sentada sobre la mesa de Ilse y balanceando una pierna enfundada en seda ostentosamente en la cara de chicas que no tenían medias de seda, se dispuso a ponerse desagradable.

-Me alegro de que hayas venido, amada amiga, amiga del alma- gimió llse-. Evelyn ha estado parloteándome toda la mañana. Espero que ahora se dedique un poco a ti y me dé un poco de descanso.

-He estado diciéndole que tendría que aprender a controlar su carácter -dijo Evelyn con aire virtuoso-. ¿No está de acuerdo conmigo, señorita Starr?

-¿Qué hiciste ahora, Ilse? -preguntó Emily.

-Ah, esta mañana tuve una gran pelea con la señora Adamson. Iba a suceder tarde o temprano. Hace tanto tiempo que me estaba portando bien que tenía una cantidad de maldad amontonándose dentro de mí. Mary lo sabía, ¿verdad, Mary? Mary estaba segura de que se avecinaba una explosión. La señora Adamson empezó haciendo preguntas

Librodot

desagradables. Lo hace todo el tiempo, ¿verdad, Mary? Después se puso a rezongar, y al final lloró. Entonces le di una bofetada.

-Se da cuenta -dijo Evelyn, con intención.

-No pude evitarlo -dijo llse, sonriendo-. Habría soportado la impertinencia y los retos, pero cuando se puso a llorar -se pone tan espantosa cuando llora- que, bueno, le di una bofetada.

-Supongo que después te sentiste mejor -dijo Emily, decidida a no dejar ver la menor crítica ante Evelyn.

llse estalló en una carcajada.

-Sí, al principio. Al menos los alaridos pararon. Pero después sentí remordimiento. Le voy a pedir disculpas, por supuesto. De verdad estoy arrepentida, pero es muy probable que vuelva a hacerlo. Si Mary no fuera tan buena yo no sería ni la mitad de mala. Tengo que equilibrar un poquito las cosas. Mary es dócil y humilde y la señora Adamson le camina por encima. Tendrías que escuchar cómo la reprende si Mary sale más de una tarde por semana.

-Tiene razón -dijo Evelyn-. Sería mucho mejor que tú salieras menos. La gente habla, llse.

-Pero ayer tú no saliste, ¿verdad, querida? -preguntó Emily, con otra sonrisita pícara.

Evelyn se ruborizó y mantuvo un altivo silencio. Emily se enterró en el cuaderno y Mary e Ilse salieron. Emily deseó que Evelyn también se fuera. Pero Evelyn no tenía intención de irse.

-¿Por qué no haces que llse se comporte? -dijo la otra en un tono confidencial que resultó odioso.

-Yo no tengo autoridad sobre Ilse -dijo Emily, con frialdad-. Además, no creo que se comporte mal.

-Ay, mi querida, tú misma la oíste decir que abofeteó a la señora Adamson.

-A la señora Adamson *le hacía falta.* Es una mujer odiosa, *siem*pre llorando cuando no tiene ninguna necesidad de llorar. No hay nada más enloquecedor.

-Bueno, llse faltó a francés *otra vez* ayer a la tarde y se fue a caminar río arriba con Ronnie Gibson. Si sigue haciendo eso, la van a pescar.

-Ilse es muy apreciada por los muchachos -dijo Emily, que sabía que eso era lo que Evelyn quería.

-Es apreciada donde no debe serlo. -Ahora Evelyn se había puesto paternalista, sabiendo por instinto que Emily Starr odiaba que la gente se pusiera paternalista con ella. -Siempre tiene un séquito de muchachos vulgares atrás, los buenos muchachos no le hacen caso, ¿te diste cuenta?

-Ronnie Gibson es un buen muchacho, ¿no? -Bueno, pero, ¿qué me dices de Marshall Orde? -llse no tiene nada que ver con Marshall Orde.

-¡Ah, no! El martes pasado, de noche, anduvo paseando con él hasta las doce de la noche, y, cuando fue a buscar el caballo del establo, él estaba borracho.

-¡No te creo una palabra! llse no salió a pasear con Marsh Orde. -Emily tenía los labios blancos de la indignación.

-Me lo contó alguien que los vio. Se está hablando de Ilse *en todas partes.* Tal vez tú no tengas autoridad sobre ella, pero estoy segura de que tienes alguna *influencia.* Aunque tú misma a veces cometes tonterías, ¿no? Tal vez sin mala intención. ¿Esa vez que se fueron a bañar a la playa de Blair Water sin nada de ropa, por ejem*plo? Toda* la escuela lo sabe. Oí que el hermano de Marsh se reía de eso. Ahora bien, ¿esa no fue una tontería, mi querida?

Librodot

Emily se puso roja de rabia y de vergüenza, aunque fue casi tanto por el hecho de que Evelyn Blake la llamara "mi querida" como por lo demás. Aquel hermoso baño a la luz de la Luna, ¡cómo el mundo lo había profanado! No pensaba hablar de ese tema con Evelyn, ni siquiera le diría que tenían las enaguas puestas. Que pensara lo que quisiera.

-Creo que no alcanzas a comprender ciertas cosas, señorita Blake -dijo, con una cierta ironía delicada e indiferente en el tono y el gesto que hacía que las palabras más comunes parecieran cargadas de significados impronunciables.

-Ah, claro, tú perteneces al Pueblo Elegido, ¿no? -Evelyn rió con su risita maliciosa.

-Así es -dijo Emily, con calma, negándose a apartar los ojos del cuaderno.

-Bueno, no te ofendas así, querida. Sólo hablé porque me pareció una pena ver a la pobre llse metiéndose en situaciones difíciles en todos lados. Yo le tengo cariño, pobrecita. Y me gustaría que fuera un poco más discreta con su gusto por los colores. Ese vestido de noche color escarlata que llevó al concierto de Primero... en serio, es estrambótico.

-A mí me parecía un esbelto lirio de oro envuelto en una vaina escarlata -dijo Emily.

-Qué fiel amiga eres, querida. Me pregunto si llse te sería igual de leal. Bien, supongo que será mejor que te deje estudiar. A las diez tienes inglés, ¿no? El señor Scoville va a vigilar la clase, porque el señor Travers no se siente bien. ¿No te parecen hermosos los cabellos del señor Scoville? Y hablando de cabellos, querida, ¿por qué no te peinas con el pelo más sobre la cara para taparte las orejas, o al menos las puntas de las orejas? Te quedaría mucho mejor.

Emily pensó que si Evelyn Blake le decía una vez más "querida" iba a arrojarle un frasco de tinta. ¿Por qué no se iba y la dejaba estudiar?

Evelyn tenía otra bala en la recámara.

-Ese inexperto amiguito tuyo de Stovepipe Town ha tratado de que lo publiquen en *La pluma.* Envió un poema patriótico. Tom me lo mostró. Era para llorar de risa. Un verso en especial me pareció delicioso: "Canadá, como una *doncella,* abre los brazos para recibir a sus hijos". Lo hubieras visto a Tom.

Emily no pudo evitar sonreír, aunque estaba furiosa con Perry por exponerse así. ¿Por qué no podía reconocer sus limitaciones y entender que las laderas del Parnaso no eran para él?

-No creo que el director de La pluma haga bien mostrándoles a los extraños las contribuciones que rechaza -dijo, con frialdad. -Ah, Tom no me considera a mí una extraña. Y, en serio, era demasiado bueno para que se lo guardara para él solo. Bueno, creo que me voy al Shoppe.

Emily suspiró aliviada cuando Evelyn se fue. En seguida volvió llse.

-¿Se fue Evelyn? Qué dulce estaba esta mañana. No entiendo qué le ve Mary. Mary es buena chica, aunque no sea muy divertida. -llse -dijo Emily, seria-. ¿Saliste a pasear con Marsh Orde una noche de la semana pasada?

llse la miró.

-No, burrita, no salí. Pero me imagino de dónde sacaste ese cuento. No sé quién era la chica que salió con él.

-¿Pero faltaste a francés y te fuiste a pasear por el río con Ronnie Gibson?

-Culpable.

-llse, no tendrías que hacer esas cosas, en serio.

Librodot

-¡Emily, no me hagas enojar! -dijo llse, brevemente-. Te estás volviendo demasiado mansa, hay que hacer algo para curarte antes de que se convierta en algo crónico. Odio a las modositas. Me voy, quiero pasar por el Shoppe antes de ir a clase.

Ilse recogió sus libros y salió, oronda. Emily bostezó y decidió que había terminado con el cuaderno. Todavía le quedaba media hora antes de que tuviera que ir a la escuela. Se recostaría en la cama de Ilse un ratito.

Parecía que no había pasado ni un minuto cuando se incorporó en la cama y vio, aterrada, el reloj de Mary Carswell. Eran las 10:55, tenía cinco minutos para cubrir cuatro cuadras y ubicarse en su banco para el examen. Emily se puso el abrigo y el sombrero, tomó los cuadernos y salió volando. Llegó al Colegio sin aliento, con la desagradable sensación subyacente de que la gente la había mirado raro mientras ella corría por la calle, colgó el abrigo sin mirarse al espejo y entró rápidamente en la clase.

Una mirada de asombro seguida de una carcajada generalizada recibió su llegada. El señor Scoville, alto, delgado, elegante, estaba entregando los papeles para el examen. Puso uno ante Emily y dijo, con mucha seriedad:

-¿Se miró al espejo antes de entrar en la clase, señorita Starr? -No -dijo Emily, molesta, sintiendo que algo estaba muy mal. -Yo... en su lugar... iría a mirarme... en este mismo instante. -El señor Scoville parecía tener dificultades para articular las palabras. Emily se levantó y fue al baño de mujeres. En el patio se encontró con el director Hardy, y el director Hardy se quedó mirándola. Por qué la miraba el director Hardy, por qué se habían reído sus compañeros... Emily lo comprendió cuando se enfrentó al espejo del cuarto de baño.

Dibujado con habilidad, negro, atravesándole el labio superior y las mejillas, se veía un bigote, un bigote ostentoso, muy negro, con las puntas terminadas en un firulete. Por un instante Emily se quedó mirándose espantada... ¿por qué ¿qué? *¿Quién* lo había hecho? Giró en redondo, furiosa. Evelyn Blake acababa de entrar.

-¡Tú... tú me hiciste esto! -dijo, sin aliento, Emily.

Evelyn la observó un momento y estalló en una carcajada.

-¡Emily Starr! Pareces salida de una pesadilla. ¡No me digas que entraste en la clase con eso en la cara!

Emily cerró los puños.

-Lo hiciste tú -volvió a decir. Evelyn se irguió cuan alta era.

-Señorita Starr, espero que no crea que yo me *rebajaría* a semejante cosa. Supongo que tu querida amiga Ilse quiso hacerte una broma, cuando llegó, hace unos minutos, se moría de risa por algo. -Ilse no fue -exclamó Emily.

Evelyn se encogió de hombros.

-Yo primero me lavaría la cara y después me pondría a averiguar quién fue -dijo, con una mueca, y salió.

Temblando de la cabeza a los pies con la furia, la vergüenza y la humillación más intensa que había sufrido en su vida, Emily se lavó el bigote. Su primer impulso fue irse a su casa; no podía volver a enfrentarse al aula llena de Primero. Pero apretó los dientes y, con la cabeza de cabellos negros muy erguida, regresó y caminó por el pasillo hasta su asiento. Le ardían las mejillas y el espíritu. En un rincón vio la cabeza rubia de Ilse inclinada sobre su hoja. Los otros sonreían y se agitaban. El señor Scoville estaba ofensivamente serio. Emily tomó la lapicera, pero le temblaba la mano encima de la hoja.

Si hubiera podido llorar hasta desahogarse la vergüenza y la rabia habría encontrado una válvula de escape. Pero era imposible. Ella no lloraría. No les mostraría las profundidades de su humillación. Si Emily hubiera podido reír de la broma maliciosa,

habría sido mejor para ella. Pero, siendo Emily, y siendo una de los orgullosos Murray, no pudo. Se sentía agraviada por la indignidad hasta lo más hondo de su alma apasionada.

En cuanto al examen de inglés, habría sido lo mismo si se hubiera ido a su casa. Ya había perdido veinte minutos. Pasaron diez minutos más antes de que tuviera la mano lo suficientemente firme como para escribir. No era dueña de sus pensamientos. El examen era difícil, como siempre lo eran los exámenes del señor Travers. Su mente parecía un caos de ideas saltarinas que giraban alrededor de un punto fijo de atormentadora vergüenza. Cuando entregó la hoja y salió del aula supo que había perdido la estrella. Ese examen no le redundaría más que un "aprobado", y con suerte. Pero, en el torbellino de sus sentimientos, no le importaba. Se apresuró por llegar a su casa, a su cuarto hostil, dando gracias porque la tía Ruth había salido, y lloró. Se sentía dolorida, sacudida, lastimada y, por debajo de todo el dolor había una duda acuciante, terrible.

¿Había sido Ilse? No, no, no *podía* haber sido ella. ¿Entonces, quién? ¿Mary? Era una idea absurda. Tuvo que haber sido Evelyn, Evelyn que había vuelto y le había hecho esa broma cruel por despecho y rencor. Pero lo había negado, aparentemente indignada y ofendida y una mirada que tal vez fuera *demasiado* inocente. ¿Qué era lo que había dicho llse? "Te estás volviendo demasiado mansa. Hay que hacer algo para curarte, antes de que se convierta en algo crónico". ¿Ilse había elegido esa manera abominable de curarla?

-¡No, no, no! -Emily sollozaba descontroladamente contra la almohada. Pero la duda permanecía.

La tía Ruth no tenía duda alguna. La tía Ruth había ido a visitar a su amiga, la señora Ball, y su amiga, la señora Ball, tenía una hija en Primer Año. Anita Ball llegó a su casa con la historia de la que tanto se habían reído en Primero, Segundo y Tercer Años y Anita Ball dijo que Evelyn Blake decía que la culpable había sido Ilse Burnley.

-Bueno -dijo la tía Ruth, invadiendo el cuarto de Emily al volver a su casa-. Me enteré de que hoy Ilse Burnley te hizo un hermoso decorado. Espero que ahora te des cuenta de quién es esa chica.

-No fue Ilse -dijo Emily. -¿Se lo preguntaste?

-No. No voy a insultarla con semejante pregunta.

-Bien, yo creo que fue ella. Y no va a volver a pisar esta casa. ¿Entendido?

-Tía Ruth...

-Ya oíste lo que dije, Emily. llse Burnley no es buena compañía para ti. Últimamente he oído demasiadas cosas sobre ella. Pero esto es imperdonable.

-Tía Ruth, si le pregunto a llse si fue ella y ella me dice que no, ¿le creerías?

-No, no le creería a ninguna chica criada como fue criada llse Burnley. Estoy segura de que es capaz de hacer cualquier cosa y decir cualquier cosa. No quiero volver a verla en mi casa.

Emily se puso de pie e intentó convocar la mirada de los Murray en una cara contorsionada por las lágrimas.

-Perfecto, tía Ruth -dijo, con frialdad-, no traeré a llse aquí si no es bien recibida. Pero iré a verla. Y si me lo prohíbes, iré... iré de vuelta a casa, a La Luna Nueva. De todas maneras, ahora siento que tengo muchas ganas de volverme. Pero no voy a permitir que Evelyn Blake me ahuyente.

La tía Ruth sabía muy bien que los de La Luna Nueva no estarían de acuerdo con un completo divorcio entre Emily e llse. Eran demasiado buenos amigos del doctor Burnley. A la señora Dutton nunca le había gustado el doctor Burnley. Debió contentarse con la excusa para mantener a llse lejos de su casa, algo que ansiaba desde hacía tiempo. Su enojo con la situación no surgía de su solidaridad con Emily, sino de la ira de que una Murray hubiera quedado en ridículo.

Librodot

-Yo diría que tendría que haberte alcanzado para que quieras ir a ver a Ilse. En cuanto a Evelyn Blake, es una chica demasiado inteligente y sensata como para hacer una tontería como ésa. Yo conozco a los Blake. Son una familia excelente y el padre de Evelyn tiene dinero. Ahora deja de llorar. Linda cara tienes. ¿De qué te sirve llorar?

-De nada -dijo Emily, desconsolada-, pero no puedo evitarlo. No soporto que me pongan en ridículo. Puedo soportar cualquier cosa, menos eso. Ay, tía Ruth, por favor déjame sola. No quiero comer nada.

-Estás muy conmocionada, típico de los Starr. Nosotros, los Murray, ocultamos nuestros sentimientos.

"No creo que tengan sentimientos para ocultar, al menos, algunos de ustedes", pensó Emily, rebelde.

-Después de esto, mantente lejos de llse Burnley y no vas a estar expuesta a la vergüenza pública -fue el consejo de despedida de la tía Ruth.

Después de una noche en vela durante la cual Emily pensó que si no podía apartar ese cielo raso de su cara seguramente se sofocaría, al día siguiente Emily fue a ver a Ilse y, a su pesar, le contó lo que había dicho la tía Ruth. llse se puso furiosa pero Emily notó, con una puntada en el corazón, que no se declaró inocente de la broma del bigote.

-IIse, tú... ¿fuiste de verdad tú? -balbuceó. Ella sabía que no había sido IIse, estaba segura, pero quería oírlo de sus labios. Para sorpresa suya, un súbito rubor le encendió las mejillas a llse.

-¿Es tu sirviente un perro? -dijo, algo confusa. Era muy atípico que la directa llse, la que siempre decía lo que pensaba, estuviera tan confundida. Apartó la mirada y se puso a jugar torpemente con la bolsa de los libros. -¿Tú crees que yo podría hacerte algo así, Emily?

-No, claro que no -dijo Emily, despacio. Dejaron el tema. Pero la duda y la desconfianza yacentes en el fondo de la mente de Emily salieron de su escondite y se hicieron visibles. Incluso así, ella no podía creer que Ilse pudiera hacer algo así y después mentir. Pero, ¿por qué estaba tan confundida y avergonzada? Una Ese inocente, ¿no hubiera hecho un escándalo, no hubiera insultado a Emily, sin más ni más, por haber sospechado, no habría insistido en seguir con el tema hasta que no quedara ningún punto oscuro?

No volvieron a hacer referencia a él. Pero la sombra estaba allí y estropeó, hasta cierto punto, las vacaciones de Navidad en La Luna Nueva. Por fuera, las chicas eran las amigas de siempre, pero Emily tenía la aguda conciencia de una brecha entre ellas. Por más que luchaba no podía cruzarla. La aparente inconsciencia de esa brecha de parte de llse sirvió para ahondarla. ¿Entonces a Ilse nunca le habían importado ni ella ni su amistad, que no se daba cuenta de la *frialdad* en la relación? ¿Podía ser tan superficial e indiferente como para no percibirlo? Emily reflexionaba y se obsesionaba con esas preguntas. Algo así -algo oscuro y venenoso que se agazapaba en las sombras y no osaba salir a la luz- siempre hacía estragos en su temperamento sensible y apasionado. Ninguna pelea abierta con llse podría haberla afectado así; había peleado con llse miles de veces y en seguida se habían reconciliado sin que quedaran rencores ni una mirada hacia atrás. Eso era diferente. Cuanto más reflexionaba Emily sobre eso, más monstruoso se hacía. Emily se sentía desdichada, ausente, inquieta. La tía Laura y el primo Jimmy se dieron cuenta y lo atribuyeron a la decepción por la estrella. Ella les había dicho que estaba segura de que no la ganaría. Pero a Emily la estrella ya no le importaba.

Pero sí que lo pasó mal cuando regresó al colegio y se anunciaron los resultados de los exámenes. Ella no fue una de los envidiados cuatro que exhibieron estrellas y la tía Ruth se lo recriminó durante semanas. La tía Ruth sentía que había perdido prestigio

Librodot

familiar a causa de Emily y estaba muy resentida. En términos generales, Emily sentía que el nuevo año había venido muy poco auspicioso para ella. El primer mes fue una época que nunca le gustaba recordar. Se sentía muy sola. Ilse no podía ir a verla y, aunque ella se obligó a ir a verla, esa sutil brecha que las separaba crecía lentamente. Ilse seguía sin dar señales de darse cuenta pero, por otro lado, ahora rara vez Emily estaba a solas con ella. El cuarto estaba siempre lleno de chicas, y había mucho ruido, mucha risa y bromas y chismes sobre el colegio, todo muy inofensivo e incluso divertido, pero muy diferente de la antigua intimidad y comprensiva camaradería con Ilse. Antes era una broma de compinches entre dos que podían caminar o estar sentadas durante horas, juntas, sin decir una palabra y, sin embargo, sentirse espléndidamente bien. Ahora, esos silencios no existían: cuando quedaban solas, charlaban alegre y huecamente, como si las dos tuvieran un miedo secreto a que llegara el momento del silencio que traiciona.

El corazón de Emily sufría por su amistad perdida; todas las noches su almohada quedaba mojada en lágrimas. Pero no podía hacer nada; no podía, por más que lo intentaba, deshacerse de la duda que se había apoderado de ella. Hizo honestos esfuerzos por lograrlo. Todos los días se decía que llse Burnley no podía haberle hecho esa broma, que era por temperamento incapaz de algo así, y se iba a ver a llse con la firme determinación de ser exactamente lo que siempre había sido para ella. Con el resultado de que era forzadamente cordial y amable, incluso efusiva, pareciéndose así tanto a su propia personalidad como a Evelyn Blake. llse era igualmente cordial y amable, y la brecha era más ancha que nunca.

"Ahora Ilse ya no se enoja conmigo", reflexionaba Emíly, con tristeza.

Era cierto. Irse siempre estaba de buen humor con Emily, presentando un frente impenetrable de cortesía que no quebraba ningún relámpago de su antiguo espíritu salvaje. Emily sentía que no deseaba nada tanto como una de las viejas rabietas tormentosas de llse. Rompería el hielo que se formaba tan implacablemente entre las dos y liberaría el río contenido de su antiguo afecto.

Una de las espinas más punzantes de la situación era que Evelyn Blake se daba perfecta cuenta del estado de situación entre llse y Emily. La burla de sus grandes ojos castaños y el desdén oculto en sus frases, en apariencia inocentes, traicionaban su conocimiento y su goce al respecto. Eso era hiel y sal para Emily, que se sentía indefensa. Evelyn era una chica a quien irritaba la intimidad entre otras chicas y la amistad entre llse y Emily la había molestado en especial. Había sido tan completa, tan absorbente. En ella no había habido lugar para nadie más. Y a Evelyn no le gustaba sentir que la dejaban afuera, que había un jardín cerrado en el cual no podía entrar. Por lo tanto, estaba encantada al pensar que esa amistad hermosa hasta lo ofensivo entre dos chicas a las que ella odiaba en secreto había terminado.

Librodot

9

UN MOMENTO SUPREMO

Emily bajó las escaleras sin entusiasmo, sintiendo que, de alguna manera, todo el color y la música habían desaparecido de la vida y que ésta se extendía ante ella en un ininterrumpido gris. Diez minutos después, se veía rodeada de arco iris y el desierto de su futuro había florecido como una rosa.

La causa de este milagro de transformación fue una delgada carta que le entregó la tía Ruth con un resoplido ruthiano. También había una revista, pero al principio Emily no la miró. Vio en el extremo del sobre el membrete de una casa de plantas y percibió, al tacto, la promisoria delgadez de la carta, tan diferente de las cartas abultadas llenas de poemas rechazados.

El corazón le latía con fuerza cuando abrió el sobre y miró la hoja escrita a máquina.

"Señorita Emily B. Starr
"Shrewsbury. Isla Príncipe Eduardo
"Canadá

"Estimada señorita Starr:

Es para nosotros motivo de agrado informarle que se ha aprobado la publicación de su poema "La risa del búho" en *Jardines y bosques.* Ha sido incluido en el último número de nuestra revista, que le enviamos adjunto a la presente. Su poema es arte verdadero y nos alegrará recibir otro material que desee hacernos llegar.

No acostumbramos pagar en efectivo a nuestros colaboradores, pero puede usted elegir de nuestro catálogo de semillas o plantas por valor de dos dólares y se las haremos llegar a su domicilio sin costos de envío.

Con nuestro agradecimiento y sin otro particular.

Thos. E. Carlton & Co.

Emily dejó la carta y tomó, con dedos temblorosos, la revista. Se sintió mareada, las letras bailaban ante sus ojos, sintió una extraña sensación como de que se ahogaba... pues allí, en la primera página, con un bonito reborde de volutas, estaba su poema, "La risa del búho", por Emily Byrd Starr.

Era la primera dulce burbuja en la copa del éxito y no debemos considerarla tonta si la embriagó. Se llevó la carta y la revista a su cuarto para regodearse con ellas, con la bendición de no darse cuenta de que la tía Ruth estaba dedicada a una sesión extra de resoplidos. La tía Ruth receló sobremanera de esa mejilla súbitamente roja y del brillo de los ojos y de ese aire generalizado de éxtasis y de no estar pisando esta tierra.

En su cuarto, Emily se sentó y leyó el poema como si no lo hubiera visto antes. Había un error de imprenta en él que le puso la piel de gallina –era horrible que *la luna del cazador* se convirtiera en *la cuna del cazador*- pero era su poema, suyo, aceptado y publicado por una revista *de verdad.*

¡Y pagado! Claro que un cheque habría sido mejor; dos dólares propios, ganados con su propia pluma, le habrían parecido un tesoro. Pero, ¡cómo se divertirían ella y el primo Jimmy eligiendo las semillas! Veía con los ojos de la imaginación ese hermoso cantero, el próximo verano, en el jardín de La Luna Nueva, una gloria de rojos, púrpuras, azules y dorados.

¿Y qué era que decía la carta?

"Su poema es arte verdadero y nos alegrará recibir otro material que desee hacernos llegar."

¡Ah, bendición, ah, delicia! El mundo era suyo, el *Sendero Alpino* podía tenerse por recorrido, pues ¿qué significaban algunos pasos para llegar a la cima?

Emily no podía quedarse en el cuartito oscuro con su cielo raso opresivo y sus muebles hostiles. La expresión fúnebre de Lord Byron era un insulto a su felicidad. Se abrigó y fue corriendo a la Tierra de la Rectitud.

Al pasar Emily por la cocina, *la tía Ruth, naturalmente más rece*losa que nunca, le preguntó, con fuerte y disimulado sarcasmo: -¿Se incendió la *casa? ¿O* el puerto?

-Ninguna de las dos cosas. Es mi alma la que se incendió -dijo Emily con una sonrisa inescrutable. Cerró la puerta a sus espaldas y de inmediato se olvidó de la tía Ruth y de cualquier otra cosa o persona desagradable. ¡Qué hermoso era el mundo, qué hermosa la vida, qué maravillosa la Tierra de la Rectitud! Los abetos jóvenes, a lo largo del estrecho sendero, estaban apenas salpicados de polvo de nieve como si hubieran echado, pensó Emily, un velo de encaje de aire, como jugando, encima de jóvenes y austeras sacerdotisas druidas que hubieran renunciado a tales frivolidades de vanos adornos. Emily decidió que escribiría esa frase en su cuaderno cuando volviera. Siguió caminando hasta la cima de la colina. Se sentía volar, no podía ser que sus pies estuvieran tocando la tierra. Sobre la colina se detuvo y permaneció quieta, una figura extasiada, absorta, con las manos entrelazadas y ojos de ensueño. Acababa de caer el Sol. Allá lejos, por encima del puerto cubierto de nieve, unas nubes grandes se arremolinaban en masas luminosas e iridiscentes. Más allá había colinas blancas, relucientes, con las primeras estrellas en el cielo. Entre los troncos oscuros de los abetos viejos, a su derecha, lejos, a través del aire cristalino del atardecer, se levantaba una luna llena inmensa y redonda.

-"Es arte verdadero" -murmuró Emily, saboreando una vez más las increíbles palabras-. Quieren ver más trabajos míos. ¡Ay, si papá pudiera ver mis poemas publicados!

Años antes, en la vieja casa de Maywood, inclinado sobre ella mientras ella dormía, su padre había dicho: "Amará profundamente, sufrirá terriblemente, pero tendrá momentos gloriosos que la recompensarán".

Éste era uno de sus momentos gloriosos. Sentía una maravillosa liviandad de espíritu, un regocijo que le sacudía el alma con la mera existencia. La facultad de crear, adormecida durante todo el horroroso mes que acababa de pasar, volvió de pronto a arderle en el alma como una llama purificadora. Barrió con todas las cosas mórbidas, envenenadas, enconadas. Súbitamente Emily supo que llse jamás había hecho *aquello.* Rió con alegría, divertida.

-¡Qué tonta he sido! ¡Ay, qué tontita! Claro que Ilse no fue. Ahora no hay nada entre nosotras, eso se desvaneció. Voy a ir a verla y a decírselo.

Emily bajó de prisa el senderito. La Tierra de la Rectitud se extendía a su alrededor, misteriosa a la luz de la Luna, envuelta en la exquisita reticencia de los bosques en invierno. Ella parecía identificada con su belleza, su encanto y su misterio. Con un fugaz suspiro de la Señora Viento entre los caminos en sombras vino "el destello" y Emily avanzó, bailando, hacia Ilse con el dejo del destello en el alma.

Encontró sola a Ilse, le echó los brazos al cuello y la abrazó con fuerza.

-llse, perdóname -exclamó-. No tendría que haber dudado de ti, porque sí dudé de ti, pero ahora lo sé, lo sé. ¿Me perdonas? -Cabra loca -dijo llse.

A Emily le encantó que la llamara cabra loca. Ésta era la llse de antes, su Ilse.

-Ay, Ilse, he sufrido tanto.

-Bueno, no alardees -dijo Ilse-. Yo no he sido lo que se dice muy feliz. Escúchame, Emily, tengo algo que decirte. Cállate y escúchame. Aquel día me encontré con Evelyn en el Shoppe, volvimos a buscar un libro que ella quería y te encontramos profundamente dormida, tan profundamente dormida que ni te moviste cuando te pellizqué la mejilla. Entonces, de tonta, tomé un lápiz y dije "Voy a dibujarle un bigote". ¡Cállate! Evelyn hizo una mueca y dijo "Ay, no, ¿no te parece que sería una maldad?" Yo no había tenido la menor intención de hacerlo, lo había dicho en broma, pero esa maldita afectación de la idiota de Evelyn me puso tan loca que decidí hacerlo... ¡cállate...! con la intención de despertarte en seguida y confrontarte con un espejo, eso era todo. Pero antes de que pudiera hacerlo entró Kate Errol, que quería que fuéramos con ella, así que dejé el lápiz y salí. Eso fue todo, Emily, lo juro por el Faraón. Pero después me hizo sentir tonta y avergonzada, diría con la conciencia intranquila si tuviera algo parecido a una conciencia, por que sentía que seguramente yo le había puesto la idea en la cabeza a quienquiera que lo hizo, y entonces era responsable en parte. Y después vi que desconfiabas de mí y me puse loca, no loca de enojada, sino con una locura desagradable, fría, *por dentro*. Pensaba que cómo podía ocurrírsete que yo fuera capaz de hacer semejante cosa y dejarte ir así a clase. Y pensé que, ya que lo creías, pues, que siguieras creyéndolo, yo no iba a decir ni una palabra para aclarar las cosas. Dios, pero cómo me alegro de que hayas terminado de ver fantasmas.

-¿Te parece que fue Evelyn Blake?

-No. Es muy capaz de hacerlo, por supuesto, pero no veo cómo podría haber sido ella. Fue al Shoppe con Kate y conmigo y allí la dejamos. Quince minutos después estaba en la clase, de modo que no pudo haber tenido tiempo de regresar y hacerlo. En realidad, 1 creo que fue ese demonio de May Hilson. Es capaz de cualquier cosa y estaba en el cuarto cuando yo blandí el lápiz. Es capaz de haberse prendido a la idea como un gato a la leche. Pero no pudo haber sido Evelyn.

Emily mantuvo su convicción de que podía haber sido y de que era. Pero lo único que importaba ahora era el hecho de que la tía Ruth seguía creyendo que Ilse era culpable y seguiría creyéndolo.

-Bueno, es una infamia -dijo Ilse-. Aquí no podemos charlar tranquilas, Mary siempre tiene una multitud de visita y Evelyn Blake lo invade todo.

-Yo voy a averiguar quién lo hizo -dijo Emily, sombriámente- y voy a hacer que la tía Ruth admita su error.

A la tarde siguiente, Evelyn Blake encontró a llse y a Emily en medio de una hermosa pelea. Al menos llse rugía mientras Emily estaba sentada, con las piernas cruzadas y una expresión de aburrimiento y altivez en los ojos insolentemente entrecerrados. Habría sido una imagen agradable para una chica que odiaba la intimidad entre las demás. Pero Evelyn Blake no se alegró. Ilse volvía a pelear con Emily, *ergo,* llse y Emily se habían reconciliado.

-Me alegro tanto de que hayas perdonado a llse por aquella broma tan pesada -le dijo con mucha dulzura a Emily al día siguiente-. Claro que fue sólo inconsciencia de parte de ella, yo siempre insistí en eso, en ningún momento se detuvo a pensar en el ridículo en que te ponía. La pobre llse es así. Sabes que yo intenté impedírselo, no te lo había dicho antes, claro, porque yo no quería hacer más problema del que ya existía, pero a ella le dije que era una maldad hacerle eso a una amiga. Pensé que la había disuadido. Es muy dulce

Librodot

de tu parte haberla perdonado, Emily, querida. Tienes mejor corazón que yo. Yo creo que jamás podría perdonar a alguien que me convirtiera en un hazmerreír.

-¿Por qué no la asesinaste? -dijo Ilse, al enterarse por boca de Emily.

-Me limité a entrecerrar los ojos y a mirarla como una Murray -dijo Emily- y eso es más amargo que la muerte.

10

LA LOCURA DE UN MOMENTO

El concierto del Colegio Secundario para recaudar fondos para la biblioteca era en Shrewsbury un acontecimiento anual que se realizaba a principios de abril, antes de que fuera necesario abocarse duro al estudio para los exámenes de primavera. Este año se pensó al principio en el programa usual de música y lecturas con un breve diálogo. Le pidieron a Emily que tomara parte en este último y ella accedió, después de obtener el consentimiento, dado de no muy buena gana, de la tía Ruth, que probablemente jamás lo habría otorgado de no ser porque la señorita Aylmer fue en persona a solicitarlo. La señorita Aylmer era nieta del senador Aylmer y la tía Ruth se rendía al renombre de una familia cuando no se habría rendido a ninguna otra cosa. Entonces la señorita Aylmer sugirió suprimir casi toda la música y todas las lecturas y, en su lugar, representar una pequeña obra. Eso halló favor a ojos de los estudiantes y se hizo el cambio. Emily fue elegida para un papel que le encajaba, de modo que se interesó muchísimo en el asunto y disfrutó de los ensayos, que se realizaban en el edificio de la escuela, dos noches ala semana, bajo la coordinación de la señorita Aylmer.

La obra creó sensación en Shrewsbury. Los estudiantes del Colegio Secundario no se habían embarcado nunca antes en algo tan ambicioso: se supo que varios de los estudiantes de la Queen's Academy irían para verla, desde Charlottetown, en el tren de la tarde. Eso volvió medio locos a los actores. Los estudiantes de Queen's eran veteranos en la escenificación teatral. Claro que verían a criticar. Se volvió una obsesión fija para cada miembro del elenco que la obra fuera tan buena como había sido cualquiera de las obras de la Queen's Academy, y todos los nervios se tensaron, fijos en ese objetivo. La hermana de Kate Errol, que se había graduado en una escuela de oratoria, los entrenó y, cuando llegó la noche de la representación, había un ardiente entusiasmo en los diversos hogares y pensiones de Shrewsbury.

En su cuartito iluminado con velas, Emily miraba a Emily del espejo con considerable satisfacción, satisfacción, por otra parte, justificada. El rubor escarlata de sus mejillas y la profunda oscuridad de sus ojos grises resaltaban brillantemente sobre el vestido color ceniza de rosas, y la coronita de hojas plateadas entretejida alrededor de sus cabellos negros la hacían parecer una joven dríada. Pero no se *sentía* una dríada. La tía Ruth la había obligado a quitarse las medias de encaje y ponerse las de cachemira; en realidad, había intentado obligarla a ponerse las de lana, pero había abandonado, derrotada en ese punto, aunque recuperó su posición insistiendo en una enagua de franela.

"Qué cosa espantosa, toda abultada", pensó Emily, resentida, hablando, por supuesto, de la enagua. Pero se usaban las faldas amplias y la esbeltez de Emily permitía hasta una gruesa enagua de franela.

Acababa de colocarse al cuello la cadena egipcia cuando entró la tía Ruth.

Una mirada bastó para darse cuenta de que la tía Ruth estaba furiosa.

-Emily, acaba de venir la señora Ball. Me dijo algo que me asombró. ¿Es en una *obra de teatro* que vas a participar esta noche? Emily se quedó mirándola.

-Por supuesto que es una obra de teatro, tía Ruth. Tú lo sabías. -Cuando me pediste permiso para tomar parte en el concierto me dijiste que era un *diálogo* -dijo la tía Ruth, con

Librodot

tono helado. -Ah, pero la señorita Aylmer decidió hacer una obrita en lugar del diálogo. Pensé que sabías, tía Ruth, en serio. Pensé que te lo había mencionado.

-Nada de eso, Emily, deliberadamente me mantuviste en la ignorancia porque sabías que no iba a permitirte tomar parte en una obra.

-No, tía Ruth, no -rogó Emily, seria-. Nunca se me ocurrió ocultarlo. Claro que no tenía muchas ganas de hablarlo contigo, porque sabía que el concierto mismo no te gustaba.

Cuando Emily hablaba con seriedad, la tía Ruth siempre creía que era impertinencia.

-Esto es el colmo, Emily. Si bien siempre supe que eras solapada, nunca te habría creído tanto.

-¡No hubo nada de solapado en esto, tía Ruth! -dijo Emily, impaciente-. Habría sido tonto de mi parte tratar de ocultar el hecho de que estábamos ensayando una obra, cuando todo Shrewsbury habla de ella. No sé cómo hiciste para no enterarte.

-Tú sabías que yo no estaba saliendo a ningún lado por mi bronquitis. Ah, ya lo entiendo todo, Emily. A mí no puedes engañarme.

-No he tratado de engañarte. Pensé que sabías, eso es todo. Pensé que la razón por la cual nunca lo mencionabas era que te oponías a todo el proyecto. Ésa es la verdad, tía Ruth. ¿Cuál es la diferencia entre un diálogo y una obra?

-Son cosas muy diferentes -dijo la tía Ruth-. Las obras de teatro son algo vil.

-Pero es una obra tan *pequeña* -rogó Emily, desesperanzada y luego rió porque le sonaba tan ridículo como la excusa de la mucama en *Midshipman Easy. Su* sentido del humor fue inoportuno; su risa enfureció a la tía Ruth.

-Grande o pequeña no vas a tomar parte en ella. Emily la miró y se puso pálida.

-Tía Ruth, *tengo* que tomar parte, si no la obra se arruinaría. -Mejor que se arruine una obra y no un alma-dictaminó la tía Ruth.

Emily no osó sonreír. El tema en cuestión era demasiado serio. -No seas tan... tan estricta, tía Ruth -estuvo a punto de decir "injusta"-. Lamento que no apruebes el teatro, no volveré a tomar parte en ninguna obra, pero entiende que esta noche tengo que hacerlo.

-Ay, mi querida Emily, no creo que seas *tan* indispensable. Por cierto que la tía Ruth enloquecía a cualquiera. ¡Qué desagradable podía ser la palabra "querida"! Pero Emily no se impacientó. -Esta noche sí. No pueden conseguir un reemplazo a último momento, ¿te das cuenta? La señorita Aylmer no me lo perdonaría nunca.

-¿Te importa más el perdón de la señorita Aylmer que el de Dios? -preguntó la tía Ruth con el aire de quien afirma una posición decisiva.

-Sí, que el de tu Dios, sí -murmuró Emily, incapaz de no perder la paciencia ante preguntas tan insensatas.

-¿No respetas a tus antepasados? -fue la siguiente pregunta de la tía Ruth-. ¡Ay, si supieran que una descendiente de ellos va a actuar en una obra de teatro, se retorcerían en sus tumbas!

Emily le regaló a la tía Ruth una muestra de la mirada de los Murray.

-Sería un excelente ejercicio para ellos. Esta noche voy a hacer mi papel en la obra, tía Ruth.

Emily habló con voz calma, mirando desde su joven estatura con ojos decididos. La tía Ruth sintió una incómoda sensación de impotencia: la puerta del cuarto de Emily no tenía llave y no podía detenerla por la fuerza física.

-Si vas esta noche, no regreses a casa -dijo, pálida de ira-. La puerta de esta casa se cierra a las nueve de la noche.

-Si no vuelvo esta noche, no volveré nunca. -Emily estaba demasiado enojada con la actitud irracional de la tía Ruth como para preocuparse de las consecuencias. -Si me

Librodot

cierras la puerta volveré a La Luna Nueva. Ellos están al tanto de la obra, y hasta la tía Elizabeth quería que participara.

Tomó el abrigo y se ajustó el sombrerito con la pluma roja que le había regalado para Navidad la esposa del tío Oliver. En La Luna Nueva no se pensaba gran cosa del buen gusto de la tía Addie, pero el sombrero era muy sentador y a Emily le encantaba. De pronto, la tía Ruth se dio cuenta de que Emily parecía extrañamente madura y crecida con él. Pero dicho descubrimiento no alcanzó a disminuir su enojo. Emily se había ido, Emily había osado desafiarla y desobedecerla, la solapada y socarrona de Emily, pues a Emily había que enseñarle una lección.

A las nueve de la noche una tía Ruth empecinada y ofendida cerró todas las puertas y se fue a la cama.

La obra fue un gran éxito. Hasta los estudiantes de Queen's lo admitieron y aplaudieron con generosidad. Emily se entregó a su papel con el fuego y la energía generados en su discusión con la tía Ruth, que barrió con toda inhibitoria conciencia de enaguas de franela y sorprendió agradablemente a la señorita Errol, cuya única crítica a la actuación de Emily había sido que era algo fría y reservada en un papel que exigía más entrega. Al terminar la función, Emily fue apabullada con felicitaciones. Hasta Evelyn Blake le dijo, - con benevolencia:

-En serio, querida, eres maravillosa, gran actriz, poetisa, novelista en ciernes, ¿qué otra sorpresa nos preparas?

Pensó Emily: "¡Qué condescendiente e insufrible que es!" Dijo Emily:

-*¡Muchas gracias!*

Hubo un regreso a casa feliz y triunfante con Teddy, un alegre buenas noches ante el portón y luego... la puerta cerrada.

La ira de Emily, que se había sublimado durante toda la velada en energía y ambición, de pronto volvió por sus fueros y barrió con todo lo que se le presentaba por delante. Era insoportable que la trataran así. Había soportado muchas cosas a manos de la tía Ruth, pero ésa era la proverbial gota que rebalsa el vaso. Una no puede soportarlo todo, ni siquiera en aras de una educación. Una tiene una obligación con la dignidad y el respeto por sí misma.

Podía hacer tres cosas. Podía aporrear el viejo llamador de bronce de la puerta hasta que la tía Ruth bajara y la dejara entrar, como había hecho una vez, y después soportar semanas de oír mascullar a la tía Ruth. Podía ir a la pensión de llse -las chicas todavía no se habrían acostado- como también había hecho una vez y como, sin duda, la tía Ruth esperaba que hiciera ahora, pero entonces Mary Carswell se lo contaría a Evelyn Blake y Evelyn Blake se reiría con malicia y se lo contaría a todo el colegio. Emily no tenía intención de hacer ninguna de las dos cosas; supo desde que encontró la puerta cerrada con llave qué haría. Se iría caminando a La Luna Nueva ¡y allí se quedaría! Meses de irritaciones sofocadas bajo las indirectas perpetuas de la tía Ruth explotaron en un fuego de rebelión. Emily pasó por el portón, lo cerró de un golpe a sus espaldas sin nada de la dignidad de los Murray, pero con mucho de la pasión de los Starr e inició los once kilómetros de caminata en medio de la noche. De haber sido cien igual hubiera emprendido el camino. Tan enojada estaba y tan enojada siguió que la caminata no le pareció larga ni sintió, aunque no tenía otro abrigo que un saco de tela, el frío de la noche de abril.

La nieve del invierno se había ido, pero el camino despejado estaba cubierto de hielo y era áspero, no lo ideal para los delgados zapatos de cabritilla, regalo de Navidad del primo Jimmy. Emily pensó con lo que le pareció una risa sombría y sarcástica que, después de todo, era una suerte que la tía Ruth hubiera insistido en que se pusiera medias de cachemira y enagua de franela.

Librodot

Esa noche había luna, pero el cielo estaba cubierto de un amontonamiento de nubes grises y el paisaje duro y despojado se extendía, hosco, a la luz gris pálida. El viento venía en bocanadas súbitas y gimientes. Emily sintió, con una considerable satisfacción dramática, que la noche armonizaba con su estado de ánimo tormentoso y trágico.

Jamás volvería a lo de la tía Ruth; eso era seguro. No importaba qué dijera la tía Elizabeth -y tendría muchas cosas que decir, de esto tampoco cabían dudas-, no importaba qué dijera nadie. Si la tía Elizabeth no le permitía ir a otra casa, dejaría el colegio. Sabía que en La Luna Nueva provocaría un gran tumulto. No importaba. En su estado de ánimo intrépido los tumultos eran bienvenidos. No se humillaría otro día más, ¡eso no! La tía, al fin, había ido demasiado lejos. No se podía llevar a una Starr a tal estado de desesperación sin sufrir las consecuencias.

"Terminé para siempre con Ruth Dutton" juró Emily, sintiendo una tremenda satisfacción al omitir el "tía".

A medida que se acercaba a su casa, las nubes comenzaron a disiparse y de pronto, al tomar el sendero de La Luna Nueva, la austera belleza de los tres altos álamos de Lombardía contra el cielo iluminado por la luna la hicieron contener el aliento. ¡Qué maravilla! Por un momento casi olvidó sus penas y a la tía Ruth. Pero entonces el dolor volvió a inundar su alma: ni siquiera la magia de las Tres Princesas podía alejarlo con encantamientos.

Había luz en la ventana de la cocina de La Luna Nueva, una luz que caía con efecto espectral sobre los altos abedules blancos del bosque de John el Altivo. Emily se preguntó quién estaría levantado en La Luna Nueva; había esperado encontrar la casa a oscuras y pensaba deslizarse por la puerta del frente y subir a su querido dormitorio, dejando las explicaciones para la mañana. La tía Elizabeth siempre cerraba con llave y le pasaba un pasador a la puerta de la cocina, todas las noches, con gran ceremonia, antes de irse a acostar, pero nunca cerraba la puerta del frente. Los vagabundos y los ladrones no tendrían tan malos modales, seguramente, como para acercarse a la puerta del frente de La Luna Nueva.

Emily atravesó el jardín y espió por la ventana de la cocina. El primo Jimmy estaba allí, solo, con dos velas por compañía. Sobre la mesa había un recipiente de barro y, justo en el momento en que Emily miraba, con aire ausente, él metió la mano en él y sacó una rosca rechoncha. El primo Jimmy tenía los ojos fijos en un gran jamón colgado del cielo raso y movía los labios sin emitir sonido. No había razones para dudar de que el primo Jimmy estaba componiendo poesía, aunque por qué lo hacía a esa hora de la noche era una intriga.

Emily dio vuelta a la casa, abrió con suavidad la puerta de la cocina y entró. En su asombro, el pobre primo Jimmy trató de tragarse entera media rosca y entonces no pudo hablar durante varios segundos. ¿Era Emily o una aparición? ¿Emily con un abrigo azul oscuro, un encantador sombrerito con una pluma roja; Emíly con los cabellos color noche despeinados por el viento y una mirada trágica en los ojos; Emily con unos zapatos deshechos; Emily en ese estado en La Luna Nueva cuando tendría que estar profundamente dormida en su cuartito de doncella en Shrewsbury?

El primo Jimmy tomó las manitas frías que Emily le tendió. -Emily, querida niña, ¿qué pasó?

-Bueno, para ir directo al grano: dejé a la tía Ruth y no voy a volver.

El primo Jimmy no dijo nada por un momento. Pero hizo algunas cosas. Primero caminó en puntillas por la cocina y cerró con cuidado la puerta de la salita; luego llenó el hogar con leña, acercó a éste una silla, llevó a Emily hasta ella y le levantó los pies

Librodot

helados y cansados. Luego encendió otras dos velas y las puso sobre la repisa del hogar. Por fin se sentó otra vez en su silla y apoyó las manos en las rodillas.

-Ahora cuéntame.

Emily, aún en las redes de la rebelión y la indignación, le contó todo.

Apenas el primo Jimmy pudo enterarse de lo que había sucedido en realidad, comenzó a mover la cabeza con lentitud y continuó moviéndola, la movió durante tan largo rato que Emily comenzó a sentir la incómoda convicción de que, en lugar de ser una figura ultrajada, dramática, estaba en camino de convertirse en una especie de tontita. Cuánto más movía la cabeza el primo Jimmy, menos heroica se sentía. Cuanto ella terminó su historia con un categórico y desafiante "No voy a regresar a lo de la tía Ruth, digan lo que digan", el primo Jimmy le dio el último sacudón a su cabeza y le acercó el recipiente por encima de la mesa.

-Come una rosca, gatita.

Emily vaciló. Le encantaban las roscas y hacía mucho que había comido. Pero las roscas parecían fuera de lugar cuando se hablaba de rebelión y tumulto. Decididamente eran reaccionarias en sus tendencias. Un vago resplandor de eso hizo que Emily rechazara la rosca.

El primo Jimmy tomó una.

-¿Así que no vuelves a Shrewsbury? -No a lo de la tía Ruth -dijo Emily. -Es lo mismo -dijo el primo Jimmy.

Emily sabía que sí. Sabía que era inútil esperar que la tía Elizabeth le permitiera alojarse en otro lado.

-Y te viniste todo el camino a pie. -El primo Jimmy sacudió la cabeza. -Caramba, cuánto coraje tienes. A montones -agregó, meditativo, entre mordisco y mordisco.

¿Me culpas? preguntó Emily, con pasión, más que nunca porque sentía que la cabeza *del* primo Jímmy había *desvanecido* algo de lo que la sostenía por dentro.

-Nooo, es un disparate cerrarte la puerta, típico de Ruth Dutton. -¿Y te das cuenta, verdad, de que no puedo volver después de semejante insulto?

El primo Jimmy le dio otro mordisquito con cuidado a la rosca, como intentando descubrir cuán cerca del agujero del medio podía comer sin terminar de romperla.

-No creo que ninguna de tus abuelas habría dejado pasar con tanta facilidad la oportunidad de estudiar -dijo-. No del lado de los Murray, al menos -agregó, luego de un momento de reflexión que al parecer le recordó que él sabía demasiado poco de los Starr como para dogmatizar sobre ellos.

Emily estaba inmóvil. Como habría dicho Teddy en un partido de cricket, el primo Jimmy le había embocado a la canasta del medio con la primera bola. En seguida, se dio cuenta de que al traer el primo Jimmy a colación a sus abuelas en ese diabólico ataque de inspiración, todo había terminado, salvo los términos de la rendición. Podía verlas a todas a su alrededor, las queridas damas muertas de La Luna Nueva, Mary Shipley y Elizabeth Burnley y todas las demás, suaves, decididas, contenidas, mirándola desde arriba con algo de pena desdeñosa, a ella, esa descendiente tonta e impulsiva. El primo Jimmy parecía pensar que podía haber alguna debilidad del lado de los Starr. ¡Bien, no la había, ella se lo demostraría!

Ella había esperado más comprensión de parte del primo Jimmy. Sabía que la tía Elizabeth la condenaría e incluso la tía Laura se sentiría decepcionada. Pero ella había contado con que el primo Jimmy se pusiera de su parte. Siempre lo había hecho.

-Mis abuelas nunca tuvieron que soportar a la tía Ruth -le espetó.

Librodot

-Tuvieron que soportar a tus abuelos. -El primo Jimmy parecía pensar que esto era determinante, como hubiera admitido cualquiera que hubiera conocido a Archibald y a Hugh Murray.

-Primo Jimmy, ¿crees que tengo que volver y aceptar el rezongo de la tía Ruth y hacer como si no hubiera sucedido nada? -¿A ti qué te parece? -preguntó el primo Jimmy-. Cómete una rosca, gatita.

Esta vez Emily tomó la rosca. Bien le venía un poco de consuelo. Pero uno no puede comer roscas y seguir siendo dramática. Inténtelo.

Emily bajó de su pico de tragedia al valle de la petulancia. -La tía Ruth ha estado *odiosa* en los dos últimos meses, desde que la bronquitis le impidió salir. No te *imaginas* lo que ha sido. -Claro que me lo imagino. Ruth Dutton nunca hizo que nadie se sintiera bien. ¿Se te están calentando los piececitos, Emily?

-La odio -exclamó Emily, aferrada aún a la justificación de sí misma-. Es horrible vivir bajo el mismo techo con alguien a quien uno odia.

-Letal -convino el primo Jimmy.

-*Y no es* culpa mía. He intentado caerle bien, he intentado complacerla; no deja de reprenderme, le atribuye motivos mezquinos a todo lo que digo o hago, o que *no* digo ni hago. *Sigue* hablando de cuando me senté en el extremo del banco y de la estrella que no obtuve. Siempre *sugiere* insultos a mi padre y mi madre. Y siempre *me perdona* por cosas que yo no he hecho... o que no necesitan ser perdonadas.

-Ultrajante, y mucho -dijo el primo Jimmy.

-Ultrajante, tú lo has dicho. Sé que si vuelvo me dirá "Esta vez te perdono, pero que no se repita". Y va a resoplar, ay, ¡el resoplido de la tía Ruth es el sonido más odioso del mundo!

-¿Alguna vez oíste el ruido de un cuchillo desafilado cortando cartón grueso? -murmuró el primo Jimmy.

Emily lo ignoró y siguió adelante.

-No puedo estar equivocada *siempre,* pero la tía Ruth piensa que sí, y dice que tiene que "ser indulgente" conmigo. Me da aceite de hígado de bacalao, nunca me deja salir al atardecer si puede impedírmelo: "los tuberculosos tienen que tener mucho cuidado después de las ocho de la noche". Si *ella* tiene frío, yo tengo que ponerme dos enaguas. Se lo pasa haciendo preguntas desagradables y negándose a creer en mis respuestas. Cree, y siempre creerá, que mantuve en secreto lo de la obra de teatro porque soy solapada. A mí ni se me ocurrió. Si la semana pasada el *Times* de Shrewsbury se refirió a ella. La tía Ruth rara vez se pierde algo que salga en el *Times.* Me reprendió días enteros porque encontró una composición mía que yo había firmado "Emilie". "Será mejor que trates de escribir tu nombre sin alusiones a nadie famoso" me dijo, burlándose.

-Bueno, ¿no fue un poquito tonto, gatita?

-¡Ah, supongo que mis abuelas no lo habrían hecho! Pero la tía Ruth no tenía por qué haberlo esgrimido como lo hizo. Eso es lo horrible; si dijera lo que piensa sobre algo y terminara con el tema. Mira, tengo una manchita de herrumbre en mi enagua blanca y la tía Ruth estuvo semanas machacando con eso. Estaba decidida a averiguar *cuándo* se había herrumbrado y *cómo, y* yo no tenía la menor idea. En serio, primo Jimmy, cuando a las tres semanas seguía con lo mismo, a mí me daban ganas de gritar si volvía a mencionarlo.

-*A cualquiera* en su sano juicio le habría pasado lo mismo -le dijo el primo Jimmy al jamón del cielo raso.

-Ah, y cualquiera de estas cosas no es más que una picadura de mosquito, lo sé, y tú dirás que soy una tonta por que me molestan, pero...

Librodot

-No, cien picaduras de mosquito son más difíciles de soportar que una pierna fracturada. Yo preferiría que me dieran un golpe en la cabeza y terminaran conmigo.

-Sí, eso es, picaduras todo el tiempo. No quiere que venga llse a casa, ni Teddy ni Perry, nadie que no sea el estúpido ese de Andrew. Estoy tan cansada de él. No me dejó ir al baile de Primero. Hicieron un paseo en trineo, un almuerzo en la posada La tetera marrón y un bailecito: todo el mundo fue menos yo. Fue el acontecimiento del año. Si voy a caminar a la Tierra de la Rectitud al anochecer, seguro que hay algo siniestro en eso: a *ella* nunca se le ocurre pasearse en la Tierra de la Rectitud, ¿por qué tiene que ocurrírseme a mí? Dice que tengo una opinión muy alta de mí misma. No es cierto, ¿verdad, primo Jímmy?

-No -dijo el primo Jimmy, pensativo-. Alta sí pero no *demasiado* alta.

-Dice que siempre estoy moviendo las cosas de lugar. Si miro por la ventana viene trotando por la habitación y hace coincidir matemáticamente los extremos de las cortinas. Y es todo el tiempo "por qué, por qué, por qué", primo Jimmy.

-Sé que te sientes mucho mejor ahora que has podido desahogarte -dijo el primo Jimmy-. ¿Otra rosca?

Con un suspiro de rendición, Emily sacó los pies de la estufa y se acercó a la mesa. El recipiente de roscas estaba entre ella y el primo Jimmy. Tenía *mucha* hambre.

-¿Ruth te da suficiente de comer? -preguntó el primo Jimmy, ansioso.

-Ah, sí, la tía Ruth sigue con al menos una de las tradiciones de La Luna Nueva. Tiene una buena despensa. Pero no hay comidas fuera de hora.

-Y a ti siempre te gustó comer algo rico antes de irte a la cama, ¿no? Pero la última vez que estuviste en casa te llevaste una caja, ¿no?

-La tía Ruth la confiscó. Es decir, la puso en la despensa y sirvió su contenido a la hora de las comidas. Estas roscas están riquísimas. Además, siempre hay algo de excitante e ilícito en comer a horas extrañas como ahora, ¿no? ¿Y cómo es que estabas levantado, primo Jimmy?

-Una vaca enferma. Pensé que era mejor quedarme levantado para vigilarla.

-Qué suerte para mí. Ah, he recuperado otra vez la razón, primo Jimmy. Aunque ya sé que estás pensando que me porté como una tonta.

-Todos somos tontos en algunas cosas -dijo el primo Jimmy. -Bien, volveré y apuraré el trago amargo sin protestar. -Acuéstate en el sofá y duerme un poquito. Voy a herrar la yegua gris y te llevaré apenas amanezca.

-No, de ninguna manera. Por varias razones. En primer lugar, la carretera no está en condiciones para carros. En segundo lugar, no podríamos irnos sin que nos oyera la tía Elizabeth, entonces se enteraría de todo y no quiero. Mantendremos mi secreto tonto y oscuro entre los dos, primo Jimmy.

-Pero entonces, ¿cómo vas a volver a Shrewsbury? -Caminando.

-¿Caminando? ¿Hasta Shrewsbury? ¿A esta hora de la noche? -¿No acabo de venir desde Shrewsbury a esta hora? Puedo volver a hacerlo y no será más difícil que el traqueteo por esa carretera espantosa, arriba de la yegua gris. Claro que me pondré algo en los pies que sirva más de protección que los zapatos de cabritilla. En mi furia estropeé tu regalo de Navidad. Ahí en el armario hay un viejo par de botas mío. Me lo pondré, además de mi viejo gabán largo. Para cuando amanezca, estaré en Shrewsbury. Me pondré en camino apenas terminemos las roscas. Vamos a limpiar el plato, primo Jimmy.

El primo Jimmy accedió. Después de todo, Emily era joven y fuerte, la noche estaba linda, y cuanto menos supiera Elizabeth de algunas cosas, mejor para todos los involucrados. Con un suspiro de alivio porque el asunto había terminado tan bien -en

Librodot

realidad al principio tuvo miedo de que el subyacente "empecinamiento" de Emily se hubiera plantado en sus trece y entonces, ¡ay...! el primo Jimmy se dedicó a las roscas.

-¿Cómo va la literatura? -preguntó.

-Últimamente he escrito mucho, aunque de mañana hace mucho frío en mi cuarto, pero me gusta tanto, mi sueño más grande es hacer algo valioso algún día.

-Y lo harás. A ti no te tiraron por un pozo -dijo el primo Jimmy.

Emily le palmeó la mano. Nadie se daba cuenta mejor que ella de lo que el primo Jimmy podría haber llegado a hacer, si a él no lo hubieran empujado dentro de un pozo. Cuando se terminaron las roscas, Emily se puso las viejas botas y el gabán. Era una prenda muy fea, pero su belleza de luna nueva resplandecía por sobre todo como una estrella en la habitación vieja, sombría e iluminada a vela.

El primo Jimmy la miró. Pensó que era una criatura dotada, hermosa, alegre y que algunas cosas eran una verdadera lástima. -Alta y majestuosa... alta y majestuosa como todas nuestras mujeres -murmuró, soñador-. Excepto la tía Ruth -agregó. Emily rió e hizo una mueca.

-La tía Ruth va a aprovechar al máximo su escasa estatura en nuestra próxima entrevista. Esto le durará hasta fin de año. Pero no te preocupes, primo querido, por un largo tiempo no voy a cometer ninguna tontería. Esto aclaró el aire. La tía Elizabeth pensará que ha sido algo espantoso de tu parte comerte un recipiente lleno de roscas tú solo, goloso primo Jimmy.

-¿Necesitas otro cuaderno?

-Todavía no. El último que me regalaste está por la mitad. Los cuadernos me duran mucho ahora que no puedo escribir cuentos... Ay, cómo me gustaría, primo Jimmy.

-Ya llegará el momento, ya llegará el momento -dijo el primo Jimmy, alentándola-. Espera un poco, sólo espera un poco. Si no corremos detrás de las cosas, a veces las cosas que nos siguen pueden alcanzarnos. "Con sabiduría se edificará la casa, y con prudencia se afirmará. Y con ciencia se henchirán las cámaras de todo bien preciado y agradable." Todo bien preciado y agradable, Emily. Proverbios veinticuatro, tercero y quinto.

Acompañó a Emily hasta la puerta y la cerró. Apagó todas las velas menos una. Se quedó mirándola un momento y entonces, seguro de que Elizabeth no lo oiría, el primo Jimmy dijo, con fervor:

-¡Que Ruth Dutton se vaya a... a... -pero al primo Jimmy le faltó coraje- al cielo!

Emily volvió a Shrewsbury bajo la clara luz de la Luna. Había esperado que la caminata fuera aburrida y cansadora, desprovista del ímpetu de la ira y la rebeldía. Pero descubrió que éstas se habían transmutado en algo bello, y Emily era una de los "eternos esclavos de la belleza" a los que canta Carman, que son, sin embargo, "amos del mundo". Estaba cansada, pero su cansancio se dejaba entrever en una cierta exaltación de sentimiento e imaginación que experimentaba siempre que estaba fatigada. El pensamiento era rápido y activo. Tuvo una serie de brillantes conversaciones imaginarias y pensó tantos epigramas que se sorprendió agradablemente de sí misma. Era lindo sentirse vital e interesante y viva una vez más. Estaba sola, pero no se sentía solitaria.

Mientras caminaba dramatizó la noche. Había en ésta un encanto salvaje, indómito, que despertaba una cierta veta salvaje e indómita oculta en lo hondo de la naturaleza de Emily, una veta que deseaba caminar donde quería, sin otra guía que sí misma, la veta del gitano y del poeta, del genio y del tonto.

Los grandes abetos, liberados de su carga de nieve, agitaban los brazos libres, salvajes y alegres sobre los campos iluminados por la Luna. ¿Había habido alguna vez algo tan hermoso como las sombras de esos arces grises, de miembros desnudos, en el camino de Emily? Las casas por la que pasaba estaban llenas de un intrigante misterio. Le gustaba

Librodot

pensar en las personas que había adentro, soñando, y que veían en sueños lo que la vida de vigilia les negaba; en las manitas de niños entrelazadas en el sueño; en los corazones que tal vez mantenían insomnes vigilias de pena; en brazos solitarios que se tendían en el vacío de la noche mientras ella, Emily, flotaba como un fantasma de la madrugada.

Y era fácil, también, pensar que había otras cosas, cosas que no eran normales ni humanas. Ella siempre vivía al borde del país de las hadas y ahora entraba en él. La Señora Viento silbaba de verdad entre los juncos del pantano; Emily estaba segura de oír las risitas encantadoras pero diabólicas de los búhos en los bosques de abetos rojos... algo cruzaba el camino frente a ella, podía ser un conejo o podía ser una Personita Gris. Los árboles adoptaban formas en partes agradables y en parte aterradores que jamás usaban de día. Los cardos muertos del año pasado eran grupos de gnomos a lo largo de los cercos. Ese abedul viejo, amarillo e inclinado era un sátiro del bosque. Las pisadas de los antiguos dioses resonaban a su alrededor. Esos bultos de troncos nudosos sobre la ladera de la colina eran sin duda Pan con su flauta bailando a la luz de la Luna y de las sombras con su tropa de faunos rientes. Era delicioso creer que lo eran.

-Se pierde tanto cuando uno se vuelve incrédulo -dijo Emily, y entonces pensó que el suyo era un comentario bastante inteligente y deseó tener el cuaderno a mano para anotarlo.

Así, luego de haberse limpiado el alma de amargura en el baño de aire de la noche de primavera y estimulada, de la cabeza a los pies, con la vida salvaje, extraña, dulce, del espíritu, llegó a la casa de la tía Ruth cuando las colinas purpúreas al este del puerto se aclaraban bajo un cielo blancuzco. Había esperado encontrar la puerta cerrada, pero el picaporte giró bajo su mano y Emily entró.

La tía Ruth estaba levantada y encendiendo el fuego de la cocina.

De camino desde La Luna Nueva Emily había pensado una docena de maneras diferentes de decir lo que quería decir, y ahora no utilizó ninguna. A último momento, sintió una traviesa inspiración. Antes de que la tía Ruth pudiera -o quisiera- hablar, Emily dijo:

-Tía Ruth, volví para decirte que te perdono, pero que no debe volver a suceder.

Para decir la verdad, la señora Ruth Dutton se sentía considerablemente aliviada por el hecho de que Emily hubiera vuelto. Había tenido miedo de Elizabeth y Laura -las peleas en la familia Murray eran de temer- y en verdad un poquito de miedo de los resultados para la misma Emily si es que se había ido a La Luna Nueva con esos zapatos delgados y tan poco abrigo. Porque Ruth Dutton no era mala, sólo un ave de corral necia y un poco tonta, empeñada en educar a una alondra. De verdad, tenía miedo de que Emily tomara frío y se agarrara tuberculosis. Y si a Emily se le metía en la cabeza no volver a Shrewsbury, bueno, eso daría que hablar, y Ruth Dutton odiaba los rumores cuando el tema eran ella o sus acciones. De modo que, tomando todo esto en cuenta, decidió ignorar la impertinencia del saludo de Emily.

-¿Pasaste la noche en la calle? -preguntó, sombría.

-Ay, claro que no. Fui a La Luna Nueva, charlé con el primo Jimmy, comí algo y regresé.

-¿Te vieron Elizabeth o Laura? -No. Estaban durmiendo.

La señora Dutton pensó que ésa era una buena noticia.

-Bien -dijo con frialdad-, has sido culpable de una gran ingratitud, Emily, pero te perdono esta vez -pero entonces se interrumpió abruptamente. ¿Ya alguien no había dicho lo mismo esa mañana? Antes de que pudiera ocurrírsele un comentario al mismo efecto,

Librodot

Emily había desaparecido escaleras arriba. La señora Ruth Dutton quedó con la desagradable sensación de que, de una u otra manera, no había salido de este asunto tan airosa como hubiera querido.

Librodot

11

ALTURAS Y PROFUNDIDADES

“Shrewsbury”

"28 de abril de 19...

"Éste fue mi fin de semana en La Luna Nueva y volví esta mañana. En consecuencia, éste es un lunes melancólico y extraño. Además, la tía Ruth se pone siempre más *invivible* los lunes, o al menos eso me parece por contraste con la tía Laura y la tía Elizabeth. El primo Jimmy no estuvo este fin de semana tan agradable como de costumbre. Había tenido varios de sus ataques de rarezas y estaba un poquito malhumorado por dos razones: en primer lugar, varios de los manzanos jóvenes se estaban muriendo porque en el invierno los habían atacado los ratones y, en segundo lugar, no pudo convencer a la tía Elizabeth de probar las nuevas desnatadoras que todo el mundo está usando. Por mi parte, yo me alegro secretamente de que ella se niegue. No quiero que nuestro hermoso tambo y los resplandecientes recipientes marrones de leche desaparezcan de la existencia. No puedo concebir La Luna Nueva sin un tambo.

"Cuando pude hacer que el tío Jimmy olvidase sus preocupaciones, revisamos el catálogo Carlton y hablamos de qué sería mejor elegir por mis dos dólares. Planeamos una docena de combinaciones y canteros diferentes, y nos divertimos por valor de varios cientos de dólares, pero por fin nos decidimos por un cantero largo y estrecho lleno de ásteres, lavanda en el medio, blancos alrededor de los primeros y un borde de otros rosado claro con algunos grupitos de otros color púrpura oscuro, para que actúen de centinelas en las cuatro esquinas. Estoy segura de que quedará hermoso y, cuando en septiembre mire esa belleza, pensaré: ` ¡Esto salió de mi cabeza!'.

"He dado otro paso en el Sendero Alpino. La semana pasada el *Diario Femenino* aceptó mi poema "La Señora Viento" y en pago me dieron dos subscripciones al *Diario.* Nada de efectivo, pero ya llegará. En breve tendré que empezar a hacer mucho dinero para pagarle a la tía Ruth cada centavo que le haya costado mi vida aquí. Entonces no podrá rezongar con el gasto que represento para ella. Casi no pasa un día en que no diga algo, del estilo `No, señora Beatty, lamento, pero este año no puedo dar tanto como antes para las misiones, mis gastos han aumentado mucho, ¿sabe?', `Ah, no, señor Morrison, sus nuevos productos son hermosos pero esta primavera no puedo comprarme un vestido de seda', `Habría que retapizar este sofá, está tan feo, pero ahora ni pensarlo, por uno o dos años'. Y así sigue.

"Pero mi alma no le pertenece a la tía Ruth.

"El *Times* de Shrewsbury reprodujo "La risa del búho", con lo de la `cuna del cazador' y todo. Tengo entendido que Evelyn Blake dice que no cree que lo haya escrito yo, está *segura* de haber leído algo exactamente igual en algún lado, hace años.

"¡Querida Evelyn!

"La tía Elizabeth no dijo ni una palabra, pero me contó el primo Jimmy que lo recortó y lo puso en la Biblia que tiene en su mesa de noche. Cuando le dije que me

Librodot

pagarían semillas por valor de dos dólares, me dijo que lo más probable era que, cuando las mandara pedir, me enterara de que la firma se había fundido.

"Tengo ganas de enviar el cuentito sobre el niño, el que le gustaba al señor Carpenter, a *Las horas doradas*. Me gustaría hacerlo pasar a máquina, pero eso es imposible, así que deberé escribirlo muy clarito. Me pregunto si me atrevo. Ellos seguramente pagan por los cuentos que publican.

"Pronto Dean estará en casa. ¡Cómo me alegraré de verlo! ¿Pensará que cambié mucho? En realidad, estoy más alta. La tía Laura dice que pronto tendré que tener vestidos largos de verdad y levantarme el cabello, pero la tía Elizabeth dice que a los quince se es muy joven para eso. Dice que ahora las niñas no son tan adultas como lo eran en su época. La tía Elizabeth tiene mucho miedo estoy *segura,* de que si me permite crecer, yo me escape `como Juliet'. Pero yo no tengo prisa por crecer. Es más lindo ser como soy, entremedio. Porque si tengo ganas de portarme como una niña, puedo hacerlo sin que nadie ose avergonzarme; y si tengo ganas de comportarme de manera adulta tengo la autoridad de mis centímetros extra. Ésta es una noche suave y lluviosa. En el pantano hay sauces y algunos abedules jóvenes de la Tierra de la Rectitud que han arrojado un velo transparente color púrpura sobre sus ramas desnudas. Creo que escribiré un poema sobre Una visión de la primavera.

"5 de mayo de 19...

"En el colegio ha habido un brote de poemas primaverales. Evelyn tiene uno sobre las "Flores" en *La pluma* de mayo. Rimas muy vacilantes.

"¡Y Perry! Él también sintió la urgencia anual de la primavera, como la llama el señor Carpenter, y escribió una cosa espantosa llamada "El viejo granjero siembra su semilla". La envió a *La pluma y La pluma* se lo publicó... en la columna de `bromas'. Perry está muy orgulloso y no se da cuenta de que se ha cubierto de bochorno. llse se puso pálida de furia cuando lo leyó, y desde entonces no le dirige la palabra. Dice que uno no puede tratarse con alguien como él. llse es demasiado rígida con Perry. Y sin embargo, cuando leí esa cosa, en especial los versos

"He arado, he limpiado,
he plantado e hecho de lo que pude lo mejor.
hora dejaré quieto el sembradío
Y todo en manos del Señor".

hubiera querido asesinarlo con mis propias manos. Perry no ve qué tiene de malo.

"Rima, ¿no es cierto?' "¡Ah, sí, rimar, rima!'

"llse también ha estado reprendiendo a Perry últimamente porque él venía a clase con un solo botón en el abrigo. Yo misma no lo podía soportar y un día, cuando salimos de clase, le susurré a Perry que me esperara cinco minutos junto al Fern Pool al atardecer. Me fui con una aguja, hilo y botones y se los cosí. Él no entendía por qué no podría haber esperado hasta el viernes de noche para que se los cosiera su tía Tom. Le dije:

"` ¿Por qué no te los cosiste tú, Perry?'

"`No tengo botones ni dinero para comprarlos', dijo. `Pero no te preocupes, algún día tendré botones de oro si se me ocurre.'

"La tía Ruth me vio volver con hilo y tijeras y etcétera y quiso saber, por supuesto, dónde, qué y por qué. Le conté la anécdota y ella dijo:

"`Sería mejor que permitieras que los amigos de Perry Miller le cosan los botones'.

"`Yo soy su mejor amiga', le dije.

"`No entiendo de dónde sacaste tus gustos bajos', dijo la tía Ruth."

"7 de mayo de 19...

"Esta tarde, después de clase, Teddy nos llevó a Ilse y a mí a cruzar el puerto en bote, para ir a recoger anémonas en los páramos de abetos en el Green River. Llenamos las canastas y pasamos un rato delicioso caminando por los páramos con el dulce murmullo de los abetos todo alrededor. Lo que alguien dijo de las frutillas lo digo yo de las anémonas: `Dios podría haber hecho flores más bonitas, pero no quiso hacerlas'.

"Cuando salimos para regresar a casa, una espesa niebla blanca se había levantado por encima del banco de arena y había cubierto el puerto. Pero Teddy remó en dirección a los silbatos del tren, de manera que no tuvimos ningún problema y a mí, en realidad, la experiencia me pareció fascinante. Parecía que flotábamos encima de un mar blanco en una calma absoluta. No había el menor sonido, salvo el débil gemido del banco de arena; la llamada más lejana de las profundidades del mar, y el ruido sordo de los remos al hundirse en el agua lustrosa. Estábamos solos en un mundo de neblina en un mar velado y sin costas. Por un momento, pero sólo por una fracción de segundo, una corriente de aire frío levantaba el telón de neblina y las costas borrosas se erguían fantasmagóricas alrededor. Pero entonces la blancura espesa volvía a cerrarse. Era como si buscáramos una playa extraña, encantada, que se alejaba más y más. Me dio lástima llegar al muelle, pero cuando llegué a casa encontré a la tía Ruth muy preocupada por la niebla.

"`Yo sabía que no tendría que haberte dejado ir', dijo.

"`Pero no hubo ningún peligro, tía Ruth', protesté. `Mira qué preciosas anémonas.'

"`Pero la tía Ruth no quiso ni mirar las anémonas.

"` ¡Ningún peligro, en una neblina blanca! ¿Y se hubieran perdido y se hubiera levantado viento antes de que llegaran a tierra firme?'

"` ¿Cómo puede perderse uno en un puerto tan pequeño como el de Shrewsbury, tía Ruth?', dije. `La niebla fue preciosa, preciosa, Parecía que viajábamos más allá del borde del planeta y hacia las profundidades del espacio.'

"Hablé con entusiasmo y supongo que mi aspecto sería algo extraño, con gotas de niebla en el pelo, porque la tía Ruth me dijo, fría y compasivamente:

"`Es una pena que seas tan *excitable,* Emily'.

"Es enloquecedor que lo paralicen a uno, y que le tengan lástima, así que yo respondí, sin pensarlo:

"`Pero piensa en las cosas divertidas que te pierdes por no ser excitable, tía Ruth. No hay nada tan maravilloso como bailar alrededor de una gran fogata. ¿Qué importa que termine en cenizas?'

"`Cuando tengas mis años', dijo la tía Ruth, ` tendrás más sentido y no caerás en éxtasis por una niebla blanca.'

"A mí me parece imposible que pueda envejecer o morir. Sé que sucederá, por supuesto, pero no lo creo. No le respondí nada a la tía Ruth, así que tomó otro camino.

"`La vi pasar a llse. Emily, ¿esa chica usa enagua?'

"`Sus vestidos son de seda y púrpura', murmuré, citando el versículo de la Biblia, simplemente porque hay algo en él que me encanta. No se puede imaginar una descripción más delicada o más sencilla de una mujer vestida maravillosamente. No creo que la tía Ruth haya reconocido la cita; pensó que yo estaba haciendo alarde de algo.

"`Si me quieres decir que tiene una enagua de seda púrpura, Emily, dilo de una manera castiza. Ja, enaguas de seda. Si yo tuviera algo que ver con ella, ya le daría enaguas de seda.'

Librodot

"`Algún día, yo voy a usar enaguas de seda', dije.

"`Sí, por supuesto, señorita. ¿Podría preguntarle de dónde sacará el dinero para comprarse enaguas de seda?'

"` Yo tengo *un futuro',* dije, con tanto orgullo como el más Murray de los Murray.

"La tía Ruth resopló.

"Llené mi cuarto con anémonas y hasta Lord Byron pareció tener alguna posibilidad de recuperación.

"13 de mayo de 19...

"Me tiré al agua y envié mi cuento "Algo diferente" a *Las horas doradas*. Temblaba de verdad cuando dejé caer el sobre en una caja en el Shoppe. ¡Ay, si me lo aceptaran!

"Perry otra vez provocó las risas del colegio. Dijo en clase que Francia *exportaba moda*. llse se le acercó después de clase y le dijo "¡Engendro!". No ha vuelto a dirigirle la palabra.

"Evelyn sigue diciendo dulcemente cosas hirientes, y riendo. Yo podría pasar por alto las cosas hirientes, pero la risa jamás."

"15 de mayo de 19...

"Anoche tuvimos nuestra Tertulia de Primer Año. Siempre se hace en mayo. Lo hicimos en el Salón de Conferencias del colegio y cuando llegamos nos encontramos con que no podíamos encender el gas. No sabíamos qué pasaba, pero sospechábamos de los de Segundo. (Hoy descubrimos que cortaron el gas en el sótano y cerraron con llave la puerta de acceso.) Al principio no sabíamos qué hacer hasta que yo me acordé de que la semana pasada la tía Elizabeth le había traído a la tía Ruth una caja grande de velas para mi uso. Fui corriendo a casa y las traje -la tía Ruth no estaba- y las colocamos por toda la habitación. Así que, después de todo, pudimos celebrar nuestra Tertulia, que fue un inmenso éxito. Nos divertimos tanto improvisando candeleros que empezamos bien, y la luz de las velas fue mucho más íntima e inspiradora que la luz de gas. Parecía que todos podíamos pensar en cosas más inteligentes que decir. Se suponía que todos teníamos que decir un discurso sobre el tema que quisiéramos. Perry hizo el discurso del día. Había preparado un discurso sobre `Historia del Canadá -muy sensato y, sospecho, aburrido- pero a último momento cambió de idea y habló de `las velas', lo inventaba a medida que hablaba, contando de todas las velas que vio en tierras extrañas cuando era niño y salía a navegar con el padre. Fue tan interesante y divertido que estábamos todos sentados absortos y creo que los alumnos se van a olvidar de las modas francesas y del viejo granjero que dejó en manos de Dios su sembradío.

"La tía Ruth todavía no descubrió lo de las velas, porque la caja vieja todavía tiene algunas. Cuando vaya a La Luna Nueva, mañana de noche, le rogaré a la tía Laura que me dé otra caja, sé que me la dará, y se la traeré a la tía Ruth."

"22 de mayo de 19...

"Hoy en el correo había un sobre largo, gordo, *odioso* para mí. *Las horas de oro* me ha devuelto el cuento. La notita de rechazo que lo acompañaba decía:

`Hemos leído su cuento con intenso interés, pero lamentamos comunicarle que no podemos en este momento publicarlo'.

"Al principio traté de consolarme con eso de que lo habían leído `con intenso interés'. Pero entonces me di cuenta de que la notita era impresa, así que, obviamente, es lo que mandan con todos los manuscritos rechazados.

"Lo peor de todo es que la tía Ruth había visto el paquete antes de que llegara a casa desde el colegio y lo había abierto. Fue humillante que *ella* conociera mi fracaso.

"`Espero que esto te convenza de que sería mejor que no desperdiciaras más estampillas en estas tonterías, Emily. Cómo se te ocurre que tú puedas escribir un cuento publicable.'

"`Ya me publicaron dos poemas', exclamé. "La tía Ruth resopló.

¯Ah, poemas. Claro, tienen que hacer algo para llenar los rinconcitos en blanco.'

"Tal vez sea así. Me sentí muy mal y me fui a mi cuarto con mi pobre cuentito. Me habría conformado con `llenar un rinconcito' en ese momento. Conmigo se habría llenado un dedal.

"Mi cuento está todo marcado y huele a tabaco. Tengo ganas de quemarlo.

"¿No, no lo quemaré! Volveré a copiarlo y lo intentaré en otro lado. ¡Voy a triunfar!

"Creo, ahora que he releído las últimas páginas de este diario, que estoy empezando a arreglármelas sin subrayar las palabras. Pero a veces es necesario.

"La Luna Nueva-Blair Water.

"24 de mayo de 19...

"`Pues hete aquí que el invierno ha pasado; la lluvia cesó y está ausente; aparecen las flores en la tierra: ha llegado el tiempo del canto de las aves.'

"Estoy sentada en el alféizar de mi ventana abierta en mi querido cuartito. Es hermoso volver a él de vez en cuando. Afuera, más allá del bosque de John el Altivo, hay un suave cielo amarillo y se alcanza a ver una estrellita muy blanca donde el amarillo pálido se desvanece en un verde más pálido aún. A lo lejos, en el sur, `en regiones mansas de aires calmos y serenos', hay grandes palacios de nubes hechos en mármol rosado. Inclinado sobre el cerco hay un cerezo silvestre que es una masa de pimpollos semejantes a gusanos color crema. Todo es tan hermoso...`el ojo no se contenta con ver ni el oído con oír'.

"A veces pienso que no vale la pena tratar de escribir nada cuando todo está ya tan bien expresado en la Biblia. Ese verso que acabo de citar, por ejemplo, me hace sentir como un pigmeo en presencia de un gigante. Sólo una docena de palabras, pero ni una docena de páginas podría expresar mejor lo que uno siente en primavera.

"Esta tarde el primo Jimmy y yo plantamos nuestro cantero de ásteres. Las semillas llegaron en seguida. Evidentemente la firma todavía no quebró. Pero la tía Elizabeth piensa que son semillas viejas y que no germinarán.

"Dean está en casa; anoche estuvo a verme, querido Dean. No cambió para nada. Sus ojos verdes siguen tan verdes como siempre y su hermosa boca tan hermosa como siempre y su interesante rostro tan interesante como siempre. Me tomó las manos y me miró con seriedad.

"`Tú has cambiado, Estrella', dijo. `Te pareces más que nunca a la primavera. Pero no sigas creciendo', continuó. `No quiero que me mires desde arriba.'

"Yo tampoco. Odiaría ser más alta que Dean. No sería correcto. "Teddy es dos centímetros más alto que yo. Dean dice que ha mejorado mucho con sus dibujos en este año que pasó. La señora Kent sigue odiándome. Hoy me la encontré, cuando yo iba paseando conmigo misma en el crepúsculo primaveral, y ella ni se detuvo para hablarme, pasó de largo como una sombra en el ocaso. Me miró durante un segundo al pasar, y sus ojos eran lagunas de odio. Creo que cada año que pasa es más desdichada.

"En mi paseo fui a darle las buenas noches a la Casa Desilusionada. Siempre me da tanta pena, es una casa que nunca vivió, que no ha cumplido con su destino. Sus ventanas tapiadas parecen atisbar, melancólicas, desde su rostro como si buscaran en vano lo que no pueden encontrar. La luz de un hogar no ha brillado jamás a través de ellas en los

Librodot

atardeceres veraniegos ni en la oscuridad invernal. Y sin embargo siento, por alguna razón, que la casita no ha abandonado su sueño y que algún día éste se cumplirá.

"Cómo me gustaría que fuera mía.

"Esta noche vagabundeé por mis antiguos lugares queridos: el bosque de John el Altivo, la Casita de Emily, el viejo huerto, el cementerio junto al estanque, el Camino del Hoy... adoro ese camino. Es como un amigo personal.

"Creo que `vagabundear' es una palabra preciosa, a su manera, no exactamente en sí misma, como algunas palabras, sino porque expresa tan bien su significado. Aunque uno no la hubiera oído nunca, sabría exactamente lo que quiere decir: *vagabundear* puede significar *solamente* vagabundear.

"Descubrir palabras hermosas e interesantes siempre me produce alegría. Cuando encuentro una palabra nueva y encantadora, me entusiasmo como un buscador de joyas y no hallo reposo hasta no haberla utilizado en una frase."

"29 de mayo de 19... "Esta noche la tía Ruth vino a casa con una expresión impresionante.

"`Emily, ¿qué significa esa historia de la que habla todo Shrewsbury, que anoche estuviste en la calle Queen *abrazada a un hombre y besándolo?'*

"De inmediato supe lo que había sucedido. Me dieron ganas de patear el piso, ganas de reír, ganas de arrancarme el pelo. La historia era tan absurda, tan ridícula. Pero tuve que guardar la compostura y explicarle a la tía Ruth.

"He aquí la historia oscura y pecaminosa.

"Ilse y yo `vagabundeábamos' por la calle Queen ayer, al atardecer. Justo frente a la casa del viejo Taylor nos encontramos con un hombre. Yo no lo conozco, y no es probable que llegue a conocerlo. No sé si era alto o bajo, viejo o joven, buen mozo o feo, negro o blanco, judío o gentil, hombre libre o esclavo. ¡Lo que sí sé es que ese día no se había afeitado!

"Caminaba a paso vivo. Entonces sucedió algo que ocurrió en menos que canta un gallo, pero lleva varios segundos describir. Yo me hice a un lado para dejarle paso, él hizo lo mismo en la misma dirección, yo me corrí hacia el otro costado, él hizo lo mismo, entonces yo creí ver la oportunidad de pasar y avancé, él avanzó, con el resultado de que me di de bruces contra él. Él extendió los brazos hacia adelante al ver que la colisión era inevitable y yo entré en su abrazo, y, en la sorpresa del hecho él involuntariamente cerró los brazos, encerrándome, mientras que mi nariz entraba en contacto violento con su mentón.

"`Per... perdón', balbuceó el pobre hombre, me soltó como si yo fuera una brasa encendida y salió casi corriendo hacia la esquina.

"llse tuvo un ataque de risa. Dice que nunca en su vida vio nada más divertido. Todo sucedió tan rápido que, para cualquier transeúnte, daba la impresión de que el hombre y yo nos hubiéramos detenido, nos hubiéramos mirado un instante y entonces nos hubiéramos arrojado locamente el uno en brazos del otro.

"A las cuadras me seguía doliendo la nariz. llse dice que vio a la señora Taylor espiando desde la ventana en el momento del incidente. Es obvio que esa vieja chismosa diseminó la historia con su propia interpretación.

"Todo eso le expliqué a la tía Ruth, que no me creyó y opinó que era un cuento muy frágil.

"`Es muy' raro que en una vereda de tres metros y medio de ancho no pudieras pasar junto a un hombre sin abrazarlo', dijo. "`Vamos, tía Ruth', dije. `Ya sé que me consideras solapada, astuta, tonta y desagradecida. Pero sabes que soy mitad Murray, ¿te parece que alguien con *una pizca* de sangre Murray en las venas podría abrazar a un caballero amigo en

Librodot

medio de la calle?' "`Bueno, sí pensé que *no podías* ser tan descarada', admitió la tía Ruth. `Pero la señora Taylor dice que ella lo vio todo. Todo el mundo se ha enterado. A mí *no me gusta* que se hable así de alguien de mi familia. No habría ocurrido si no hubieras estado con Ilse Burnley en contra de mis consejos. Que no vuelva a suceder nada por el estilo.'

"`Esas cosas no suceden', le dije. `Están predeterminadas'." "3 de junio de 19...

"La Tierra de la Rectitud es algo bello. Puedo ir otra vez al Estanque de Helechos a escribir. La tía Ruth sospecha mucho. Nunca olvidó que un atardecer, allí, `me encontré con Perry'. El Estanque está precioso, bajo los helechos jóvenes. Lo miro y me imagino que es el estanque legendario en el que uno puede ver el futuro. Me veo a mí misma llegando a él en puntas de pie, en una medianoche de luna llena, arrojando en él algo valioso, y luego mirando con timidez lo que veo.

"¿Qué me mostraría? ¿El ascenso glorioso del Sendero Alpino? ¿O el fracaso? ¡No, el fracaso no!"

"19 de junio de 19...

"La semana pasada la tía Ruth cumplió años y le regalé una carpeta para centro de mesa bordada por mí. Me lo agradeció con algo de rigidez y me pareció que no le gustaba nada.

"Esta noche estaba sentada junto a la ventana del comedor, haciendo mis ejercicios de álgebra a la última luz del día. Las puertas plegadizas estaban abiertas y la tía Ruth hablaba en la sala con la señora Ince. Yo pensé que ellas sabían que yo estaba junto a la ventana, pero supongo que las cortinas me ocultaban. En seguida oí mi nombre. La tía Ruth le mostraba a la señora Ince la carpeta, con mucho orgullo.

"`Mi sobrina Emily me regaló esto para mi cumpleaños. Mire qué hermoso bordado. Ella es muy hábil con la aguja.'

"¿Podía ser ésa la tía Ruth? Quedé tan petrificada de asombro que no podía moverme ni hablar.

"`Es inteligente, y no sólo con la aguja', dijo la señora Ince. `Tengo entendido que el Director Hardy espera que sea la mejor de su clase en los exámenes finales.'

"`Su madre, mi hermana Juliet, era una muchacha muy inteligente', dijo la tía Ruth."

"`Además es muy bonita', dijo la señora Ince.

"`Su padre, Douglas Starr, era un hombre muy buen mozo', dijo la tía Ruth.

"Entonces salieron. ¡Por una vez un espía oyó algo bueno de sí mismo!

"Pero... ¡de la tía Ruth!"

"17 de junio de 19...

"Ahora `mi vela no se extingue por las noches', al menos no hasta muy tarde. La tía Ruth me deja quedarme levantada porque estamos con exámenes finales. Perry enfureció al señor Travers escribiendo al final de su examen de álgebra Mateo 7:5. Cuando el señor Travers lo buscó en la Biblia, leyó: ` ¡Hipócrita! echa primero la viga de tu ojo, y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano'. Se dice que el señor Travers sabe mucho menos de matemáticas de lo que pretende saber. Así que se puso furioso y tiró el examen de Perry `como castigo por su impertinencia'. La verdad es que el pobre Perry cometió un error. Quiso escribir Mateo 5:7. 'Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia'. Fue a explicarle al señor Travers, pero el señor Travers no quiso escucharlo. Entonces Ilse fue a ponerle el cascabel al gato, es decir, fue a ver al director Hardy, le contó la verdad y le pidió que intercediera con el señor Travers. Como resultado, Perry tuvo su nota, pero se le advirtió que no volviera a jugar con los textos de las Escrituras."

"28 de junio de 19...

"Terminaron las clases. Gané mi estrella. Ha sido un hermoso año de diversión, estudio y *aguijones. Y* ahora vuelvo a la querida La Luna Nueva por dos espléndidos meses de libertad y felicidad. "Durante las vacaciones voy a escribir un *Libro del jardín.* Hace tiempo que la idea me da vueltas en la cabeza y, ya que no puedo escribir cuentos, trataré una serie de ensayos sobre el jardín del primo Jimmy, con un poema como corolario a cada ensayo. Será una buena práctica y al primo Jimmy le va a encantar."

12

LA SEÑAL DEL PÁJARO

-¿Por qué quieres hacer semejante cosa? -preguntó la tía Ruth, resoplando, por supuesto. Siempre puede darse por descontado un resoplido con cada uno de los comentarios de la tía Ruth, aun cuando esta biógrafa omita mencionarlo.

-Para juntar algunos dólares para mi exiguo monedero -dijo Emily.

Habían terminado las vacaciones, el *Libro del jardín* estaba terminado. Se lo había leído en cuotas al primo Jimmy, en los atardeceres de julio y agosto para su inmenso deleite, y ahora era septiembre, con su regreso a las clases y el estudio, a la Tierra de la Rectitud, y a la tía Ruth. Emily, con faldas un tanto más largas y los cabellos peinados recogidos en el estilo "Trenza cadogiana" de la época, que en realidad era "muy levantado", estaba de regreso en Shrewsbury para su Segundo Año, y acababa de contarle a la tía Ruth lo que pensaba hacer, durante el otoño, los sábados que se quedara en Shrewsbury.

El director del *Times* de Shrewsbury planeaba lanzar una edición para Shrewsbury, especialmente ilustrada, y Emily iba a recorrer el campo, hasta donde pudiera, para vender subscripciones. Le había arrancado un consentimiento difícil a la tía Elizabeth, consentimiento que la tía Elizabeth jamás habría dado si ella misma hubiera estado pagando todos los gastos de Emily en el colegio. Pero Wallace pagaba los libros y la enseñanza y de vez en cuando le daba a entender a Elizabeth que era un caballero muy noble y generoso por hacerlo. En lo más profundo de su corazón, Elizabeth no quería demasiado a su hermano Wallace y le desagradaban los grandes aires que se daba por la pequeña ayuda que le otorgaba a Emily. Por eso, cuando Emily señaló que, durante el otoño, fácilmente podía ganar al menos la mitad de lo que necesitaría para libros durante todo el año, Elizabeth se rindió. Wallace se habría ofendido si ella, Elizabeth, hubiera insistido en pagar los gastos de Emily cuando a él se le había ocurrido hacerlo, pero no era razonable que se opusiese a que Emily misma ganara parte de éstos. Siempre pregonaba que las muchachas deben bastarse por sí mismas y deben ser capaces de ganarse la vida.

La tía Ruth no podía negarse a algo a lo que la tía Elizabeth había accedido, pero no lo aprobaba.

-¡A quién se le ocurre, sola por los campos! -Ay, no iré sola. llse viene conmigo -dijo Emily.

A la tía Ruth ése no le parecía un panorama mucho mejor. -Empezamos el jueves -dijo Emily-. El viernes no hay clases, por la muerte del padre del director Hardy, y el jueves terminaremos a las tres de la tarde. Ese día vamos a recorrer la Carretera Occidental.

-¿Puedo preguntarte si piensan acampar al lado del camino? -Oh, no. Pasaremos la noche en la casa de la tía de llse, en Wiltney. Luego, el viernes, volveremos a la Carretera Occidental, la terminaremos ese día y pasaremos la noche del viernes con la familia de Mary Carswell en St. Clair. Y el sábado vendremos rumbo a casa, trabajando por la Carretera del Río.

-Es totalmente absurdo -dijo la tía Ruth-. Ninguna Murray hizo nada semejante, jamás. Me sorprende Elizabeth. No es decente que dos muchachas jóvenes como tú e llse anden solas por el campo durante tres días.

Librodot

-¿Qué te parece que puede pasarnos? -preguntó Emily. -Muchísimas cosas pueden pasarles -dijo la tía Ruth, con severidad.

Tenía razón. Podían pasarles muchísimas cosas en esa excursión, y les pasaron, pero el jueves de tarde Emily e llse salieron de muy buen humor, dos criaturas desvergonzadas con inclinación al lado divertido de las cosas y la resolución de divertirse. Emily, en especial, estaba felicísima. Ese día había habido otra delgada carta en el correo, con la dirección de una revista de tercera en un extremo, que le ofrecía tres subscripciones a la mencionada revista por su poema "Noche en el jardín", que había sido la conclusión de su *Libro del jardín* y que tanto ella como el primo Jimmy consideraban la joya de toda la obra. Emily había dejado el *Libro del jardín* bajo llave, en el armario del hogar, en su cuarto de La Luna Nueva, pero durante el otoño iba a enviar copias de todos esos poemas a diversas publicaciones. Era buen augurio el que el primero que había enviado hubiera sido aceptado tan de inmediato.

-Bueno, nos vamos -dijo-, "por sobre las colinas y hacia lo lejos", ¡qué frase tan seductora! Detrás de esas colinas que vemos puede haber *cualquier cosa.*

El director Hardy le había informado a la clase de inglés de Segundo Año que durante el período de otoño pediría varios ensayos y Emily e llse habían decidido que, al menos uno de esos ensayos, contaría sus experiencias vendiendo subscripciones, desde los puntos de vista diferentes de cada una. Así matarían dos pájaros de un tiro.

-Sugiero que esta noche trabajemos por la Carretera Occidental y sus ramales hasta Hunter's Creek -dijo Emily-. Para el atardecer ya habremos llegado. Entonces podemos tomar el senderito a campo traviesa, cruzando los bosques Malvern, y saldremos del otro lado, muy cerca de Wiltney. No es más que media hora a pie, mientras que por la Carretera Malvern es una hora. ¡Qué tarde preciosa!

Era una tarde preciosa, de esas tardes que sólo septiembre puede producir cuando el verano ha remoloneado robando un día más de ensueño y deleite. Los campos sembrados, empapados en la luz del Sol, se extendían alrededor de ellas: el encanto austero de los abetos blancos del norte hacía hermosos los caminos que recorrían, las varas de San José festoneaban los setos y los fuegos de sacrificio de las lisimaquias se encendían sobre todas las tierras quemadas, a lo largo de los caminos escondidos entre las colinas. Pero pronto descubrieron que vender subscripciones no era todo diversión aunque, sin duda, como dijo Ilse, hallaron mucho material sobre la naturaleza humana para sus ensayos.

Hubo un viejo que decía "Ajá" al final de cada frase de Emily. Cuando por fin le pidieron la suscripción dijo, ásperamente, "No".

-Me alegro de que esta vez no dijera "Ajá" -dijo Emily-. Se estaba volviendo monótono.

El viejo la miró y luego rió.

-¿Eres parienta de los orgullosos Murray? Yo trabajé en un lugar llamado La Luna Nueva cuando era joven y una de las muchachas Murray, Elizabeth se llamaba, tenía una manera de mirarlo a uno, altanera, como la tuya.

-Mi madre era una Murray.

-Me parecía, tienes la marca de la raza. Bueno, aquí tienes dos dólares, anótame. Habría preferido ver la edición especial antes de subscribirme. No me gusta comprar pieles de oso antes de ver el oso. Pero vale dos dólares ver que una orgullosa Murray viene a pedirle una suscripción al viejo Billy Scott.

-¿Por qué no lo asesinaste con una mirada? -le preguntó llse a Emily cuando se iban.

Emily caminaba furiosa, con la cabeza erguida y los ojos hechos dos relámpagos.

-Porque salí a vender subscripciones, no a hacer viudas. No esperaba que todo fuera fácil.

Librodot

Hubo otro hombre que gruñó todo el tiempo durante las explicaciones de Emily y luego, cuando ella estaba dispuesta a escucharla negativa, le pidió cinco subscripciones.

-Adora desilusionar a la gente -le dijo a llse cuando bajaban por el camino-. Prefiere desilusionar agradablemente que no desilusionar para nada.

Un hombre insultó todo el tiempo "no a nada en particular, sino en general", dijo Ilse, y otro viejo estaba a punto de subscribirse cuando intervino su esposa.

-Yo en tu lugar no me subscribiría, Papá. El director de ese diario es un infiel. -Muy impertinente de su parte, seguro -dijo "Papá", y volvió a guardar su dinero en la billetera.

-¡Delicioso! -murmuró Emily cuando ya no podían oírlas-. Tengo que anotar eso en mi cuaderno.

Por lo general, las mujeres las recibían con más amabilidad que los hombres, pero los hombres les compraban más subscripciones. En realidad, la única mujer que se subscribió fue una señora entrada en años a quien Emily conquistó escuchando solidariamente un largo informe de la belleza y las virtudes de la fallecida mascota de la dicha señora, un gato llamado Thomas, aunque debe admitirse que al terminar le susurró a Ilse:

-Ejemplares de los diarios de Charlottetown, por favor.

Su peor experiencia fue con un hombre que las sometió a un discurso de injurias porque sus ideas políticas diferían de las del Times y él parecía hacerlas responsables a ellas del hecho. Cuando se interrumpió para tomar aliento, Emily se puso de pie.

-Patéalo y te sentirás mejor-dijo, con calma, mientras salía. Ilse estaba blanca de rabia.

-¿Puede creerse que la gente sea tan odiosa? --explotó-. i Tratarnos como si fuéramos responsables de las ideas políticas del Times! Bueno, el tema de mi ensayo será La naturaleza humana desde el punto de vista de una vendedora de subscripciones. ¡Describiré a ese hombre y me presentaré diciéndole todas las cosas que quise decirle y no le dije!

Emily estalló en una carcajada y sintió que se le mejoraba el humor.

-Tú puedes. Yo ni siquiera esa venganza puedo tomarme, me lo impide la promesa que le hice a la tía Elizabeth. Tendré que remitirme a los hechos. Vamos, no pensemos más en ese animal. Después de todo, ya tenemos muchas subscripciones, y hay un bosquecito de abedules blancos en el que es razonable creer que vive una dríada, y esa nube por encima de los abetos blancos parece el débil fantasma dorado de una nube.

-Igual, a mí me habría gustado hacer polvo a ese viejo desgraciado -dijo llse.

Pero en el siguiente lugar que visitaron su experiencia fue muy agradable y las invitaron a quedarse a comer. Para el caer de la tarde les había ido bastante bien en el tema de las subscripciones y habían acumulado suficientes bromas y códigos privados como para que las divirtieran durante muchas lunas de reminiscencia. Decidieron no trabajar más esa noche. No habían llegado a Hunter's Creek pero Emily pensó que sería seguro cortar camino desde donde estaban. Los bosques Malvern no eran tan grandes y salieran dónde salieran, por el lado norte, desde allí verían Wiltney.

Treparon un cerco, subieron la ladera de una colina cubierta de ásteres y fueron tragadas por los bosques Malvern, cruzados y vueltos a cruzar por docenas de senderos internos. El mundo desapareció detrás de ellas y quedaron solas en un reino de belleza silvestre. A Emily el paseo a través del bosque le pareció demasiado corto aunque a Ilse, que estaba cansada y que se había golpeado un pie con una piedra ese día, le pareció desagradablemente largo. A Emily todo le gustaba: le gustaba ver la cabeza de oro de Ilse, resplandeciente, contra los troncos verdes grisáceos y bajo las largas ramas que se mecían; le gustaban las suaves notas soñadoras de los pájaros soñolientos; le gustaba el vientecito vagabundo, susurrante, travieso, del atardecer entre las copas de los árboles; le gustaba la

Librodot

fragancia increíblemente delicada de las flores y las plantas del bosque; le gustaban los pequeños helechos que rozaban los tobillos de seda de Ilse; le gustaba eso blanco, esbelto, atormentador que brillaba un momento al final de un sendero serpenteante, ¿era un abedul o una ninfa del bosque? No importaba, le había dado esa puñalada de absoluto éxtasis que ella llamaba "el destello", esa cosa invalorable cuyas imprevistas y fugaces apariciones valían la pena los ciclos de mera existencia. Emily seguía avanzando, pensando en lo maravilloso del camino y no en el camino mismo, siguiendo abstraída a Ilse, que cojeaba, hasta que al fin los árboles desaparecieron ante ellas y se encontraron en campo abierto, con una especie de pradera al frente y, más allá, en el crepúsculo claro, un valle largo y ondulado, bastante desnudo y desolado, donde las granjas no parecían muy lucrativas ni muy cómodas.

-Pero, ¿dónde estamos?-preguntó Ilse, alerta-. No veo nada que se parezca a Wiltney.

Emily salió abruptamente de sus sueños y trató de orientarse. El único hito visible era una aguja alta, en una colina a unos quince kilómetros de distancia.

-Pero ésa es la aguja de la iglesia católica de Indian Head -dijo, atónita-. Y ésa de ahí ha de ser la Carretera Hardscrabble. Debemos de haber doblado mal en algún punto, Ilse, salimos al lado este del bosque, no el norte.

-Entonces estamos a ocho kilómetros de Wiltney -dijo Ilse, desalentada-. No puedo caminar tanto y no podemos volver a atravesar el bosque, dentro de un cuarto de hora será noche cerrada. ¿Qué hacemos?

-Admitir que estamos perdidas y convertir la situación en algo hermoso -dijo Emily, con compostura.

-Como estar perdidas, sí, estamos perdidas -gimió Ilse y se subió sin entusiasmo al cerco, para sentarse-, pero no veo cómo podemos hacer algo hermoso con eso. No podemos quedarnos toda É la noche aquí. Lo único que podemos hacer es bajar a ver si nos permiten alojarnos en alguna de esas casas. Aunque no me gusta nada la idea. Si es la Carretera Hardscrabble, la gente es pobre, y sucia. La tía Net cuenta historias espantosas sobre la Carretera Hardscrabble.

-¿Por qué no podemos quedarnos aquí toda la noche? -preguntó Emily.

Ilse miró a Emily para ver si hablaba en serio, y vio que sí. -¿Dónde dormimos? ¿Nos colgamos del cerco?

-En aquel *pajar-dijo* Emily-. Está a medio terminar, al estilo Hardscrabble. La cima es plana y tiene una escalera apoyada en un costado, el heno está seco y limpio, es una cálida noche de vera no, no hay mosquitos en esta época del año, nos podemos tapar con los abrigos para protegernos del rocío. ¿Por qué no?

llse miró la parva de hierba en un extremo de la pradera, y se echó a reír, asintiendo.

-¿Qué dirá la tía Ruth?

-La tía Ruth no tiene por qué enterarse nunca. Seré solapada por todas las veces que no lo he sido. Además, siempre quise dormir al aire libre. Ha sido uno de mis deseos secretos que pensé que no podría satisfacer jamás, cercada como estoy por las tías. Y ahora me ha caído en el regazo, como un regalo del cielo. Es tanta buena suerte que me da miedo.

-¿Y si llueve? -preguntó Ilse, que, sin embargo, hallaba muy atractiva la idea.

-No lloverá, no hay ni una nube en el cielo que no sean esas preciosuras de algodón rosadas y blancas que se están arracimando sobre Indian Head. Nubes como ésas siempre me hacen sentir que adoraría salir volando sobre un par de alas como un águila, para hundirme de cabeza en ellas.

Fue fácil subir a la parva. En la cima se dejaron caer con suspiros de satisfacción y se dieron cuenta de que estaban más cansadas de lo que creían. La parva estaba hecha con los pastos silvestres y fragantes de la pequeña pradera y exhalaba un aroma indescripti-

Librodot

blemente delicioso, tal como no puede dar la hierba cultivada. No veían nada más que un gran cielo de un rosado pálido sobre ellas, salpicado por las primeras estrellas, y el desdibujado borde de las copas de los árboles alrededor de la pradera. Los murciélagos y las golondrinas pasaban raudos y oscuros por encima de ellas, contra el oro del poniente que palidecía; había delicadas fragancias que emanaban los musgos y los helechos, del otro lado del cerco, al pie de los árboles, y un par de álamos hablaban en plateados murmullos, contándose las historias de los bosques. Las muchachas rieron, encantadas con tanto placer ilícito. De pronto, un antiguo encantamiento las había embargado y la magia blanca del cielo y la magia negra de los bosques tejieron el hechizo final de un potente encantamiento.

-Tanta belleza no parece real -murmuró Emily-. Es tan hermoso que *duele.* Me da miedo hablar alto y que todo se desvanezca. Hoy nos sentimos ofendidas por ese hombre espantoso y su charla de política, ¿verdad, llse? Bien, pues él no existe, no en este mundo, al menos. Oigo a la Señora Viento que corre con sus pisadas tan suaves por la colina. Siempre pensaré en el viento como en una personalidad. Es bravía cuando sopla desde el norte, solitaria cuando sopla desde el este, una muchacha sonriente cuando viene desde el oeste y esta noche, desde el sur, es un hada gris.

-¿Cómo se te ocurre pensar en esas cosas? -preguntó Ilse. He aquí una pregunta que, por alguna razón misteriosa, siempre irritaba a Emily.

-No las pienso, vienen solas -respondió, concisa. A Ilse no le gustó nada el tono.

-¡Por Dios, Emily, no seas tan extravagante! -exclamó.

Por un segundo, el mundo maravilloso en el que Emily vivía en ese momento tembló y se sacudió como una imagen en el agua. Y entonces...

-No discutamos *en este lugar* -imploró-. Una de las dos podría hacer caer a la otra de aquí arriba.

llse estalló en una carcajada. Nadie puede reír con ganas y seguir enojado. De modo que la noche de ambas bajo las estrellas no se vio malograda por una pelea. Hablaron un rato en murmullos, de los secretos, los sueños y los temores de dos colegialas. Hasta hablaron de casarse algún día, en el futuro. Claro que no tendrían que haberlo hecho, pero lo hicieron. Al parecer, llse era algo pesimista en lo que a sus probabilidades matrimoniales hacía.

-A los muchachos les gusto como compinche, pero no creo que nunca haya ninguno que de verdad se enamore de mí. -Tonterías -dijo Emily, tranquilizadora-. Nueve de cada diez hombres se enamorarán de ti.

Y además hablaron de casi todo lo que se puede hablar en el mundo. Por fin, hicieron un pacto solemne de que cualquiera de las dos que muriera primero volvería a la otra, si era posible. ¡Cuántos pactos iguales se han hecho ¿Se habrá cumplido alguno alguna vez?

Después, a llse le vino sueño y se quedó dormida. Pero Emily no *durmió, no* quería dormir. Era una noche demasiado hermosa para dormir. *Quiso* quedarse despierta por el placer de estar despierta y para pensar en mil cosas.

Emily siempre recordó aquella noche pasada bajo las estrellas como una especie de hito. Todo en esa noche le dio cosas. La llenó con su belleza, que más adelante ella debía devolver al mundo. Deseó poder acuñar alguna palabra mágica que pudiera expresarla.

Salió una luna redonda. ¿Era una bruja vieja con sombrero puntiagudo lo que pasaba por ella montada en una escoba? No, era sólo un murciélago y la punta de un árbol de cicuta que había junto al cerco. De inmediato, compuso un poema alusivo, en el cual los versos canturreaban surgiéndole sin esfuerzo en la conciencia. Con una parte de su naturaleza, a Emily le gustaba más escribir prosa y, con la otra parte, le gustaba más escribir poesía. Esa noche ganaba la segunda y hasta sus pensamientos surgían en rima. Una gran estrella

Librodot

palpitante pendía baja del cielo, por encima de Indian Head. Emily la miró y recordó la vieja fantasía de Teddy de una existencia anterior en una estrella. La idea atrapó su imaginación y se puso a armar una vida de ensueño vivida en un planeta lejano que giraba alrededor de ese lejano Sol poderoso. Luego llegaron las luces del norte, brisas de fuego pálido sobre el cielo, lanzas de luz, como de ejércitos empíreos, huestes pálidas y elusivas que se retiraban y avanzaban. Emily las observó en un éxtasis. Su alma se vio inundada por la pureza de ese gran baño de esplendor, Se sentía una suma sacerdotisa de la belleza que asistía en los ritos divinos de su adoración, y sabía que su diosa sonreía.

Se alegraba de que llse se hubiera quedado dormida. Cualquier compañía humana, aun la más querida y perfecta, sería ajena a ella en ese momento. Se bastaba a sí misma; no necesitaba amor, camaradería ni ninguna emoción humana para completar su dicha. Esos momentos llegan rara vez en la vida pero, cuando llegan, son indeciblemente maravillosos, como si lo finito fuera por un segundo infinito, como si por un instante la humanidad se elevara a divinidad, como si toda fealdad se hubiera desvanecido, dejando solo una belleza incólume. Ay, la belleza, pensó Emily, estremeciéndose de éxtasis. La amaba, colmaba todo su ser, esa noche como nunca antes. Temía moverse o respirar para no quebrar la corriente de belleza que la recorría. La vida parecía un instrumento maravilloso en donde se podían tocar armonías excelsas.

-¡Ah, Dios, hazme merecedora, hazme merecedora! -rezó. ¿Sería alguna vez merecedora de ese mensaje? ¿Se atrevería a llevar algo de la hermosura de ese "diálogo divino" al mundo cotidiano de sórdido mercantilismo y calle clamorosa? *Debía* darlo, no podía retenerlo para sí sola. ¿La escucharía el mundo, entendería, sería capaz de sentir? Sólo si ella era fiel a lo que se le encomendaba y daba lo que debía dar, sin consideraciones de culpa o alabanza. Suma sacerdotisa de la belleza, sí, ¡no serviría ante ningún otro altar!

Se quedó dormida en ese estado de éxtasis, soñó que era Safo surgiendo de la roca de Leocadio y se despertó para encontrarse en *la base* de *la* parva frente a los ojos atónitos de llse. Por fortuna, había sido tan grande la *parte de yerba que* cayó junto con ella que pudo decir, con cuidado:

-Creo que estoy entera.

Librodot

13

REFUGIO

Cuando uno se ha quedado dormido, escuchando el himno de los dioses es una especie de anticlímax despertarse por una ignominiosa caída de una parva. Pero, al menos, se despertaron a tiempo para ver el amanecer por encima de Indian Head, lo cual valía el sacrificio de varias horas de quietud sin gloria.

-Además, jamás habría sabido lo exquisita que puede ser una telaraña salpicada de rocío -dijo Emily-. Mírala cómo pende entre esos dos pastitos altos.

-Escribe un poema -se burló Ilse, a quien el susto había puesto de mal humor.

-¿Cómo estás del pie?

-Ah, estoy bien. Pero tengo los cabellos empapados de rocío. -Yo también. Andaremos un rato sin sombrero y el sol nos secará pronto. Mejor salir temprano. Podemos volver a la civilización a una hora en que será seguro dejarnos ver. Sólo que todo el desayuno que tenemos son las galletitas que traje en la bolsa. No podemos salir a buscar algo para desayunar sin tener que explicar dónde pasamos la noche. Ilse, júrame que jamás mencionarás esta aventura a ningún ser viviente. Ha sido hermosa, pero seguirá siendo hermosa sólo mientras lo sepamos nosotras dos. Recuerda el resultado de haber contado nuestro baño a la luz de la Luna.

-La gente es tan mal pensada -gruñó Ilse, deslizándose por la parva.

-Ay, mira, Indian Head. En este preciso momento podría convertirme en adoradora del Sol.

Indian Head era un monte llameante de esplendor. Las colinas lejanas se volvieron de un delicioso color púrpura contra el radiante cielo. Incluso el camino desnudo, la Carretera Hardscrabble, estaba transfigurado, luminoso con destellos de plata. Los campos y los bosques se veían preciosos bajo el pálido brillo perlado.

-El mundo vuelve a ser joven durante algunos minutos cuando amanece -murmuró Emily.

Entonces sacó su cuaderno de la cartera y anotó la frase.

Ese día tuvieron las experiencias usuales de cualquier vendedor ambulante del mundo. Algunas personas se negaban a subscribirse de mala manera, algunas se subscribían de buena manera, algunas se negaban a subscribirse con tanta amabilidad que dejaban una impresión agradable, algunos accedían a subscribirse tan groseramente que Emily deseaba que se hubieran negado. Pero, en términos generales, disfrutaron de la mañana, en especial cuando una excelente comida temprana en una hospitalaria granja en la Carretera del Oeste llenó un doloroso vacío dejado por algunas galletitas y una noche en una parva.

-No creo que se hayan topado con un niño perdido hoy, ¿no? -preguntó la dueña de casa.

-No. ¿Se perdió un niño?

-El pequeño Allan Bradshaw, hijo de Will Bradshaw, viven en Malvern Point, río abajo, falta desde la mañana del martes. Esa mañana salió de la casa cantando y desde entonces no se sabe nada de él.

Emily e Ilse intercambiaron miradas impresionadas. -¿Cuántos años tenía?

Librodot

-Siete apenas, y es hijo único. Dicen que la pobre madre está medio loca. Todos los hombres de Malvern Point lo buscan desde hace dos días, pero no han podido encontrar ni señales de la criatura.

-¿Qué pudo haberle pasado? -preguntó Emily, pálida de horror.

-Es un misterio. Algunos piensan que se cayó del muelle del Point, queda a sólo cuatrocientos metros de la casa y a él le gustaba sentarse allí a ver los botes. Pero nadie lo vio cerca del muelle ni del puente esa mañana. Hay muchas tierras pantanosas al oeste de la granja de los Bradshaw, llenas de esteros y estanques. Algunos piensan que caminó en esa dirección, se perdió y que está muerto, recuerden que la noche del martes hizo muchísimo frío. Allí es donde la madre cree que está y, si me piden mi opinión, yo creo igual. Si estuviera en otro lugar, las partidas de búsqueda lo habrían encontrado ya. Han rastrillado todo el distrito.

La historia persiguió a Emily todo el resto del día y caminaba bajo su sombra. Ese tipo de cosas siempre le causaban un efecto enfermizo. No soportaba pensar en la pobre madre de Malvem Point. Y el niñito, ¿dónde estaba? ¿Dónde había estado la noche anterior, mientras ella se deleitaba en el éxtasis de las horas libres y felices? La noche anterior no había hecho frío, pero el miércoles sí. Y se estremeció al recordar la noche del martes, con una cruel tormenta otoñal que sopló hasta el amanecer, con lluvia de granizo. ¿Había estado ese pobre chiquito a la intemperie con semejante noche? -¡Ay, no puedo soportarlo! -gimió.

-Es espantoso -dijo llse, algo descompuesta-, pero nosotras no podemos hacer nada. No tiene sentido pensar en eso. ¡Ja! -llse dio una patada en el suelo. -Creo que papá tenía razón cuando decía que no creía en Dios. Habiendo Dios, ¿cómo puede suceder algo tan espantoso como esto?

-Dios no tuvo nada que ver con esto -dijo Emily-. Tú bien sabes que el Poder que hizo la noche de ayer no pudo haber creado algo tan monstruoso como esto.

-Bueno, pero no lo impidió -replicó llse, que sufría tanto que hubiera querido emplazar al universo entero ante el tribunal de su dolor.

-Puede que todavía puedan encontrar al pequeño Allan Bradshaw, *tienen* que encontrarlo -exclamó Emily.

-Pero no lo van a encontrar vivo -rugió llse-. No, no me hables de Dios. Y no me hables más de este tema. Tengo que olvidarlo, me volveré loca si no me lo saco de la cabeza.

llse apartó el pensamiento de su mente con otra patada en el suelo. Emily también intentó dejar de pensar. No tuvo demasiado éxito, pero se obligó a concentrarse superficialmente en la tarea del día, aunque sabía que el espanto la acosaba desde lo más hondo de su consciencia. Sólo una vez lo olvidó de verdad: cuando dieron vuelta un recodo en la Carretera de Malvem River y vieron una casita construida en el hueco de una pequeña bahía, con una empinada colina de pasto verde atrás. Por toda la colina había abetos blancos y solitarios, de hermosas formas, como pequeñas pirámides verdes y alargadas. No había otra casa a la vista. Todo alrededor había una hermosa soledad de do gris, veloz, serpenteante, y de promontorios bordeados de abetos rojos.

-Esa casa es mía -dijo Emily. llse la miró.

-¿Tuya?

-Sí. Claro que no es *mía.* Pero, ¿no te ha ocurrido ver casas y saber que te pertenecen, sin que importe quiénes sean los dueños? No, a llse no le había ocurrido nunca. No tenía idea de qué estaba diciendo Emily.

-Yo sé quién es el dueño de esa casa -dijo-. Es el señor Scobie, de Kingsport. La construyó como casa de veraneo. Oí contar la historia a la tía Net la última vez que estuve

Librodot

en Wiltney. La terminaron hace pocas semanas. Es una casa bonita, pero, para mí, demasiado pequeña. A mí me gustan las casas grandes, no quiero sentirme oprimida ni sofocada, en especial, en verano.

-Es difícil que una casa grande tenga personalidad -dijo Emily, pensativa-. Pero las casas pequeñas casi siempre tienen personalidad. Esa casa la tiene. No hay una línea ni un rincón que no sea elocuente, y esas ventanas son preciosas, en especial aquella pequeña, la alta, bajo los gabletes de la puerta del frente. Me está sonriendo. Mira cómo reluce como una joya bajo la luz del Sol y sobresale de la oscuridad de la madera. Esa casita nos está saludando. Casita amiga, te quiero, te comprendo. Como diría el viejo Kelly "que jamás se derrame una lágrima bajo tu techo". Las personas que van a vivir en ti han de ser buenas personas, de lo contrario no te habrían *pensado. Si* yo viviera en ti, querida, estaría todos los atardeceres junto a esa ventana que da al poniente, esperando a alguien que llegaría a casa. Para eso exactamente es para lo que hicieron esa ventana: un marco para el amor y la bienvenida.

-Cuando termines de hablarle a tu casa, sería bueno que nos diéramos prisa -le advirtió llse-. Se viene tormenta. Mira esas nubes y esas gaviotas. Las gaviotas nunca llegan hasta aquí, a menos que se avecine una tormenta. Va a llover en cualquier momento. Esta noche no dormiremos en una parva, amiga Emily.

Emily se demoró al pasar por la casita y la miró con amor todo el tiempo que pudo. Era un lugar tan bonito, con sus gabletes pulidos, el tinte marrón oscuro de las maderas y ese aire general e íntimo de compartir bromas y secretos mutuos. Se volvió media docena de veces para mirarla, mientras trepaban la empinada colina y, cuando al fin la casita desapareció de la vista allá abajo, Emily suspiró.

-Odio dejarla. Tengo una sensación muy rara, Ilse, como si me llamara, como si me pidiera que regresara.

-No seas tonta -dijo Ilse, impaciente-. ¡Mira, ya está goteando! Si no te hubieras quedado tanto tiempo mirando esa bendita choza ya estaríamos en la carretera principal y cerca de algún amparo. ¡Ay, qué frío!

-Va a ser una noche terrible -dijo Emily en voz baja-. Ay, llse, ¿dónde estará ese pobrecito niño perdido? Quisiera saber si lo encontraron.

-¡No! -dijo llse, con violencia-. No digas una sola palabra más sobre él. Es espantoso, es horrible, pero, ¿qué podemos hacer nosotras?

-Nada. Eso es lo más horrible. Parece inmoral seguir con nuestros asuntos, vendiendo suscripciones, cuando todavía no encontraron a ese niño.

Para entonces, habían llegado a la carretera principal. El resto de la tarde no fue agradable. A intervalos caían pesados chaparrones y, entre uno y otro, el mundo era algo húmedo, cruel y frío, con un viento quejumbroso que soplaba en ominosas ráfagas susurrantes bajo un cielo de plomo. En todas las casas que visitaron recordaron al niño perdido, pues había sólo mujeres que compraban o rechazaban las subscripciones. Los hombres estaban todos buscándolo.

-Aunque ahora no sirve de nada -dijo con lobreguez una mujer- a menos que encuentren el cuerpecito. No puede haber sobrevivido tanto tiempo. Yo no puedo comer ni cocinar pensando en la pobre madre. Dicen que está medio loca, y no es para menos.

-Dicen que la vieja Margaret McIntyre se lo toma con bastante calma -dijo una mujer mayor que armaba una colcha de retazos junto a la ventana-. Yo creía que ella también iba a ponerse loca. Parecía querer mucho al pequeño Allan.

-Ah, Margaret Mclntyre hace cinco años que no se inmuta ante nada, desde que su propio hijo, Neil, murió congelado en el Klondyke. Al parecer, a ella también se le

Librodot

congelaron los sentimientos y ha estado un poco chiflada desde entonces. Ella no va a preocuparse por este asunto, sonreirá y te dirá que ella le dio una tunda al Rey.

Ambas mujeres rieron. Emily, con el olfato de la cuentista, al instante vio una historia pero, aunque habría deseado quedarse para averiguarla, no pudo, porque llse la arrastró a seguir.

-Tenemos que continuar, Emily, o no llegaremos a St. Clair antes de la noche.

Pronto se dieron cuenta de que no llegarían, de todas maneras. A la caída del Sol, St. Clair quedaba todavía a casi cinco kilómetros de distancia y todo indicaba que el tiempo empeoraría.

-No podemos llegar a St. Clair, eso es seguro -dijo llse-. Va a empezar a llover sin parar y dentro de un cuarto de hora va a estar más oscuro que boca de lobo. Será mejor que vayamos a esa casa y pidamos que nos dejen pasar la noche. Parece una casa decente y respetable, aunque es el rincón más remoto de la tierra.

La casa que señalaba llse -una vieja casa pintada a la cal con techo gris- se levantaba en la ladera de una colina, entre brillantes campos verdes de la segunda siega de trébol. Un camino rojo y húmedo subía por la colina hasta ella. Un espeso bosquecito de abetos rojos la separaba de la costa del golfo y, más allá del bosquecito, una pequeña depresión en el terreno revelaba una imagen triangular del mar gris, neblinoso y coronado de blanco. El valle del arroyo cercano estaba cubierto de jóvenes abetos rojos, de un verde oscuro bajo la lluvia. Las nubes negras amenazaban pesadamente sobre ella. De pronto el Sol atravesó las nubes desde el oeste por un instante mágico. La colina de prados de trébol resplandeció un momento en un verde increíblemente vívido. El triángulo de verde se volvió violeta. La vieja casa relució como mármol blanco contra el esmeralda de su entorno y el cielo negro que la cubría y rodeaba.

-Ah -exclamó Emily-. ¡Nunca vi nada tan hermoso! Buscó a tientas en la cartera y tomó su cuaderno. El poste de un portón le sirvió de escritorio. Emily le pasaba la lengua a la punta de un lápiz romo y escribía frenética. llse se sentó sobre una piedra y esperó con ostentosa paciencia. Sabía que cuando a Emily le aparecía una determinada expresión en el rostro no se la podía arrastrar a ningún lado hasta que no estuviera dispuesta a irse. El sol se había desvanecido y la lluvia comenzaba a caer otra vez cuando Emily guardó el cuaderno en la cartera, con un suspiro de satisfacción. -Tenía que escribirlo, llse.

-¿No podías esperar a llegar a terreno seco y escribirlo de memoria? -gruñó llse, levantándose de la piedra.

-No, habría perdido algo del sabor. Tengo que escribirlo en el momento, y con las palabras exactas. Vamos, te juego una carrera hasta la casa. Ah, siente el aroma del viento, no hay nada en el mundo entero como el viento con olor a sal que viene del mar, un salvaje viento del mar. Después de todo, las tormentas tienen algo delicioso. Siempre hay algo, en lo más profundo de mí, que parece levantarse y saltar al encuentro de una tormenta, a luchar con ella.

-Yo a veces me siento igual... pero esta noche, no --dijo llse-. Estoy cansada y... ese pobre niñito...

-¡Ay! -El gozo y la exaltación de Emily la abandonaron en un grito de pena. -Ay, llse, por un momento lo había olvidado, ¿cómo pude? ¿Dónde puede estar?

-Muerto -dijo llse, dura-. Es mejor pensar eso que imaginárselo todavía vivo, en una noche como ésta. La tormenta se desató con todo, ya no es una lluvia común y corriente.

Una mujer angulosa, ataviada con un delantal blanco tan almidonado que podría haberse parado solo, abrió la puerta de la casa de la colina y les indicó que entraran.

-Sí, sí, pueden quedarse, creo que sí -dijo, hospitalaria-, si no se fijan en el desorden. Están con un problema aquí.

Librodot

-Ay, perdón -tartamudeó Emily-. No queremos molestar, iremos a otro lado.

-No nos molestan, si ustedes no se sienten molestas por nosotros. Hay un cuarto de huéspedes. Son bienvenidas. No pueden quedarse afuera con una tormenta así, y no hay ninguna otra casa cerca. Les sugiero que se queden. Les traeré algo de comer, yo no vivo aquí, soy una vecina que vine a ayudar un poco. Me llamo Hollinge, señora Julia Hollinger. La señora Bradshaw no puede dedicarse a nada. Se habrán enterado de lo de su hijito.

-¿Es aquí donde... y... no lo encontraron?

-No, ni lo van a encontrar. A ella no se lo digo -agregó con una mirada rápida por encima del hombro hacia el vestíbulo-, pero yo creo que se cayó en el pantano, junto a la bahía. Eso es lo que pienso yo. Vengan y dejen sus cosas. Espero que no les moleste comer en la cocina. Hace frío; todavía no encendimos la estufa. Tendremos que ponerla pronto si va a haber un velorio. Aunque supongo que no habrá velorio si está en el pantano. No se puede hacer velorio sin el cuerpo, ¿no?

Todo eso era demasiado macabro. Emily e Ilse habrían preferido ir a otro lado, pero la tormenta se había desatado con furia y la oscuridad parecía avanzar desde el mar sobre un mundo diferente. Se quitaron los sombreros y los abrigos empapados y siguieron a su anfitriona a la cocina, un lugar limpio y anticuado que se veía muy acogedor a la luz de la lámpara y del fuego.

-Siéntense junto al fuego. Voy a atizarlo un poco. No le hagan caso al abuelo Bradshaw. Abuelo, aquí hay dos señoritas que quieren quedarse a pasar la noche.

El abuelo las miró con expresión dura desde un par de ojos azules y empañados y no dijo una palabra.

-No le hagan caso -en un susurro-, tiene más de noventa años y nunca fue muy conversador. Clara -la señora Bradshawestá ahí. -Señaló la puerta de lo que parecía un pequeño dormitorio aledaño a la cocina. -El hermano está con ella. Es el doctor Mclntyre, de Charlottetown. Lo mandamos buscar ayer. Es el único que puede con ella. No dejaba de pasearse de un lado a otro durante todo el día, pero al final la convencimos de que se recostara un rato. El esposo salió a buscar al pequeño Allan.

-Un niño *no puede* perderse en el siglo diecinueve -dijo el abuelo Bradshaw, con sorprendente énfasis.

-Tranquilo, tranquilo, abuelo, le aconsejo que *usted* no se preocupe. Y ahora estamos en el siglo veinte. Él sigue viviendo en el siglo pasado. Su memoria se detuvo hace unos años. ¿Cómo eran sus nombres? ¿Burnley? ¿Starr? ¿De Blair Water? Ah, entonces conocen a los Murray. ¿Sobrina? ¡Ah!

El "¡Ah!" de la señora Julia Hollinger fue de una sutil elocuencia. Había estado depositando platos y comida a toda velocidad sobre el limpio mantel de hule de la mesa. En ese momento los hizo a un lado, sacó un mantel de tela de un cajón del armario, tenedores y cucharas de plata de otro cajón y un hermoso par de salero y pimentero de los estantes.

-No se moleste por nosotras -rogó Emily.

-No es ninguna molestia. Si todo estuviera bien, encontrarían a la señora Bradshaw muy contenta de tenerlas en su casa. Es una mujer muy buena, pobrecita. Es muy difícil verla pasar por esto. Allan era hijo único, ¿se dan cuenta?

-Un niño *no puede* perderse en el siglo diecinueve, insisto -repitió el abuelo Bradshaw, con mayor énfasis e irritación. -No, no -tranquilizadora-, claro que no, abuelo. El pequeño Allan va a aparecer. Aquí tiene: una taza de té calentito. Hágame caso, tómeselo. Nunca molesta, pero, como todo el mundo, anda alterado, menos la anciana señora McIntyre. A ella no hay nada que la altere. Está bien, pero a mí me parece que es no tener sentimientos. Claro que no está bien de la cabeza. Vengan, siéntense y coman

Librodot

algo, niñas. Escuchen esa lluvia, por favor. Los hombres se van a empapar. No podrán seguir buscando esta noche. Will pronto llegará a casa. A mí me da hasta miedo. Clara volverá a enloquecerse cuando él regrese sin el pequeño Allan. Anoche nos la vimos muy mal para contenerla, pobrecita.

-Un niño *no puede* perderse en el siglo dicienueve-dijo el abuelo Bradshaw y se atoró con el té caliente y la indignación. -No, y en el veinte tampoco -dijo la señora Hollinger, palmeándolo en la espalda-. Hágame caso, vaya a acostarse, abuelo. Está cansado.

-No estoy cansado y voy a ir a acostarme cuando se me dé la gana, Julia Hollinger.

-Sí, está bien, abuelo. Pero hágame caso, no se ponga nervioso. Le voy a llevar una taza de té a Clara. Tal vez ahora quiera. Desde el jueves por la noche que no come ni toma nada. ¿Cómo puede una mujer soportarlo?, díganme.

Emily e Ilse comieron la cena con todo el apetito que pudieron convocar mientras que el abuelo Bradshaw las observaba con recelo y ayes de dolor les llegaban desde el cuartito aledaño. -Llueve y hace frío... ¿dónde está mi hijito? -gemía una voz de mujer, con tanto sufrimiento que Emily se estremeció como si le sucediera a ella.

-Pronto lo encontrarán, Clara -decía la señora Hollinger con un tono ligero de falso consuelo-. Ten paciencia, duerme un poco, hazme caso, tienen que encontrarlo pronto.

-No lo van a encontrar nunca. -La voz era casi un alarido. -Está muerto... muerto... muerto. Murió el martes, esa espantosa noche de tanto frío. ¡Dios, ten piedad de mí! ¡Era un niño tan hermoso! Yo siempre le decía que no debía hablar hasta que no le hablaran. Y ahora no va a volver a hablarme más! No le permitía que dejara una luz encendida cuando se iba a acostar... ¡y murió en la oscuridad, solo y congelado! No lo dejé tener un perro, que él deseaba tanto. Pero ahora no desea nada, sólo una tumba y una mortaja.

-No puedo soportar esto -murmuró Emily-. No *puedo,* llse. Siento que me voy a volver loca de horror. Prefiero estar afuera, bajo la tormenta.

La flaca señora Hollinger, con un aire a la vez comprensivo e importante, salió del dormitorio y cerró la puerta.

-¡Qué espantoso! Va a seguir así toda la noche. ¿Quieren irse a la cama? Es temprano, pero a lo mejor están cansadas y prefieren estar donde no puedan oírla, pobrecita. No quiso tomar el té, tiene miedo de que el médico le haya puesto una pastilla para dormir. No quiere dormir hasta que lo encuentren, vivo o muerto. Aunque claro que si está en el pantano, no lo van a encontrar *nunca.*

-Julia Hollinger, eres una tonta como tu madre, que era otra tonta, pero hasta tú tendrías que darte cuenta de que un niño no *puede* perderse en el siglo diecinueve -dijo el abuelo Bradshaw.

-Bueno, cualquier otra persona que me llamara tonta tendría que oírme, abuelo -dijo la señora Hollinger, algo cortante. Encendió una lámpara y acompañó a las niñas arriba. -Espero que puedan dormir. Háganme caso, métanse entre las mantas, aunque hay sábanas en la cama. Las aireamos todas hoy, las mantas y las sábanas. Se me ocurrió que sería conveniente airearlas por si teníamos un velorio. Recuerdo que los Murray de La Luna Nueva siempre fueron muy exigentes con airear las camas, por eso se lo digo. Escuchen ese viento. Mañana vamos a enterarnos de que esta tormenta ha causado mucho daño. No me llamaría la atención que esta noche se volara el techo de esta casa. Los problemas nunca vienen solos. Háganme caso: no se alteren si oyen algún ruido durante la noche. Si los hombres traen el cuerpo, Clara se va a poner como una poseída, pobrecita. Tal vez fuera conveniente que le pasaran llave a la puerta. La anciana señora Mclntyre a veces sale a vagabundear. Es inofensiva y en algunas cosas está muy cuerda, pero la gente se asusta.

Librodot

Las niñas sintieron un gran alivio cuando la puerta se cerró detrás de la señora Hollinger. Era una buena persona, que cumplía con su deber de buena vecina como ella lo concebía, con toda lealtad, pero no era exactamente una compañera para levantar el ánimo. Se encontraron en un "cuarto de huéspedes" diminuto, meticulosamente limpio, bajo los gabletes inclinados. Casi todo el espacio lo ocupaba una cama grande y cómoda, de esas camas hechas para dormir y no para decorar una habitación. Una ventanita de cuatro paneles, con un impecable volado de muselina blanca, las aislaba de la noche fría y tormentosa que estaba en el mar.

-Ay -dijo llse, estremeciéndose, y se metió en la cama lo antes posible. Emily la siguió más despacio y se olvidó de la llave. llse, agotada, se quedó dormida casi de inmediato, pero Emily no podía dormir. Sufría, aguzando los oídos para oír pisadas. La lluvia golpeaba contra la ventana, no en gotas sino en ráfagas; el viento rugía y bramaba. Allá, colina abajo, Emily oía las olas blancas que se estrellaban contra la costa oscura. ¿Podía ser que sólo hubieran pasado veinticuatro horas desde el claro de luna, el olor a verano en la parva y la pradera de helechos? Parecía como sí fuera otro mundo.

¿Dónde estaba ese pobre niño perdido? En una de las pausas de la tormenta, creyó oír una especie de quejido por sobre su cabeza, en la oscuridad, como si un alma pequeñita y solitaria, recién liberada de su cuerpo, intentara hallar el camino hacia los suyos. Emily no veía salida a su dolor; las puertas del sueño se habían cerrado para ella; no podía apartar esos sentimientos de su mente y dramatizarlos. Los nervios se le tensaron. Dolorosamente, envió sus pensamientos hacia la tormenta, buscando, tratando de atravesar el misterio del paradero del niño. *Tenían* que encontrarlo... apretó los puños... *tenían* que encontrarlo. ¡Esa pobre madre!

-¡Ay, Dios mío! Que lo encuentren... sano y salvo... que lo encuentren... *sano y salvo!* -rezaba Emily, desesperada e intensamente, una y otra vez, con mayor desesperación e intensidad, porque parecía una plegaria imposible de conceder. Pero la reiteraba, para apartar de la mente esas terribles imágenes del pantano, de las arenas movedizas, del río, hasta que al fin estuvo tan exhausta que la tortura mental ya no pudo mantenerla despierta y cayó en un sueño agitado, mientras que la tormenta rugía y los hombres que habían salido finalmente abandonaron, frustrados, su vana búsqueda.

Librodot

14

LA MUJER QUE LE DIO DE PALMADAS AL REY

El alba humedecida subió desde el golfo, luego de la tormenta agotada, y reptando, gris, entró en el cuartito de huéspedes de la casa pintada a la cal de la colina. Emily se despertó sobresaltada: había estado soñando que buscaba -y encontraba- al niño perdido. Pero ahora no podía recordar dónde lo había encontrado. llse seguía durmiendo, con sus rizos de oro pálido hechos un montoncito de seda sobre la almohada. Emily, con los pensamientos aún enredados en las redes de telaraña de su sueño, miró a su alrededor y pensó que seguía durmiendo.

Junto a la mesita cubierta con un mantel de encaje blanco, había una mujer sentada, una mujer alta, robusta, anciana, que llevaba sobre sus espesos cabellos grises una impecable cofia blanca de viuda, como usaban todavía, en los primeros años del siglo, las viejas mujeres escocesas. Tenía un vestido de lana color ciruela con un gran delantal níveo, y lo llevaba con el aire de una reina. Sobre el pecho llevaba un prolijo chal azul. Tenía el rostro extrañamente blanco y muy arrugado, pero Emily, con su don para ver lo esencial, vio al instante la fuerza y la vivacidad que aún caracterizaban cada rasgo. También vio en los hermosos ojos celestes que su dueña había sido en algún momento muy herida. Ésta sería la anciana señora Mclntyre de la que había hablado la señora Hollinger. En ese caso, entonces, la anciana señora Mclntyre era un personaje de verdad muy digno.

La señora Mclntyre estaba sentada con las manos cruzadas sobre la falda, mirando fijo a Emily con una mirada en la que había algo difícil de definir, algo bastante extraño. Emily recordó el hecho de que se suponía que la señora McIntyre estaba "un poco chiflada". Se preguntó, no muy cómoda, qué debía hacer. ¿Debía hablar? La señora McIntyre le ahorró el problema de decidir.

-¿Vendrías a tener antepasados escoceses? -preguntó, con una voz inesperadamente rica y poderosa, plena del delicioso acento escocés.

-Sí -dijo Emily.

-¿Y vendrías a ser presbiteriana? -Sí.

-Sería lo único que uno puede ser decentemente -comentó la señora McIntyre con satisfacción-. ¿Y querrías por favor decirme cuál es tu nombre? ¡Emily Starr! Viene a ser un nombre muy bonito. Voy a decirte mi nombre: mi nombre vendría a ser señora Margaret McIntyre. No soy una persona común: yo soy la mujer que le dio una tunda al Rey.

Emily, ya totalmente despierta, volvió a entusiasmarse con el instinto de la cuentista. Pero llse, que se despertó en ese momento, exhaló una exclamación de sorpresa. La señora McIntyre levantó la cabeza con gesto de soberana.

-No me tengas miedo, querida. No voy a hacerte daño, aunque yo sea la mujer que le dio una tunda al Rey. Eso es lo que la gente dice de mí, ah sí, cuando entro en la iglesia: "Esa es la mujer que le dio una tunda al Rey".

-Supongo -dijo Emily, vacilante-, que será mejor que nos levantemos.

-No van a levantarse hasta que yo les haya contado mi historia -dijo la señora McIntyre con firmeza-. Vine a saber, apenas te vi, que eras una de las personas que tiene que oírla. No tienes buenos colores ni voy a decir que eres muy bonita, no, no. Pero

Librodot

tienes las manos pequeñas y las orejas pequeñas, que vienen a ser las orejas de las hadas, pienso. La niña que está contigo es una niña muy bonita y va a ser una muy buena esposa para un hombre muy buen mozo, y es inteligente, ah, sí, pero tú tienes algo y es a ti a quien voy a contar mi historia.

-Déjala que la cuente -susurró llse-. Me muero de curiosidad por saber cómo fue que le dieron una tunda al Rey.

Emily, que se daba cuenta de que no era cuestión de "dejar" o no dejar, sino sencillamente quedarse quietas y escuchar lo que fuera que a la señora Mclntyre se le ocurriera contar, asintió.

-¿No vendrías a hablar las dos lenguas? Me refiero al gaélico. Asombrada, Emily sacudió sus cabellos negros.

-Es una lástima, porque mi historia no va a sonar tan bien en inglés, ah, no. Ustedes van a decir que la vieja está soñando, pero se equivocarían, porque es la verdadera historia la que voy a contarles, ah, sí. Yo le di una tunda al Rey. Claro que entonces no era el Rey, no era más que un príncipe pequeño que no tenía más de nueve años, la misma edad que mi pequeño Alec. Pero debo comenzar por el principio, porque si no van a entender nada de todo el asunto. Todo sucedió hace muchísimo, pero muchísimo tiempo, antes de que dejáramos la Madre Tierra. Mi esposo venía a ser Àlistair McIntyre y era pastor cerca del Castillo de Balmoral. Alistair era un hombre muy buen mozo y éramos muy felices. No porque no discutiéramos de vez en cuando, ah, no, eso sería muy monótono. Pero cuando nos reconciliábamos éramos más felices que nunca. Y yo también era muy bonita. Ahora engordo más y más, pero entonces era delgada y hermosa, ah, sí, les estoy contando la verdad, aunque ya veo que se están riendo de mí a mis espaldas. Cuando tengan ochenta años van a entender lo que les digo.

"Tal vez recuerden que la reina Victoria y el príncipe Alberto solían ir todos los veranos al Castillo de Balmoral y llevaban a sus hijos con ellos, y trataban de no llevar más servidumbre de la imprescindible, pues no querían demasiado alboroto a su alrededor, sino pasar una temporada en paz y tranquilidad como gente común y corriente. Los domingos caminaban a veces hasta la iglesia del valle a escuchar predicar al señor Donald MacPherson. El señor Donald MacPherson era muy dotado para los sermones y no le gustaba que las personas entraran en la iglesia cuando él estaba rezando. Era capaz de interrumpirse y decir "Ay, Señor, vamos a esperar a que Sandy Big Jim se haya sentado", ah, sí. Al día siguiente, yo oía que la Reina se reía, de Sandy Big Jim, claro está, no del ministro.

"Cuando venían a necesitar gente en el Castillo, nos mandaban buscar a mí y a Janet Jardine. El esposo de Janet era criado en la casa. Ella siempre me decía: "Buenos días, señora McIntyre" cuando veníamos a encontrarnos, y yo le decía: `Buenos días, *Janet',* para dejar sentada la superioridad de los Mclntyre sobre los Jardine. Pero era una muy buena muchacha en su lugar y nos llevábamos muy bien juntas cuando ella no lo olvidaba.

"Yo era muy amiga de la Reina, ah, sí. Ella no era una mujer orgullosa. A veces se sentaba en mi casa y tomaba una taza de té y me hablaba de sus hijos. No era muy linda, ah, no, pero tenía lindas manos. El príncipe Alberto era muy bien parecido, según decía la gente, pero, en mi opinión, Alistair era por lejos el más buen mozo de los dos. Eran muy buenas personas, y las princesitas y los principitos jugaban todos los días con mis hijos. La Reina sabía que estaban en buena compañía y se quedaba más tranquila que yo, porque el príncipe Bertie era un muchacho muy travieso, ah, sí, y artero, y yo venía a preocuparme mucho por temor a que a él y a Alec les ocurriera algo. Jugaban juntos todos los días, y se peleaban, también. Y no siempre era culpa de Alec. Pero era Alec el que recibía las

reprimendas, pobre muchachito. Había que reprender a alguien y te darás cuenta, mi cielo, de que yo no podía reprender al príncipe.

"Había una gran preocupación que yo tenía: el arroyo detrás de la casa, entre los árboles. Era muy hondo y en algunas partes muy rápido y si un niño venía a caerse se ahogaría. Una y otra vez les dije al príncipe Bertie y a Alec que no debían acercarse nunca a la orilla de ese arroyo. A pesar de todo, fueron una o dos veces y yo castigué a Alec, aunque él me decía que él no había querido ir y que el príncipe Bertie le decía: "Ah, vamos, no hay ningún peligro, no seas cobarde" y Alec iba porque pensaba que tenía que hacer lo que el príncipe Bertie quisiera y, además, no le hacía mucha gracia que lo llamara cobarde, siendo él un Mclntyre. Yo no dormía por las noches. Y entonces, mi cielo, un día el príncipe Bertie se cayó en esas aguas profundas y Alec, tratando de sacarlo, cayó tras él. Y se hubieran ahogado los dos si yo no hubiera oído los gritos que dieron cuando volvía a casa del Castillo, adonde había ido a llevarle un poco de manteca a la Reina. Ah, sí, en seguida me di cuenta de lo que había pasado, corrí hacia el arroyo y al momento estaba sacándolos del agua, muy asustados y empapados. Supe que había que hacer algo y estaba cansada de culpar siempre al pobre Alec y, además, para decirte la verdad, mi cielo, estaba muy, pero muy furiosa, y no me puse a pensar en príncipes y reyes, sino en dos muchachitos muy traviesos. Ay, es ese carácter fuerte que siempre tendré, ah, sí. Agarré al príncipe Bertie, lo apoyé sobre mis rodillas y le di una buena tunda en el lugar que el Buen Dios les hizo a los príncipes tanto como a los niños comunes para recibir tundas. A él le pegué primero porque era un príncipe. Después le pegué a Alec y los dos hicieron un buen dúo de llanto, los dos juntos, porque yo estaba muy enojada y me puse a hacer lo que mis manos tenían que hacer con todo mi empeño, como dice el Buen Libro.

"Pero después, cuando el príncipe Bertie se fue a su casa, muy enojado, se me pasó el enojo y me asusté un poco. Porque yo no sabía cómo lo tomaría la Reina y no me gustaba la idea de que Janet Jardine triunfara por sobre mí. Pero la reina Victoria era una mujer sensata y al día siguiente me dijo que había hecho lo correcto y el príncipe Alberto sonreía y bromeó, diciéndome que tuviera cuidado dónde ponía las manos. Y el príncipe Bertie no volvió a desobedecerme con eso de ir al arroyo, ah, no, y pasó un buen tiempo antes de que pudiera sentarse con comodidad. En cuanto a Alistair, yo pensé que iba a ponerse furioso conmigo, pero es imposible saber lo que un hombre puede llegar a pensar sobre las cosas, ah, sí, porque se rió mucho cuando se enteró y me dijo que llegaría el día en que yo alardearía de que le había dado una tunda al Rey. Ahora ya pasó mucho tiempo de eso, pero yo nunca lo olvidaré. Ella murió hace dos años y el príncipe Bertie por fin fue Rey. Cuando Alistair y yo nos vinimos al Canadá, la Reina me regaló una enagua de seda. Era una enagua muy fina, con los colores del clan de la reina Victoria. Nunca la usé, pero la voy a usar una vez: cuando esté en el cajón, ah, sí. La tengo guardada en la cómoda de mi habitación y todos saben para qué es. Me gustaría que Janet Jardine se hubiera enterado de que van a enterrarme con una enagua hecha con los colores del clan de la reina Victoria, pero se murió hace mucho tiempo. Era una muy buena persona, aunque no era una Mclntyre.

La señora Mclntyre entrelazó las manos y mantuvo silencio. Habiendo contado su historia, estaba satisfecha. Emily la había escuchado con avidez. Ahora dijo:

-Señora Mclntyre, ¿me permitiría escribir esa historia y publicarla?

La señora McIntyre se inclinó hacia adelante. Su rostro blanco y ajado se endulzó y sus ojos profundos brillaron.

-¿Quieres decir publicarla en un diario? -Sí.

La señora McIntyre se acomodó el chal sobre el pecho con manos que temblaban un poco.

Librodot

-Es extraño cómo a veces nuestros deseos se hacen realidad. Es una pena que los tontos que dicen que no hay Dios no se enteren de esto. Vas a escribirlo y ponerlo en tus orgullosas palabras...

-No, no -se apresuró a decir Emily-, no voy a hacer eso. Puede que tenga que hacer algunos cambios y escribirle un marco a la historia, pero voy a escribirla exactamente como me la contó usted. No podría mejorarla ni en una sílaba.

La señora McIntyre pareció dudar por un momento, pero luego se alegró.

-No soy más que una pobre ignorante y tal vez no elija muy bien las palabras, pero tú has de saber lo que haces. Me has escuchado con mucha atención y lamento haberte entretenido tanto tiempo con mis antiguas historias. Ahora me voy, para que puedan levantarse.

-¿Encontraron al niño perdido? -preguntó llse, ansiosa. La señora McIntyre negó con la cabeza, muy compuesta. -Ah, no, no lo van a encontrar tan rápido. Oí a Clara chillando toda la noche. Ella es la hija de mi hijo Angus. Él vino a casarse con una Wilson y los Wilson siempre hacen un escándalo con todo. La pobrecita está preocupada porque dice que no fue buena con el muchachito, pero no es cierto, lo malcriaba mucho, y el pequeño era muy travieso. Yo no le sirvo de mucho, no tengo la segunda visión. Pero tú sí la tienes, me parece, ah sí.

-No, no -dijo Emily, de prisa. No pudo evitar recordar cierto incidente de su infancia en La Luna Nueva, en el cual, por alguna razón, no le gustaba pensar.

La anciana señora McIntyre asintió con aire de sabiduría y se alisó el delantal blanco.

-No vendría a estar bien que lo negaras, mi cielo, pues es un gran don y mi prima Helen en cuarta generación lo tenía, ah, sí. Pero no van a encontrar al pequeño Allan, ah, no. Clara lo quería demasiado. No es bueno querer demasiado a alguien. Dios es un dios celoso, ah, sí, bien que lo sabe Margaret Mclntyre. Seis hijos supe tener y los seis eran hombres espléndidos, y el menor era Neil. Medía uno ochenta y ocho en medias y ninguno de los otros era como él. Era tan divertido, reía todo el tiempo, ah, sí, y cuando hablaba era capaz de convencer a los pájaros de bajar de los árboles. Iba a Klondyke y murió congelado en el camino, un día, ah, sí. Se murió mientras yo rezaba por él. Nunca volví a rezar. Clara ahora se siente igual, está diciendo que Dios no la escucha. Es algo muy extraño ser mujer, queridas mías, y querer tanto para nada. El pequeño Allan era un niño precioso. Tenía una carita bronceada y ojos azules muy grandes. Es una lástima que no aparezca, aunque a mi Neil tampoco lo hallaron a tiempo, ah, no. Yo a Clara voy a dejarla tranquila, no voy a molestarla tratando de darle consuelo. Yo siempre fui buena para dejar a la gente tranquila, sin contar la vez en que le di una tunda al Rey. Julia Hollinger, por el contrario, enturbia el sentido, hablando sin conocimiento. Qué mujer tan tonta. Dejó al esposo porque él no quería dejar a un perro al que quería mucho. Creo que él estuvo muy sabio al preferir al perro. Pero me llevo bien con Julia, porque he aprendido a soportar a los tontos con alegría. A ella le gusta tanto dar consejos y a mí no me ofende, porque jamás voy a hacerle caso. Ahora voy a despedirme de ustedes, mis queridas, y me alegro mucho de haberlas conocido. Les deseo que nunca los problemas se sienten sobre sus umbrales. No voy a olvidar tampoco que me escucharon con mucha gentileza, ah, no. Ahora no le importo mucho a nadie, pero, una vez, le di una tunda al Rey.

Librodot

15

LO QUE NO PODÍA SER

Cuando se cerró la puerta detrás de la señora Mclntyre, las niñas se levantaron y se vistieron sin demasiada prisa. Emily pensó en el día que le esperaba, con algo de desagrado. El delicado sabor de aventura y romance con que habían salido de sus casas había desaparecido y, de pronto, recorrer los campos en busca de suscripciones se había convertido en una tarea molesta. Físicamente, ambas estaban más cansadas de lo que creían.

-Parece un siglo que salimos de Shrewsbury -gruñó Ilse mientras se ponía las medias.

Emily tenía una sensación aún más fuerte sobre el paso del tiempo. La noche en vela y plena de éxtasis pasada bajo la luna parecía como un año de un extraño crecimiento de su alma. Y la noche anterior también la había pasado en vela, de un modo bien distinto, y había despertado de su breve sueño con una sensación extraña y desagradable de haber hecho un viaje confuso y atormentado, una sensación que la historia de la señora Mclntyre había borrado por un rato, pero que volvía ahora mientras Emily se cepillaba el cabello.

-Siento como si hubiera andado vagando por algún lugar, durante horas -dijo-. Y soñé que encontraba al pequeño Allan, pero no sé dónde. Fue espantoso despertar sintiendo que justo en el instante previo yo sabía y acababa de olvidarlo.

-Yo dormí como un lirón -dijo llse, bostezando-. Ni siquiera soñé. Emily, quiero irme de esta casa y de este lugar lo antes posible. Me siento como en medio de una pesadilla, como si algo horrible estuviera oprimiéndome y no pudiera escapar. Sería diferente si pudiera hacer algo, ayudar de alguna manera. Pero, dado que no puedo, quiero escapar. Me había olvidado durante unos minutos, mientras la anciana nos contaba su historia, ¡qué anciana despiadada! A ella no le preocupaba en lo más mínimo el niñito perdido.

-Creo que hace mucho tiempo que dejó de preocuparse por nada-dijo Emily, soñadora-. A eso se refieren cuando dicen que está un poco chiflada. Una persona que no se preocupa ni un poquito está un poco chiflada. Como el primo Jimmy. Pero la historia fue fabulosa. Voy a escribirla para mi primer ensayo, y después veré que se publique. Estoy segura de que será una historia espléndida para alguna revista, si puedo atrapar el sabor y la vivacidad que ella le puso al contarla. Creo que ahora mismo voy a anotar en mi cuaderno algunas de sus expresiones, antes de que me las olvide.

-¡Ay, maldito sea tu cuaderno! -dijo Ilse-. Bajemos, tomemos el desayuno si no tenemos otro remedio y vayámonos de aquí. Pero Emily, regodeándose otra vez en su paraíso de cuentista, se había olvidado temporariamente de todo lo demás.

-¿Dónde está mi cuaderno? -preguntó, impaciente-. No está en la cartera, sé que anoche lo dejé adentro de la cartera. ¡Espero no haberlo dejado en el poste del portón!

-¿No es ése que está ahí, arriba de la mesa? -preguntó llse. Emily lo miró, intrigada.

-No puede ser... pero es. ¿Cómo llegó acá? Estoy segura de que anoche no lo saqué de la cartera.

-Tienes que haberlo sacado -dijo llse, indiferente.

Emily avanzó hacia la mesa con expresión de curiosidad. El cuaderno estaba abierto sobre la mesa y el lápiz estaba al lado. Algo en la página atrajo inmediatamente su atención. Se inclinó a mirar.

Librodot

-¿Por qué no te das prisa y terminas de peinarte? -preguntó Ilse minutos después-. Yo ya estoy lista. ¡Por favor, deja tranquilo ese bendito cuaderno aunque más no sea para terminar de vestirte!

Emily giró en redondo, con el cuaderno en la mano. Estaba muy pálida y tenía los ojos oscuros de miedo y misterio.

-Ilse, mira esto -dijo, con voz temblorosa.

Emily se acercó y miró la página del cuaderno que le mostraba

Emily. Sobre ella había un dibujo a lápiz, muy bien hecho, de la casita en la costa del río que tanto había atraído a Emily el día anterior. Sobre una ventanita, encima de la puerta del frente, había una cruz negra y frente a ésta, al margen del cuaderno y junto a otra cruz, estaba escrito:

"Allan Bradshaw está aquí".

-¿Qué significa eso? -preguntó llse, en media voz-. ¿Quién lo hizo?

-No... no lo sé -tartamudeó Emily-. La letra... *es mía.* Ilse miró a Emily y retrocedió dos pasos.

-Tienes que haberlo escrito en sueños -dijo, alelada. -Yo dibujo muy mal -dijo Emily.

-¿Quién más pudo haberlo hecho? La señora McIntyre no pudo ser, tú sabes que no, Emily. Nunca escuché nada tan raro. ¿Te parece... te parece que puede estar ahí?

-¿Cómo es posible? La casa tiene que estar cerrada, no hay nadie trabajando ahí. Además, tienen que haber registrado toda esa zona, él habría estado mirando por la ventana, recuerda que no tenía persiana, gritaría, lo habrían visto o lo habrían oído. Seguramente dibujé eso en sueños, aunque no me explico cómo, porque no me podía sacar de la cabeza el pensamiento del pequeño Allan. Es tan extraño... me da miedo.

-Tienes que mostrárselo a los Bradshaw -dijo llse. -Supongo que sí, pero no querría. Puede volver a darles una cruel falsa esperanza, *y no puede* haber nada en esto. Pero no puedo correr el riesgo de no mostrárselo. Muéstraselo tú, yo no puedo, no sé por qué. Esto me ha alterado mucho, estoy asustada, como una niña, tengo ganas de sentarme y ponerme a llorar. Si ese niño estuvo ahí, desde el martes, tiene que haberse muerto de hambre. -Bueno, ya se verá. Voy a mostrárselo. Si resulta cierto, Emily, eres una criatura especial.

-No digas eso, no puedo soportarlo -dijo Emily, estremeciéndose.

No había nadie en la cocina cuando entraron, pero en seguida entró un hombre, evidentemente el doctor McIntyre del que había hablado la señora Hollinger. Tenía un rostro agradable, inteligente, con ojos intensos detrás de los anteojos, pero se lo veía cansado y triste.

-Buenos días -dijo-. Espero que hayan descansado bien y no las hayan molestado. Aquí todos estamos muy mal.

-¿No encontraron al niñito? -preguntó Ilse. El doctor Mclntyre negó con la cabeza.

-No. Abandonaron la búsqueda. No puede estar vivo, después de la noche del martes y de anoche. El pantano no devuelve a sus muertos, y yo estoy seguro de que está allí. Mi pobre hermana está destrozada. Lamento que su visita haya tenido lugar en un momento tan penoso, pero espero que la señora Hollinger las haya hecho sentir cómodas. La abuela McIntyre se ofendería mucho si les hubiera faltado algo. Era famosa por su hospitalidad en sus tiempos. Supongo que no la han visto. No siempre se muestra a los desconocidos.

-Sí, la vimos -dijo Emily, abstraída-. Esta mañana vino a nuestra habitación y nos contó de cuando le dio una tunda al Rey. El doctor McIntyre rió.

-Entonces pueden consideradas honradas. La abuela no le cuenta esa historia a cualquiera. Es una especie de Viejo Marino y conoce a sus escuchas predestinados. Es una mujer bastante extraña. Hace unos años su hijo preferido, mi tío Neil, falleció en el

Klondyke en circunstancias muy tristes. Formaba parte de la Patrulla Perdida. La Abuela nunca se recuperó de la impresión. Desde entonces, no ha vuelto a *sentir* nada; parece que los sentimientos han muerto en ella. No ama, no odia, no tiene miedo ni esperanzas; vive enteramente en el pasado y experimenta sólo una emoción: un gran orgullo por el hecho de que una vez le dio una tunda al Rey. Pero no las dejo desayunar. Aquí viene la señora Hollinger a reprenderme.

-Espere un momento, por favor, doctor McIntyre -dijo Ilse, abruptamente-. Quiero... nosotras... hay algo que quiero mostrarle.

El doctor McIntyre inclinó el rostro intrigado sobre el cuaderno. -¿Qué es esto? No comprendo...

-Nosotras tampoco. Lo dibujó Emily en sueños.

-¿En sueños? -El doctor McIntyre estaba demasiado azorado como para hacer otra cosa que repetir las palabras de Ilse. -Tiene que haber sido así. No había nadie más, a menos que su abuela sepa dibujar.

-No. Y tampoco vio nunca esa casa. Es la cabaña de los Scobie, más allá de Malvem Bridge, ¿no?

-Sí. La vimos ayer.

-Pero Allan no puede estar ahí, hace un mes que está cerrada, los carpinteros se fueron en agosto.

-Ay, lo sé -tartamudeó Emily-. Estuve pensando tanto en Allan antes de quedarme dormida, que supongo que es sólo un sueño. Yo no lo entiendo, pero teníamos que mostrárselo.

-Por supuesto. Bien, no voy a decirles nada a Will ni a Clara. Voy a llamar a Rob Mason, del otro lado de la colina, para que me acompañe a echarle un vistazo a esa casa. Sería muy raro... pero no, no puede ser. No sé cómo podemos entrar en la casa. Está cerrada y las ventanas tienen persianas.

-Ésta, la que está encima de la puerta del frente, no.

-No, pero ésa es la ventana de un cuartito en un extremo de la sala de estar de arriba. Visité la casa en agosto, cuando los carpinteros estaban trabajando. El cuartito se cierra con una cerradura automática; supongo que por eso no le pusieron persiana a esa ventana. Está muy alta, cerca del cielo raso, según recuerdo. Bien, voy a lo de Rob y veremos. No quiero dejar piedra sin dar vuelta.

Emily e Ilse tomaron lo que pudieron del desayuno, agradecidas de que la señora Hollinger las dejara tranquilas, con excepción de algún comentario al pasar mientras trajinaba, trabajando.

-Qué noche terrible la de anoche, pero paró la lluvia. No cerré un ojo. La pobre Clara tampoco, pero ahora está más tranquila, desolada, claro. Me da miedo lo que le pueda pasar en la cabeza. La abuela no volvió a ser normal desde que le contaron de la muerte de su hijo. Cuando Clara oyó que no seguirían buscando, gritó una vez y se tendió en la cama con la cara hacia la pared. Desde entonces no se ha movido. Bien, el mundo sigue para los demás. Sírvanse tostadas. Háganme caso: no se apresuren a salir hasta que el viento no haya secado un poco el barro.

-Yo no pienso irme hasta que hayamos averiguado si... -susurró Ilse, sin terminar la frase.

Emily asintió. No podía comer, y si la tía Elizabeth o la tía Laura la hubieran visto, la habrían mandado a la cama sin más con la orden de permanecer acostada, y habrían tenido razón. Había llegado casi al punto del colapso. La hora pasada desde que el doctor McIntyre se había ido parecía interminable. De pronto, oyeron a la señora Hollinger, que estaba lavando los baldes de la leche en el banco, junto a la puerta de la cocina, que daba

Librodot

un grito. Un minuto después entraba corriendo en la cocina, seguida por el doctor McIntyre, que venía sin aliento por la loca carrera desde Malvern Bridge.

-Primero hay que decirle a Clara -dijo-. Tiene derecho. Desapareció en el dormitorio aledaño. La señora Hollinger se dejó caer en una silla, riendo y llorando al mismo tiempo.

-¡Lo encontraron... encontraron al pequeño Allan, en el piso del cuartito de la sala... en la casa de Scobie!

-¿Está... vivo? -balbuceó Emily.

-Sí, pero desfalleciente. Ni siquiera puede hablar, pero el médico dice que, bien cuidado, se recuperará. Lo llevaron a la casa más cercana, es todo lo que pudo decirme el doctor.

Se oyó un agudo grito de alegría desde el dormitorio y Clara Bradshaw, despeinada y con los labios pálidos, pero con la luz de una dicha absoluta brillándole en los ojos, atravesó la cocina corriendo y siguió corriendo hacia la colina. La señora Hollinger tomó un abrigo y corrió tras ella. El doctor McIntyre se sentó en una silla.

-No pude detenerla, y yo todavía no puedo encarar otra corrida, pero la felicidad no mata. Habría sido cruel detenerla, aunque hubiera podido.

-¿Está bien el pequeño Allan? -preguntó Ilse.

-Lo estará. El pobrecito estaba al borde del agotamiento, por supuesto. No habría durado otro día más. Lo llevamos a la casa del doctor Matheson, en el Bridge, y lo dejamos a su cuidado. No podremos traerlo a casa hasta mañana.

-¿Tiene idea de cómo llegó allí?

-Bueno, no pudo contarnos nada, por supuesto, pero creo que me imagino cómo fue. Encontramos una ventana abierta dos centímetros, en el sótano. Supongo que Allan estaba explorando alrededor de la casa, como hacen todos los niños, y encontró esa ventana abierta. Habrá entrado por allí, la cerró casi del todo después de entrar y se puso a explorar la casa por dentro. En el cuartito, de alguna manera se le cerró la puerta y la cerradura automática lo convirtió en un prisionero. La ventana es demasiado alta, él no llega, y no pudo pedir auxilio. El revoque blanco de la pared del cuartito está todo marcado y arañado por sus vanos intentos por llegara la ventana. Claro que tiene que haber gritado, pero no había nadie cerca de la casa para oírlo. La casa queda en ese pequeño valle donde no hay nada cerca que pudiera servirle de escondite a un niño, así que supongo que la partida de búsqueda no le prestó mucha atención. De todas maneras, no revisaron la orilla del río hasta ayer, porque nunca supusieron que se hubiera ido solo hasta allí, pero ayer ya no estaba en condiciones de gritar.

-Me alegro tanto... de que lo hayan encontrado -dijo Ilse, parpadeando para contener las lágrimas de alivio.

De pronto, el abuelo Bradshaw asomó la cabeza por la puerta de la salita. -Les dije que un niño *no se puede perder* en el siglo diecinueve -dijo, riendo.

-Pero se perdió -dijo el doctor McIntyre-, y no lo habríamos encontrado a tiempo, de no ser por esta jovencita. Es en realidad extraordinario.

-Emily es... psíquica -dijo llse, citando al señor Carpenter. -¡Psíquica! ¡Ajá! Bueno, es curioso, muy curioso. Yo no voy a pretender entenderlo. La abuela diría, por supuesto, que es la segunda visión. Porque ella cree firmemente en eso, como todos los escoceses.

-Ay, estoy segura de que yo no tengo la segunda visión -protestó Emily-. Lo habré soñado, y me habré levantado en sueños. Pero, por otro lado, yo no sé dibujar.

-Algo te utilizó como instrumento, entonces -dijo el doctor McIntyre-. Después de todo, la explicación de la abuela de lo que es la segunda visión es tan razonable como cualquier otra cosa, cuando uno se ve obligado a creer en algo increíble.

Librodot

-Prefiero no hablar del tema -dijo Emily, con un estremecimiento-. Me alegro tanto de que hayan encontrado a Allan, pero, por favor, que nadie sepa de mi intervención. Que piensen que a usted se le ocurrió revisar la casa de Scobie. No... no soportaría que se hablara de esto en todo el condado.

Cuando se fueron de la casita blanca sobre la colina ventosa, el Sol se abría paso por entre las nubes y las aguas del puerto bailaban alocadamente. El paisaje estaba lleno de la belleza salvaje que viene luego de una tormenta, y la Carretera del Oeste se extendía ante ellas en curvas, en colinas y en charcos rojos y atractivos, pero Emily se apartó de ella.

-Voy a dejarla para el próximo viaje -dijo-. Hoy no puedo vender suscripciones. Amiga de mi alma, vayamos a Malvern Bridge y tomemos el tren de la mañana hacia Shrewsbury.

-Fue... fue muy raro lo de tu sueño -dijo llse-. Me hace tenerte un poco de miedo, Emily.

-Ay, no me tengas miedo -imploró Emily-. Fue sólo una coincidencia. Estuve pensando tanto en él, y la casa me había atrapado tanto ayer...

-¿Recuerdas cuando averiguaste lo de mi madre? -preguntó llse en voz baja-. Tú tienes un poder que el resto de nosotros no tiene.

-Tal vez me cure de él -dijo Emily, desesperada-. Eso espero. No *quiero* tener ese poder, tú no sabes lo que siento al respecto, llse. Me parece algo terrible, como si estuviera marcada de una manera extraña; no me siento *humana.* Cuando el doctor Mclntyre habló de que *algo* me había utilizado como instrumento, me recorrió un escalofrío. Me pareció que mientras yo dormía *otra* inteligencia se apoderó de mi cuerpo y dibujó en el cuaderno.

-La letra era tuya -dijo llse.

-Ay, no voy a hablar del tema, ni a pensar en él. Voy a olvidarlo. No vuelvas a mencionarlo, llse.

Librodot

16

MADERA DE ARRASTRE

Shrewsbury

"3 de octubre de 19...

"He terminado de recorrer la porción que me correspondía de nuestra hermosa provincia haciendo suscripciones, tengo la mejor lista de todos los suscriptores, y he ganado casi suficiente con las comisiones para comprarme los libros de todo Segundo Año. Cuando se lo dije a la tía Ruth, *no* resopló. Considero que ése es un *hecho* que merece quedar registrado.

"Hoy la *Merton's Magazine* me devolvió mi cuento `Las arenas *del tiempo'. Pero la carta de devolución estaba* escrita a máquina, no impresa. Siento que lo que está escrito a máquina no es tan ofensivo como lo impreso.

"`Hemos leído su historia con interés, pero lamentamos decirle que en estos momentos no podemos publicarla.'

"Si eso de `con interés' es verdad, es un aliento. Pero, ¿no estaban tratando de amortiguar el golpe?

"Hace poco Ilse y yo fuimos notificadas de que hay nueve vacantes en La calavera y el búho y de que nos pusieron en la lista de los que pueden solicitar admisión como miembros. Eso hicimos. En el colegio se considera muy importante ser un Calavera y Búho.

"El Segundo Año está en plena acción ya, y el trabajo me parece muy interesante. El señor Hardy tiene varias de nuestras clases, y como maestro me gusta más él que cualquier otro, después del señor Carpenter. Se interesó mucho en mi ensayo "La mujer que le dio una tunda al Rey". Le dio el primer lugar e hizo comentarios especiales sobre él en la crítica en clase. Evelyn Blake está segura, naturalmente, de que lo copié de algún lado, y está segura de que lo leyó antes en algún lado. Evelyn se peina con el nuevo peinado pompadour que salió este año y a mí me parece que le queda espantoso. Pero claro, la única parte de la anatomía de Evelyn que a mí me gusta es su espalda.

"Tengo entendido que todos los del clan Martin están furiosos conmigo. La semana pasada Sally Martin se casó en la iglesia anglicana de aquí y el director del *Times* me pidió que hiciera la nota. Fui, por supuesto, aunque *odio* cubrir casamientos. A veces hay *tantas cosas* que quisiera decir que *no se pueden* decir. Pero el casamiento de Sally estuvo lindo, igual que ella, y envié una nota bastante bonita, según creía, mencionando en especial el hermoso bouquet de `rosas y orquídeas' de la novia: el primer bouquet de orquídeas que se ha visto en Shrewsbury. Escribí con letra *muy* clarita, por eso no hay excusa para ese desgraciado del linotipista del *Times* que convirtió `orquídeas' en *sardinas*. Por supuesto que cualquiera con dos dedos de frente tendría que haberse dado cuenta de que era un error de imprenta. Pero a los del clan Martin se les ha metido en la cabeza que escribí *sardinas* a propósito para hacer una broma tonta porque, al parecer, les dijeron que yo una vez dije que estaba cansada de las notas convencionales sobre las bodas y que me gustaría escribir una diferente. Es cierto que lo dije, ¡pero mi ansia de originalidad jamás me llevaría a decir que una novia llevaba un bouquet de sardinas! De todas maneras, eso creen los del clan Martin, y la tía Ruth dice que no le llama la

Librodot

atención, y la tía Elizabeth dice que yo no tendría que haber sido tan descuidada. ¡Yo! ¡Que el cielo me dé paciencia!"

"5 de octubre de 19...

"Esta tarde vino a verme la esposa de Will Bradshaw. Por suerte, la tía Ruth había salido. Digo por suerte, porque no quiero que la tía Ruth se entere de mi sueño y su parte en el hallazgo del pequeño Allan Bradshaw. Tal vez soy `solapada', como diría la tía Ruth, pero la verdad es que, solapada o no, no soportaría que la tía Ruth resople y se ponga a cavilar y a manosear el incidente.

"La señora Bradshaw vino a agradecerme. Me sentí incómoda porque, después de todo, ¿yo qué tuve que ver? No quiero pensar ni hablar del tema. La señora Bradshaw me contó que el pequeño Allan está bien, ahora, aunque pasó una semana después de que lo encontraron antes de que pudiera incorporarse en la cama. Ella estaba muy pálida y seria.

"`Habría muerto si usted no hubiera venido, señorita Starr, y yo también me hubiera muerto. No podría haber seguido viviendo, sin *saber,* ay, jamás olvidaré el horror de esos días. *Tenía* que venir a expresarle mi gratitud, aquella mañana, cuando regresé, usted ya se había ido, y yo sentí que no estuve muy hospitalaria...'

"Se desmoronó y lloró, y yo también, y nos mandamos un buen llanto juntas. Me siento muy contenta y agradecida de que hayan encontrado al pequeño Allan, pero no quiero volver a recordar cómo sucedió todo."

"La Luna Nueva

"7 de octubre de 19...

"Esta tarde hice un paseo hermoso, merodeando el cementerio del estanque. Se diría que no es un lugar exactamente alegre para caminar, pero a mí me gusta vagabundear por esa pequeña pendiente de tumbas, en medio de la suave melancolía de un lindo atardecer de otoño. Me gusta leer los nombres en las lápidas y ver las fechas y pensar en todos los amores, los odios, las esperanzas y *los* temores que yacen allí enterrados. Fue hermoso, y para nada triste. Los campos rojos, sembrados, y los bordes llenos de hele*chos* y congelados del bosque y las viejas cosas familiares que he amado, y que amo más y más a medida que crezco, me rodeaban. Todos los fines de semana que vuelvo a casa, a La Luna Nueva, estas cosas me parecen más queridas, más parte de mí. Amo las *cosas* tanto como a las *personas.* Creo que la tía Elizabeth es igual. Por eso no quiere que cambie nada en La Luna Nueva. Empiezo a entenderla mejor. Creo que ahora ella también me quiere. Al principio fui un deber para ella, pero ahora soy algo más.

"Me quedé en el cementerio hasta que descendió un crepúsculo oro pálido y lo convirtió en un lugar fantasmal. Entonces Teddy vino a buscarme y caminamos juntos por el campo y recorrimos el Camino del Mañana. En realidad, ahora es el Camino del Hoy, porque los árboles ya están por encima de nuestras cabezas, pero aún lo llamamos el Camino del Mañana, en parte por costumbre y en parte porque hablamos tanto, en él, de *nuestros* mañanas, y de lo que esperamos poder hacer en ellas. Por alguna razón, Teddy es la única persona con quien me gusta hablar de mis mañanas y de mis ambiciones. No hay nadie más. Perry se burla de mis aspiraciones literarias. Dice, cuando yo digo algo de escribir libros: ` ¿De qué sirven esas cosas?' Y es obvio que si una persona no puede ver por sí misma `de qué sirve' algo, uno no puede explicárselo. Ni siquiera con Dean puedo hablar de mis mañanas desde una tarde en la que me dijo, con mucha amargura: `Odio oírte hablar de tus mañanas; no pueden ser mis mañanas'. Creo que en cierto sentido a Dean no le gusta pensar en que estoy madurando, creo que tiene algo de esos celos de los Priest de compartir cualquier cosa, en especial la amistad, con otras personas o con el mundo. Me siento

Librodot

retrotraída. Últimamente me ha parecido que Dean ya no se interesa en mis ambiciones literarias. Me parece que incluso las ridiculiza un poco. Por ejemplo, el señor Carpenter quedó encantado con mi "La mujer que le dio una tunda al Rey" y me dijo que era excelente y sin embargo, cuando Dean lo leyó, sonrió y me dijo: `Es muy bueno como ensayo para el colegio, pero...'y entonces volvió a sonreír. No era una sonrisa de las que me gustan. Tenía `demasiado de los Priest', como diría la tía Elizabeth. Me sentí -y me siento- terriblemente abatida. Parecía decir: `Puedes garabatear cosas divertidas, querida, y tus frases tienen gracia, pero sería una maldad de mi parte si te permitiera creer que esa gracia significa algo'. Si es cierto -lo cual es muy probable, porque Dean es muy inteligente y sabe mucho- entonces jamás lograré nada que valga la pena. No *intenta*ré lograr nada; me niego a ser alguien que `garabatea cosas divertidas'.

"Pero con Teddy es diferente.

"Esta noche Teddy estaba loco de alegría, y así me puse yo cuando me enteré de las novedades. Mostró dos de sus pinturas en la exhibición de Charlottetown, en septiembre, y el señor Lewes, de Montreal, le ofreció cincuenta dólares por cada una. Con eso pagará su alojamiento en Shrewsbury para todo el invierno y eso hará las cosas más fáciles para la señora Kent. Aunque ella no se alegró, cuando él se lo contó. Dijo: `Ah, claro, ahora te crees independiente de mí'; y se echó a llorar. Teddy se sintió herido, porque nunca se le había ocurrido pensar semejante cosa. Pobre señora Kent. Ha de sentirse muy sola. Hay una extraña barrera entre ella y el resto del mundo. Yo no he ido a Tansy Patch en mucho tiempo. En el verano, fui una vez con la tía Laura, que se había enterado de que la señora Kent estaba enferma. La señora Kent estaba levantada y habló con la tía Laura, pero a mí no me dirigió la palabra, simplemente me miraba de vez en cuando y con un fuego extraño, intenso, en los ojos. Pero cuando nos levantamos para irnos, me habló. Dijo:

"`Estás muy alta. Pronto serás una mujer, y vas a robarle el hijo a otra mujer'.

"Cuando regresábamos a casa, la tía Laura me dijo que la señora Kent siempre había sido muy rara, pero que cada vez estaba peor. "`Hay quien piensa que tiene problemas mentales', dijo.

"`Yo no creo que sus problemas tengan que ver con su mente. Para mí tiene el alma enferma', dije yo.

"`Emily, eso que dices es espantoso', me dijo la tía Laura. "No veo por qué. Si los cuerpos y las mentes pueden enfermarse, ¿por qué no las almas? A veces estoy tan segura como si la señora Kent me lo hubiera contado que en algún momento su alma fue muy malherida, y que no ha sanado nunca. Me gustaría que no me odiara. Me lastima que la madre de Teddy me odie. No sé por qué. Dean es un amigo tan querido como Teddy y, sin embargo, no me molestaría que el resto de los Priest me odiara."

"19 de octubre de 19...

"llse y los otros siete aspirantes fueron aceptados como Calaveras y Búhos. A mí me rechazaron. Recibimos la notificación el lunes.

"Yo sé, por supuesto, que la culpable es Evelyn Blake. No pudo haber sido nadie más. llse se puso furiosa. Rompió en pedazos la notificación de su elección y le envió los pedacitos al secretario con un acerbo repudio de La calavera y el búho y todas sus obras.

"Hoy me encontré con Evelyn en el vestuario y me aseguró que ella había votado por Ilse y por mí.

"` ¿Alguien ha dicho que no lo hayas hecho?' le pregunté, en mi mejor estilo tía Elizabeth.

`Sí: llse', dijo Evelyn, de mal humor. `Estuvo muy insolente conmigo. ¿Quieres saber quién creo que te rechazó?'

Librodot

"Miré a Evelyn directo a los ojos.

"`No, no es necesario. Yo sé quién fue' y me di vuelta y me fui. "Casi todos los Calaveras y Búhos están muy enojados con este tema, en especial los Calaveras. Uno o dos de los Búhos, según me contaron, han rebuznado diciendo que es bueno para el orgullo de los Murray. Y varios de los de Segundo y Tercer Año que no estuvieron entre los nueve favorecidos están, por supuesto, o regodeándose de satisfacción o asquerosamente solidarios.

"La tía Ruth se enteró hoy y quiso saber por qué me habían rechazado."

"La Luna Nueva

"5 de noviembre de 19...

"La tía Laura y yo pasamos la tarde una enseñando y la otra aprendiendo cierta tradición de La Luna Nueva, a saber, cómo poner pickles en frascos de vidrio formando figuras. Guardamos todos los frascos con pickles nuevos y, cuando la tía Elizabeth fue a verlos, admitió que no podía decir cuáles había hecho la tía Laura y cuáles había hecho yo.

"Esta tarde fue hermosa. Pasé un buen rato conmigo misma, en el jardín. Esta noche estaba precioso allí, con ese encanto extraño de un lindo atardecer de noviembre. Al caer la tarde hubo un poco de nieve, pero había aclarado y el mundo quedó cubierto apenas y el aire claro y fresco. Casi todas las flores, incluso mis maravillosas ásteres, que fueron un sueño durante todo el otoño, se congelaron hace dos semanas, pero los canteros seguían teniendo matitas de alhelíes blancos en los bordes. Una inmensa Luna de un rojo brumoso se levantaba por encima de las copas de los árboles. En el poniente, detrás de las colinas blancas sobre las cuales crecen algunos árboles oscuros, había un resplandor rojo amarillento. La nieve había hecho desaparecer toda esa extraña tristeza profunda de un paisaje muerto en una tardía tarde de otoño, y las pendientes y los prados de la vieja La Luna Nueva se transformaron en un país de las hadas a la suave luz de la Luna temprana. La vieja casa tenía una capa de nieve reluciente en el techo. Las ventanas iluminadas brillaban como joyas. Parecía exactamente una pintura de tarjeta de Navidad. La sombra del humo gris azulado de la chimenea pendía encima de la cocina. Un agradable aroma a humo de hojas otoñales venía de la fogata que el primo Jimmy estaba haciendo en el camino. Mis gatos también estaban allí, sigilosos, con ojos de duendes, armonizando con la hora y el lugar. El crepúsculo, apropiadamente llamado también la luz de los gatos, es el único momento en el que un gato de verdad se revela a sí mismo. Saucy Sal estaba delgada y resplandeciente, como el fantasma plateado de un gatito. Flor era como un tigre furtivo, gris oscuro. Por cierto que Flor le da al mundo la certeza de lo que es un gato: no condesciende ante todo el mundo y nunca habla demasiado. Saltaban junto a mis pies, salían corriendo, volvían a los saltos, rodaban por el suelo, y eran tanto parte de la noche y del lugar fantasmal, que no interrumpían para nada mis pensamientos. Recorrí los senderos en uno y otro sentido, recorrí el reloj de sol y la casa de verano, llena de dicha. El aire que respiro en esos momentos me deja un poco borracha, estoy segura. Me reí de mí misma por sentirme mal por no haber sido electa *Búho*. ¡Un Búho! Si yo me sentía como un águila joven, volando hacia el Sol. Todo el mundo estaba frente a mis ojos, para que lo mirara y aprendiera, y fui feliz en él. El futuro era mío; también el pasado. Sentí que siempre había estado viva aquí; sentí que compartía todos los amores y las vidas de la vieja casa. Sentí que siempre viviría aquí, siempre, siempre, estuve entonces segura de la inmortalidad. No creía en ella, la *sentía.*

"Allí me encontró Dean: estuvo cerquita de mí antes de que me diera cuenta de su presencia.

Librodot

"`Estás sonriendo', dijo Dean. `Me encanta ver a una mujer sonriendo consigo misma. Sus pensamientos han de ser inocentes y agradables. ¿El día ha sido bondadoso contigo, querida dama?'

"`Muy bondadoso, y este atardecer es su mejor regalo. Soy tan feliz esta noche, Dean, sólo el estar viva me hace feliz. Me siento como si condujera una yunta de estrellas. Me gustaría que este estado de ánimo pudiera durar, estoy tan segura de mí misma esta noche, tan segura de mi futuro. No le tengo miedo *a nada*. En el banquete de éxitos de la vida, puede que no sea una invitada de honor, pero estaré entre los presentes'.

"`Parecías una profetisa mirando hacia el futuro cuando venía por el camino', dijo Dean, `parada ahí, a la luz de la Luna, blanca y en éxtasis. Tu piel es como los pétalos de los narcisos. Tú puedes sostener una rosa blanca contra la cara; son pocas las mujeres que osarían hacerlo. No eres en realidad muy bonita, lo sabes, Estrella, pero tu rostro hace que las personas piensen en cosas hermosas, y ése es un don mucho más preciado que la mera belleza.'

"Me encantan los cumplidos de Dean. Siempre son diferentes de todos los demás. Y me gusta que me llamen mujer.

"`Me vas a convertir en una vanidosa', le dije.

"`No, con tu sentido del humor', dijo Dean. `Una mujer con sentido del humor nunca es vanidosa. Ni el hada más malévola del mundo podría conferirle dos semejantes desventajas a la misma criatura bautizada.'

"` ¿Para ti el sentido del humor es una desventaja?', pregunté. "`Seguro que sí. Una mujer con sentido del humor no tiene refugio ante la despiadada verdad sobre sí misma. No puede considerarse incomprendida. No puede regodearse en la pena por sí misma. No puede maldecir cómodamente a cualquiera que difiera con ella. No, Emily, la mujer con sentido del humor no es envidiable.' "A mí no se me había ocurrido ese punto de vista. Nos sentamos en el banco de piedra y lo discutimos. Este invierno, Dean no se irá de viaje. Me alegro: lo extrañaría horriblemente. Si no puedo mantener una buena charla con Dean al menos una vez cada quince días, la vida parece desteñida. Hay tanto color en nuestras charlas, pero también, a veces, él es capaz de un silencio tan elocuente. Esta noche, parte del tiempo, estuvo así. Permanecimos sentados en el ensueño, la paz y el crepúsculo del viejo jardín *oyendo* los pensamientos del otro. Parte del tiempo me contó historias de viejas tierras y de los maravillosos bazares del oriente. Parte del tiempo me preguntó de mí, de mis estudios y de mis cosas. Me gusta un hombre que me dé, de vez en cuando, la oportunidad de hablar de mí misma.

"` ¿Qué has estado leyendo últimamente?', me preguntó.

"`Esta tarde, después de terminar con los pickles, leí varios poemas de la señora Browning. Este año la leeremos en el colegio, ¿sabes? Mi poema preferido es "La balada del rosario castaño", y yo comprendo mucho más a Onora que la señora Browning.

"`Es claro', dijo Dean. `Eso es porque tú misma eres una criatura de la emoción. Tú cambiarías el cielo por el amor, igual que Onora.'

"`Yo no voy a amar: amar es convertirse en un esclavo', dije. 'Y apenas lo dije me dio vergüenza haberlo dicho, porque supe, apenas lo dije, que lo había dicho para parecer inteligente. En realidad yo no creo que amar sea convertirse en un esclavo, al menos, no en el caso de los Murray. Pero Dean me tomó en serio. "`Bien, uno debe ser esclavo de algo en este mundo', dijo. `Nadie es libre. Tal vez, después de todo, oh, hija de las Estrellas, el amor sea el amo más benigno, más benigno que el odio, que el temor, que la necesidad, que la ambición, que el orgullo. A propósito, ¿cómo te llevas con las partes amorosas de tus cuentos?' "`Te olvidas de que no puedo escribir cuentos por el momento. Cuando pueda,

Librodot

bueno, sabes que hace mucho me prometiste que me enseñarías a hacer el amor artísticamente.'

"Lo dije como una travesura, para hacerle una broma. Pero Dean de pronto pareció ponerse muy serio.

"` ¿Estás preparada para que te enseñe?' me preguntó, inclinándose hacia adelante.

"Por una loca fracción de segundo creí que iba a besarme. Me aparté, sentí que me ponía roja, y de inmediato pensé en Teddy. No supe qué decir; tomé a Flor, oculté la cara en su hermosa piel, escuché su ronroneo. En ese oportuno momento, la tía Elizabeth apareció en la puerta del frente, preguntando si tenía puestos los zapatos de goma y no los tenía, de modo que yo me fui adentro y Dean se fue a su casa. Lo observé irse por la ventana, cojeando por el sendero. Me pareció una imagen muy solitaria y de inmediato sentí una inmensa pena por él. Cuando estoy con Dean es tan buena compañía y lo pasamos tan bien juntos, que me olvido de que ha de haber otra parte de su vida. Yo sólo lleno un rinconcito en ella. El resto ha de estar muy vacío."

"14 de noviembre de 19...

"Hay un escándalo nuevo con respecto a Emily, la de La Luna Nueva, e Ilse, la de Blair Water. Acabo de mantener una desagradable entrevista con la tía Ruth y tengo que escribirlo todo para sacarme la amargura del alma. ¡Semejante tormenta en un vaso de agua! Pero hay que reconocer que Ilse y yo tenemos muy mala suerte.

"La tarde del jueves pasado la pasé con llse, estudiando juntas literatura inglesa. Estudiamos mucho y salí rumbo a casa a las nueve. Ilse salió conmigo hasta el portón. Era una noche plácida, oscura, estrellada. La nueva casa donde vive Ilse es la última en la calle Cardigan, y más allá de ella el camino trepa el puentecito de la caleta hacia el parque. Vimos el parque, penumbroso y atractivo, a la luz de las estrellas.

"`Vamos a dar un paseo antes de que te vayas a tu casa', me propuso Ilse.

"Fuimos. Es obvio que no tendría que haber ido, tendría que haber regresado a casa, a meterme en la cama, como corresponde a una buena tuberculosa. Pero había terminado mi dosis otoñal de emulsión de aceite de hígado de bacalao -¡aj!- y pensé que, por una vez, podía desafiar el aire de la noche. De modo que allá nos fuimos. Y fue una maravilla. Por encima del puerto oíamos la música del viento en las colinas de noviembre, pero entre los árboles del parque el aire estaba calmo y quieto. Dejamos el camino y vagabundeamos por una huella lateral a través de la fragancia especiosa de los árboles perennes de la colina. Los abetos y los pinos son siempre buenos amigos, pero no cuentan secretos como los arces y los álamos: nunca revelan sus misterios, nunca traicionan sus historias, largo tiempo atesoradas. Por eso, claro, es que son tanto más interesantes que los otros árboles.

"Toda la ladera de la colina estaba llena de hermosos sonidos feéricos y de los frescos aromas elusivos de la noche: balsamina y helecho escarchado. Parecíamos estar en el corazón mismo de un pacífico silencio. La noche puso sus brazos alrededor de nosotras como una madre y nos acercó la una a la otra. Nos lo contamos todo. Claro que al día siguiente yo me arrepentí, si bien Ilse es una confidente de mucha confianza y nunca traiciona, ni siquiera en medio de una rabieta. Pero no es una tradición de los Murray mostrar el alma por dentro, ni siquiera a la mejor amiga de una. Pero la oscuridad y el bálsamo de los abetos hacen que las personas hagan esas cosas. Y también nos divertimos mucho: llse es una compañía tan exultante. Una jamás se aburre con ella. La cuestión es que dimos un lindísimo paseo y salimos del parque sintiendo que nos queríamos más que nunca, con otro hermoso recuerdo para compartir. Justo en el puente nos encontramos con Teddy y Perry que venían de la Carretera del Oeste. Habían salido a hacer un poco de ejercicio. Resultó ser uno de esos días en que Ilse y Perry se hablaban, de manera que los cuatro

Librodot

cruzamos el puente y entonces ellos se fueron por su lado y nosotras por el nuestro. A las diez yo estaba dormida en mi cama.

"Pero alguien nos vio cruzar el puente juntos. Al día siguiente lo sabía todo el colegio; al otro día, toda la ciudad: Ilse y yo habíamos andado caminando por el parque con Teddy Kent y Perry Miller hasta las doce de la noche. La tía Ruth se enteró y esta noche me llamó al tribunal de justicia. Le conté toda la verdad, pero, por supuesto, no me creyó.

"`Tú sabes que el jueves pasado estuve en casa a las diez menos cuarto, tía Ruth', dije.

"`Supongo que exageraron la hora', admitió la tía Ruth. `Pero tiene que haber habido algo para dar pie a ese rumor. No hay humo sin algo de fuego. Emily, estás siguiendo los pasos de tu madre.'

"`Preferiría que dejemos a mi madre fuera de esta cuestión, está muerta', dije. `El punto, tía Ruth, es: ¿me crees o no?'

"`No creo que haya sido algo tan malo como dice el rumor' dijo de mala gana la tía Ruth. `Pero has hecho que hablaran de ti. Claro que no puedes esperar otra cosa, andando con Ilse Burnley y una escoria salida de lo más bajo de la sociedad como Perry Miller. Andrew quiso que fueras con él a pasear por el parque el viernes pasado y te negaste, te oí. Eso habría sido demasiado respetable, claro.'

"`Exactamente', dije. `Ésa exactamente es la razón. Nada que sea demasiado respetable puede ser divertido.'

"`La impertinencia, señorita, no tiene nada que ver con el ingenio', dijo la tía Ruth.

"No quise ser impertinente, pero me enoja que me pongan a Andrew así delante de los ojos. Andrew va a ser uno de mis problemas. A Dean le parece muy divertido, él sabe, como lo sé yo, lo que se está tramando. Siempre me hace bromas con mi enamorado de cabellos rojos, mi e. de. ca. r., abreviado.

"`Es casi un edecán', dijo Dean. "`Pero jamás será un decano', dije yo.

"Por cierto que el pobre Andrew querido es lo más prosaico del mundo. Sin embargo, me caería bastante bien si no fuera que todo el clan Murray literalmente me lo tira encima. Quieren tenerme comprometida y a salvo antes de que tenga edad suficiente para escaparme con alguien y, ¿quién más seguro que Andrew Murray?

"Ay, como dice Dean, nadie es libre, nunca, salvo por algunos breves instantes, de vez en cuando, cuando viene el destello o cuando, como aquella noche en la parva, cuando el alma se interna en la eternidad por unos momentos. El resto de nuestros años somos esclavos de algo: las tradiciones, las convenciones, las ambiciones, *los parientes*. Y a veces, como esta noche, creo que los últimos son la servidumbre más difícil de todas."

"La Luna Nueva

"3 de diciembre de 19...

"Estoy aquí, en mi querido cuarto, con el fuego encendido en mi pequeño hogar por gracia de la tía Elizabeth. Un fuego en el hogar es siempre precioso, pero lo es diez veces más en una noche de tormenta. Miré la tormenta desde la ventana hasta que cayó la noche. Hay un encanto singular en la nieve que cae suavemente en líneas oblicuas contra los árboles oscuros. Escribí una descripción en mi cuaderno mientras miraba. Ahora se ha levantado viento y mi cuarto está lleno del suave suspiro desolado de la nieve que cae sobre el bosque de abetos rojos de John el Altivo. Es uno de los sonidos más deliciosos del mundo. Algunos sonidos son *tan* exquisitos, mucho más exquisitos que cualquier cosa que uno pueda *ver*. El ronroneo de Flor sobre la alfombra, por ejemplo, y el crepitar del fuego; y los crujidos de los ratones que están de fiesta detrás de las maderas. Me encanta estar así, sola en mi cuarto. Incluso me gusta pensar que los ratones se están divirtiendo. Y me dan tanto placer todas mis cosas. Tienen un significado para mí que no tienen para nadie más.

Librodot

Ni por un momento me he sentido cómoda en mi cuarto en lo de la tía Ruth, pero apenas vengo aquí, entro en mi reino. Me encanta leer aquí, soñar aquí, sentarme junto a la ventana y convertir en verso alguna fantasía etérea.

"Esta noche estuve leyendo uno de los libros de papá. Siempre me siento tan maravillosamente cerca de papá cuando leo sus libros, como si de pronto pudiera volver la cabeza y verlo. Y muy a menudo me encuentro con sus notas hechas a lápiz al margen y me parecen un mensaje suyo. El libro que estoy leyendo esta noche es maravilloso, maravilloso en argumento y en concepción, maravilloso en su comprensión de los motivos y de las pasiones. Mientras lo leo me siento humilde e insignificante, lo que me viene bien. Me digo a mí misma: `Pobre criaturita miserable, ¿tú te crees capaz de escribir? En ese caso, ahora tu ilusión te abandonará para siempre y te contemplarás en tu desnuda mezquindad'. Pero me recuperaré de este estado de ánimo, y volveré a creerme capaz de escribir un poco, y seguiré produciendo alegremente bosquejos y poemas hasta que pueda mejorar. Dentro de un año y medio se termina la promesa que le hice a la tía Elizabeth y podré volver a escribir cuentos. Mientras tanto...¡paciencia! Claro que a veces me aburro un poco de decir `paciencia y perseverancia'. Es difícil no ver de inmediato los resultados de esas estimables virtudes. A veces siento que quiero desatarme y ser todo lo impaciente que se me antoje. Esta noche me siento tan satisfecha como un gato sobre una alfombra. Ronronearía si supiera."

"9 de diciembre de 19...

"Hoy fue la noche-Andrew. Vino, acicalado de maravilla, como siempre. Claro que a mí me gustan los muchachos que se arreglan, pero Andrew lleva las cosas demasiado lejos. Siempre parece que acaban de almidonarlo y plancharlo y a mí me daba miedo moverme o reírme, por temor a que se quebrara. Cuando lo pienso, nunca oí a Andrew en una buena carcajada. Y sé que de pequeño jamás buscó oro de piratas. Pero es bueno, sensato y prolijo, y siempre tiene las uñas limpias, y el gerente del Banco tiene una muy buena impresión de él. Y le gustan los gatos... ¡en su lugar! ¡Ay, no me merezco un primo así!"

"5 de enero de 19...

"Terminaron las vacaciones. Pasé dos hermosas semanas en la vieja La Luna Nueva, cubierta de blanco. El día de Nochebuena recibí *cinco aceptaciones.* No sé cómo no me volví loca. Tres eran de revistas que no pagan más que suscripciones a sus colaboradores. Pero las otras vinieron acompañadas por *cheques,* uno de dos dólares por un poema y otro de diez dólares por mi "Arenas del tiempo", que por fin fue aceptado, el primer cuento que me aceptan. La tía Elizabeth miró los cheques y dijo, intrigada:

` ¿Piensas que el Banco de verdad te va a pagar *dinero* por esas cosas?'

"Casi no podía creerlo, ni siquiera después que el primo Jimmy los llevó a Shrewsbury y los cobró.

"Claro que el dinero es para cubrir mis gastos en Shrewsbury. Pero me divertí muchísimo planeando cómo lo habría gastado de haber tenido libertad para gastarlo.

"Perry está en el equipo del Colegio que debatirá con los muchachos de la Queen's Academy en febrero. Bien por Perry, es un gran honor ser elegido para ese equipo. El debate es un acontecimiento anual y hace tres años que ganan los de Queen's. llse se ofreció a enseñarle a Perry la parte de oratoria de su discurso y se está tomando todo el trabajo del mundo, en especial para evitar que él diga *dejarrollo* cuando quiere decir *desarrollo.* Es muy bueno de parte de ella, porque de verdad no lo quiere nada. Espero que gane Shrewsbury.

"Este año tenemos *Los idilios del Rey* en la clase de inglés. Algunas cosas me gustan, pero detesto el *Arthur* de Tennyson. Si yo hubiera sido Guinevere le habría tirado de las

Librodot

orejas, pero no le habría sido desleal con Lancelot, que era igualmente odioso, aunque por otras cosas. En cuanto a Geraint, si yo hubiera sido Enid, lo habría *mordido.* Estas `pacientes Griselda' tienen lo que se merecen. Lady Enid, si hubieras sido una Murray de La Luna Nueva habrías tenido a tu esposo con la rienda más corta y él te habría querido más.

"Esta noche leí un cuento. Terminaba mal. Me sentí muy desdichada hasta que le inventé un final feliz. Yo siempre les voy a dar un final feliz a mis cuentos. No me importa que sean `calcos de la vida'. La vida *debería* ser así, y ésa es una verdad mucho mejor que la otra.

"Hablando de libros. El otro día leí un viejo libro de la tía Ruth, *Los hijos de la abadía.* La heroína se desmayaba en todos los capítulos y lloraba litros de lágrimas si alguien la miraba. Pero, en cuanto a las pruebas y persecuciones a las que se vio sometida, a pesar de su delicada contextura, su nombre era Legión y no hay dulce doncella de estos días degenerados que pudiera sobrevivir a la mitad de ellas, ni siquiera la más nueva de las nuevas mujeres. Me reí con el libro hasta que asombré a la tía Ruth, que lo consideraba un libro muy triste. Es la única novela en la casa de la tía Ruth. Se la regaló uno de sus enamorados, cuando ella era joven. Parece imposible imaginarse que la tía Ruth haya tenido enamorados alguna vez. El tío Dutton parece un invento, y ni siquiera su retrato en el atril del salón, rodeado de crespón puede convencerme de su existencia."

"21 de enero de 19...

"El viernes por la noche fue el debate entre el Colegio de Shrewsbury y el Queen's. Los muchachos de Queen's vinieron creyendo que era cuestión de venir, ver y vencer, y se fueron a sus casas como perros con las colas bien entre las patas. En realidad, fue el discurso de Perry el que ganó el debate. Estuvo maravilloso. Hasta la tía Ruth admitió por primera vez que él tiene algo. Después que todo terminó, vino corriendo hacia donde estábamos Ilse y yo, en el corredor.

"`¿No estuve espléndido, Emily?', me preguntó. `Yo sabía que podía, pero no sabía si podía sacarlo a la superficie. Al principio, cuando me puse de pie, sentí que no podía articular palabra, pero entonces te vi, mirándome como si me dijeras `Eres capaz: tienes que hacerlo', y arranqué con todo. Tú ganaste ese debate, Emily.'

"¿No fue bonito que dijera semejante cosa delante de llse, que había trabajado durante horas con él, enseñándole, esforzándose? Ni una palabra de agradecimiento para ella, todo para mí, que no había hecho absolutamente nada, más que mostrarme interesada.

"`Perry, eres un bárbaro desagradecido', dije, y lo dejé ahí, con la boca abierta. Ilse estaba tan furiosa que se puso a llorar. No ha vuelto a dirigirle la palabra y el burro de Perry no entiende por qué. "` ¿Y ahora qué bicho le picó? La última vez que practicamos le di las gracias por la molestia que se tomaba', me dijo.

"Verdad que Stovepipe Town tiene sus limitaciones."

"2 de febrero de 19...

"Anoche la señora Rogers nos invitó a la tía Ruth y a mí a conocer a su hermana y a su cuñado, el señor y la señora Herbert. La tía Ruth se puso en el pelo el tocado de los domingos, su vestido de terciopelo castaño que apestaba a naftalina y el gran broche ovalado con el pelo del tío Dutton; y yo me puse el vestido color ceniza de rosas y el collar de la princesa Mena y fuimos, estremecidas de entusiasmo, porque el señor Herbert es miembro del Gabinete del Dominio y hombre que se mantiene de pie en presencia de reyes. Tiene una espesa cabellera gris y ojos que han mirado tanto dentro de los pensamientos de otras personas que uno tiene la incómoda sensación de que pueden verle el alma a uno y adivinar motivos que uno no se confiesa ni a sí mismo. El rostro es bastante interesante. Tiene tantas

Librodot

cosas. Todas las variadas experiencias de toda esa vida maravillosa están escritas en él. Uno se da cuenta a primera vista de que es un dirigente nato. La señora Rogers me sentó junto a él durante la cena. Yo tenía miedo de hablar, miedo de decir alguna tontería, miedo de cometer algún ridículo error. De manera que me quedé quietecita como un ratón, escuchándolo con devoción. Hoy la señora Rogers me dijo que, después que nos fuimos, el señor Rogers dijo:

"`Esa niña Starr de La Luna Nueva es la mejor conversadora de las niñas de su edad que he conocido en mi vida'.

"De modo que hasta los grandes estadistas... pero bueno, no quiero ser desagradable.

"Y sí me pareció espléndido: sabio, ingenioso y con sentido del humor. Me sentí como si estuviera bebiendo un vino mental estimulante. Hasta me olvidé del antipolilla de la tía Ruth. ¡Qué acontecimiento conocer a semejante hombre y tener un atisbo a través de sus ojos sabios del fascinante juego de la construcción de un imperio!

"Hoy Perry fue a la estación a ver al señor Herbert. Perry dice que algún día él va a ser igual de importante. Pero, no. Perry puede, y creo que lo hará, ir lejos, trepar alto. Pero sólo será un político exitoso, nunca un estadista. llse se puso furiosa conmigo cuando dije eso.

"`Yo odio a Perry Miller', bufó, `pero hay algo que odio más y es a los esnobs. Tú eres una esnob, Emily Starr. Piensas que como Perry viene de Stovepipe Town no puede llegar a ser un gran hombre. ¡Si fuera uno de los sagrados Murray no verías límite alguno a sus logros!

"Me pareció que llse estaba siendo injusta y levanté la cabeza con gesto altivo.

"`Después de todo', dije, `hay una diferencia entre La Luna Nueva y Stovepipe Town.'"

Librodot

17

CUANDO ALGUIEN BESA A ALGUIEN

Eran las diez y media, y Emily se dio cuenta con un suspiro de que debía irse a la cama. Cuando llegó, a las nueve y media, de una reunión en lo de Alice Kennedy, le pidió a la tía Ruth quedarse levantada una hora más para estudiar algo especial. La tía Ruth accedió de mal grado y con recelo y se fue a la cama, con diversos consejos relativos a las velas y los fósforos. Emily había estudiado con diligencia durante cuarenta y cinco minutos y escrito poesía durante quince. El poema ardía pidiendo que lo terminara, pero Emily, muy decidida, lo hizo a un lado.

En ese momento, recordó que había dejado el cuaderno en la cartera del colegio en el comedor. Imposible. La tía Ruth bajaría antes que ella en la mañana e inevitablemente revisaría la cartera, encontraría el cuaderno y lo leería. Había cosas en ese cuaderno que era mejor que la tía Ruth no viera. Debía bajar a buscarlo.

Muy despacio, abrió la puerta y bajó en puntas de pie, aterrada ante cada escalón crujiente. La tía Ruth, que dormía en el gran dormitorio del frente, al otro extremo del salón, seguramente oiría los crujidos. Eran tan fuertes que despertarían a un muerto. Pero no despertaron a la tía Ruth y Emily llegó al comedor, encontró la cartera, y estaba a punto de volver cuando por casualidad miró hacia la repisa del hogar. Allí, recostada contra el reloj, había una carta para ella que había llegado, evidentemente, en el correo de la tarde, una linda cartita delgada con la dirección de una revista en un extremo. Emily dejó la lámpara sobre la mesa, abrió la carta, encontró la aceptación de un poema y un cheque por tres dolares. Las aceptaciones -y en especial las aceptaciones con cheques-seguían siendo acontecimientos tan poco comunes para nuestra Emily que siempre la alteraban bastante. Se olvidó de la tía Ruth, se olvidó de que eran casi las once de la noche: se quedó allí fascinada, leyendo una y otra vez la breve nota, breve pero, ¡ay, qué dulce! "Su encantador poema"... "quisiéramos seguir recibiendo más trabajos suyos"... sí, claro que iban a recibir más trabajos suyos.

Emily se volvió, sobresaltada. ¿Habían golpeado a la puerta? No, a la ventana. ¿Quién era? ¿Qué pasaba? En seguida, vio a Perry de pie, en la galería lateral, sonriéndole a través de la ventana.

Ella llegó en un instante y, sin detenerse a pensar, todavía inmersa en la dicha de la aceptación, descorrió el cerrojo y levantó la ventana. Sabía dónde había estado Perry y se moría por saber cómo le había ido. Lo habían invitado a cenar en la casa del doctor Hardy, la hermosa casa de la calle Queen. Esto se consideraba un gran honor y muy pocos estudiantes se hacían merecedores a él. Perry debía la invitación a su brillante discurso en el debate interescolar. El doctor Hardy se había enterado y había decidido que allí había un hombre prometedor.

Perry había estado inmensamente orgulloso por la invitación y había alardeado ante Teddy y Emily, no ante Ilse, que aún no lo había perdonado por su falta de tacto la noche del debate. Emily estaba contenta, pero le advirtió a Perry que tuviera cuidado en la casa del doctor Hardy. Ella tenía reparos en relación con su conocimiento de la etiqueta, pero Perry no los tenía. Él no tendría problemas, declaró con arrogancia. Perry se encaramó en el

Librodot

alféizar de la ventana y Emily se sentó en un extremo del sofá, recordándose a sí misma que sería sólo por un minuto.

-Vi la luz en la ventana cuando pasaba-dijo Perry-. Así que pensé por qué no venir por el costado, a ver si eras tú. Quería contarte mientras las cosas estuvieran frescas. ¿Sabes, Emily? Tenías razón. ¡Tenías razón! Tendría que sonreírme. No volvería a pasar por lo que pasé esta noche ni por cien dólares.

-¿Cómo te fue? -preguntó Emily, ansiosa. En cierto sentido, se sentía responsable por los modales de Perry. Eran los que había adquirido en La Luna Nueva.

Perry sonrió.

-Es una historia conmovedora. Me quitaron todo el engreimiento. Supongo que vas a decir que está bien.

-Te sobraba un poco -dijo Emily, con frialdad. Perry se encogió de hombros.

-Bien, te lo contaré todo si no le cuentas a Ilse ni a Teddy. No voy a permitir que ellos se rían de mí. Fui a la calle Queen a la hora precisa; recordé todo lo que me dijiste de las botas, la corbata, las uñas y el pañuelo y por afuera estaba perfecto. Cuando llegué a la casa fue que empezaron mis problemas. Era tan grande y espléndida que me sentí raro, no con miedo, no sentía miedo todavía, pero como si estuviera listo para saltar, como un gato desconocido cuando uno quiere acariciarlo. Toqué el timbre. Obviamente se trabó y siguió sonando como enloquecido. Yo podía oírlo sonar en la sala y pensé: "Van a pensar que no tengo modales y que sigo tocando el timbre hasta que aparezca alguien" y eso me desconcertó. La mucama me desconcertó todavía más. No supe si tenía que estrecharle la mano o no.

-¡Ay, Perry!

-Bueno, no lo sabía. Nunca había ido a una casa donde hubiera una mucama como ésa, toda vestidita con una toca y un delantalito todo delicado. Me hizo sentir como si valiera treinta centavos. -¿Le estrechaste la mano?

-No.

Emily exhaló un suspiro de alivio.

-Ella abrió la puerta y yo entré. No sabía qué hacer. Supongo que me habría quedado ahí hasta echar raíces, pero viene... vino... el doctor Hardy en persona. Él sí me dio la mano y me mostró dónde dejar el sombrero y el abrigo y después me llevó a la sala a conocer a su esposa. El piso estaba resbaladizo como hielo y justo cuando pisé una alfombra que había junto a la puerta, dentro de la sala, se me fue de debajo de los pies, y yo me fui con ella, y avancé deslizándome por el piso, los pies primero, justo hasta donde estaba la señora Hardy. Yo estaba de espaldas, no boca abajo, de lo contrario habría sido la típica acrobacia oriental, ¿no?

Emily no le encontró la gracia. -¡Ay, Perry!

-Por todos los cielos, Emily, no fue culpa mía. Todo la etiqueta del mundo no podría haberlo evitado. Claro que me sentí un idiota, pero me levanté y me reí. Nadie más se rió. Todos estuvieron muy bien educados. La señora Hardy estuvo suave como la cera, esperaba que no me hubiera lastimado, y el doctor Hardy dijo que él se había resbalado igual que yo más de una vez después de que cambiaron las buenas alfombras viejas para adoptar madera y alfombras pequeñas. Yo tenía miedo de moverme, así que me senté en la silla más cercana, pero en ella había un perro, el pequinés de la señora Hardy. No, no lo maté, fui yo el que se llevó el susto más grande. Para cuando aterricé en otra silla el su... la transpiración me corría por la cara. Justo entonces llegaron otras personas, y eso me sacó un poco del candelero, porque me dio tiempo para recuperarme. Me di cuenta de que tenía alrededor de diez pares de manos y de pies. Y mis botas eran demasiado grandes y ordinarias. Hasta que me di cuenta de que estaba con las manos en los bolsillos, sil*bando.*

Librodot

Emily iba a decir "¡Ay, Perry! pero se mordió la lengua y se lo tragó. ¿Qué sentido tenía decir *nada?*

-Yo sabía que eso no se hace, así que dejé de silbar y saqué las manos de los bolsillos... y me puse a morderme las uñas. Al final, me senté arriba de las manos. Doblé los pies por detrás de la silla y me quedé sentado así hasta que fuimos a cenar... me quedé sentado así cuando una vieja gorda avanzó contoneándose y todos los otros varones se levantaron. Yo no, no vi que hiciera la menor falta, había sillas vacías. Pero más tarde se me ocurrió que era un truco de etiqueta y que tendría que haberme levantado, ¿no?

-Por supuesto -dijo Emily, agotada-. ¿No te acuerdas todas las veces que llse te recriminó justamente eso?

-Ah, me olvidé. llse siempre me recrimina algo. Pero hay que vivir para aprender. Ahora no me lo voy a olvidar más, te lo aseguro. Había otros tres o cuatro muchachos en la casa-el nuevo profesor de francés y un par de banqueros- y algunas damas. Llegué al comedor sin caerme y me dieron una silla entre la señorita Hardy y la dama mencionada antes. Le eché un vistazo a la mesa y entonces, Emily, ahí por fin supe lo que significa tener miedo. Te juro que yo antes no sabía, nunca le había tenido miedo a nada. Es un sentimiento espantoso. Me dio pánico. Yo antes pensaba que ustedes tenían mucho protocolo en La Luna Nueva cuando había visitas, pero *nunca* había visto una cosa como esa mesa, todo era tan brillante, tan resplandeciente, en un lugar había tenedores, cucharas y cosas para equipar a todo un pueblo. Había un pedazo de pan envuelto en mi servilleta, se me cayó y salió rodando por el suelo. Me di cuenta de que la cara y el cuello se me ponían rojos. Supongo que eso es ruborizarse. Yo nunca antes me había ruborizado, que me acuerde, al menos. No sabía si levantarme a recogerlo o no. Entonces la mucama me trajo otro. Usé la cuchara que no correspondía para la sopa pero traté de recordar lo que decía tu tía Laura sobre cómo tomar la sopa. Anduve bien las primeras cucharadas pero después me interesé mucho en algo que estaba diciendo no sé quién *e hice ruido.*

-¿Inclinaste el plato para tomarte la última cucharada? -preguntó Emily, desolada.

-No, iba a hacerlo cuando me acordé de que no se hace. Aunque me dio lástima dejarla. La sopa estaba deliciosa y yo tenía hambre. La vieja viuda a mi lado sí lo hizo. Me fue muy bien con la carne y las verduras, excepto una vez. Había pinchado un poco de carne y papas en el tenedor y en el momento en que me lo llevaba a la boca, vi a la señora Hardy que me miraba y recordé que no tendría que haber cargado así el tenedor, y me sobresalté, y se me cayó todo sobre la servilleta. No sabía si podía levantarlo y volverlo a poner sobre el plato, así que lo dejé allí. Con el budín no hubo problemas, sólo que lo comí con una cuchara -la cuchara de la sopa- y todos los demás lo comieron con tenedor. Pero de gusto estaba delicioso igual y yo ya estaba sintiéndome temerario. Ustedes siempre comieron el budín con cuchara en La Luna Nueva.

-¿Por qué no mirabas lo que hacían los otros para imitarlos? -Estaba demasiado asustado. Pero te voy a decir una cosa: mucha etiqueta, pero la comida no tenía nada que envidiarle a la de La Luna Nueva, es más, se quedaba corta. La comida de tu tía Elizabeth le gana a la de los Hardy, lejos, y además, tampoco te daban demasiado de ningún plato. Después de la cena volvimos a la sala -ellos lo llamaban *salón de estar- y* las cosas no estuvieron tan mal. No hice nada malo, salvo tirar una biblioteca al piso. -¡ Perry ¡

-Bueno, estaba *floja.* Yo estaba apoyado contra ella, hablando con el señor Hardy, y supongo que me apoyé con muy fuerte, porque se vino al suelo. Pero enderezarla y volver a colocar los libros parece que me hizo sentir más flojo y después ya no me sentí tan mudo. No me fue muy mal después, aunque de vez en cuando se me escapaba una palabra vulgar, antes de que me diera cuenta. Te digo una cosa, ojalá te hubiera hecho caso con eso de no hablar en argot. En un momento la anciana gorda estuvo de acuerdo con algo

Librodot

que yo dije -tenía buen criterio aunque le sobraban dos papadasy yo me puse tan contento de tenerla de mi lado que le dije "Me juego hasta la camiseta", sin pensarlo. Y creo que alardeé un poco. ¿Es cierto que alardeo mucho, Emily?

A Perry nunca antes se le había ocurrido hacerse esta pregunta, -Sí -dijo Emily, con franqueza- y queda muy feo. -Bueno, me sentí como barato después de hacerlo. Supongo que todavía me falta mucho por aprender, Emily. Voy a comprarme un libro de etiqueta y aprendérmelo de memoria. No quiero otra noche como la de hoy. Pero al final todo mejoró. Jim Hardy me llevó al cuarto de juegos a jugar a las damas y le gané todo. Mi etiqueta con el juego de damas no falla, eso te lo aseguro. Y la señora Hardy dijo que mi discurso en el debate había sido el mejor que había oído para un muchacho de mi edad y quiso saber a qué pensaba dedicarme. Es una gran dama y sabe bien todo lo social. Por eso es que quiero que te cases conmigo cuando llegue el momento. Emily, yo necesito una esposa con sesos.

-No digas tonterías, Perry -dijo Emily, altiva.

-No son tonterías -dijo Perry, empecinado-. Y es hora de que dejemos algo en claro. No tienes por qué mirarme desde arriba porque eres una Murray. Algún día voy a ser un buen partido, incluso para una Murray. Vamos, sácame de la ignorancia.

Emily se levantó, desdeñosa. Tenía sus sueños, como tienen todas las muchachas, y el rosado sueño del amor estaba entre ellos, pero Perry Miller no tenía parte en ellos.

-Yo no soy una Murray, y me voy a mi cuarto. Buenas noches. -Espera un momento -dijo Perry, con una sonrisa-. Cuando el reloj dé las once te voy a dar un beso.

Ni por un momento a Emily se le ocurrió que Perry tuviera la menor intención de cumplir su promesa, lo cual fue una tontería de su parte, porque Perry tenía la costumbre de hacer siempre lo que decía que iba a hacer. Pero, claro, nunca se había puesto sentimen tal. Ella ignoró su comentario y se quedó para hacerle otra pregunta sobre la cena en lo de los Hardy. Perry no respondió a la pregunta: el reloj comenzó a dar las once mientras ella la formulaba; él pasó las piernas por el alféizar de la ventana y entró en la habitación. Ernily se dio cuenta demasiado tarde de que él pensaba hacer lo que había dicho. Apenas tuvo tiempo de apartar la cara y el beso sonoro, entusiasta y franco de Perry -no había nada de sutil en los besos de Perry- fue recibido por su oreja en lugar de su mejilla.

En el preciso instante en que Perry la besaba y antes de que la indignada protesta de ella pudiera llegar a sus labios, sucedieron dos cosas. Una ráfaga de viento entró de la galería y apagó la vela y se abrió la puerta del comedor y la tía Ruth apareció en la puerta, ataviada con un camisón de franela rosada y trayendo otra vela, cuya luz iluminando hacia arriba provocaba un extraño efecto sobre su rostro tenso con su halo de rizadores.

Ésta es una de las situaciones en las que un biógrafo consciente siente que, utilizando la manida frase, su pluma no puede hacerle honores a la escena.

Emily y Perry se quedaron como convertidos en piedra. Lo mismo le sucedió, por un instante, a la tía Ruth. La tía Ruth esperaba encontrar a Emily escribiendo, como había sucedido una noche, hacía un mes, en que Emily estaba inspirada a la hora de dormir y bajó al comedor calentito para escribir en su cuaderno. Pero ¡esto! Debo admitir que la apariencia de las cosas no era nada buena. En realidad, creo que no debemos culpar a la tía Ruth por su justa indignación.

La tía Ruth miró a la desdichada pareja.

-¿Qué estás haciendo tú aquí? -le preguntó a Perry. Stovepipe Town cometió un error.

-Ah, buscando un cuadrado redondo -dijo Perry, muy suelto de cuerpo, y los ojos se le pusieron de pronto luminosos con el brillo de la travesura y de la picardía transgresora.

La "impertinencia" de Perry -así la denominó la tía Ruth y yo en realidad creo que sí fue una impertinencia- naturalmente empeoró las cosas. La tía Ruth se volvió a Emily.

Librodot

-Tal vez tú puedas explicarme cómo es que estás aquí, a esta hora, besando a este individuo en la oscuridad.

Emily se encogió ante la crudeza y la vulgaridad de la pregunta, como si la tía Ruth la hubiera golpeado. Olvidó cuánto las apariencias justificaban a la tía Ruth y permitió que un espíritu perverso se apoderara de ella y la poseyera. Levantó la cabeza, arrogante.

-No tengo ninguna explicación que dar a semejante pregunta, tía Ruth.

-No creí que la tuvieras.

La tía Ruth se rió con una risa muy desagradable en la cual resonó una nota discordante de triunfo. Era de creer que, por debajo de toda su ira, algo agradaba a la tía Ruth. Es *agradable* confirmar la opinión que uno siempre ha tenido de alguien.

-Bien, tal vez tengas la bondad de responder algunas preguntas. ¿Cómo llegó aquí este individuo?

-Por la ventana -dijo Perry, lacónico, al ver que Emily no iba a responder.

-No le preguntaba a usted, señor. Váyase -dijo la tía Ruth, señalando la ventana con gesto pomposo.

-No voy a moverme de aquí hasta no saber qué le va a hacer a Emily -dijo Perry, terco.

-Yo -dijo la tía Ruth, con un terrible aire de indiferencia-no voy a hacerle nada a Emily.

-Señora Dutton, sea comprensiva -rogó Perry, seductor-. Todo es culpa mía, ¡se lo juro! Emily no tiene nada que ver. Mire, fue así...

Pero Perry llegaba demasiado tarde.

-Le he pedido a mi sobrina que me diera una explicación y ella se ha negado a hacerlo. Prefiero no escuchar la suya. -Pero...-insistió Perry.

-Mejor vete, Perry -dijo Emily, cuyo rostro comenzaba a lanzar señales de peligro. Habló en voz baja, pero el más Murray de todos los Murray no habría expresado una orden más categórica. Había una cualidad en ella que Perry no osó ignorar. Con mansedumbre se trepó a la ventana y desapareció en la noche. La tía Ruth se acercó y cerró la ventana. Luego, ignorando a Emily por completo, retiró su pequeña figura envuelta en franela rosada rumbo a sus aposentos.

Emily no durmió mucho esa noche... ni lo merecía, permítaseme admitirlo. Después de que se le pasó el súbito enojo, la vergüenza la azotó como un látigo. Se dio cuenta de que se había portado como una tonta al negarse a darle una explicación a la tía Ruth. La tía Ruth tenía derecho a una explicación, cuando semejante situación se había producido en su casa, por odioso y desagradable que hubiera sido su método de pedirla. Claro que no le habría creído una palabra pero, si la hubiera dado, Emily no habría complicado aún más su falsa posición.

Emily estaba segura de que la enviarían de regreso a La Luna Nueva envuelta en la ignominia. La tía Ruth se negaría férreamente a seguir teniendo a una muchacha así en su casa, la tía Elizabeth estaría de acuerdo con ella y la tía Laura estaría desolada. ¿La lealtad del primo Jimmy también cedería a la presión? Era un panorama muy aciago. Por eso Emily pasó la noche en vela. Se sentía tan desgraciada, que hasta el latir de su propio corazón le dolía. Y vuelvo a decir, con convicción, que se lo merecía. No tengo una palabra de lástima ni de excusa para ella.

Librodot

18

EVIDENCIA CIRCUNSTANCIAL

A la mesa del desayuno del sábado a la mañana, la tía Ruth mantuvo un pétreo silencio, pero sonreía cruelmente para sus adentros mientras untaba con manteca la tostada y se la comía. Cualquiera habría visto con claridad que la tía Ruth estaba contenta y, con la misma claridad, que Emily no lo estaba. La tía Ruth le pasó a Ernily la tostada y la mermelada con una amabilidad asesina, como diciendo:

-No retiro ni un punto ni una coma del tema en cuestión. Puedo echarte de mi casa, pero será responsabilidad tuya si te vas sin desayunar.

Después del desayuno, la tía Ruth se fue al centro. Emily sospechaba que había ido a llamar por teléfono al doctor Bumley para enviar un mensaje a La Luna Nueva. Esperaba que, cuando regresara, la tía Ruth le diría que preparara su valija. Pero la tía Ruth seguía sin hablar. A mitad de la tarde llegó el primo Jimmy con el trineo de asiento doble. La tía Ruth salió a conferenciar con él. Luego entró y por fin rompió el silencio.

-Abrígate -dijo-. Vamos a La Luna Nueva.

Emily obedeció, muda. Se ubicó en el asiento trasero del trineo y la tía Ruth se ubicó adelante, con el primo Jimmy. El primo Jimmy miró a Emily por encima del cuello de piel de su abrigo y le dijo:

-Hola, gatita -con un tono alentador algo excesivamente jovial. Evidentemente, el primo Jimmy creía que había sucedido algo muy serio, aunque no sabía qué.

El camino a través de los hermosos humos, grises y perlados de la tarde de invierno no fue agradable. La llegada a La Luna Nueva no fue agradable. La tía Elizabeth tenía aire severo; la tía Laura parecía atemorizada.

-He traído a Emily aquí -dijo la tía Ruth-, porque no creo poder manejarla sola. Elizabeth, tú y Laura deben juzgar por ustedes mismas su comportamiento.

De modo que se trataría de un tribunal doméstico de justicia y ella, Emily, estaría en el banquillo de los acusados. Justicia, ¿se le haría justicia? Bien, tendría que pelear por ella. Levantó la cabez<, y le volvieron los colores a la cara.

Estaban todos en la salita de estar cuando bajó de su dormitoric La tía Elizabeth estaba sentada junto a la mesa. La tía Laura estaba en el sofá, pronta a llorar. La tía Ruth estaba de pie sobre la alfombra, junto al fuego, mirando malhumorada al primo Jimmy que, en lugar de estar en el granero, donde se suponía que debía estar, había atado el caballo al cerco del huerto y se había sentado en una esquina, decidido, como Perry, a ver qué iban a hacerle a Emily. Ruth estaba enojada. Deseaba que Elizabeth no insistiera siempre en admitir a Jimmy en las reuniones familiares cuando éste quería estar presente. Era absurdo pretender que un niño grande como Jimmy tuviera derecho a estar allí.

Emily no se sentó. Fue a colocarse, de pie, junto a la ventana, donde sus cabellos negros resaltaban contra la cortina roja con una nitidez tan suave y clara como un pino contra un atardecer de primavera. Afuera, el mundo blanco y muerto yacía en el crepúsculo frío de principios de marzo. Más allá del jardín y de los álamos de Lombardía, los campos de La Luna Nueva se veían muy' solitarios y abandonados, con la intensa franja roja del atardecer demorado más allá. Emily se estremeció.

-Bien --dijo el primo Jimmy-, comencemos de una vez. Emily necesita comer.

Librodot

-Cuando sepas lo que yo sé de ella, vas a darte cuenta de que necesita algo más, además de comer -dijo la señora Dutton, cáustica.

-Yo sé todo lo que hay que saber de Emily -replicó el primo Jimmy.

-Jimmy Murray, eres un tonto -dijo la tía Ruth, furiosa. -Bueno, somos primos -dijo el primo Jimmy, con suavidad.

-Jimmy, silencio -dijo Elizabeth, majestuosamente-. Ruth oigamos lo que tienes que decirnos.

La tía Ruth contó toda la historia. Se limitó a los hechos, pero si manera de contarlos los hizo más oscuros de lo que eran. De verdac logró que la historia fuera muy horrible, y Emily volvió a estreme cerse al escucharla. A medida que avanzaba la historia, la cara de la tía Elizabeth se ponía más rígida y más fría, la tía Laura se echó a llorar y el primo Jimmy se puso a silbar.

-La estaba besando en *el cuello* -terminó la tía Ruth. Su tono implicaba que, si bien era malo besar en los lugares asignados a los besos, era mil veces más escandaloso y vergonzoso besar en el cuello.

-En realidad, en la oreja -murmuró Emily, con una repentina sonrisa traviesa que no pudo contener a tiempo. Por debajo de su incomodidad y su temor, había *algo* que miraba desde afuera y que *disfrutaba* de la escena, con su suspenso, su dramatismo. Pero ese exabrupto fue muy desafortunado. La hizo parecer ligera e impertinente.

-Ahora, yo les pregunto -dijo la tía Ruth, extendiendo las manos regordetas- si pueden esperar que siga teniendo en mi casa a una muchacha como ésta.

-No, creo que no -dijo Elizabeth, despacio.

La tía Laura comenzó a sollozar ruidosamente. El primo Jimmy apoyó las patas delanteras de la silla con un estruendo.

Emily se volvió de la ventana y los miró a todos. -Quiero explicar lo que sucedió, tía Elizabeth.

-Creo que ya hemos escuchado bastante-dijo la tía Elizabeth, con un tono helado, más todavía por la amarga decepción que le estaba llenando el alma. Poco a poco se había encariñado mucho con Emily y estaba orgullosa de ella, en su estilo Murray, reservado y poco demostrativo. Hallarla capaz de una conducta como ésa era para la tía Elizabeth un golpe terrible. Su propio dolor la hacía más despiadada.

-No, eso no puede ser, tía Elizabeth -dijo Emily, en voz queda-. Soy demasiado grande para que me traten así. *Tienes* que escuchar mi versión de la historia.

La mirada Murray estaba en su rostro, la mirada que Elizabeth conocía y recordaba tan bien de los tiempos de antaño. Vaciló.

-Anoche tuviste la oportunidad de explicarte -exclamó la tía Ruth- y la desaprovechaste.

-Porque estaba lastimada y enojada porque habías pensado lo peor de mí -dijo Emily-. Además, sabía que tú no ibas a creerme.

-Te habría creído si me hubieras dicho la verdad -respondió la tía Ruth-. La razón por la que no quisiste explicar nada anoche era que no se te ocurrió ninguna excusa, en ese momento, para tu comportamiento. Supongo que desde anoche ya tuviste tiempo de inventar algo.

-¿Recuerdas que alguna vez Emily haya dicho una mentira? -preguntó el primo Jimmy.

La señora Dutton abrió la boca para decir "Sí", pero volvió a cerrarla. ¿Y si Jimmy le pedía un ejemplo específico? Ella estaba segura de que Emily le había contado mentiras, millones de veces, pero, ¿qué prueba tenía ella?

-¿Lo recuerdas? -insistió ese odioso de Jimmy.

Librodot

-No voy a permitir que me interrogues. -La tía Ruth le dio la espalda. -Elizabeth, siempre te he dicho que esta niña es solapada e insondable, ¿no?

-Sí -admitió la pobre Elizabeth, casi agradecida de que sobre ese punto no había lugar para la indecisión. Ruth se lo había dicho millones de veces.

-¿No demuestra esto que yo tenía razón?

-Me... me temo que sí. -Elizabeth Murray sintió que ése era un momento muy amargo para ella.

-Entonces tú tienes que decidir qué se hará al respecto -dijo Ruth, triunfadora.

-Todavía no -interpuso el primo Jimmy, resuelto-. No le han dado a Emily ni la menor oportunidad de explicarse. Éste no es un juicio justo. Déjenla hablar diez minutos, sin interrumpirla ni una vez.

-Es justo -dijo Elizabeth con súbita determinación. Tenía la loca, la irracional esperanza de que, después de todo, Emily pudiera aclarar su situación.

-Ah... bien. -La señora Dutton cedió de mal grado y se dejó caer en la silla de Archibald Murray.

-Bueno, Emily, cuéntanos lo que sucedió en realidad -dijo el primo Jimmy.

-¡Por lo que más quieras! -explotó la tía Ruth-. ¿Quieres decir que yo no conté la verdad?

El primo Jimmy levantó la mano.

-Bueno, bueno, tú ya hablaste. Vamos, gatita.

Emily contó su historia del principio al fin. Algo en ella resultaba convincente. Tres de sus jurados al menos le creyeron y sintieron que les quitaba un enorme peso de encima. Hasta la tía Ruth, en lo más hondo de su corazón, supo que Emily estaba diciendo la verdad, pero no quiso admitirlo.

-Una historia muy ingeniosa, lo reconozco -dijo, despectiva. El primo Jimmy se levantó y atravesó la habitación. Se inclinó ante la señora Dutton y le puso su rostro sonrosado con la barba bifurcada y los aniñados ojos castaños bajo los rizos grises, muy cerca de la cara de ella.

-Ruth Murray -dijo-, ¿recuerdas el rumor que corrió hace cuarenta años sobre ti y Fred Blair? ¿Lo recuerdas?

La tía Ruth retiró la silla. El primo Jimmy la siguió. -¿Recuerdas que te encontraron en una situación que parecía mucho peor que ésta? ¿No fue así?

La pobre tía Ruth volvió a retirar la silla. El primo Jimmy volvió a seguirla.

-¿Recuerdas cómo te enojaste porque la gente no quería creerte? Pero tu padre te creyó, él tenía confianza en su carne y su sangre. ¿No es así?

Para entonces, la tía Ruth había llegado a la pared y tuvo que rendirse a discreción.

-Sí... sí, lo recuerdo bien -dijo.

Tenía las mejillas púrpura. Emily la miró interesada. ¿Estaba la tía Ruth a punto de ruborizarse? En realidad, Ruth Dutton estaba viviendo unos meses muy desgraciados de su juventud, pasada hacía ya tanto. Cuando era una muchachita de dieciocho años se vio envuelta en una situación muy desagradable. Y había sido inocente, absolutamente inocente. Fue la víctima indefensa de una nefasta combinación de circunstancias. Su padre creyó en su historia y su familia la apoyó. Pero durante años sus contemporáneos siguieron creyendo en la evidencia de los hechos sabidos, tal vez todavía la creyeran, si es que en algún momento recordaban el asunto. Ruth Dutton se estremeció ante el recuerdo de su sufrimiento bajo el azote del escándalo. Ya no osó negarle credibilidad a la historia de Emily, pero no podía ceder con gracia.

Librodot

-Jimmy -dijo, cortante-, ¿tendrías la bondad de ir a sentarte? Supongo que Emily está contando la verdad, es una lástima que haya tardado tanto tiempo en contarla. Pero si de algo estoy segura es de que ese muchacho trataba de seducirla.

-No, sólo me pidió que me casara con él -dijo Emily, con frialdad.

Se oyeron tres aspiraciones de aire en la habitación. Sólo la tía Ruth pudo hablar.

-¿Puedo preguntarte si tienes intenciones de aceptarlo? -No. Se lo he dicho media docena de veces.

-Bueno, me alegro de tu buen criterio. ¡Stovepipe Town, caramba!

-Stovepipe Town no tiene nada que ver en el asunto. Dentro de diez años Perry Miller será un hombre al que inclusive un Murray se complacerá en honrar. Pero resulta que no es el tipo de hombre que me interesa, eso es todo.

¿Podía ser ésta Emily, esta muchacha alta que daba con toda frialdad sus razones para haber rechazado un ofrecimiento de casamiento y que hablaba de los "tipos de hombre" que le interesaban? Elizabeth... Laura... hasta Ruth la miraron como si no la hubieran visto nunca antes. Y había un nuevo respeto en sus ojos. Claro que sabían que Andrew era... era... bueno, en resumen, que Andrew *era.* Pero sin duda tendrían que pasar muchos años antes de que Andrew pudiera... pudiera... bueno, ¡pudiera! Y ahora ya la había pedido en matrimonio otro enamorado, ¡"media docena de veces" atención! En ese momento, aunque no tuvieron plena conciencia del hecho, dejaron de considerarla una niña. De un salto, había entrado en el mundo de ellos y de allí en adelante había que tratarla de igual a igual. Ya no habría más tribunales familiares. Eso lo *sintieron,* aunque no lo percibieron. El siguiente comentario de la tía Ruth fue la prueba. Habló casi como le habría hablado a Laura o a Elizabeth, de haber considerado que era su deber llamarles la atención.

-Supón, Emily, que alguien que pasara hubiera visto a Perry Miller sentado en la ventana a esa hora de la noche.

-Sí, por supuesto. Entiendo perfectamente tu punto de vista, tía Ruth. Lo único que quiero es que veas el mío. Fue una tontería de mi parte abrir la ventana y ponerme a hablar con Perry, de eso me doy cuenta ahora. Sencillamente no se me ocurrió, y después me interesó tanto la historia de sus desdichas en la cena del doctor Hardy que no me di cuenta de que pasaba la hora.

-¿Perry Miller fue a cenar a *lo del doctor* Hardy? -preguntó la tía Elizabeth. Eso también la hizo tambalear. El mundo, el mundo de los Murray, estaba literalmente patas para arriba si alguien de Stovepipe Town había sido invitado a cenar en la calle Queen. En ese mismo momento la tía Ruth recordó con espanto que Perry Miller la había visto con su camisón de franela rosada. Antes no había importado, no era más que el chico que ayudaba en La Luna Nueva. Ahora era un invitado del doctor Hardy.

-Sí. El doctor Hardy lo considera un panelista muy brillante y dice que tiene un futuro por delante -dijo Emily.

-Bueno -exclamó la tía Ruth-. Desearía que dejaras de merodear por mi casa a toda hora, escribiendo novelas. Si hubieras estado metida en tu cama, como tendrías que haber estado, esto no habría ocurrido jamás.

-No estaba escribiendo novelas -exclamó Emily-. No he escrito una palabra de ficción desde que le prometí a la tía Elizabet que no iba a hacerlo. Te dije que sólo bajé a buscar mi cuaderno.

-¿Y por qué no podías dejarlo donde estaba hasta la mañana? -insistió la tía Ruth.

-Vamos, vamos -dijo el primo Jimmy-, no empiecen otra discusión. Quiero comer. Vamos, muchachas, a preparar el almuerzo. Elizabeth y Laura salieron de la habitación con tanta mansedumbre como si Archibald Murray en persona lo hubiera ordenado.

Librodot

Después de un momento, la tía Ruth las siguió. Las cosas no habían salido como ella esperaba pero, después de todo, estaba resignada. No habría sido lindo que un escándalo así que involucraba a una Murray saliera a la luz, como habría sido el caso si el veredicto contra Emily hubiera sido de culpable.

-De manera que *esto* ya está solucionado -le dijo el primo Jimmy a Emily cuando se cerró la puerta.

Emily exhaló un largo suspiro. La digna sala silenciosa pareció de pronto muy hermosa y amigable.

-Sí, gracias a ti -dijo, saltando a través de la habitación para darle un impetuoso abrazo-. Vamos, ahora rezóngame, primo Jimmy, *con severidad.*

-No, no. Pero habría sido más prudente no abrir esa ventana, ¿no te parece, gatita?

-Por supuesto. Pero la prudencia es una virtud tan falsa a veces, primo Jimmy. Uno le tiene miedo, uno quiere seguir avanzando, y...

-Y al demonio con las consecuencias -concluyó el primo Jimmy.

-Algo así -rió Emily-. Odio ir por la vida mezquinando cosas, temerosa de dar un paso largo, por miedo a que alguien esté mirando. Quiero "mover mi larga cola y andar por mi salvaje sendero solitario". No tenía nada de malo abrir esa ventana y hablar con Perry. Ni siquiera era malo que él tratara de besarme. Lo hizo para hacerme una broma. Ay, cómo odio las convenciones. Como tú dices, al demonio con las consecuencias.

-Pero no es así, gatita, ése es el problema. Es más probable que los que nos vayamos al demonio seamos nosotros. Voy a plantearte una cosa, Gatita, supón, no tiene nada de malo suponerlo, supón que fueras grande, casada y tuvieras una hija de tu edad, y bajaras una noche y la encontraras como los encontró la tía Ruth a ti y a Perry. ¿Te gustaría? ¿Te sentirías satisfecha? Sé honesta.

-No, no, claro que no -dijo ella por fin-. Pero... es diferente. Yo habría *sabido.*

El primo Jimmy rió.

-Ése es el punto, Gatita. No todas las personas pueden *saber.* Por eso tenemos que pisar con cuidado. Ah, yo no soy más que Jimmy Murray, el simple, pero veo que tenemos que mirar donde caminamos. Gatita, tenemos costillas asadas para el almuerzo.

Un aroma muy sabroso llegó desde la cocina en ese preciso momento, un olor hogareño, cálido, que no tenía nada que ver con concesiones ni con secretos familiares. Emily le dio otro abrazo al primo Jimmy.

-Mejor un almuerzo de hierbas con el primo Jimmy que costillas asadas si incluyen a la tía Ruth -dijo.

Librodot

19

LAS VOCES AIROSAS

"3 de abril de 19...

"Hay momentos en los que me siento tentada de creer en la influencia de los malos astros o en la existencia de los días aciagos. De lo contrario, ¿cómo puede ser que sucedan cosas tan diabólicas como las que les acontecen a las personas bien intencionadas? La tía Ruth ya estaba cansándose de recordar la noche en que encontró a Perry besándome en el comedor y ahora... otra situación ridícula.

"Seré honesta. No fue porque se me cayera el paraguas, ni por el hecho de que el sábado pasado se me cayó el espejo de la cocina en La Luna Nueva y se me rompió. Fue mi propia negligencia.

"La iglesia presbiteriana St. John's de aquí, de Shrewsbury, quedó vacante para Año Nuevo y han estado probando candidatos. El señor Towers, del Times, me pidió que hiciera un informe de los sermones para su diario los domingos que yo no estaba en Blair Water. El primer sermón fue bueno y fue un placer hacer el informe. El segundo fue inofensivo, muy inofensivo, e hice el informe sin dificultades. Pero el tercero, que escuché el domingo pasado, fue ridículo. Se lo dije a la tía Ruth camino a casa desde la iglesia y la tía Ruth me dijo: ` ¿Consideras que tú eres competente para juzgar un sermón?'

"¡Sí, claro que sí!

"El sermón era absolutamente inconsistente. El señor Wickham se contradijo media docena de veces. Mezcló las metáforas, le atribuyó a San Pablo algo que le pertenece a Shakespeare, cometió casi todos los pecados literarios concebibles, incluyendo el pecado imperdonable de ser aburrido. Sin embargo, yo tenía que hacer un informe, y lo hice. Después tenía que hacer algo para sacarme la indignación, así que, para mi propia satisfacción, escribí un análisis. Fue una locura, pero deliciosa. Demostré todas las inconsistencias, las citas erróneas, las debilidades y los titubeos. Disfruté mucho escribiéndolo, lo hice tan agudo, satírico y diabólico como pude, ay, y admito que salió un documento de lo más venenoso. "¡Entonces, por error, le entregué *eso* al *Times!*

"El señor Towers se lo pasó al linotipista sin leerlo. Tenía una confianza conmovedora en mi trabajo, que ya no volverá a tener. Salió al día siguiente.

`Al despertar me encontré cubierta de vergüenza.

"Esperaba que el señor Towers estuviera furioso, pero estaba apenas molesto, y un poquito divertido, para decir la verdad. No habría sido lo mismo si el señor Wickham hubiera sido un ministro instalado aquí, por supuesto. A nadie le importaba mucho él ni su sermón, y el señor Towers es presbiteriano, de modo que los de St. John's no pueden acusarlo de querer insultarlos *a ellos.* Es sobre la pobre Emily B. sobre quien recae todo el peso de la condena. Al parecer todos creen que lo hice `para darme aires'. La tía Ruth está furiosa; la tía Elizabeth, indignada; la tía Laura, apenada; el primo Jimmy, alarmado. Es tan chocante criticar el sermón de un ministro. Es una de las tradiciones de los Murray que los sermones de los ministros -en especial de los ministros presbiterianos- son sacrosantos. Mi presunción y mi vanidad serán mi ruina, según me informa fríamente mi tía Elizabeth. La única persona que parece satisfecha es el señor Carpenter. (Dean está en

Librodot

Nueva York. Sé que a él también le habría gustado). El señor Carpenter le está diciendo a todo el mundo que mi `informe' es lo mejor que ha leído en su tipo. Pero el señor Carpenter es sospechoso de herejía, de modo que su alabanza no hará mucho por rehabilitarme.

"Me siento desdichada con este asunto. Mis errores me preocupan más que mis pecados, a veces. Y, sin embargo, hay algo impío, en lo más profundo de mí, que se muere de risa. Cada palabra de ese informe era verdadera. Y, más que verdadera, era la apropiada. Yo no mezclé metáforas.

"¡Ahora, a vivir las consecuencias!"

"20 de abril de 19...

"`Despierta, oh tú, viento del norte, y ven, oh tú, viento del sur. Sopla sobre mi jardín para que fluyan sus aromas.'

"Así iba cantando mientras recorría la Tierra de la Rectitud, esta tarde, sólo que decía `bosques' en lugar de jardín. Porque la primavera está a la vuelta de la esquina y he olvidado todo lo que no sea felicidad.

"Tuvimos un amanecer gris y lluvioso, pero por la tarde salió el Sol y esta noche ha habido un poquito de las heladas de abril, sólo lo suficiente como para afirmar la tierra. Me pareció una de esas noches en que uno puede encontrarse con los dioses antiguos en los lugares solitarios. Pero no vi nada más que unas cosas escurridizas entre los bosquecitos de abetos que *pueden haber sido* compañías de elfos, si no eran simplemente sombras.

"(Me pregunto por qué la palabra *elfo* es tan hermosa y la palabra *belfo* es tan fea. Y por qué *sombras* sugiere toda la belleza y *umbría* es tan fea.)

"Pero oí todo tipo de sonidos feéricos y todos me provocaron una exquisita dicha evanescente mientras subía la colina. Siempre hay algo satisfactorio en el hecho de subir a la cima de una colina. Y ésta es una cima que yo adoro. Cuando llegué, me quedé quieta y dejé que la belleza fluyera por mí como música. ¡Cómo cantaba la Señora Viento entre los abedules que me rodeaban, cómo silbaba en las copas de los árboles recortadas contra el cielo! Una de las trece plateadas lunas nuevas del año pendía sobre el puerto. Permanecí parada allí, pensando en tantísimas cosas hermosas: los arroyos silvestres y libres que corren a través de los campos de abril iluminados por las estrellas, los encrespados mares de satén, la gracia de un olmo contra la luna, las raíces que se estremecen y palpitan en la tierra, los búhos que ríen en la oscuridad, el rizo de una ola en una larga playa, una luna joven que se pone sobre una colina oscura, el gris de las tormentas en el golfo.

"Tenía sólo setenta y cinco centavos en el mundo, pero el Paraíso no se compra con dinero.

"Entonces me senté en una vieja roca y traté de poner esos momentos de delicada felicidad en un poema. Capté bastante bien la forma, creo, pero no el alma. El alma se me escapó.

"Estaba bastante oscuro cuando regresé y todo el carácter de mi Tierra de la Rectitud parecía cambiado. Era fantasmagórico, casi siniestro. Habría echado a correr, si me hubiera animado. Los árboles, mis viejos amigos conocidos, eran extraños, desconocidos. Los sonidos que oí no eran los alegres sonidos que me acompañan durante el día ni los amistosos sonidos feéricos del atardecer, sino ruidos que creptaban, extraños, como si de pronto la vida de los bosques se hubiera convertido en algo casi hostil hacia mí, algo al menos furtivo, ajeno y desconocido. Me parecía oír pasos sigilosos a mi alrededor, sentir ojos extraños que me vigilaban por entre las ramas. Cuando llegué a terreno abierto y salté el cerco hacia el patio de atrás de la tía Ruth sentí que acababa de escapar de un lugar

Librodot

fascinante, pero no demasiado sagrado, un lugar dedicado al paganismo y a las fiestas de los sátiros. No creo que los bosques sean del todo santos en la oscuridad. Siempre hay en ellos una vida latente que no osa mostrarse al sol, pero que recupera su lugar durante la noche.

"`No tendrías que estar a la humedad con esa tos tuya', dijo la tía Ruth.

"Pero no fue la humedad lo que me lastimó (porque me sentía lastimada). Fue ese susurro fascinante de algo no sagrado. Le temía, pero al mismo tiempo lo amaba. La belleza que amé en la cima de la colina pareció, de pronto, insulsa comparada con esto. Me senté en mi habitación y escribí otro poema. Después de escribirlo sentí que había exorcizado algo de mi alma y Emily la del espejo ya no me pareció una extraña.

"La tía Ruth acaba de traerme una dosis de leche caliente con cayena para la tos. Está sobre la mesa ante mí -tengo que bebérmela- ¡y ha hecho que tanto el Paraíso como la Tierra del Paganismo parezcan muy tontas e irreales!"

"25 de mayo de 19...

"Dean volvió de Nueva York el viernes pasado y esa tarde caminamos y charlamos en el jardín de La Luna Nueva, en medio de un crepúsculo extraño, desusado, que siguió a un día lluvioso. Yo tenía puesto un vestido ligero y al venir por el sendero, Dean dijo:

"`Cuando te vi pensé que eras un cerezo blanco silvestre, como aquél', y señaló uno que se inclinaba y parecía llamarnos, hermoso como una aparición a la luz del crepúsculo, desde el bosque de John el Altivo.

"Era tan hermoso que me compararan con él que me hizo sentir muy bien conmigo misma, y fue hermoso tener al querido Dean otra vez en casa. De manera que pasamos una tarde preciosa, recogimos un gran ramo de los pensamientos del primo Jimmy y miramos las nubes grises, pesadas de lluvia, que se juntaban en el este en grandes masas púrpura, dejando el cielo del poniente claro y salpicado de estrellas.

"`Hay algo en tu compañía', dijo Dean, `que hace que las estrellas parezcan más estrellas y los pensamientos más púrpura.' "¿No fue lindísimo lo que dijo? ¿Cómo puede ser que su opinión de mí y la opinión que tiene la tía Ruth de mí sean tan diferentes?

"Traía un paquete chatito bajo el brazo y antes de irse me lo dio. "`Te lo traje para compensar a Lord Byron', dijo.

"Era una copia enmarcada del *Retrato de Giovanna Degli Albizzi, esposa de Lorenzo Tornabuoni Ghirlanjo,* una Dama del Cuatrocientos. Me lo traje a Shrewsbury y lo colgué en mi cuarto. Me encanta mirar a la Dama Giovanna, esa mujer joven, hermosa, delgada, con los cabellos de oro pálido, los rizos, el delicado perfil aristocrático (¿la habrá mejorado el pintor?), el cuello tan blanco, la frente amplia y sin sombras, con todo ese aire indefinible de santidad, de lejanía y de su propio destino, porque la Dama Giovanna murió joven.

"Y las mangas de terciopelo bordado, abullonadas, muy hermosas y perfectamente ajustadas al brazo. La Dama Giovanna seguramente tenía una muy buena modista y, a pesar de su santidad, a uno le da la sensación de que era muy consciente de ese hecho. Siempre pienso que me gustaría que volviera la cabeza para poder verle la cara de frente.

"A la tía Ruth le parece rara y evidentemente duda de si es decente tenerla en la misma habitación en que está el retrato enjoyado de la reina Alejandra.

"Yo también lo dudo."

"10 de junio de 19...

`Ahora siempre estudio junto al estanque en la Tierra de la Rectitud, entre esos maravillosos árboles altos y esbeltos. Soy una sacerdotisa druida en la adoración (siento algo más que amor por los árboles) de los bosques.

"Y, además, los árboles, a diferencia de los seres humanos, siempre mejoran cuando uno más los conoce. No importa cuánto los quiera uno al principio, seguro se los querrá mucho más después, y más que nunca cuando uno los conoce desde años y ha disfrutado con ellos una relación en todas las estaciones. Yo sé un centenar de cosas queridas sobre esos árboles de la Tierra de la Rectitud que no sabía cuando llegué aquí hace dos años.

"Los árboles tienen tanta individualidad como los seres humanos. Ni siquiera dos abetos son iguales. Siempre hay una curva, el doblez de una rama, que lo diferencia a uno de sus pares. A algunos árboles les gusta crecer sociabilizando, juntos, entrelazando las ramas -como llse y yo que nos abrazamos- susurrando sus secretos interminablemente. Después están los grupos más exclusivos de cuatro o de cinco, árboles tipo clan Murray, y están los ermitaños, árboles que prefieren mantenerse aparte, en estado de aislamiento, y que entran en comunión sólo con los vientos de los cielos. Sin embargo, a menudo esos árboles son los que más vale la pena conocer. Uno siente que el triunfo es mayor cuando se gana su confianza que la de los árboles más fáciles. Esta noche de pronto vi un gran estrella palpitante apoyada en la copa del gran abeto blanco que se yergue solo en el rincón oriental y tuve la impresión de dos majestades que se encontraban y que quedará en mí durante días y que lo encantará todo, hasta la rutina de las aulas y el lavado de los platos y la limpieza sabatina de la tía Ruth."

"25 de junio de 19...

"Hoy tuvimos examen de historia: período Tudor. A mí me pareció fascinante, pero más por lo que no aparece en la historia que por lo que aparece. No dicen, no *pueden* decir lo que uno de verdad quisiera saber. ¿En qué pensaba Jane Seymour cuando estaba despierta, en la oscuridad? ¿En la asesinada Anne, o en la pálida, olvidada Katherine? ¿O sólo en la moda de su nueva gorguera? ¿Pensó alguna vez que había pagado muy cara la corona o estaba contenta con el resultado? ¿Y fue feliz en esas pocas últimas horas, luego del nacimiento de su hijo, o vio una procesión fantasmal que la llamaba para que fuera con ella? ¿Era Lady Jane Gray `Janie' para sus amigos y tuvo *alguna vez* un ataque de mal humor? ¿Qué pensaba en realidad de él la esposa de Shakespeare? ¿Estuvo algún hombre alguna vez enamorado *en serio* de la reina Elizabeth? Siempre me hago preguntas como éstas cuando estudio ese desfile de reyes, reinas, genios y títeres incluidos en el programa escolar como `El período Tudon"'

"7 de julio de 19...

"Dos años de Colegio han terminado. El resultado de mis exámenes fue tal que hasta la tía Ruth quedó complacida y tuvo la condescendencia de decir que siempre había sabido que yo podía estudiar si me dedicaba en serio. En suma, fui la mejor de la clase. Y estoy contenta. Pero empiezo a entender lo que quiso decir Dean cuando dijo que la educación real es lo que uno le arranca a la vida por uno mismo. Después de todo, las cosas que me han enseñado más durante estos dos años han sido mis paseos en la Tierra de la Rectitud, mi noche en la parva, la Dama Giovanna, la anciana que le dio una tunda al Rey, tratar de no escribir nada que no fuera *hechos y* cosas por el estilo. Hasta las notas de rechazo y odiar a Evelyn Blake me han enseñado algo. Hablando de Evelyn: reprobó los exámenes y tendrá que repetir Tercer Año. Lo lamento profundamente.

Librodot

"Eso sonó como si yo fuera una persona muy gentil y comprensiva. Quiero ser absolutamente franca. Lamento que no haya pasado porque, si hubiera pasado, no estaría en el colegio el año que viene."

"20 de julio de 19...

"llse y yo ahora vamos todos los días a bañarnos. La tía Laura se preocupa siempre de que llevemos los trajes de baño con nosotras. Me pregunto si habrá oído alguna vez algún lejano rumor de nuestro baño en enaguas a la luz de la Luna.

"Pero, hasta el momento, nuestros baños han sido durante la tarde. Y después nos regalamos un momento de gloria sobre las arenas doradas y calientes por el sol, con los médanos diáfanos a nuestras espaldas que se extienden hasta el puerto, y el perezoso mar azul ante nosotros, salpicado de velas que se ven plateadas a la magia de la luz del Sol. Ay, la vida es tan, pero tan linda. A pesar de tres notas de rechazo que llegaron hoy. ¡Algún día esos mismos directores me van a *pedir* trabajos! Mientras tanto, la tía Laura me está enseñando a preparar cierta suculenta torta de chocolate, muy complicada, con una receta que le envió hace treinta años una amiga suya de Virginia. Nadie en Blair Water ha podido conseguirla y la tía Laura me hizo prometer solemnemente que no la revelaré jamás.

"El nombre verdadero de la torta es `Torta del Diablo' pero la tía Elizabeth no quiere que la llamemos así.

"2 de agosto de 19...

"Esta tarde fui a ver al señor Carpenter. Ha estado en cama, con reuma, y se ve que está envejeciendo. Estuvo muy irritable con sus alumnos el año pasado, y hubo quien protestó para que no lo mantuvieran en el puesto, pero no ocurrió nada. Casi todos en Blair Water tienen suficiente sentido común como para darse cuenta de que, a pesar de su irritabilidad, el señor Carpenter es uno de esos maestros que se destacan entre mil.

"`No se les puede enseñar a los tontos con buenos modales' gruñó, cuando los miembros de la comisión le dijeron que había quejas por su rudeza.

"Tal vez fuera el reuma lo que hizo que el señor Carpenter fuera tan áspero con los poemas que le llevé para que me diera su opinión. Cuando leyó el que compuse aquella noche de abril en la cima de la colina, me lo arrojó de vuelta `es una telaraña', dijo.

"Y a mí me parecía que el poema expresaba en cierta medida el encantamiento de aquella noche. ¡Cómo habré fallado! Después le di el poema que escribí cuando volví a casa, aquella noche. Lo leyó dos veces y después, deliberadamente, lo rompió en pedacitos.

"`Ay, ¿por qué?', pregunté, algo molesta. `Ese poema no estaba tan mal, señor Carpenter.'

"`No en cuanto al cuerpo', dijo. `Cualquiera de esos versos, tomado individualmente, podría leerse en la Escuela Dominical. Pero el *alma,* ¿en qué espíritu estabas cuando lo escribiste, por todos los cielos?'

"`En el espíritu de la Edad de Oro', dije.

"`No, en una edad anterior. Ese poema era puro paganismo, criatura, aunque no creo que te des cuenta. Claro que, desde el punto de vista de la literatura, vale más que mil de tus pequeñas cancioncitas. De todas maneras, por ahí es por donde aparece el peligro. Mejor concéntrate en tu propia época. Eres parte de ella y puedes poseerla sin que ella te desposea a ti. Emily, había algo diabólico en ese poema. Es suficiente para hacerme creer que los poetas son inspirados... por espíritus ajenos a ellos. ¿No te sentiste *poseída* cuando lo escribiste?'

Librodot

"`Sí', dije, recordando. Me alegré en parte porque el señor Carpenter lo hubiera roto. Yo no podría haberlo hecho nunca. He destruido muchos de mis poemas, que me parecían malos con las sucesivas lecturas, pero éste nunca me había disgustado y siempre volvía a traerme el extraño encantamiento y el terror de aquel paseo. Pero el señor Carpenter tenía razón, estoy segura.

"También me regañó porque comenté al pasar que había estado leyendo los poemas de la señora Hemans. La tía Laura tiene un libro de ella que quiere mucho, encuadernado en azul desleído y dorado, con una dedicatoria de un admirador. En la juventud de la tía Laura era muy apropiado regalarle a la mujer amada un libro de poesía el día de su cumpleaños. Las cosas que dijo el señor Carpenter sobre la señora Hemans no son aptas para el diario de una joven. Supongo que en términos generales tiene razón, sin embargo, algunos de sus poemas me gustan. Siempre encuentro una frase o un verso que me persiguen, deliciosamente, durante días.

¯*La marcha de las huestes cuando pasaba Alarico'*

es uno, aunque no puedo dar ninguna razón por la que me gusta -uno nunca puede dar las razones de un encantamiento- y otro es:

"Los sonidos del mar y los sonidos de la noche
Rodeaban a Clotilde cuando se arrodilló a orar
En una capilla donde yacían los poderosos
En la vieja costa provenzal."

"No es gran poesía, pero hay, no obstante, algo de magia en él, concentrada en el último verso, creo. Nunca lo leo sin sentir que yo soy Clotilde, arrodillada ahí, `en la vieja costa provenzal', con las banderas de guerras olvidadas ondeando sobre mí.

"El señor Carpenter se burló de `mi gusto por lo empalagoso' y me dijo que me pusiera a leer los libros de Elsie. Pero, cuando me venía, me hizo el primer cumplido personal que he recibido jamás de él.

"`Me gusta ese vestido azul que te pusiste. Y sabes cómo llevarlo. Eso es bueno. No soporto ver a una mujer mal vestida. Me duele, y ha de dolerle a Dios Todopoderoso. No me gustan las mujeres desaliñadas y estoy seguro de que a Él tampoco. Después de todo, si sabes cómo vestirte, no importa que te guste la señora Hemans.

"En el camino a casa me encontré con el vejo Kelly que se detuvo, me dio una bolsa de caramelos y me envió `saludos para él'."

"15 de agosto de 19...

"Éste es un año maravilloso para las pajarillas. El huerto viejo está lleno, todas de un hermoso blanco y púrpura, azules y de un color rosado de ensueño. Son medio silvestres y por eso tienen un encanto que una flor plantada no puede tener jamás. Y qué nombre: pajarillas es la poesía misma. Cuánto más lindos son los nombres comunes de las flores que esos espantosos nombres en latín que les ponen los floristas en los catálogos. Alegrías del hogar, violetas de los Alpes, narcisos, flores del viento, margaritas, flores de azúcar... ay, las amo a todas."

"1° de septiembre de 19...

"Hoy pasaron dos cosas. Una fue una carta de la tía abuela Naney a la tía Elizabeth. La tía Nancy no se ha percatado de mí existencia desde mi visita a Priest Pond hace cuatro

Librodot

años. Pero sigue viva, a los noventa y cuatro años, y, por lo que se dice, muy activa. En la carta escribió algunas cosas muy sarcásticas, sobre mí y sobre la tía Elizabeth, pero la concluyó ofreciéndose a pagar todos mis gastos en Shrewsbury el año que viene, incluyendo la pensión en casa de la tía Ruth.

"Me alegro mucho. A pesar del sarcasmo de la tía Nancy no me importa deberle algo. Ella nunca me reprendió ni me trató con paternalismo, ni hizo nada por mí porque fuera su `deber'. `Al demonio con el deber', dice en la carta. `Hago esto porque va a poner furiosos a algunos de los Priest y porque Wallace se está dando demasiados aires con eso de que está `ayudando a educar a Emily. Y supongo que tú también sientes que has obrado muy virtuosamente. Dile a Emily que vuelva a Shrewsbury y aprenda todo lo que pueda, pero que lo disimule y muestre los tobillos.' La tía Elizabeth se horrorizó con esto último y no quería mostrarme la carta. Pero el primo Jimmy me contó lo que decía.

"Lo segundo fue que la tía Elizabeth me informó que, dado que la tía Nancy pagaba mis gastos, ella, la tía Elizabeth, estaba segura de que ya no debía seguir obligándome a cumplir mi promesa de no escribir ficción. Yo era, me dijo, libre de elegir.

"`Aunque nunca aprobaré el hecho de que escribas ficción', dijo, con mucha seriedad. `Al menos espero que no descuides tus estudios.'

"Ay, no, querida tía Elizabeth, no los descuidaré. Pero me siento una prisionera liberada. Me pican los dedos por tomar una pluma y mi cerebro bulle de argumentos. Tengo una cantidad de fascinantes personajes soñados de los que quiero escribir. ¡Ay, si no hubiera tal abismo entre ver una cosa y ponerla por escrito!

"`Desde cuando recibiste aquel cheque por un cuento, el invierno pasado, Elizabeth ha estado preguntándose si no tendría que permitirte escribir', me dijo el primo Jimmy. `Pero no podía retirar sus palabras hasta que la carta de la tía Nancy le dio la excusa. El dinero hace andar a las hembras Murray, Emily. ¿Quieres algunas estampillas yankisT La señora Kent le ha dicho a Teddy que puede ir otro año más. Después, él no sabe qué ocurrirá. De manera que volvemos y estoy tan contenta que quisiera escribirlo en letras de imprenta."

"10 de septiembre de 19...

"Me eligieron presidenta de la clase de Tercero este año. Y Las Calaveras y Búhos me enviaron una nota diciendo que me habían elegido miembro de su fraternidad de agosto sin la formalidad de una solicitud.

"¡Casualmente, Evelyn Blake está en cama con amigdalitis!"Acepté la presidencia, pero escribí una nota a los Calaveras y Búhos declinando, con impresionante amabilidad, el otro ofrecimiento.

"¡Después de que me rechazaron el año pasado, qué se piensan!"

"7 de octubre de 19...

"Hoy hubo una gran conmoción en la clase cuando el señor Hardy hizo cierto anuncio. El tío de Kathleen Darcy, que es profesor en McGill, viene de visita y se le ha metido en la cabeza ofrecer un premio al mejor poema escrito por el Colegio Secundario de Shrewsbury, y dicho premio consiste en la colección completa de Parkman. Los poemas deben entregarse antes del 1° de noviembre, `no deben tener menos *de* veinte *versos ni más de sesenta'. Suena* como si el primer requisito para ponerse a escribir fuera una cinta métrica. Esta noche estuve revisando como loca mis cuadernos y decidí mandar Uvas silvestres. Es el segundo de mis mejores poemas. Una canción de seis peniques es el mejor, pero tiene sólo quince versos y agregarle más sería estropearlo. Creo que puedo mejorar un poco Uvas silvestres. Hay dos o tres palabras sobre las que siempre he tenido

Librodot

dudas. No expresan con exactitud lo que quiero decir, pero no encuentro otras que lo expresen. Me gustaría que uno pudiera inventar sus propias palabras, como yo hacía antes cuando le escribía cartas a papá y cuando necesitaba una palabra que no existía: la inventaba. Pero, claro, papá habría entendido las palabras si hubiera visto las cartas y dudo de que los jueces del concurso pudieran.

"Uvas silvestres tiene que ganar el premio. No hablo por vanidad, presunción o orgullo. Es que lo sé. Si el premio fuera por matemáticas, lo ganaría Kath Darcy. Si fuera por belleza, lo ganaría Hazel Ellis. Si fuera por desempeño general, Perry Miller; por oratoria, llse; por dibujo, Teddy. ¡Pero, dado que es un premio de poesía, E. B. Starr es la persona indicada!

"Este año estamos estudiando Tennyson y Keats en literatura. Tennyson me gusta, pero a veces me pone furiosa. Es hermoso -no *demasiado* hermoso, como Keats- el Artista Perfecto. Pero nunca nos permite olvidar al artista, siempre somos conscientes de él, nunca se deja llevar por un espléndido torrente montañoso de sentimiento. No, él no, él fluye serenamente entre orillas bien ordenadas y jardines cuidados. Y no importa cuánto le guste a uno un jardín, nadie querría estar *siempre* encerrado en él, uno necesita, de vez en cuando, una incursión en la selva. Al menos eso hace Emily Byrd Starr, para preocupación de sus parientes.

"Keats está demasiado lleno de belleza. Cuando leo su poesía me siento sofocada por las rosas y anhelo respirar el aire fresco o la austeridad del pico de una montaña. Ah, pero tiene algunos versos...

¯*Mágicas ventanas que se abren en la espuma*
en peligrosos mares perdidos entre tierras de hadas.'

"Cuando los leo, siempre siento una especie de desaliento. *¿Tiene sentido* tratar de hacer lo que ya está hecho, y hecho para siempre?

"Pero encuentro otros versos que me inspiran; los anoté en la página del índice de mi nuevo cuaderno:

¯*Nunca es coronado por la inmortalidad aquel que teme seguir*
por donde lo llevan las voces airosas.'

"Y es cierto. Debemos seguir nuestras `voces airosas', seguir a través de cualquier desengaño, duda o descreimiento hasta que nos lleven a nuestra Ciudad de la Realización, donde sea que ésta quede.

"Hoy recibí cuatro rechazos por correo: ronco alarido del fracaso. Las Voces Airosas se debilitan con su clamor. Pero volveré a oírlas. Y las seguiré, no me dejaré desalentar. Hace años escribí un `juramento' -el otro día lo encontré en un paquete viejo en el armario- de que `treparía el Sendero Alpino y escribiría mi nombre en el papiro de la fama'.

"¡Seguiré trepando!"

"29 de octubre de 19...

"La otra noche releí mi *Crónicas de un viejo jardín.* Creo que puedo mejorarlo mucho, ahora que la tía Elizabeth ha levantado la prohibición. Quise que lo leyera el señor Carpenter, pero me dijo:

"`Dios santo, niña, no puedo embarcarme en semejante tarea. Mi vista no es buena. ¿Qué es? ¿Un libro? Muchachita, te faltan al menos diez años para que puedas escribir un libro.'

"`Tengo que practicar', le dije, indignada.

"`Ah; practica, practica, pero no me uses de conejito de Indias. Estoy demasiado viejo, de verdad, muchachita. No me molesta un cuento corto, pero de veras corto, de vez en cuando, pero deja a este pobre diablo tranquilo, lejos de los libros.'

"Puedo preguntarle a Dean qué le parece. Pero ahora Dean se ríe de mis ambiciones, muy cuidadosa y gentilmente, pero *se ríe. Y* Teddy piensa que todo lo que yo escribo es perfecto, de modo que no me sirve como crítico. Me pregunto... me pregunto si algún editor aceptaría las *Crónicas*. He visto libros parecidos que no eran mucho mejores."

"11 de noviembre de 19...

"Pasé la tarde `expurgando' una novela para uso y provecho del señor Towers. Cuando el señor Towers estuvo de vacaciones en agosto, el subdirector, el señor Grady, comenzó a publicar en el *Times* una serie llamada *Un corazón sangrante.* En lugar de conseguir material de la APA, como hace siempre el señor Towers, el señor Grady simplemente compró en el Shoppe una edición de una novela inglesa sentimental y sensacionalista y comenzó a publicarla. Era muy larga y todavía no salió más que la mitad. El señor Towers vio que, en su forma actual, duraría todo el invierno. Así que me la dio para que le suprima `todo lo innecesario'. Seguí sus instrucciones sin piedad, y he `suprimido' casi todos los besos y los abrazos, dos tercios de los diálogos de amor y todas las descripciones, con el feliz resultado de que lo reduje a un cuarto de su largo original, y todo lo que puedo decir es que el cielo tenga piedad del alma del linotipista que tiene que publicarlo en su actual condición de mutilación.

"El verano y el otoño se han ido. Me parece que se van con más rapidez que antes. La vara de San José en los rincones de la Tierra de la Rectitud se ha puesto blanca y por las mañanas la escarcha se posa como una chalina de plata sobre la tierra. Los vientos de la noche que van `silbando por los valles desiertos' son buscadores desdichados que buscan cosas que amaron y perdieron, llamando en vano a elfos y duendes. Porque, si no han huido todas a las tierras del sur, las hadas han de estar acurrucadas, dormidas en los corazones de los abetos o entre las raíces de los helechos.

"Y todas las noches tenemos oscuros crepúsculos rojos que llamean en un carmín brumoso a través del puerto, con una estrella allá arriba como un alma salvada que mira, con ojos compasivos, pozos de tormento donde los espíritus pecadores se limpian de las manchas de su peregrinaje terrenal.

"¿Me animaría a mostrarle al señor Carpenter la oración que acabo de escribir? No. Por lo tanto, hay algo desastroso en ella. Ya sé qué es, ahora que lo pienso con frialdad. Es `buen oficio'. Sin embargo, es lo que sentí cuando estuve esta noche en la colina, más allá de la Tierra de la Rectitud y miré hacia el puerto. ¿Y a quién le importa lo que piense este viejo diario?"

"2 de diciembre de 19...

"Hoy se anunciaron los resultados del concurso de poesía. La ganadora es Evelyn Blake con un poema llamado `Una leyenda de Abegweit'.

"No hay nada que decir, de modo que lo digo. "¡Además, latía Ruth ya lo ha dicho todo!"

"15 de diciembre de 19...

"El poema ganador de Evelyn fue publicado en el Times esta semana con la fotografía de ella y un bosquejo biográfico. La colección de Parkman está en exposición en las vidrieras de la Booke Shoppe.

Librodot

"`Una leyenda de Abegweit' es un poema bastante bueno. Es estilo balada, y el ritmo y la rima son correctos, lo cual no puedo decir de los otros poemas de Evelyn que he visto.

"De todo lo que ha visto mío publicado, Evelyn Blake ha dicho que estaba segura de que yo lo había copiado de algún lado. Odio .imitarla, pero sé que ella jamás escribió ese poema. No es expresión *suya,* para nada. Podría haber imitado la letra del doctor Hardy y decir que es la suya. Su letra clara y remilgada se parece tanto a los garabatos en tinta negra del doctor Hardy como ese poema se parece a ella.

"Además, aunque `Una leyenda de Abegweit' es bastante bueno, no es *tan* bueno como `Uvas silvestres.'

"No se lo voy a decir a nadie, pero lo escribo en mi diario. Porque es verdad."

"20 de diciembre de 19...

"Le mostré al señor Carpenter `Una leyenda de Abegweit' y `Uvas silvestres'. Cuando leyó los dos, me preguntó quiénes habían sido los jueces.

"Le dije.

"`Dales mis felicitaciones y diles que son unos burros', dijo. "Me sentí consolada. No les voy a decir a los jueces -ni a nadie- que son unos burros. Pero me tranquiliza saber que lo son. "Lo extraño es que la tía Elizabeth me pidió ver `Uvas silvestres' y, después de leerlo, me dijo:

"`Yo no soy quién para juzgar poesía, por supuesto, pero a mí me parece que el *tuyo* es *de una calidad superior."*

"4 de enero de 19...

"Pasé la semana de Navidad en lo del tío Oliver. No me gustó. Había demasiado ruido. Hace años me habría encantado, pero entonces nunca me invitaban. Tuve que comer sin tener hambre, jugar al ludo sin tener ganas, hablar cuando quería quedarme callada. No pasé ni un segundo sola en todo el tiempo que estuve allí. Además, Andrew se está poniendo molesto. Y la tía Addie se portó odiosamente maternal y amable. Todo el tiempo me sentí como un gato al que por la fuerza tienen en la falda y lo acarician con firmeza aunque él no quiera. Tuve que dormir con Jen, que es prima hermana mía y tiene mi edad, y que cree en lo más profundo de su corazón que yo no soy para nada merecedora de Andrew, pero que va a intentar, con la bendición de Dios, reconciliarse con la idea. Jen es una muchacha agradable y sensata y somos amiguchas. Esta palabra es invento mío. Jen y yo somos más que conocidas pero no tanto como amigas. Siempre seremos amiguchas y nunca más que amiguchas. No hablamos el mismo idioma.

"Cuando llegué a casa, a la querida La Luna Nueva, subí a mi habitación, cerré la puerta y me regodeé en la soledad.

"Ayer empezaron las clases. Hoy en el Booke Shoppe me divertí para mis adentros. La señora Rodney y la señora Elder estaban mirando unos libros y la señora Rodney dijo:

"`Esa historia del Times, `Un corazón sangrante', es la cosa más extraña que leí en mi vida. Se desarrollaba lentamente, durante semanas y semanas, capítulo tras capítulo, y nunca parecía llegar a ningún lado y de pronto terminó en ocho capítulos en un abrir y cerrar de ojos. No pude entenderlo.

"Yo podría haberle resuelto el misterio, pero no lo hice."

20

EN LA VIEJA CASA DE JOHN

Cuando "La mujer que le dio una tunda al Rey" fue aceptado y publicado por una revista de Nueva York de cierta reputación, se produjo una gran sensación en Blair Water y en Shrewsbury, en especial, cuando pasó de boca en boca la increíble noticia de que a Emíly le habían pagado cuarenta dólares. Por primera vez, su clan comenzó a tomar su manía de escritora con cierto grado de seriedad y la tía Ruth por fin y para siempre abandonó toda alusión al tiempo perdido. La aceptación llegó en un momento psicológico en que las arenas de la fe de Emily estaban muy bajas. Durante todo el otoño y todo el invierno habían estado devolviéndole material, excepto dos revistas cuyos directores evidentemente creían que la literatura tenía su recompensa en sí misma y estaba más allá de degradantes consideraciones monetarias. Al principio, ella siempre se sentía muy mal cuando un poema o un cuento con los que había sufrido volvía con unas de esas notitas de rechazo o algunas palabras de débil elogio, los rechazos con un "pero", los llamaba Emily, y los odiaba más que los impresos. Las lágrimas de la decepción eran inevitables. Pero, después de un tiempo, se endureció y no le importaba... demasiado. Sólo le dirigía una mirada Murray a la nota de rechazo y decía "Triunfaré". Y nunca, en ningún momento, tuvo realmente dudas de que triunfaría. En lo profundo, en lo más profundo de sí, algo le decía que ya le llegaría la hora. De modo que, aunque por el momento se encogía ante cada rechazo, como ante un latigazo, se sentaba y se ponía a escribir otro cuento.

No obstante, su voz interior se había debilitado un poco frente a tantas desilusiones. La aceptación de "La mujer que le dio una tunda al Rey" de pronto volvió a elevarla a un gozoso peán de certeza. El cheque significaba mucho, pero haber tomado por asalto esa editorial significaba mucho más. Sintió que, sin duda, había puesto el pie en un estribo. El señor Carpenter le dijo, riendo, que en realidad era "absolutamente bueno".

-Lo mejor del cuento le pertenece a la señora McIntyre -dijo Emily, con pesar-. No puedo llamarlo mío.

-El marco es tuyo y lo que agregaste armoniza a la perfección con tu base. Y no lo puliste demasiado, *eso* deja ver al artista. ¿No te sentiste tentada de hacerlo?

-Sí. En muchos lugares pensé que podía mejorarlo.

-Pero no lo intentaste, por *eso* es tuyo -dijo el señor Carpenter, y la dejó que dilucidara sola el significado de sus palabras.

Emily gastó treinta y cinco de sus dólares con tanta prudencia que ni siquiera la tía Ruth pudo poner objeciones. Pero con los cinco restantes se compró una colección de Parkman. Era una colección mucho más linda que la del premio -que el donante en realidad había elegido de una lista de pedidos por correo- y Emily se sintió mucho más orgullosa de ella que sí hubiera sido la del premio. Después de todo, era mejor ganarse uno mismo las cosas. Emily todavía tiene esos Parkman, algo desvaídos ya, pero más preciosos para ella que cualquier otro libro de su biblioteca. Durante algunas semanas, anduvo muy feliz y de buen ánimo. Los Murray estaban orgullosos de ella, el director Hardy la había felicitado, una recitadora local de cierto renombre había leído su cuento en un concierto en Charlottetown. Y, lo más maravilloso de todo, un lector desconocido de

Librodot

México le había escrito una carta en la que le contaba del placer que le había proporcionado "La mujer que le dio una tunda al Rey". Emily leyó y releyó la carta hasta saberla de memoria y dormía con ella debajo de la almohada. No ha habido carta de amor tratada con tanta ternura.

Pero entonces vino el asunto de la vieja casa de John como vienen las nubes de una tormenta para oscurecer su celeste cielo. Un viernes de noche había un concierto y una "reunión social" en Derry Pond y le habían pedido a Ilse que recitara. El doctor Burnley llevó a Ilse, Emily, Perry y Teddy en su gran trineo doble y disfrutaron mucho los trece kilómetros a través de la nieve blanda que comenzaba a caer. Cuando terminó el concierto, llamaron al doctor Bumley. Había un caso de una enfermedad muy seria en una casa de Derry Pond. El doctor fue y le dijo a Teddy que se ocupara de llevar al grupo de regreso a casa. El doctor Burnley no se anduvo con rodeos. En Shrewsbury y en Charlottetown tenían reglas muy tontas sobre el acompañamiento que deben tener las señoritas, pero éstas no funcionaban en Blair Water. Teddy y Perry eran muchachos decentes, Emily era una Murray, llse no era ninguna tonta. El doctor lo habría resumido de esa manera si se hubiera tomado la molestia de pensarlo.

Cuando terminó el concierto, se fueron a casa. Ahora nevaba mucho y se estaba levantando viento, pero los primeros cinco kilómetros se hicieron entre la protección de los árboles y no resultaron desgradables. Había una belleza salvaje y extraña en las hileras de árboles cubiertos por la nieve, erguidos a la pálida luz de la Luna, detrás de las nubes de tormenta. Los cascabeles del trineo se reían del alarido del viento allá arriba. Teddy manejaba sin dificultad los caballos del médico. Una o dos veces Emily tuvo la sospecha de que usaba sólo un brazo para guiarlos. Se preguntó si él se habría dado cuenta de que por primera vez ella tenía los cabellos de verdad recogidos, en un suave "peinado griego" debajo del sombrero rojo. Emily volvió a pensar que había algo encantador en una tormenta.

Pero, cuando dejaron atrás los bosques, comenzaron los problemas. La tormenta se abatió sobre ellos con toda su furia. El camino de invierno atravesaba los campos, doblando, curvándose, bordeando bosquecitos de abetos, un camino "capaz de romperle la columna vertebral a una víbora", como dijo Perry. La huella estaba casi borrada con la nevada y los caballos se enterraban hasta la rodilla. Habían recorrido menos de dos kilómetros cuando Perry silbó, desolado.

-No podremos llegar a Blair Water esta noche, Ted. -Tenemos que llegar a algún lado -gritó Ted-. No podemos acampar aquí. Y no hay ninguna casa hasta que retomemos el camino de verano, pasando la colina de Shaw. Cúbranse bajo las capas, muchachas. Emily, mejor ve atrás con llse, y que Perry venga conmigo.

Se hizo el cambio. Emily no pensaba ya que las tormentas eran tan encantadoras. Perry y Teddy estaban, los dos, muy alarmados. Sabían que los caballos no podían seguir mucho más lejos con esa profundidad de nieve -el camino de verano pasando la colina de Shaw estaría bloqueado- y hacía muchísimo frío en esas altas colinas desiertas entre los valles de Derry Pond y Blair Water.

-Si sólo pudiéramos llegar a lo de Malcom Shaw estaría bien -murmuró Perry.

-Jamás llegaremos tan lejos. La colina de Shaw, para esta época, está llena hasta el tope de los cercos -dijo Teddy-. Ahí está la vieja casa de John. Podríamos quedarnos aquí. -Fría como un granero -dijo Perry-. Las chicas se van a congelar. Tenemos que tratar de llegar a lo de Malcolm.

Cuando los caballos llegaron al camino de verano, los muchachos vieron que la colina de Shaw era un emprendimiento imposible. Todo rastro de huella estaba borrado por la nieve que cubría los topes de los cercos. Había postes de teléfonos caídos, atravesados en el camino, y un inmenso árbol caído había cerrado el paso.

Librodot

-No hay más que volver a la vieja casa de John -dijo Perry-. No podemos seguir vagando por el campo, en medio de esta tormenta, buscando la manera de llegar a lo de Malcolm. Vamos a quedar atascados y nos vamos a morir congelados.

Teddy hizo girar los caballos. La nieve estaba más espesa que nunca. Cada minuto que pasaba aumentaba la nevisca. La huella había desaparecido por completo y, de haber estado muy lejos, jamás habrían encontrado la vieja casa de John. Por suerte, estaba cerca, y después de un último feroz esfuerzo a través de la nieve durante el cual los muchachos tuvieron que bajarse y avanzar a pie, llegaron a la comparativa calma del claro, en medio de los bosques de abetos jóvenes donde estaba la vieja casa de John.

La "vieja casa de John" era vieja cuando, cuarenta años antes, John Shaw se había mudado a ella con su joven esposa. Ya entonces era un lugar solitario, alejado del camino, y casi rodeado de bosques de abetos. John Shaw había vivido cinco años allí, hasta que su esposa murió, y entonces le vendió la granja a su hermano Malcolm y se fue al oeste. Malcolm trabajó la tierra y mantuvo el pequeño granero en buen estado, pero la casa no se había ocupado desde entonces, salvo durante algunas semanas en invierno, cuando los hijos de Malcolm acampaban allí, mientras juntaban leña. Ni siquiera se cerraba. Los vagabundos y los ladrones no se conocían en Derry Pond. Nuestros náufragos entraron con toda facilidad por la puerta del porche desvencijado y exhalaron un suspiro de alivio al encontrarse a salvo del viento ululante y de la nieve.

-Al menos, no nos vamos a congelar -dijo Perry-. Teddy y yo vamos a ver si entramos los caballos al granero y volveremos a ver si podemos ponernos cómodos. Tengo fósforos y todavía no me han vencido.

A Perry no le fue difícil cumplir sus alardes. La luz de su fósforo dejó ver un par de velas a medio consumir, en unos candeleros chatos, una vieja cocina Waterloo rota y herrumbrada pero aún en servicio, tres sillas, un banco, un sofá y una mesa.

-¿Qué hay de malo con esto? -preguntó Perry.

-Que en casa van a estar muy preocupados, eso es todo --dijo Emily, sacudiéndose la nieve de la ropa.

-La preocupación no los va a matar por una noche -dijo Perry-. Mañana, de alguna manera, llegaremos a casa. -Mientras tanto, esto es una aventura -dijo Emily-. Tratemos de divertirnos todo lo posible.

Ilse no dijo nada, lo cual era muy llamativo en ella. Al mirarla, Emily vio que estaba muy pálida y se acordó de que desde que salieron de la sala de conciertos había estado muy callada.

-¿No te sientes bien, Ilse? -preguntó, preocupada.

-Me siento muy mal -dijo Ilse, con una conmovedora sonrisa-. Estoy... estoy descompuesta como un perro -agregó, con más fuerza que elegancia.

-Ay, llse...

-No pongas el grito en el cielo -dijo Ilse, impaciente-. No tengo principio de neumonía ni apendicitis. Estoy *descompuesta,* nada más. Ese pastel que comí en la sala de conciertos era demasiado suculento. Supongo que me revolvió el estómago. ¡Ayyyy!

-Recuéstate en el sofá -la instó Emily-. A lo mejor te hace bien.

Ilse, temblando y sintiéndose muy desgraciada, se recostó. Un "estómago revuelto" no es una dolencia muy romántica ni muy mortal, pero mientras dura basta para sacarle el coraje a su víctima. Los muchachos encontraron una caja llena de leña detrás de la cocina y pronto tuvieron un buen fuego encendido. Perry tomó una de las velas y exploró la casita. En un pequeño cuarto que daba a la cocina había una antigua cama de madera con un colchón de soga. La otra habitación, que había sido la sala de Almira

Librodot

Shaw en los viejos tiempos, estaba medio llena de paja. Arriba no había más que vacío y polvo. Pero en la pequeña despensa Perry encontró algunas cosas.

-Hay una lata de cerdo con porotos -anunció-, y otra llena de galletitas. En ellas veo nuestro desayuno. Supongo que las dejaron los hijos de Shaw. ¿Y qué esto?

Perry trajo una botellita, la destapó y la olió con gesto solemne. -Whisky, como pecador que soy. No es mucho, pero alcanza. Aquí tienes tu remedio, Ilse. Tómalo con un poco de agua caliente y en un abrir y cerrar de ojos te va a acomodar el estómago.

-Odio hasta el olor del whisky -gimió Ilse-. Papá no toma nunca, no le gusta.

-Mi tía Tom sí -dijo Perry, como si eso zanjara la cuestiónEs una cura segura. Prueba y vas a ver.

-Pero no hay agua -dijo Ilse.

-Entonces tendrás que tomarlo puro. Hay apenas dos cucharadas en la botella. Pruébalo. Si no te cura, tampoco te va a matar. La pobre Ilse de verdad se sentía tan mal que habría tomado cualquier cosa, menos veneno, si creía que había alguna posibilidad de que la aliviara. Se bajó arrastrándose del sofá, se sentó en una silla ante el fuego y tragó su dosis. Era un whisky bueno, fuerte, eso podría haberlo asegurado Malcolm Shaw. Y creo que, en realidad, había más de dos cucharadas en la botella, aunque Peny siempre insistió en que no. Ilse se quedó acurrucada en la silla unos minutos más, luego se levantó y puso una mano insegura sobre el hombro de Emily.

-¿Te sientes peor? -preguntó Emily, preocupada.

-Estoy... estoy borracha -dijo llse-. Ayúdame a volver al sofá, por lo que más quieras. Se me aflojan las rodillas. ¿Quién fue el escocés de Malvern que dijo que él no se emborrachaba, que el whisky se le instalaba en las rodillas? Pero el mío se me instaló en la cabeza también. Me da vueltas.

Perry y Teddy corrieron, los dos, a ayudarla y entre ellos una llse muy tambaleante llegó a puerto seguro en el sofá.

-¿Podemos hacer algo? -preguntó Emily.

-Ya se ha hecho demasiado -dijo llse con solemnidad sobrenatural. Cerró los *ojos* y no dijo una palabra más en respuesta a ninguna pregunta. Por fin se consideró que lo mejor era dejarla tranquila.

-Va a dormir la borrachera y eso le va a curar el estómago -dijo Perry.

Emily no podía tomárselo con tanta filosofía. Sólo cuando la respiración rítmica de llse, media hora después, probó que estaba de veras dormida Emily pudo comenzar a saborear el gusto de su "aventura". El viento azotaba la vieja casa y sacudía las ventanas, furioso, porque habían escapado de él. Era muy agradable estar sentado ante el fuego, escuchando la melodía salvaje de una tormenta vencida; muy agradable pensar en la vida desaparecida de esa vieja casa muerta en los años en que había estado plena de amor y de risas; muy agradable hablar de repollos y reyes con Perry y Teddy, a la luz mortecina de una vela; muy agradable quedarse en silencio por momentos, mirando el fuego que oscilaba, seductor, sobre la frente nívea de Emily y sobre sus sugestivos *ojos* en sombras. Una vez, al levantar la mirada de pronto, Emily se encontró con que Teddy la miraba de una manera extraña. Por un momento, sus ojos se encontraron, sólo por un momento, y sin embargo Emily no pudo seguir perteneciéndose. Se preguntó, azorada, qué había ocurrido. ¿De dónde venía esa oleada de inimaginable dulzura que parecía apoderarse de élla, en cuerpo y en espíritu? Se estremeció, tuvo miedo. Parecía abrirle tantas vertiginosas posibilidades de cambio. La única idea clara que emergía de su confusión de pensamientos era que quería estar sentada así, con Teddy, junto al fuego, todas las noches de sus vidas ¡y al diablo con las tormentas! No osó volver a mirar a Teddy, pero la conmovía la deliciosa sensación de su cercanía; tenía una aguda conciencia de su estatura alta y

Librodot

derecha, de sus brillantes cabellos negros, de sus luminosos ojos azules oscuros. Siempre había sabido que quería a Teddy más que a ningún otro representante de su sexo, en su entorno conocido, pero eso era algo más que disfrutar de estar juntos, esa sensación de pertenecer a él que le llegó en ese significativo cambio de miradas. De pronto pareció saber por qué siempre había rechazado a cualquiera de los muchachos del Colegio que había querido ser su novio.

La maravilla del encantamiento que, de pronto, se había apoderado de ella era tan intolerable que debía quebrarlo. Se levantó de un salto y fue hacia la ventana. El susurro sibilante de la nieve contra los cristales azul blancuzcos de escarcha sobre los vidrios parecía burlarse suavemente de su asombro. Las tres grandes parvas coronadas de nieve, apenas visibles en un rincón del granero, parecían sacudir los hombros de risa ante la situación de ella. El fuego de la cocina, reflejado en el claro de afuera, parecía la fogata de un duende burlón bajo los abetos. Más allá, a través de los árboles, había espacios insondables de tormenta blanca. Por un momento Emily deseó estar afuera, en medio de ellos: allí quedaría libre de este cautiverio de inmenso deleite que tan súbita e inexplicablemente' la' había hecho prisionera, a ella, que odiaba las cadenas.

"¿Me estoy enamorando de Teddy?" se preguntó. "No debo, no debo."

Perry, inconsciente a todo lo que había sucedido en un abrir y cerrar de ojos entre Teddy y Emily, bostezó y se desperezó. -Creo que me voy a dormir, las velas están casi terminándose. Supongo que la paja será una cama estupenda para nosotros, Ted. Llevemos bastante, pongámosla sobre la cama y hagamos un nidito bien cómodo para las muchachas. Con una de las mantas de piel encima, no estará mal. Vamos a tener sueños muy elevados esta noche, Ilse especialmente. ¿No se habrá puesto sobria todavía? -Yo tengo un puñado de sueños para vender -dijo Teddy, con aire travieso, con una nueva alegría que no sabía explicar en la voz y en el gesto-. ¿Qué quieres? ¿Qué quieres? Un sueño de éxito, un sueño de aventura, un sueño del mar, un sueño del bosque, cualquier tipo de sueño que quieras a precios razonables, incluyendo una o dos pesadillas únicas. ¿Qué me das por un sueño?

Emily giró en redondo, lo miró un momento y olvidó la emoción y el encantamiento y todo lo demás en su afán imposible por tener un cuaderno a mano. Como si su pregunta "¿Qué me das por un sueño?" hubiera sido una fórmula mágica para abrir una cámara sellada en su cerebro, vio desfilar ante ella una idea asombrosa para un cuento, con título incluido, "El vendedor de sueños". Durante el resto de la noche, Emily no pensó en otra cosa.

Los muchachos se fueron a su lecho de paja y Emily, luego de decidir dejar a llse, que parecía cómoda en el sofá, mientras siguiera dormida, se acostó en la cama del pequeño cuarto. Pero no para dormir. Nunca había tenido menos ganas de dormir. No quería dormir. Olvidó que se había estado enamorando de Teddy. Olvidó todo lo que no fuera su maravillosa idea; capítulo a capítulo, página a página, se desenrollaba ante ella en la oscuridad. Sus personajes vivían, reían, hablaban, hacían, disfrutaban y sufrían; ella los veía sobre el trasfondo de la tormenta. Le ardían las mejillas, le latía fuerte el corazón, se estremecía de pies a cabeza con el éxtasis de la creación, una alegría que surgía como una fuente de las profundidades del ser y parecía independiente de todas las cosas terrenales. llse se había emborrachado con el whisky de Malcolm Shaw, pero Emily se había emborrachado con un vino inmortal.

Librodot

21

MÁS ESPESA QUE EL AGUA

Emily no durmió hasta que fue casi de mañana. La tormenta había cesado y el paisaje que envolvía la vieja casa de John tenía un aspecto espectral a la luz de la Luna que se ponía cuando por fin cayó en un sopor, con un delicioso sentimiento de realización, porque había terminado de pensar su historia. Ahora no quedaba más que anotar un boceto en el cuaderno. No se sentiría segura hasta que no lo tuviera por escrito. No intentaría escribirla todavía, no por unos años. Debía esperar a que el tiempo y la experiencia hicieran de su pluma un instrumento capaz de hacerle justicia a su idea, porque una cosa es atrapar una idea en una noche de éxtasis y otra muy diferente es ponerla por escrito de manera tal que reproduzca una décima parte de su encanto y significación originales.

Emily se despertó por fse, sentada en la orilla de la cama, pálida y enclenque, pero con los ojos color ámbar llenos de su inconquistable risa.

-Bien, dormí hasta que se me pasó el efecto de mi orgía, Emily Starr. Y esta mañana mi estómago ha amanecido bien. El whisky de Malcolm sí me lo curó, aunque creo que el remedio es peor que la enfermedad. Supongo que te preguntarás por qué no quería hablar anoche.

-Pensé que estabas demasiado borracha para hablar -dijo Emily, con inocencia.

llse rió.

-Estaba demasiado borracha para no hablar. Cuando llegué al sofá, Emily, se me había pasado el mareo *y quería* hablar, ¡ay, por Dios, cómo quería hablar! Y quería decir las cosas más tontas y contar todo lo que he sabido o pensado en mi vida. Tuve el suficiente buen juicio como para saber que no debía decir esas cosas o pasaría por una tonta por el resto de mis días, y supe que si decía *una* sola palabra sería como sacarle el corcho a una botella: lo diría todo. Así que cerré la boca y no dije ni esa primera palabra. Me da un escalofrío pensar en las cosas que *pude* haber dicho, y delante de Perry. Nunca vas a pescar a tu querida llse volviendo a emborracharse, a partir de este día me he reformado.

-Lo que no entiendo -dijo Emily- es cómo una dosis tan pequeña de *cualquier cosa* pudo haberte dado vuelta la cabeza. -Ah, bien, tú sabes que mamá era una Mitchell. Es un hecho conocido que los Mitchell no pueden tomar una cucharadita de té de alcohol sin emborracharse. Es un rasgo de familia. Bien, arriba, amor mío, dulce criatura. Los muchachos están haciendo fuego y Perry dice que podemos armar una buena comida con el cerdo, los porotos y las galletitas. Tengo tanta hambre que me comería las latas.

Mientras buscaba sal en la despensa, Emily hizo un gran descubrimiento. En la parte más alejada del estante más alto había una pila de libros polvorientos, probablemente de los tiempos de John y Almira Shaw, diarios, almanaques, libros contables, todos viejos y llenos de moho. A Emily se le cayó toda la pila al suelo y, mientras la recogía, vio que uno de los libros era un viejo álbum de recortes. Se le había salido una hoja. Mientras la colocaba en su lugar, sus ojos se posaron sobre un poema pegado. Lo tomó y se le agitó la respiración. "Una leyenda de Abegweit", el poema con el que Evelyn había ganado el premio! Ahí estaba, en ese viejo álbum de recortes amarillento, de hacía veinte años, palabra por palabra, excepto que Evelyn le había cortado dos versos para que tuviera el largo obligatorio.

Librodot

"Y quitó los dos mejores", pensó Emily, despectiva. "¡Típico de Evelyn! No tiene el menor criterio literario." Emily volvió a dejar los libros en el estante, pero se guardó la hoja suelta en el bolsillo y comió su desayuno con aire abstraído. Para entonces, había hombres en los caminos, abriendo las huellas. Perry y Teddy encontraron una pala en el granero y pronto tuvieron una huella abierta hacia el camino. Por fin llegaron a casa, después de una recorrida lenta pero sin inconvenientes, donde encontraron a los habitantes de La Luna Nueva bastante preocupados por lo que pudiera haberles ocurrido y bastante horrorizados cuando se enteraron de que habían tenido que pasar la noche en la vieja casa de John.

-Podrían haberse muerto de frío -dijo Elizabeth, con severidad.

-Bueno, no había alternativa. Era eso o morirse por congelamiento en el camino -- dijo Emily, y no se dijo más al respecto. Ya que habían llegado a casa sanos y salvos y nadie se había resfriado siquiera, ¿qué más había para decir? Ésa fue la manera de verlo de La Luna Nueva.

La manera de Shrewsbury fue algo diferente. Pero la manera de Shrewsbury no fue patente de inmediato. Para el lunes de noche, la historia se conoció en todo Shrewsbury: llse la contó en el colegio y describió su orgiástica borrachera con gran espíritu y vivacidad, entre las carcajadas de sus compañeras de clase. Emily, que por primera vez había ido esa tarde a visitar a Evelyn Blake, encontró a Evelyn muy contenta con algo.

-Querida, ¿no puedes impedir que llse siga contando esa historia?

-¿Qué historia?

-Bueno, ésa de la borrachera del viernes, la noche que ustedes dos pasaron con Teddy Kent y Perry Miller en esa vieja casa de Derry Pond -dijo Evelyn, con mucha suavidad.

Emily se ruborizó. Había algo en el tono de Evelyn... el hecho inocente parecía haber adquirido, de pronto, tonalidades de un significado siniestro. ¿Estaba siendo Evelyn deliberadamente insolente?

-No sé por qué no iba a contarla -dijo Emily, con frialdad-. Para ella fue una buena broma.

-Pero ya sabes que la gente habla -dijo Evelyn, amable-. Fue todo algo... desafortunado. Claro que no pudieron evitar quedar atrapados en la tormenta, supongo, pero llse va a empeorar las cosas. Es tan indiscreta. ¿Tú no tienes ninguna influencia sobre ella, Emily?

-No vine a hablar de eso -dijo Emily, cortante-. Vine a mostrarte algo que encontré en la vieja casa de John.

Le mostró la hoja del álbum de recortes. Por un instante, Evelyn la miró sin entender. En seguida la cara se le moteó de púrpura. Hizo un gesto involuntario como para agarrar el papel, pero Emily lo alejó rápidamente. Sus ojos se encontraron. En ese momento Emily sintió que por fin estaban empatadas.

Esperó a que hablara Evelyn. Después de unos momentos, Evelyn habló... con gesto sombrío.

-¿Y? ¿Qué vas a hacer al respecto? -Todavía no lo tengo decidido -dijo Emily.

Los ojos largos, castaños y traicioneros de Evelyn se elevaron hasta el rostro de Emily con una expresión ladina, sondeándola. -Supongo que se la llevarás al doctor Hardy y me avergonzarás delante de todo el colegio.

-Bueno, te lo mereces, ¿no? -dijo Emily, juiciosa.

-Yo... yo quería ganar ese premio porque papá me prometió un viaje a Vancouver el verano próximo si lo ganaba -murmuró Evelyn, desmoronándose de pronto-. Estaba...

loca por ir. Ay, por favor no me traiciones, Emily, papá se va a poner furioso. Te... te doy la colección de Parkuran... soy capaz de hacer cualquier cosa, pero no...

Evelyn se echó a llorar. A Emily no le gustó el espectáculo. -No quiero tu colección -dijo, desdeñosa-. Pero hay una cosa que tienes que hacer. Vas a confesar delante de la tía Ruth que fuiste tú y no Ilse la que me pintó el bigote el día del examen de inglés. Evelyn se secó las lágrimas y tragó saliva.

-Eso fue solamente una broma -dijo, sollozando.

-No era una broma porque mentiste -dijo Emily, firme. -Eres tan... tan brusca. -Evelyn buscó un pedacito seco en el pañuelo y lo encontró. -Era una broma. Volví corriendo del Shoppe para hacerlo. Pensé que te mirarías al espejo cuando te levantaras, por supuesto. Nunca se me ocurrió que ibas a irte así a clase. Y no sabía que tu tía se lo había tomado tan a pecho. Por supuesto... se lo diré... pero tú... tú...

-Escríbelo y fírmalo -dijo Emily, sin piedad. Evelyn lo escribió y lo firmó.

-Ahora me vas a dar... eso -rogó, con un gesto de súplica hacia la hoja del álbum de recortes.

-Ah, no, esto me lo quedo yo -dijo Emily.

-¿Y qué seguridad tengo yo de que algún día, después de todo, no lo cuentes? -preguntó Evelyn.

-Tienes la palabra de una Starr -dijo Emily, altiva.

Salió con una sonrisa. Por fin había ganado en este largo duelo. Y llevaba en la mano lo que por fin limpiaría a llse ante los ojos de la tía Ruth.

La tía Ruth resopló bastante leyendo la nota de Evelyn y se sintió inclinada a hacer preguntas sobre cómo la había conseguido Emily. Pero dado que no obtuvo satisfacciones de parte de Emily al respecto y sabiendo que Allan Burnley había estado enojado con ella desde que ella desterró a su hija, se alegró en secreto de tener una excusa para levantar la prohibición.

-Muy bien, entonces. Te dije que llse podía venir cuando pudieras probar a mi entera satisfacción que ella no te había hecho esa broma. Lo has probado, y yo mantengo mi promesa. Soy una mujer justa -concluyó la tía Ruth que era, tal vez, la mujer más injusta de la tierra en esos tiempos.

Hasta allí, todo bien. Pero si Evelyn quería venganza, la disfrutó al máximo en las tres semanas siguientes, sin mover un dedo ni abrir la boca para conseguirla. Todo Shrewsbury ardía con el chisme de la noche de la tormenta: insinuaciones, distorsiones, mentiras absolutas. Emily fue tan humillada en el té de Janet Thompson que se fue a la casa, blanca de humillación. IIse estaba furiosa.

-No me importaría si me hubiera emborrachado y me hubiera divertido como una loca -dijo, dando una patada en el suelo-. Pero no me emborraché lo suficiente como para disfrutarlo, sino lo suficiente como para sentirme una tonta. Hay momentos, Emily, en los que siento que me encantaría ser gato y que todas estas viejas damas de Shrewsbury fueran ratones. Pero mantengamos la sonrisa. En realidad, no me importan un rábano. Esto va a pasar pronto. Pelearemos.

-Uno no puede pelear contra las insinuaciones -dijo Emily, amargamente.

A llse no le importaba, pero a Emily le importaba muchísimo. El orgullo de los Murray sufría insoportablemente. Y sufría más, a medida que pasaba el tiempo. Apareció una burla sobre la noche de la tormenta en un diario de mala muerte que se publicaba en un pueblo de tierra firme y se armaba con notas "jugosas" enviadas desde todas las provincias marítimas. Nadie confesaba haberlo leído, pero casi todo el mundo sabía lo que decía, excepto la tía Ruth, que no habría tocado ese diario ni con pinzas. No se daban nombres, pero todo el mundo sabía a quién se hacía referencia y no había lugar a error sobre el

Librodot

matiz venenoso de la cosa. Emily creyó morir de vergüenza. Y lo peor es que era todo tan vulgar, tan espantoso y había hecho de aquella hermosa noche de risas, revelaciones y extática creación en la vieja casa de John algo vulgar y espantoso. Pensó que sería para siempre un recuerdo hermoso. ¡Y ahora eso!

Teddy y Perry querían matar a alguien, pero ¿a quién podían matar? Como les dijo Emily, cualquier cosa que dijeran o hicieran sólo empeoraría las cosas. Ya estaban bastante mal después de la publicación de la nota. Emily no fue invitada al baile de Florence Black de la semana siguiente: el gran acontecimiento social del invierno. Fue excluida de la fiesta de esquí de Hattie Denoon. Varias de las matronas de Shrewsbury no la miraban cuando la encontraban por la calle. Otras la colocaban a kilómetros de distancia a fuerza de una cortesía helada. Algunos muchachos se volvieron extrañamente confianzudos con sus miradas y sus modales. Uno de ellos, a quien ella no conocía, le habló una tarde en el Correo. Emily se volvió y lo miró. Aplastada, humillada como estaba, seguía siendo la nieta de Archibald Murray. El desdichado joven estuvo a tres cuadras del Correo antes de poder recuperarse y saber dónde estaba. Hasta el día de la fecha no ha olvidado cómo miraban los ojos de Emily Byrd Starr cuando se enojaba.

Pero incluso la mirada Murray, si bien podía demoler a un ofensor concreto, no podía suprimir historias escandalosas. Ella sentía, malsanamente, que todo el mundo las creía. Le contaron que la señorita Percy, de la biblioteca, dijo que siempre había desconfiado de la sonrisa de Emily Starr, que siempre había estado segura de que era deliberadamente provocativa y seductora. Emily sintió que ella, como el pobre rey Enrique, no volvería a sonreír. La gente recordaba que la anciana Nancy Priest había sido bastante coqueta hacía setenta años y... ¿no había habido un escándalo que involucraba a la misma señora Dutton cuando jovencita? Lo que se hereda... no sé si soy clara. La madre se había fugado con el novio, ¿no? ¿Y la madre de Ilse? Claro que se había matado al caerse en el viejo pozo de Lee pero, ¿quién sabía qué habría sido capaz de hacer de no haberse matado? También estaba la vieja historia de cuando se bañaron *au naturel* en la playa de Blair Water. En breve, las niñas decentes no tienen tobillos como los de Emily. Sencillamente, no.

Hasta el inofensivo e innecesario Andrew había dejado de ir de visita los viernes. Eso *dolía.* Emily consideraba a Andrew un aburrido y odiaba sus visitas los viernes de noche. Siempre había pensado mandarlo a pasear apenas él le diera la oportunidad. Pero que Andrew se fuera a pasear por decisión propia tenía un sabor muy diferente, atención. Emily apretaba los puños cuando se acordaba.

Un amargo informe llegó a sus oídos, en el sentido de que el director Hardy había dicho que Emily tendría que renunciar a la presidencia de Tercer Año. Emily levantó la cabeza. ¿Renunciar? ¿Confesar la derrota y admitir la culpa? ¡Jamás!

-Me encantaría cortarle la cabeza a ese hombre -dijo Ilse-. Emily Starr, no te dejes amilanar por esto. ¿Qué importa lo que piensen una cantidad de burros tembleques? Por este acto los dedico a los dioses del infierno. Dentro de un mes van a tener, las bocas llenas de alguna otra cosa y se olvidarán de esto.

-Yo no voy a olvidarlo jamás -dijo Emily, con apasionamiento-. Hasta el día de mi muerte recordaré la humillación de estas semanas. Y ahora, Ilse, la señora Tolliver me escribió para pedirme que deje mi puesto en la kermés de St. John's.

-¡Emily, no!

-Emily, sí. Claro que lo disimula con una excusa, adujo que quiere el puesto para una prima de Nueva York que va a venir a visitarla, pero yo entiendo. Y me llama "Querida señorita Starr", cuando hace unas semanas era "Queridísima Emily". Todo el mundo en St. John's sabrá por qué me han pedido que me retire. Y pensar que casi se puso de rodillas para que la tía Ruth me permitiera atender el puesto. La tía Ruth no quería.

Librodot

-¿Qué dice la tía Ruth de esto?

-Ay, eso es lo peor, Ilse. Ahora tendrá que enterarse. No ha oído ni una palabra, porque estuvo en cama con ciática. He vivido aterrorizada de que se entere, porque sé que va a ser espantoso. Ahora empezó a salir, así que pronto va a enterarse, seguro. Y yo no tengo el estado de ánimo de enfrentarme a ella, Ilse. Ay, todo esto parece una pesadilla.

-En esta ciudad tienen unas mentes tan mezquinas, estrechas, maliciosas y burras -dijo llse, y de inmediato se sintió consolada. Pero Emily no podía aliviar su espíritu torturado con una serie selecta de adjetivos. Tampoco podía escribir su dolor y así liberarse de él. No hubo más notas en su cuaderno, ni más comentarios en su diario, ni más cuentos ni poemas nuevos. El destello ya no venía, no volvería nunca. Jamás volvería a haber maravillosos momentos secretos de percepción y creación que nadie podía compartir. La vida se había vuelto delgada y pobre, manchada y desagradable. No había belleza en nada, ni siquiera en las soledades de un blanco dorado en La Luna Nueva, cuando iba a casa a pasar el fin de semana. Ansiaba irse a casa, donde nadie pensaba mal de ella. Nadie en La Luna Nueva había oído una palabra de lo que se susurraba en Shrewsbury. Pero esa misma ignorancia torturaba a Emily. Pronto lo sabrían, se sentirían heridos y agraviados por el hecho de que una Murray, aunque fuera inocente, se hubiera convertido en blanco del escándalo. ¿Y quién sabía cómo tomarían el incidente de llse con el whisky de Malcolm? Para Emily era casi un alivio volver a Shrewsbury.

Imaginaba calumnias en todo lo que decía el director Hardy; insultos encubiertos en cada comentario o mirada de sus compañeros de clase. Sólo Evelyn Blake se colocaba en la posición de su amiga y defensora, y ésa era la herida más dolorosa de todas. Emily no sabía si detrás de la postura de Evelyn había susto o malicia, pero lo que sí sabía era que la parodia de Evelyn de amistad, lealtad y firme fe frente a una evidencia abrumadora era algo que parecía mancillarla más que todos los chismes. Evelyn le aseguraba a todo el que quería escucharla que ella se negaba a creer una palabra contra "la pobre Emily querida". La pobre Emily querida habría disfrutado alegremente viéndola ahogarse, o eso sentía.

Entretanto, la tía Ruth, que había estado varias semanas confinada en su casa por la ciática y estaba tan malhumorada que ni amigos ni enemigos osaron darle a entender una palabra sobre los chismes referidos a su sobrina, comenzaba a darse cuenta. La ciática se había ido y había dejado libre sus facultades para concentrarse en otras cosas. Recordó que el apetito de Emily hacía días que no era bueno y la tía Ruth sospechó que no había estado durmiendo bien. Apenas se le ocurrió esta sospecha, la tía Ruth entró en acción. En su casa no se tolerarían preocupaciones secretas.

-Emily, quiero saber qué te pasa -exigió una tarde de sábado cuando Emily, pálida y apática, con ojeras violeta debajo de los ojos, no había comido casi nada durante el almuerzo.

A Emily le vino un poco de color a la cara. La hora temida había llegado. Debía contarle todo a la tía Ruth. Y Emily sintió que no tenía ni el coraje para soportar las subsiguientes preguntas molestas ni el espíritu para enfrentarse a los porqués y los dónde de la tía kuth. Sabía a la perfección cómo sería todo: horror por el episodio de la vieja casa de John, como si alguien hubiera podido evitarlo; enojo por los chismes, como si Emily fuera la responsable; comentarios insistentes sobre el hecho de que ella siempre había esperado algo así; y luego intolerables semanas de recordatorios y alusiones. Emily sintió una especie de náusea mental ante la perspectiva. Durante un minuto no pudo hablar.

-¿Qué has estado haciendo? -insistió la tía Ruth.

Emily apretó los dientes. Era insoportable, pero debía soportarlo. Debía contarle la historia, lo único que podía hacer era contarla lo antes posible.

Librodot

-No hice nada malo, tía Ruth. Sólo hice algo que fue malentendido.

La tía Ruth resopló. Pero escuchó la historia de Emily sin interrumpir. Emily la contó lo más breve que pudo, sintiéndose un delincuente en el banquillo de los acusados con la tía Ruth de juez, jurado y fiscal, todo en uno. Cuando terminó, permaneció en silencio, esperando algún comentario característico de la tía Ruth.

-¿Y ahora por qué hacen tanto lío? -preguntó la tía Ruth. Emily no supo exactamente qué decir. Se quedó mirando a la tía Ruth.

-Piensan... piensan y dicen... todo tipo de cosas horribles balbuceó-. Es que... aquí, en Shrewsbury, con la protección de la ciudad, no se dieron cuenta de lo seria que fue la tormenta. Y, además, cada uno que repitió la historia le agregó algo, para cuando se enteró todo Shrewsbury habíamos estado todos borrachos.

-Lo que me exaspera -dijo la tía Ruth- es pensar por qué ustedes lo contaron en Shrewsbury. ¿Por qué diablos no se callaron la boca?

-Eso habría sido *ser solapado.* -El demonio de Emily la urgió a decirlo. Ahora que había contado la historia sintió un brote de espíritu que fue casi una carcajada.

-¡Solapado! Habría sido sentido común -bramó la tía Ruth-. Claro que llse no podía mantener la boca cerrada. Te he dicho mil veces, Emily, que una amiga tonta es diez veces más peligrosa que una enemiga. Pero, ¿tú por qué te preocupas? Tú tienes la conciencia limpia. El chisme va a parar algún día.

-El director Hardy dice que tendría que renunciar a la presidencia de la clase -dijo Emily.

-¡Jim Hardy! Caramba, su padre fue empleado de mi padre durante años -dijo la tía Ruth en un tono de inefable desprecio ¿Puede Jim Hardy suponer que *mi sobrina* puede comportarse de manera impropia?

Emily no entendía nada. Pensó que estaba soñando. ¿Era la tía Ruth esta mujer increíble? No podía ser la tía Ruth. Emily se enfrentaba a una de las contradicciones de la naturaleza humana. Aprendía que uno puede pelearse con los parientes, juzgarlos, odiarlos incluso, pero que a pesar de todo hay un lazo que los une. De alguna manera, los nervios y los tendones están unidos a los de ellos. La sangre es siempre más espesa que el agua. Que un extraño atacara, eso bastaba. La tía Ruth tenía, al menos, una de las virtudes de los Murray: lealtad al clan.

-No te preocupes por Jim Hardy -dijo la tía Ruth-. Pronto arreglaré cuentas con él. Le voy a enseñar a la gente a mantener la boca cerrada cuando se trata de los Murray.

-Pero la señora Tolliver me pidió que le deje mi puesto a su prima en la kermés -dijo Emily-. ¿Sabes lo que quiere decir eso? -Yo sé que Polly Tolliver es una arribista y una tonta -replicó la tía Ruth-. Desde que Nat Tolliver se casó con su mecanógrafa, la iglesia St. John's no ha sido el mismo lugar. Hace diez años, era una muchacha que andaba descalza, corriendo por las callejuelas de Charlottetown. Ni los gatos se daban con ella. Ahora se da aires de reina y trata de manejar la iglesia. Ya le voy a cortar las garras.

Hace unas semanas estaba muy agradecida por tener una Murray en su puesto. Era elevarse en el mundo, para ella. Polly Tolliver, vaya. ¿Adónde va el mundo?

La tía Ruth subió las escaleras dejando a una atónita Emily mirando monstruos que se desvanecían. La tía Ruth volvió a bajar, pronta para la batalla. Se había quitado los rizadores, puesto el mejor sombrero, su mejor vestido de seda negra, el abrigo nuevo de cuero de foca. Así ataviada, atravesó el pueblo rumbo a la residencia de los Tolliver, en la colina. Estuvo allí media hora encerrada con la señora de Nat Tolliver. La tía Ruth era una mujer gorda, baja y pequeña, con aspecto muy desaliñado y anticuado, a pesar del sombrero nuevo y del abrigo de piel de foca. La señora de Tolliver era la última palabra en

Librodot

moda y elegancia, con su vestido de París, sus impertinentes y sus cabellos bellamente rizados (los rizos comenzaban a ponerse de moda y la señora Tolliver era la primera en Shrewsbury). Pero la victoria del encuentro no estuvo del lado de la señora Tolliver. Nadie sabe qué se dijo en esa notable entrevista. Por cierto que la señora Tolliver no lo contó nunca. Pero cuando la tía Ruth salía de la casa, la señora Tolliver aplastaba su traje parisino y sus ondas entre los almohadones del diván, mientras lloraba lágrimas de ira y de humillación, y la tía Ruth llevaba en su manguito una nota dirigida a la "Querida Emily", escrita por la señora Tolliver, rogándole que tuviera la gentileza de atender el puesto como se había planeado originalmente. El siguiente entrevistado fue el doctor Hardy y otra vez para la tía Ruth fue venir, ver y vencer. La mucama de la casa de los Hardy oyó y repitió una oración de la entrevista, aunque nadie nunca creyó que la tía Ruth fuera en verdad capaz de decirle al digno doctor Hardy:

-Yo sé que eres un tonto, Jim Hardy, pero, por lo que más quieras, ¡disimula aunque sea por cinco minutos!

No, era posible. Claro, la mucama lo inventó.

-No vas a tener muchos problemas más, Emily -dijo la tía Ruth al volver a casa-. Polly y Jim tienen el buche lleno. Cuando la gente te vea en la kermés se va a dar cuenta en seguida de hacia dónde sopla el viento y van a acomodar las velas en la misma dirección. Tengo algunas cositas que decirles a otros personajes, lo que haré cuando se presente la oportunidad. El mundo ha de estar muy chiflado si dos muchachos y dos jovencitas decentes no pueden escapar de la muerte por congelamiento sin que se los calumnie. No pienses en este tema ni un segundo más, Emily. Recuerda que tienes el respaldo de tu familia.

Emily fue al espejo cuando la tía Ruth se fue abajo. Lo puso en el ángulo apropiado y le sonrió a Emily del espejo, le sonrió una sonrisa lenta, provocativa, seductora.

"¿Dónde habré puesto mi cuaderno?", pensó Emily. "Tengo qu agregarle algunos toques a mi boceto sobre la tía Ruth."

Librodot

22

QUIÉREME A MÍ Y QUIERE A MI PERRO

Cuando los habitantes de Shrewsbury descubrieron que la señora Dutton apoyaba a su sobrina, la llama de chismes que había azotado al pueblo se apagó en un lapso increíblemente corto. La señora Dutton daba más dinero a las diversas fundaciones de la iglesia St. John's que cualquier otro miembro: era una tradición de los Murray ayudar a la iglesia generosamente. La señora Dutton había prestado dinero a la mitad de los hombres de negocios del pueblo; tenía un pagaré de Nat Tolliver por una suma que lo mantenía desvelado por las noches. La señora Dutton tenía un conocimiento desconcertante de los secretos familiares, y ninguna delicadeza para referirse a ellos. Por lo tanto, la señora Dutton era una persona a la que se debía mantener de buen humor y si alguien había cometido el error de suponer que, como ella era estricta con la sobrina se podía humillar a esa sobrina sin consecuencias, cuanto antes se corrigiera ese error, mejor para todos los involucrados.

Emily vendió batitas, mantas, zapatitos y sombreros en el puesto de la señora Tolliver en la gran kermés y convenció a ancianos caballeros a comprarle, con su ya famosa sonrisa. Todos fueron agradables con ella y ella volvió a ser feliz, aunque la experiencia había dejado su cicatriz. Muchos años después, la gente de Shrewsbury decía que Emily Starr en realidad nunca los había perdonado por haber hablado mal de ella, y agregaban que los Murray nunca perdonaban, ¿sabe? Pero el perdón no tenía nada que ver. Emily había sufrido tanto, que de allí en adelante sólo ver a cualquiera que hubiera estado relacionado con su sufrimiento le era insoportable. Cuando la señora Tolliver le pidió, una semana después, que sirviera el té en la recepción que le daba a su prima, Emily declinó con amabilidad, sin molestarse en darle la menor excusa. Y algo en el ángulo del mentón o en la mirada directa de sus ojos le hizo sentir a la señora Tolliver hasta los huesos que seguía siendo Polly Riordan, de Riordan Alley, y que nunca sería otra cosa a los ojos de una Murray de La Luna Nueva.

Pero Andrew fue recibido muy dulcemente cuando, algo avergonzado, fue a visitarla la noche del viernes siguiente. Puede que se sintiera inseguro de cómo sería recibido, a pesar de tener la garantía de la tribu. Pero Emily fue especialmente gentil con él. Tal vez ella tuviera sus razones. Vuelvo a llamar la atención sobre el hecho de que yo soy sólo la biógrafa de Emily, no su apologista. Si ella eligió un camino para vengarse de Andrew que a mí no me gusta, ¿qué puedo hacer, sino lamentarlo? Sin embargo, para mi propia satisfacción debo mencionar que creo que Emily fue muy lejos cuando le dijo a Andrew -después de que él contó de algunos elogios que le había hecho su gerente- que era sin duda una maravilla. Ni siquiera puedo excusarla diciendo que habló con sarcasmo. No fue así; lo dijo con suma dulzura y una mirada hacia arriba seguida por una mirada hacia abajo que hizo que hasta el corazón bien regulado de Andrew se salteara un latido. ¡Ay, Emily, Emily!

Librodot

Las cosas le fueron bien a Emily esa primavera. Recibió varias aceptaciones y varios cheques, y comenzaba a solazarse en que era una literata. El clan comenzó a tomar su manía de escribir con bastante seriedad. Los cheques eran argumentos inobjetables.

-Emily ganó cincuenta dólares escribiendo desde Año Nuevo -le dijo la tía Ruth a la señora Drury-. Empiezo a creer que esa chica tiene el don de ganarse fácilmente la vida.

¡Fácilmente! Emily, que la oyó mientras cruzaba la sala, sonrió y suspiró. ¿Qué sabía la tía Ruth, qué sabía nadie de las desilusiones y los fracasos de los que trepan el Sendero Alpino? ¿Qué sabía ella de la desolación y el sufrimiento de quien ve pero no puede alcanzar? ¿Qué sabía de la amargura de quien concibe un cuento maravilloso y cuando lo escribe descubre que ha escrito algo chato e insulso como recompensa a su empeño? ¿Qué sabía de las puertas cerradas y los inaccesibles santuarios editoriales? ¿De las brutales notas de rechazo y del espanto de una tibia alabanza? ¿De las esperanzas diferidas y las horas de angustiosa duda y falta de fe en sí misma?

La tía Ruth no sabía ninguna de estas cosas, pero se daba a ataques de indignación cuando le devolvían manuscritos a Emily. -¡Es una impertinencia! -decía-. No le mandes ni una línea más a ese editor. ¡Recuerda que eres una Murray!

-Me temo que él no lo sepa -decía Emily, seria. -Entonces, ¿por qué no se lo dices? -decía la tía Ruth. Shrewsbury experimentó una sacudida en mayo, cuando Janet Royal vino a casa desde Nueva York con sus hermosos vestidos, su brillante reputación y su perro chow. Janet era una chica de Shrewsbury, pero no había vuelto a casa desde que "se había ido a los Estados Unidos" hacía veinte años. Era inteligente y ambiciosa y había triunfado. Era directora literaria de una gran revista metropolitana para mujeres y lectora de una conocida editorial. Emily contuvo el aliento cuando se enteró de la llegada de la señorita Royal. ¡Ay, si pudiera verla, hablar con ella, preguntarle mil cosas que quería saber! Cuando el señor Towers le dijo, como al pasar, que fuera a entrevistar a la señorita Royal para escribir una nota para el *Times,* Emily tembló entre el terror y la fascinación. Aquí tenía una excusa. Pero, *¿podría?* ¿Tendría el suficiente aplomo? ¿La señorita Royal no la creería insoportablemente presuntuosa? ¿Cómo podía *ella* hacerle a la señorita Royal preguntas sobre su carrera, su opinión sobre la política exterior y la reciprocidad con los Estados Unidos? Jamás tendría bastante coraje.

"Ambas adoramos el mismo altar, pero ella es una suma sacerdotisa y yo la más humilde de los acólitos", escribió Emily en su diario.

Entonces redactó una carta llena de adoración dirigida a la señorita Royal -y la reescribió una docena de veces- en la cual le pedía permiso para entrevistarla. Después de enviarla, no pudo dormir en toda la noche porque se le ocurrió que tendría que haber firmado con un "cordialmente" y no con un "afectuosamente".

"Afectuosamente" sugería una amistad que no existía. La señorita Royal la creería una presumida, sin duda.

Pero la señorita Royal le envió una carta encantadora; Emily la guarda aún.

***

"Ashbum, lunes. "Querida señorita Starr:

"Claro que puede venir a verme, le contaré todo lo que quiere saber para Jimmy Towers (¡bendito sea: fue mi primer enamorado!) y todo lo que quiera saber para usted misma. Creo que un cincuenta por ciento de mis razones para venir a la Isla Príncipe Eduardo esta primavera es que quería ver a la escritora de "La mujer que le dio una tunda al Rey". Lo leí el invierno pasadocuando salió en *Roche* y me pareció encantador. Venga a

Librodot

contarme de usted, de sus ambiciones. Porque es ambiciosa, ¿no? Y yo creo que va a lograr sus ambiciones, y quisiera ayudarla, si puedo. Usted tiene algo que yo nunca tuve: verdadera habilidad creadora, pero yo tengo montones de experiencia y lo que haya aprendido se lo cederé con mucho gusto. Puedo ayudarla a evitar algunas trampas y algunos precipicios, y no me falta influencia en ciertos ambientes. Venga a Ashburn el viernes que viene, de tarde, que no tendrá clase, y tendremos una charla de corazón a corazón.

"Fraternalmente,

JANET ROYAC'

Emily se emocionó hasta las uñas al leer la carta. "Fraternalmente" ¡Ay, cielos! Se arrodilló junto a la ventana y miró hacia afuera con los ojos perdidos hacia los esbeltos abetos de la Tierra de la Rectitud y los jóvenes campos de trébol llenos de rocío más allá. Ay, ¿era posible que algún día fuera una mujer brillante y exitosa como la señorita Royal? Esa carta parecía hacerlo posible, hacía que todos sus sueños parecieran posibles. Y el viernes, en cuatro días más, iría a ver y a hablar íntimamente con su suma sacerdotisa.

La señora Angela Royal, que fue a visitar a la tía Ruth esa tarde, no parecía considerarla precisamente una suma sacerdotisa ni una maravilla. Pero, claro, nadie es profeta en su tierra, y la señora Royal había criado a Janet.

-No voy a decir que no le va bien -le confió a la tía Ruth-. Tiene un sueldo excelente. Pero, a pesar de eso, es una solterona. Y en algunas cosas rara como no se qué.

Emily, que estudiaba latín junto a la ventana, se puso roja de indignación. Eso no era más que *lése-majesté.*

-Todavía es bonita -dijo la tía Ruth-. Janet siempre fue una muchacha muy agradable.

-Ah, sí, agradable es. Pero yo siempre tuve miedo porque era demasiado inteligente para casarse, y no me equivoqué. Está llena de ideas raras. Nunca es puntual con las comidas, y a mí me enferma todo el escándalo que arma con ese perro que tiene, Chu-Chin se llama. Él es el dueño de casa. Hace *exactamente lo* que se le antoja y nadie osa decir esta boca es mía. Mi pobre gata no sabe ni cómo se llama. Janet es tan quisquillosa con él. Cuando me quejé porque duerme en el diván de terciopelo, se ofendió tanto que no me dirigió la palabra en todo un día. Eso es lo que no me gusta de Janet. Se pone tan altiva y todopoderosa cuando está ofendida. Y se ofende por cosas que a nadie le importarían en lo más mínimo. Y cuando se ofende con una persona se ofende con el mundo. Espero que no se moleste por nada antes de que vengas el viernes, Emily. Si está de mal humor, te lo hará sentir. Pero lo que tiene de bueno es que no se ofende a menudo y no es nada mezquina ni rencorosa. Es capaz de dar la vida por un amigo.

Cuando la tía Ruth se fue a ver al mandadero del almacén, la señora Royal agregó, de prisa:

-Está muy interesada en ti, Emily. Le encanta rodearse de muchachas bonitas y jóvenes, dice que la hace sentir joven. Piensa que tu obra demuestra un verdadero talento. Si le caes bien, para ti sería una gran cosa. Pero, por lo que más quieras, ¡llévate bien con ese perro! Si lo ofendes a él, Janet no va a querer tener nada que ver contigo, aunque seas el mismo Shakespeare.

La mañana del viernes, Emily se despertó con la convicción de que ése sería uno de los días cruciales de su vida, un día de posibilidades asombrosas. Había tenido una pesadilla en la que estaba sentada, muda ante la señorita Royal, sin poder decir una

Librodot

palabra fuera de "Chu-Chin", la que repetía como un loro cada vez que la señorita Royal le hacía una pregunta.

Llovió a cántaros toda la mañana, para su desasosiego, pero al mediodía salió un Sol brillante y las colinas del otro lado del puerto se envolvieron en un azul sobrenatural. Emily volvió a casa desde la escuela, corriendo, pálida por la solemnidad de la ocasión. Arreglarse era un rito importante. Debía ponerse su nuevo vestido de seda azul marino, por supuesto. Era largo de verdad y la hacía parecer una verdadera adulta. Pero, ¿cómo se peinaría? El peinado griego era más distinguido, le hacía un buen perfil y la favorecía debajo del sombrero. Además, tal vez una frente despejada la hiciera parecer más intelectual. Pero la señora Royal había dicho que a la señorita Royal le gustaban las muchachas bonitas. Por lo tanto, bonita debía estar, a cualquier costo. Se peinó los espesos cabellos negros sobre la frente y los coronó con el nuevo sombrero de primavera que Emily había osado comprar con su último cheque, a pesar de la desaprobación de la tía Elizabeth y de la franca declaración de la tía Ruth de que un tonto pronto se separa de su dinero. Pero Emily ahora se alegraba de haberse comprado el sombrero. No podía ir a la entrevista con la señorita Royal con su sencillo sombrero marinero negro. Ese sombrero era muy sentador, con esa cascada de violetas púrpuras que caían sobre las hermosas ondas de cabello y le tocaban apenas la blancura lechosa del cuello. Todo en ella era exquisitamente prolijo y delicado; parecía -me gusta esta frase antigua- como si acabara de salir de una sombrerera. La tía Ruth, que merodeaba por la sala, la vio bajar y se dio cuenta, con una especie de conmoción, de que Emily era una migex

"Tíene el porte de una Murray", pensó la tía Ruth.

La fuerza del elogio no podía ser más, aunque en realidad era de los Starr que Emily había heredado su esbelta elegancia. Los Murray eran majestuosos y dignos, sí, pero rígidos.

La caminata hasta Ashburn era considerable. Ashburn era una linda casa vieja y blanca, lejos de la calle y entre grandes árboles. Emily tomó el sendero de entrada, bordeado con las sombras de la primavera, como un adorador que se acerca a un templo sagrado. Un perro bastante grande, peludo y blanco, estaba sentado a medio camino, en el sendero. Emily lo miró con curiosidad. Ella nunca había visto un perro choca. Pensó que Chu-Chip era bonito, pero no limpio. Evidentemente había estado divirtiéndose mucho en un charco de barro, porque tenía las patas y el pecho embarrados. Emily esperó caerle bien, pero mantuvo su distancia.

Evidentemente le cayó bien, porque el perro se dio vuelta y se echó a trotar junto a ella, cariñosamente moviendo la cola esponjosa, o, mejor dicho, una cola que podría haber sido esponjosa, de no estar mojada y llena de barro. Se quedó expectante junto a ella mientras ella tocaba el timbre y, apenas se abrió la puerta, le saltó con alegría a la dama que la había abierto, y estuvo a punto de arrojarla al piso.

La dama que había abierto la puerta era la señorita Royal en persona. Como Emily vio de inmediato, no tenía belleza, pero sí una indudable distinción, desde la punta de sus cabellos de un dorado broncíneo hasta la punta de los escarpines de satén. Estaba vestida con un hermosísimo traje de terciopelo malva y llevaba anteojos con aro de carey, los primeros que se veían en Shrewsbury.

Chu-Chip le dio una lamida llena de amor y baba en la cara y salió corriendo hacia la sala de la señorita Royal. El hermoso vestido malva quedó manchado desde el cuello al ruedo con la marca de sus patas. Emily pensó que Chu-Chin bien se merecía el mal concepto que de él tenía la señora Roya] y que, si fuera su perro, se portaría mejor. Pero la señorita Royal no lo reprendió para nada y, tal vez, la crítica secreta de Emily surgió inconscientemente, por su inmediata percepción de que el saludo de la señorita Royal, si

Librodot

bien perfectamente cortés, era muy frío. A juzgar por la carta, Emily había esperado una recepción más cálida.

-¿Quiere pasar y tomar asiento, por favor? -dijo la señorita Royal. Hizo entrar a Emily, le indicó una silla cómoda y se sentó en una silla Chippendale recta y poco comprometedora. Emily, siempre perceptiva y en ese momento más aún, sintió que la elección de una silla de parte de la señorita Royal era un mal augurio. ¿Por qué no se había dejado caer en las profundidades de la gran poltrona de terciopelo? No, se había sentado allí, una figura majestuosa, alejada, que al parecer no había prestado la menor atención a las horribles manchas de barro de su hermoso vestido. Chu-Chin había saltado sobre el gran diván de terciopelo, donde se quedó sentado, mirando ya a una ya a la otra, con aire insolente, como si disfrutara de la situación. Era demasiado evidente que, como había presagiado la señora Royal, algo había "molestado" a la señorita Royal, y a Emily de pronto el corazón le pesaba como plomo.

-Qué... qué lindo día, ¿no? -balbuceó. Sabía que era increíblemente estúpido decir eso, pero tenía que decir algo, ya que la señorita Royal no decía nada. El silencio era insoportable.

-Muy lindo -respondió la señorita Royal, sin mirar a Emily sino a Chu-Chip, que golpeaba con la cola mojada sobre un precioso *almohadón* de seda y encaje de la señora Royal. Emily odiaba a

Chu-Chin. Era un alivio odiarlo, ya que todavía no se animaba a odiar a la señorita Roya]. Pero deseaba estar a mil kilómetros de distancia. ¡Ah, si al menos no tuviera ese paquetito con manuscritos en la falda! Era tan evidente lo que era. Jamás se animaría a mostrarle ni uno solo a la señorita Roya]. ¿Era esa ultrajada emperatriz la que había escrito aquella cariñosa carta? Imposible creerlo. Eso era una pesadilla. Su sueño se había cumplido con creces. Se sentía vulgar, prosaica, ignorante, desprolija y... ¡joven! ¡Ay, tan terriblemente joven!

Los momentos pasaban, tal vez no hayan sido tantos, pero a Emily le parecieron horas. Tenía la boca seca y el cerebro paralizado. No se le ocurría absolutamente nada que decir. Se le cruzó por la cabeza una espantosa sospecha: que, después de escribir la carta, la señorita Royal se había enterado del chisme sobre la noche en la vieja casa de John y que su cambio de actitud era el resultado.

En su angustia, Emily se agitaba en la silla hasta que se le cayó al suelo el paquete con los manuscritos. Emily se agachó para recuperarlos. En el mismo momento Chu-Chin pegó un salto tremendo desde el diván hasta el paquete. Las patas embarradas se engancharon en las violetas del sombrero de Emily y las arrancaron. Emily soltó el paquete y aferró el sombrero. Chu-Chip dejó la violetas y saltó sobre el. paquete. Entonces, sosteniéndolo en la boca, salió corriendo por la puerta ventana que daba al jardín.

"Ay, qué alivio sería poder tirarme del pelo", pensó Emily, con violencia.

Ese diabólico chow se había llevado su último, su mejor cuento y varios poemas selectos. El cielo sabía lo que haría con ellos. Supuso que no volvería a verlos. Pero al menos, por fortuna, no tendría que mostrárselos a la señorita Royal.

A Emily ya no le importó si la señorita Royal estaba de mal humor o no. Ya no deseaba complacerla: una mujer que permite que su perro se porte así con una visita y no es capaz de reprenderlo...

Es más, parecía divertirse con sus travesuras. Emily estaba segura de haber detectado la sombra de una sonrisa en el rostro arrogante de la señorita Royal, cuando miró las violetas arruinadas, esparcidas por el piso.

Librodot

De pronto, a Emily se le vino a la cabeza un cuento que había oído del padre de John el Altivo, que tenía la costumbre de decirle a su esposa:

"Cuando la gente se ponga a humillarte, Bridget, da batalla". Emily dio batalla.

-Qué perro tan juguetón -dijo, sarcástica. -Mucho -estuvo de acuerdo la señorita Royal.

-¿No le parece que un poco de disciplina lo mejoraría? -preguntó Emily.

-No, no lo creo -dijo la señorita Royal, meditativa. Chu-Chin volvía en ese momento, brincó por la habitación, tiró con un coletazo un florerito de cristal que había sobre una banqueta, olfateó los fragmentos que quedaron y volvió a treparse al diván, donde se quedó sentado, jadeando, como diciendo: "¡Qué buen perrito soy!"

Emily tomó la libreta y un lápiz.

-El señor Towers me envió a entrevistarla -dijo.

-Eso tengo entendido -dijo la señorita Royal, sin apartar ni por un segundo los ojos de su adorado chow.

Emily: -¿Puedo molestarla con algunas preguntas? *Señorita Royal, con exagerada amabilidad:* -Encantada. (Chu-Chin, que había recuperado el aliento, saltó del diván y salió corriendo por las puertas plegadizas entreabiertas que daban al comedor).

Emily, consultando libreta y preguntando, temeraria, la primera pregunta anotada en ella: -¿Cuál piensa que será el resultado de las elecciones electorales de este otoño?

Señorita Royal: -No pienso.

(Emily, con los labios apretados, escribe en la libreta: "No piensa". Reaparece Chu-Chin, atraviesa corriendo la sala y sale al jardín, llevando en la boca un pollo asado.)

Señorita Royal: -Ahí se va mi almuerzo.

Emily, tildando la primera pregunta: -¿Hay alguna probabilidad de que el Congreso de los Estados Unidos considere favorablemente las recientes propuestas de reciprocidad del Gobierno canadiense?

Señorita Royal: -¿El gobierno canadiense ha hecho alguna propuesta? No me había enterado.

(Emily escribe: "No se había enterado". La señorita Royal se acomoda los anteojos.)

Emily, pensando: "Con un mentón y una nariz como los tuyos te vas a parecer mucho a una bruja cuando seas vieja. *Dice:* -¿Opinaría usted que la novela histórica ha pasado de moda?

Señorita Royal, lánguida: -Siempre dejo mis opiniones en casa cuando salgo de vacaciones.

(Emily escribe: "Siempre deja sus opiniones en su casa cuando sale de vacaciones" y desea salvajemente poder escribir su propia descripción de esta entrevista, pero el señor Towers se negaría a publicarla. Luego se consuela recordando que tiene un cuaderno sin empezar en su casa y obtiene un maligno placer al pensar en lo que va a escribir en él esa noche. Entra Chu-Chip. Emily se pregunta si se pudo haber comido el pollo tan rápido. Chu-Chin, sintiendo evidentemente la necesidad de algún postre, se sirve uno de los tapetes al crochet de la señora Royal, se mete debajo del piano con él y se dedica a masticarlo concienzudamente).

Señorita Royal, fervientemente: ¡Qué perro tan delicioso! *Emily, inspirada súbitamente:* ¿Qué piensa de los perros chow? *Señorita Royal:* -Que son las criaturas más encantadoras del mundo.

Emily, para sí misma: -Así que *una* opinión se trajo. *Para la señorita Royal:* A mí no me gustan.

Librodot

Señorita Royal, con una sonrisa gélida: -Es evidente que su gusto en lo que hace a perros es muy diferente del mío.

Emily, para sí misma: "Cómo me gustaría que estuviera Ilse aquí para insultarla en mi nombre."

(Una gran gata grávida pasa por la puerta, del lado de afuera. Chu-Chip sale de un salto de debajo del piano, acelera entre las patas de un alto soporte para plantas y persigue a la gata, que sale volando. El soporte se cae al suelo con gran estruendo y las hermosas begonias rex de la señora Roya] quedan deshechas en el suelo, entre un montón de tierra y de cerámica rota).

Señorita Royal, con indiferencia: -¡Pobre tía Angela! Esto le va a provocar un dolor muy grande.

Emily: -Pero no importa, ¿no?

Señorita Royal, con amabilidad: -No, claro que no.

Emily, consultando la libreta:'-¿Ha encontrado muchos cambios en Shrewsbury?

Señorita Royal: -Encuentro muchos cambios en las personas. La generación joven no me impresiona favorablemente.

(Emily escribe. Chu-Chin vuelve a aparecer, evidentemente ha perseguido a la gata a través de más charcos de barro, y sigue comiéndose el tapete, debajo del piano).

Emily cerró la libreta y se puso de pie. No pensaba prolongar esta entrevista ni por mil señores Tower. Parecía un joven ángel, pero pensaba cosas terribles. Y odiaba a la señorita Royal, ¡ay, cómo la odiaba!

-Gracias, eso es todo -dijo, con una altivez bastante pareja con la de la señorita Royal-. Lamento haberle quitado tanto tiempo. Buenas tardes.

Hizo una pequeña inclinación de cabeza y salió al vestíbulo. La señorita Royal la siguió hasta la puerta de la sala.

-¿No sería mejor que se llevara a su perro, señorita Starr? -preguntó, con mucha dulzura.

Emily se detuvo en el acto de cerrar la puerta del frente y miró a la señorita Roya].

-¿Perdón?

-Dije si no sería mejor que se llevara a su perro. -¿Mi perro?

-Sí. No ha terminado de comerse el tapete, claro, pero puede llevárselo también. Igual, ahora, a la tía Angela no le va a servir de mucho.

-No... no es... mi perro -farfulló Emily.

-¿Que no es su perro? ¿Pero entonces de quién es? -preguntó la señorita Royal.

-Yo... pensé que era suyo, que era su chow -dijo Emily.

23

UNA PUERTA ABIERTA

La señorita Royal miró a Emily por un segundo. Luego la tomó de la muñeca, cerró la puerta, la llevó de vuelta a la sala y la hizo sentar con firmeza en la poltrona. Una vez hecho esto, la señorita Royal se dejó caer en el diván embarrado y se echó a reír, largo y tendido. Una o dos veces se hamacó hacia adelante, le dio dos golpecitos en la rodilla a Emily, volvió a hamacarse hacia atrás y continuó riendo. Emily permaneció sentada, sonriendo apenas. Sus sentimientos habían estado muy perturbados para permitirse las convulsiones de gozo de la señorita Royal, pero ya le brillaba en la cabeza un bosquejo para su cuaderno. Mientras tanto, el perro blanco, que había deshecho el tapete, vio otra vez a la gata y salió corriendo en su persecución.

Por fin la señorita Royal se sentó derecha y se secó los ojos. -¡Ay, esto no tiene desperdicio, Emily Byrd Starr, no tiene desperdicio! ¡Ah! Cuando tenga ochenta años me voy a acordar de esto y me voy a morir de risa. ¿Quién va a escribirlo, tú o yo? Pero, ¿de quién es esa bestia?

-No tengo la menor idea -dijo Emily, tímida-. Yo no lo había visto nunca.

-Bueno, cerremos la puerta antes de que vuelva. Y ahora, querida mía, siéntate junto a mí, acá hay un pedacito limpio, debajo del almohadón. Ahora sí vamos a charlar. Ay, estuve tan grosera contigo cuando tratabas de hacerme preguntas. *Me esforcé* por ser grosera. ¿Por qué no me tiraste con algo, pobrecita, tan insultada?

-Quise hacerlo. Pero ahora pienso que se portó muy bien conmigo, considerando el comportamiento de mi supuesto perro.

La señorita Royal cayó en otra convulsión.

-No sé si puedo perdonarte por creer que ese animal espantoso, blanco y enrulado era mi glorioso chow, que es de un rojo dorado. Te llevaré a mi cuarto antes de que te vayas para que le pidas disculpas. Está durmiendo en mucama. Lo encerré para tranquilizar a la pobre tía Angela por su gata. Chu-Chin sería incapaz de hacerle nada, sólo quiere jugar con ella, y la vieja tonta sale corriendo. Y ya sabes que cuando un gato sale corriendo a un perro no le queda más remedio que perseguirlo. Como nos dice Kipling, no sería un perro como corresponde si no lo hiciera. ¡Pero si nuestro enemigo blanco se hubiera limitado a perseguir a la gata!

-Qué pena lo de la begonia de la señora Royal -dijo Emily, apenada.

-Sí, es una pena. La tía Angela la tiene desde hace años. Pero le voy a comprar una nueva. Cuando te vi venir por el sendero con el perro saltándote alrededor, di por sentado que era tuyo. Me había puesto mi vestido preferido porque me hace parecer casi hermosa, y quería que tú me quisieras, y cuando ese animal me lo embarró de arriba abajo y tú no dijiste ni una palabra para reprenderlo o para disculparte, entré en una de mis rabias heladas. Me pasa siempre, no puedo evitarlo. Es uno de mis defectos. Pero en seguida se me pasa, si no hay nuevos agravios. En este caso los nuevos agravios ocurrían cada minuto. Me juré que si no intentabas siquiera que tu perro se comportara, yo no iba a sugerirlo. Y supongo que tú estabas indignada porque yo dejaba, con toda tranquilidad, que mi perro te estropeara las violetas y se comiera tus manuscritos.

-Así es.

Librodot

-¡Qué pena lo de los manuscritos! Tal vez podamos encontrarlos, no pudo habérselos tragado, en realidad, pero supongo que los ha de haber masticado un poco.

-No importa. Tengo copias en casa.

-¡Y tus preguntas! Emily, estuviste deliciosa. ¿De verdad anotaste mis respuestas?

-Palabra por palabra. Iba a publicarlas exactamente así. El señor Towers me había dado una lista de preguntas para que le hiciera, pero yo no pensaba dispararlas así. Pensaba mezclarlas inteligentemente en nuestra conversación, a medida que avanzara. Pero ahí viene la señora Royal¡

La señora Royal venía sonriendo. La expresión se le demudó cuando vio la begonia. Pero la señorita Roya] se apresuró a hablar. -Querida tiíta, no llores ni te desmayes, al menos no antes de decirme quién tiene por aquí un perro diabólico, blanco, enrulado y muy mal educado.

-Lily Bates -dijo la señora Royal en tono desolado-. Ay, ¿otra vez lo dejó suelto? Antes de que vinieras tuve serios problemas con él. Es como un cachorro grandote y no hay manera de que se porte bien. Al fin le dije a ella que si volvía a encontrarlo en casa, lo iba a envenenar. Desde entonces lo ha tenido encerrado. Pero ahora... ¡ay, mi preciosa begonia!

-Bueno, el perro vino con Emily. Yo creí que era de ella. La cortesía hacia una visita implica la cortesía hacia su perro, ¿no hay un viejo proverbio que lo dice de manera más concisa? Al entrar, me abrazó efusivamente, como atestigua mi vestido más querido. Te ensució todo el diván, le arrancó las violetas al sombrero de Emily, corrió a tu gata, tiró tu begonia, te rompió un florero, se escapó con nuestro pollo asado, ¡sí, gime, tía Angela, así fue! y sin embargo yo, decididamente cortés y compuesta, no dije ni una palabra de protesta. Juro que mi comportamiento era merecedor de la mismísima Luna Nueva, ¿no, Emily?

-Estabas demasiado enojada para hablar-dijo la señora Royal, apesadumbrada, acariciando su begonia.

La señorita Royal le dirigió una mirada cómplice a Emily. -Ya ves, no puedo simular con la tía Angela. Me conoce demasiado. Admito que no estuve encantadora como de costumbre. Pero, tiíta querida, te voy a comprar un florero nuevo y una begonia nueva, piensa en cómo vas a disfrutar cuidándola. La anticipación es mucho más interesante que la consecución.

-Yo voy a hablar con Lily Bates -dijo la señora Royal, saliendo de la habitación en busca de un paño para limpiar.

-Ahora, querida mía, charlemos -dijo la señorita Royal, acomodándose cerca dé Emily.

Ésta era la señorita Royal de la carta. A Emily no le fue nada difícil hablar con ella. Pasaron una hora muy felices y, al final, la señorita Royal le hizo una proposición que la dejó sin aliento. -Emily, quiero que te vengas conmigo a Nueva York en julio. Hay una vacante en *The Ladies' Own,* si bien no es gran cosa. Serás una especie de factótum, y todos los trabajos que no hace nadie caerán sobre ti, pero tendrás la oportunidad de progresar. Y estarás en el centro de las cosas. Eres capaz de escribir, de eso me di cuenta cuando leí "La mujer que le dio una tunda al Rey". Conozco al director de *Roche y* pude averiguar quién eras y dónde vivías. Ésa es en realidad la razón por la que vine esta primavera: quería atraparte. No debes despediciar tu vida aquí, sería un crimen. Claro, ya sé que La Luna Nueva es un lugar precioso, adorable, lleno de poesía e imbuido en romance. Era el lugar adecuado para que pasaras tu niñez. Pero tienes que tener la oportunidad de crecer y desarrollarte y ser tú misma. Debes tener el estímulo de relacionarte con las grandes cabezas, el entrenamiento que puede darte una gran ciudad.

Ven conmigo. Si vienes, te prometo que dentro de diez años Emily Byrd Starr será un nombre invocado entre las grandes revistas de América.

Emily permaneció sentada, envuelta en un laberinto de asombro, demasiado confundida y azorada para pensar con claridad. Nunca había soñado con eso. Era como si, de pronto, la señorita Royal le hubiera puesto en la mano una llave para abrir la puerta al mundo de todos sus sueños, sus esperanzas, sus fantasías. Del otro lado de esa puerta estaba todo lo que alguna vez había soñado: el éxito y la fama. Y sin embargo... sin embargo... ¿qué débil y extraño resentimiento se agitaba en lo más hondo de todas estas vertiginosas sensaciones? ¿La molestaba la calma suposición de la señorita Royal de que si Emily no iba con ella su nombre permanecería desconocido para siempre? ¿Los Murray muertos se daban vuelta en sus tumbas al oír que una de sus descendientes podía no triunfar sin la ayuda y las "influencias" de una extraña? ¿O la actitud de la señorita Royal sí había sido un poquitito paternalista? Fuera lo que fuese, impidió que Emily se arrojara, en sentido figurado, a los pies de la señorita Royal.

-Ah... señorita Royal, sería maravilloso -balbuceó-. Me encantaría ir, pero me temo que la tía Elizabeth jamás daría su consentimiento. Va a decir que soy demasiado joven.

-¿Cuántos años tienes? -Diecisiete.

-Yo tenía dieciocho cuando me fui. No conocía a un alma en Nueva York, tenía dinero suficiente para mantenerme tres meses. Era una personita ruda, inexperta y, sin embargo, gané. Tú vas a vivir conmigo. Yo te cuidaré como te cuidaría la misma tía Elizabeth. Dile que te cuidaré como a la niña de mis ojos. Tengo un departamentito precioso donde seremos felices como reinas, con mi querido, mi adorado Chu-Chin. Vas a querer a Chu-Chin, Emily.

-Me gustan más los gatos -dijo Emily, con firmeza. -¡Gatos! No, no podríamos tener un gato en el departamento. No se adaptaría a la disciplina. Debes sacrificar los gatos en el altar de tu arte. Estoy segura de que te gustará vivir conmigo. Soy muy buena y dulce, querida, cuando quiero serlo, y por lo general quiero, y nunca pierdo los estribos. A veces se me congelan, pero, como te dije, se descongelan con mucha rapidez. Soporto las debilidades de las demás personas con ecuanimidad. Y *nunca* le digo a nadie que está resfriado o que se lo ve cansado. Ah, sería una compañera t estupenda.

-No me cabe duda -dijo Emily, sonriendo.

-Nunca antes había visto a una muchacha con la que quisiera vivir -dijo la señorita Royal-. Tienes una especie de personalidad luminosa, Emily. Arrojarás tu luz en los lugares oscuros y llenarás de púrpura los grises. Vamos, decide que sí vienes conmigo.

-Es la tía Elizabeth la que tiene que tomar la decisión -dijo Emily, sombría-. Si ella dice que puedo ir...

Emily se sorprendió interrumpiéndose.

-Vienes -terminó la señorita Royal, llena de alegría-. La tía Elizabeth accederá. Yo iré a hablar con ella. El viernes próximo volveré contigo a La Luna Nueva. *Tienes* que tener una oportunidad.

-No sé cómo darle las gracias, señorita Royal, entonces, no lo intentaré. Pero ahora debo irme. Lo pensaré; en este momento estoy demasiado impresionada para pensar. Usted no sabe lo que esto significa para mí.

-Creo que lo sé -dijo la señorita Royal, con suavidad-. Yo fui una muchacha de Shrewsbury, que me mordía las uñas porque no tenía una oportunidad.

-Pero usted se hizo de una oportunidad y triunfó -dijo Emily, melancólica.

-Sí, pero tuve que irme para conseguirlo. No habría llegado a ningún lado si me hubiera quedado aquí. Y, al principio, subir fue muy difícil. Quiero ahorrarte algunas de las penurias y de los desalientos. Tú irás más lejos que yo, tú eres una creadora, yo sólo

Librodot

construyo con el material de otros. Pero nosotros, los constructores, tenemos nuestro lugar, podemos construir templos para nuestros dioses y nuestras diosas, aunque más no sea. Ven conmigo, querida muchachita, y haré todo lo que pueda para ayudarte en lo que sea.

-Gracias, gracias -fue todo lo que Emily pudo decir. Las lágrimas de gratitud por ese ofrecimiento de ayuda y apoyo tan altruista le brillaban en los ojos. Ella no había recibido demasiado apoyo ni comprensión en su vida. La conmovía profundamente. Se fue sintiendo que *debía* hacer girar la llave y abrir la puerta mágica del otro lado de la cual parecía estar toda la belleza y el encanto de la vida... si la tía Elizabeth se lo permitía.

-No puedo irme si ella no está de acuerdo -decidió Emily. A medio camino hacia su casa, se detuvo de pronto y rió. Después de todo, la señorita Royal se había olvidado de mostrarle su Chu-Chip. "Pero no importa", pensó, "porque, en primer lugar, no puedo creer que después de esto me lleguen a interesar de veras los perros chow. Y, en segundo lugar, lo veré con bastante frecuencia si me voy a Nueva York con la señorita Royal."

Librodot

24

UN VALLE DE ENSUEÑO

¿Iría a Nueva York con la señorita Royal? Ésa era la pregunta que ahora Emily debía responder. Mejor dicho, la pregunta que la tía Elizabeth debía responder. Pues Emily estaba convencida de que todo dependía de la tía Elizabeth. Y ella no tenía muchas esperanzas de que la tía Elizabeth le permitiera ir. Emily podía mirar con anhelo esas agradables praderas verdes, pintadas por la señorita Royal, pero estaba segura de que nunca podría pastar en ellas. El orgullo -y el prejuicio- de los Murray sería una barrera infranqueable.

Emily no le dijo nada a la tía Ruth sobre el ofrecimiento de la señorita Roya¡. Primero debía enterarse la tía Elizabeth. Mantuvo su deslumbrante secreto hasta el fin de semana siguiente, cuando la señorita Royal fue a La Luna Nueva, muy gentil y agradable, y una pizca condescendiente, a pedirle a la tía Elizabeth que dejara a Emily ir con ella.

La tía Elizabeth escuchó en silencio, un silencio desaprobador, según sentía Emily.

-Las mujeres Murray nunca han tenido que trabajar afuera para ganarse la vida -dijo, con frialdad.

-Esto no es exactamente lo que uno llamaría "trabajar afuera", querida señorita Murray -dijo la señorita Royal, con la cortés paciencia que uno debe utilizar con una dama cuyo punto de vista era el de una generación pasada-. Hay miles de mujeres que se dedican a los negocios y a las profesiones, en todos lados.

-Supongo que está bien para ellas, si no se casan -dijo la tía Elizabeth.

La señorita Royal se ruborizó. Sabía que en Blair Water y en Shrewsbury la consideraban una vieja solterona y, por consiguiente, una fracasada, fueran cuales fuesen sus ingresos o su posición en Nueva York. Pero no perdió el buen humor e intentó otra línea de ataque.

-Emily tiene un don especial para escribir -dijo-. Creo que puede hacer que de verdad valga la pena, si tiene una oportunidad. Tiene que tener esa oportunidad, señorita Murray. Usted sabe que aquí no la tiene.

-Este año Emily ha ganado noventa dólares con su pluma -dijo la tía Elizabeth.

"¡Que el cielo me dé paciencia!" pensó la señorita Royal. Pero dijo:

-Sí, y dentro de diez años puede llegar a ganar algunos cientos de dólares mientras que, si viene conmigo, dentro de diez años sus ingresos probablemente lleguen a muchos miles.

-Tengo que pensarlo -dijo la tía Elizabeth.

Emily se sorprendió de que la tía Elizabeth hubiera consentido siquiera en pensarlo. Había esperado una negativa drástica.

-Va a aceptar -susurró la señorita Royal mientras se iba-. Voy a conseguirte, querida Emily B. Yo conozco a los Murray desde hace mucho. Siempre ponen el ojo en la mejor oportunidad. Tu tiíta te va a dejar venir.

-Tengo miedo de que no -dijo Emily, con pesar.

Cuando la señorita Royal se hubo ido, la tía Elizabeth miró a Emily.

Librodot

-¿Tú quieres ir, Emily?

-Sí, creo que sí, si tú me dejas -balbuceó Emily. Estaba muy pálida, no rogó ni insistió. Pero no tenía esperanzas, ninguna.

La tía Elizabeth se tomó una semana para pensarlo. Llamó a Ruth, a Wallace y a Oliver para que la ayudaran. Ruth dijo, dubitativa:

-Supongo que tenemos que dejarla ir. Para ella es una oportunidad espléndida. No se va sola, yo nunca estaría de acuerdo con que se fuera sola. Pero Janet la cuidará.

-Es demasiado joven, demasiado joven -dijo el tío Oliver. -Parece una buena oportunidad para ella, a Janet Royal le ha ido bien, dicen -dijo el tío Wallace.

La tía Elizabeth llegó a escribirle a la tía abuela Nancy. La respuesta llegó en la letra temblorosa de la tía Nancy:

-Qué tal sí dejas que Emily lo decida por sí misma-sugería la tía Nancy.

La tía Elizabeth dobló la carta de la tía Nancy y llamó a Emily a la sala.

-Si deseas irte con la señorita Royal, puedes hacerlo -dijo-. Siento que no me corresponde interponerme en tu camino. Te extrañaremos, preferiríamos tenerte con nosotros unos años más. Yo no sé nada de Nueva York. He oído decir que es una ciudad inicua. Pero has sido criada con cuidado. Dejo la decisión en tus manos. Laura, ¿por qué lloras?

Emíly también tuvo ganas de llorar. Para su sorpresa, sintió algo que no era alegría ni placer. Una cosa era anhelar las praderas prohibidas. Parecía muy diferente cuando se levantan las barreras y a uno le dicen que puede entrar si quiere.

Emily no salió corriendo a su cuarto a escribirle una carta llena de gozo a la señorita Royal, que estaba de paseo en Charlottetown. Salió al jardín y pensó mucho, toda la tarde y todo el domingo. Durante la semana en Shrewsbury estuvo callada y pensativa, consciente de que la tía Ruth la observaba de cerca. Por alguna razón, la tía Ruth no habló del tema con ella. Tal vez pensaba en Andrew. O tal vez estaba sobreentendido entre los Murray que no se debía ejercer la menor influencia sobre la decisión de Emily.

Emily no comprendía por qué no le escribía de inmediato a la señorita Royal. Claro que iría. ¿No sería una tontería absurda no ir? No volvería a tener una oportunidad así. Era una oportunidad tan espléndida, todo se hacía fácil, el Sendero Alpino no era más que una ladera suave y el éxito era seguro, brillante e inmediato. ¿Por qué, entonces, tenía que repetirse todo eso una y otra vez? ¿Por qué se sintió compelida a ir a pedirle consejo al señor Carpenter el fin de semana siguiente? Y el señor Carpenter que no podía ayudarla mucho. Estaba reumático y chiflado.

-No me digas que los gatos han estado cazando otra vez -dijo.

-No. Esta vez no tengo manuscritos -dijo Emily, con una débil sonrisa-. Vine a pedirle otro tipo de consejo.

Le contó de sus perplejidades.

-Es una oportunidad tan magnífica --concluyó.

-Claro que es una oportunidad magnífica... de ir a dejarte *yanquificar* -gruñó el señor Carpenter.

-Yo no me *yanquificaría* -dijo Emily, resintiéndose-. La señorita Royal hace veinte años que está en Nueva York y no está *yanquificada.*

-*¿Ah,* no? Por *yanquificada yo* no me refiero a lo que tú crees -replicó el señor Carpenter-. No me refiero a las muchachas tontas que se van "a los Estados Unidos" a trabajar y a los seis meses vuelven con un acento que le saca ampollas a uno. Janet Royal está *yanquificada,* su aspecto, su atmósfera, su estilo son yanquis. Y no los condeno, está bien. Pero, ella ya no es canadiense, y eso es lo que yo quería que tú fueses, canadiense pura, al ciento por ciento, que hicieras algo, en lo que a ti pueda

Librodot

concernir, por la literatura de tu país, manteniendo tu sabor y tu impronta canadiense. Claro que todavía no hay muchos dólares en eso.

-Aquí no hay posibilidades de hacer nada -argumentó Emily. -No, no más de las que había en la Rectoría Haworth -gruñó el señor Carpenter.

-Yo no soy Charlotte Bronté protestó Emily-. Ella tenía genio, no necesitaba nada. Yo sólo tengo talento, que necesita ayuda y... y guía.

-En resumen, influencias -dijo el señor Carpenter.

-Así que usted piensa que no debo ir -dijo Emily, ansiosa. -Ve si quieres. Para ser famosos rápidamente todos tenemos que agacharnos un poco. Ah, ve, ve, te digo. Estoy demasiado viejo para discutir. Ve en paz. Serías una tonta si no fueras, sólo que... que a veces los tontos llegan lejos. Hay una Providencia especial para ellos, sin duda.

Emily se fue de la pequeña casa de la hondonada con los ojos muy sombríos. En el camino colina arriba se encontró con el viejo Kelly, que frenó la yegua regordeta y el carro rojo y la llamó.

-Querida niña, aquí hay unas mentas para ti. Y ahora, bueno, ya es hora de que... bueno, tú entiendes... -El viejo Kelly le hizo una guiñada.

-No, yo voy a ser una solterona, señor Kelly -dijo Emily, sonriendo.

El viejo Kelly sacudió la cabeza mientras recogía las riendas. -Seguro que nada de eso te va a pasar a ti. Tú eres uno de esos seres a los que Dios ama, pero eso sí, no te cases con ninguno de los Priest, niña, ni se te ocurra casarte con ninguno de los Priest. -Señor Kelly -dijo Emily, de pronto-, me han ofrecido una oportunidad espléndida: ir a Nueva York y trabajar en una revista. No puedo tomar una decisión. ¿A usted qué le parece que debo hacer?

Mientras hablaba, pensó en el horror que sentiría la tía Elizabeth ante la idea de que una Murray le pidiera consejo al viejo Jock Kelly. A ella le daba un poquito de vergüenza.

El viejo Kelly volvió a sacudir la cabeza.

-¿Qué dicen los muchachos de por aquí? ¿Y qué dice la anciana señora?

-La tía Elizabeth dice que haga lo que desee.

-Entonces supongo que mejor lo dejamos ahí -dijo el viejo Kelly y se fue sin otra palabra. Evidentemente, el viejo Kelly no le daría ninguna ayuda.

"¿Y para qué necesito ayuda", pensó Emily, desesperada. "¿Qué me ha dado que no puedo tomar una decisión sola? ¿Por qué no puedo decir que iré? Ahora no me parece tan claro que *quiera* ir, sólo siento que *debo* ir."

Ojalá Dean estuviera en casa. Pero Dean no había regresado de su invierno en Los Angeles. Y, por alguna razón, no podía hablar del tema con Teddy. No había ocurrido nada a raíz de aquel maravilloso momento en la vieja casa de John, nada excepto una cierta reticencia que había estropeado casi su antigua camaradería. Por fuera eran tan buenos amigos como siempre, pero algo se había ido, y parecía que nada había ocupado el lugar vacío. Ella no quería admitir que tenía miedo de preguntarle a Teddy. ¿Y si él le decía que fuera? Eso le provocaría un dolor insoportable, porque demostraría que a él no le importaba si ella se iba o se quedaba. Pero Emily no quería ni considerarlo.

-Claro que iré -dijo en voz alta. Tal vez la palabra hablada acomodara las cosas. -¿Qué voy a hacer el año que viene si no voy? La tía Elizabeth no me va a dejar ir sola a ningún lado, seguro. llse no va a estar, Perry no va a.estar y Teddy probablemente tampoco. Dice que tiene que irse a hacer algo para ganar dinero y seguir estudiando arte. *Tengo* que irme.

Lo dijo con lucia, como discutiendo con un oponente invisible. Cuando llegó a casa al atardecer, no había nadie, y se puso a recorrer la casa, inquieta. ¡Qué encanto, qué

Librodot

dignidad, que refinamiento tenían las viejas habitaciones, con sus velas, sus sillas con respaldo de madera y sus alfombras tejidas a mano! ¡Qué querido y cálido era su cuartito con el empapelado con diseño de diamantes y su ángel guardián, el gordo florero negro y el gracioso vidrio defectuoso de la ventana! ¿El departamento de la señorita Royal sería tan hermoso?

-Por cierto que iré -volvió a decir, sintiendo que si sólo hubiera podido omitir el "por cierto", la cosa habría estado decidida. Salió al jardín, que descansaba en la remota belleza desapasionada de la luz de luna de principios de la primavera, y caminó por sus senderos. Desde lejos llegaba el silbido del tren de Shrewsbury, como el llamado de un atractivo mundo lejano, un mundo lleno de interés, encanto, acción. Se detuvo junto al reloj de sol cubierto de líquenes y leyó la inscripción del borde: "Así pasa el tiempo". Y el tiempo pasaba, rápido, despiadado, incluso en La Luna Nueva, inmaculada como estaba por la ausencia de la prisa, de la carrera de la modernidad. ¿No debería tomar la corriente que se le ofrecía? Las blancas lilas de junio se mecían bajo la débil brisa, Emily casi alcanzaba a ver a su vieja amiga, la Señora Viento, inclinada sobre ellas para levantarles los mentones lustrosos. ¿Iría la Señora Viento hacia ella en las multitudinosas calles de la ciudad? ¿Podría ser como el gato de Kipling, allá?

"Y me pregunto si en Nueva York me vendrá el destello", pensó, con pena.

¡Qué hermoso ese viejo jardín que el primo Jimmy quería tanto! ¡Qué hermosa la granja de La Luna Nueva! ¡Su belleza tenía una sutil calidad romántica que le era propia. Había magia en la curva del camino rojo oscuro, empapado de rocío; había una atracción remota, espiritual, en las Tres Princesas; magia en el huerto; un dejo de intriga y misterio en el bosque de abetos. ¿Cómo podía dejar esa vieja casa que la había amparado y amado -¡no digáis jamás que las casas no aman!-, las tumbas de sus antepasados junto al estanque de Blair Water, los amplios campos y los bosques encantados donde había soñado sus sueños infantiles? De pronto, supo que no podía dejarlos, supo que en ningún momento había querido dejarlos. Por eso había buscado con desesperación el consejo de extraños imposibles. En realidad, esperaba que le dijeran que no se fuera. Por eso había deseado con tanto fervor que Dean estuviera en casa, él seguramente le habría dicho que no se fuera.

-Yo pertenezco a La Luna Nueva, y me quedo con mi gente -dijo.

No había dudas con respecto a la decisión, no quería que nadie la ayudara a decidir. Una satisfacción profunda e íntima se apoderó de ella, mientras desandaba el camino y entraba en la vieja casa que ya no la miraba con reproche. Encontró a la tía Elizabeth, la tía Laura y el primo Jimmy en la cocina, llena de su magia de velas.

-No me voy a Nueva York, tía Elizabeth -dijo-. Me quedo en La Luna Nueva con ustedes.

La tía Laura dio un gritito de alegría. El primo Jimmy dijo "¡Hurra!". La tía Elizabeth terminó de tejer una hilera de la media que estaba tejiendo antes de decir nada. Luego dijo:

-Eso pensé que haría una Murray.

El lunes por la tarde, Emily fue directo a Ashburn. La señorita Roya] había regresado y la recibió con mucho cariño.

-Espero que hayas venido a decirme que la señorita Murray ha decidido ser razonable y dejarte venir conmigo, dulce.

-Me dijo que puedo decidir yo.

La señorita Royal entrelazó las manos.

-¡Ah, qué bien, qué bien! Entonces está todo resuelto.

Librodot

Emily estaba pálida, pero tenía los ojos negros sombríos de la intensidad de sus sentimientos.

-Sí, está resuelto: no voy -dijo-. Se lo agradezco con todo el corazón, señorita Royal, pero no puedo ir.

La señorita Roya] la miró, se dio cuenta al instante de que de nada serviría insistir o discutir, pero comenzó a insistir y discutir, de todas maneras.

-Emily, no hablas en serio. ¿Por qué no puedes venir?

-No puedo dejar La Luna Nueva, la quiero mucho, significa demasiado para mí.

-Pensé que querías venir conmigo, Emily -dijo la señorita Royal, con un dejo de reproche.

-Y quería. Y parte de mí todavía lo quiere. Pero en lo más profundo de mí hay otra parte que no quiere irse. No me considere tonta ni desagradecida, señorita Royal.

-Claro que no pienso que seas desagradecida -dijo la señorita Royal, impotente-, pero pienso, sí, que eres terriblemente tonta. Estás echando por la borda tu oportunidad de hacer una carrera. ¿Qué puedes hacer aquí que valga la pena, niña? No tienes idea de las dificultades que encontrarás en tu camino. No puedes conseguir material aquí, no hay atmósfera, no...

-Yo crearé mi propia atmósfera-dijo Emily, con entusiasmo. Después de todo, pensó, el punto de vista de la señorita Royal era el mismo de la señora de Alec Sawyer, y su actitud era condescendiente. -En cuanto a material, aquí la gente vive como en cualquier otro lugar, sufre y goza y peca y aspira a cosas igual que en Nueva York.

-No sabes lo que dices -dijo la señorita Royal, algo irritada-. Nunca escribirás nada que valga la pena aquí, nada grande. No hay inspiración, tendrás todo tipo de obstáculos, los grandes editores no van a mirar más que la dirección de la Isla Príncipe Eduardo en tu manuscrito. Emily, estás cometiendo un suicidio literario. Te darás cuenta a las tres de la mañana de alguna noche en vela, Emily B. Ay, supongo que, después de algunos años, habrás armado una clientela de diarios de Escuelas Dominicales y suplementos agrarios. Pero, ¿te satisfará eso? Tú sabes que no. Y luego los celos mezquinos de estos pequeños lugares perdidos, si haces algo que no pueden hacer los que fueron a la escuela contigo, algunos no te lo perdonarán jamás. Y todos pensarán que eres la heroína de tus cuentos, en especial si la pintas hermosa y encantadora. Si escribes una historia de amor estarán seguros de que es la tuya. Te hartarás tanto de Blair Water, tú conoces a todos, sabes lo que son y lo que pueden ser, será como leer un libro veinte veces. Ah, yo sé de qué te hablo. "Yo vivía antes de que tú hubieras nacido", como le dije cuando tenía ocho años a una compañera de escuela de seis. Te vas a desalentar, las tres de la mañana será una hora que llegarás a temer, hay un tres de la mañana todas las noches, recuérdalo, lo abandonarás todo, te casarás con ese primo tuyo...

-Nunca.

-Bueno, alguien como él, te "instalarás"...

-No, jamás me instalaré-dijo Emily, decidida-. Nunca, mientras viva... ¡qué condición tan aburrida!

-...y tendrás una sala como esta de la tía Angela -continuó la señorita Royal, sin tregua-. Una repisa sobre el hogar llena de fotografías, un atril con una fotografía "ampliada" en un marco de veinticinco centímetros, un álbum de terciopelo rojo con una carpetita al crochet, una colcha de parches en el cuarto de huéspedes, un tapiz pintado a mano en el vestíbulo y, como toque final de elegancia, un helecho que adornará el centro de la mesa del comedor.

-No -dijo Emily-, esas cosas no están entre las tradiciones de los Murray.

Librodot

-Muy bien, sus equivalentes espirituales, entonces. Ah, veo toda tu vida, Emily, aquí, en un lugar como éste donde la gente no ve más allá de sus narices.

-Yo puedo ver más lejos -dijo Emily, levantando el mentón-. Puedo ver hasta las estrellas.

-Hablaba de manera figurada, querida.

-Yo también. Ay, señorita Royal, sé que en cierto sentido la vida aquí es algo restringida, pero el cielo es tan mío como de cualquiera. Tal vez no triunfe aquí pero, si es así, tampoco triunfaré en Nueva York. Alguna fuente de agua vital se me secará en el alma si dejo la tierra que amo. Sé que tendré dificultades y desalientos aquí, pero hay personas que han superado cosas mucho peores. Recuerde la historia que me contó de Parkman, que durante años no podía escribir más de cinco minutos seguidos, que le llevó tres años escribir uno de sus libros, seis renglones por día durante tres años. Siempre recordaré eso cuándo me sienta desalentada. Me ayudará a pasar muchas noches en vela.

-Bien -la señorita Royal extendió las manos-, me rindo. Creo que estás cometiendo un terrible error, Emily, pero si en los años venideros descubro que me equivoqué, te escribiré admitiéndolo, y me hallarás tan dispuesta a ayudarte como siempre. Ni siquiera te diré "Yo te lo avisé". Envíame cualquiera de tus cuentos que puedan servir para mi revista y pídeme cuantos consejos quieras. Mañana regreso directo a Nueva York. Iba a quedarme hasta julio para llevarte conmigo. Ya que no quieres venir, me voy. Odio vivir en un lugar donde en lo único en que piensan es que jugué mal mis cartas y perdí el juego del matrimonio, donde todas las muchachas, a excepción de ti, son tan horriblemente respetuosas comigo, y donde los viejos no dejan de decirme cuánto me parezco a mi madre. Mamá era *espantosa.* Digámonos adiós y rápido.

-Señorita Royal -dijo Emily, muy seria-, me cree, ¿verdad? que aprecio mucho su bondad. Su comprensión y su aliento han significado más para mí, siempre significarán más de lo que usted puede imaginarse.

La señorita Royal se pasó rápidamente el pañuelo por los ojos e hizo una elaborada inclinación de cabeza.

-Gracias por vuestras gentiles palabras, mi dama -dijo, solemnemente.

Luego rió, apoyó las manos sobre los hombros de Emily y le dio un beso en la mejilla.

-Que todos los buenos deseos que han sido pensados, expresados o escritos, vayan contigo -dijo-. Y creo que sería... lindo, si alguna vez un lugar pudiera significar tanto para mí como lo que evidentemente La Luna Nueva significa para ti.

A las tres de la mañana de esa noche una Emily desvelada, pero satisfecha, recordaba que nunca había llegado a conocer a ChuChin.

Librodot

25

AMOR DE ABRIL

"10 de junio de 19...

"Ayer a la tarde Andrew Oliver Murray le pidió a Emily Byrd Starr que se casara con él.

"La dicha Emily Byrd Starr le dijo que no.

"Me alegro de que haya pasado. Hace tiempo que me lo veía venir. Todas las noches que ha venido Andrew sentí que trataba de llevar la conversación hacia un tema serio, pero nunca me sentía preparada para la confrontación, y siempre logré cambiarle de tema con frivolidades.

"Anoche fui a la Tierra de la Rectitud, a uno de los últimos paseos que podré dar allí. Subí la colina de los abetos blancos y miré hacia los campos de niebla y plata a la luz de la Luna. Las sombras de los helechos y de los pastos silvestres al borde de los bosques eran como danzas de duendes. Más allá del puerto, debajo de la luz de la Luna, había un cielo de púrpura y ámbar donde había caído el crepúsculo. Pero detrás de mí había oscuridad, una oscuridad que, con su aroma a bálsamo de abetos, era como un recinto perfumado donde uno podía soñar sueños y ver visiones. Siempre que voy a la Tierra de la Rectitud, dejo atrás el reino de la luz diurna y de las cosas conocidas y entro en el reino de las sombras y el misterio y el encantamiento donde puede suceder cualquier cosa, donde cualquier cosa puede convertirse en realidad. Puedo *creer* en cualquier cosa allí, en viejos mitos, en leyendas, en dríadas, en faunos, en gnomos. Me vino uno de esos momentos de maravilla en el que me pareció que me salía del cuerpo y era *libre,* estoy segura de haber oído el eco de esa "palabra al azar" de los dioses, y me faltó una lengua no usada para expresar lo que vi y sentí.

"Entra Andrew, de punta en blanco, prolijito y todo un caballero. "Faunos, hadas, momentos de maravilla, palabras al azar, todo huyó en tropel. Ya no se necesitaba ninguna lengua desconocida.

"`Qué pena que la última generación haya sido la última en usar patillas, le quedarían tan bien', me dije en prosaico inglés. "Sabía que Andrew venía a decirme algo especial. De lo contrario, no me habría seguido a la Tierra de la Rectitud, sino que habría esperado con todo decoro en la sala de la tía Ruth. Supe que el momento tenía que llegar y me decidí a tomar el toro por las astas y terminar de una vez por todas. La actitud expectante de la tía Ruth y de los de La Luna Nueva ha sido opresiva últimamente. ¡Creo que todos están seguros de que la verdadera razón por la cual no quise ir a Nueva York era que no soportaba separarme de Andrew! "Pero no iba a tolerar que Andrew se me declarara bajo la luz de la Luna en la Tierra de la Rectitud. Podría haberme dejado embrujar y aceptarlo. De modo que cuando él dijo: `está lindo aquí, quedémonos un ratito, después de todo, creo que no hay nada más bonito que la naturaleza', le dije suave pero firmemente que, aunque la naturaleza debería sentirse muy halagada, estaba demasiado húmedo para una persona con tendencia a la tuberculosis y que tenía que entrar.

"Entramos. Me senté frente a Andrew y me puse a mirar un pedacito del crochet de la alfombra de la tía Ruth. Recordaré el color y la forma de ese tejido hasta el día que me muera. Andrew habló sin ton ni son sobre diferentes tópicos y luego comenzó a intercalar

Librodot

alusiones: dentro de dos años sería gerente, creía que hay que casarse joven, y así. Iba a los tumbos. Supongo que yo podía haberle hecho las cosas más fáciles, pero endurecí mi corazón, recordando que se mantuvo apartado en aquellas espantosas semanas del escándalo sobre la casa de John. Al final, me espetó:

"`Emily, casémonos cuando... cuando... apenas yo pueda'. 'Parecía convencido de que tenía que decir algo más, pero no sabía qué, de modo que repitió `apenas yo pueda' y se calló. "Creo que ni siquiera me molesté en ruborizarme.

"` ¿Y por qué tenemos que casarnos?', dije.

'Andrew me miró atónito. Evidentemente no era la tradición de los Murray de recibir una propuesta de matrimonio.

"`¿Por qué? ¿Por qué? Porque... porque me gustaría', tartamudeó.

"`A mí no', dije.

"Andrew me miró un momento tratando de entender la insólita idea de que lo estaba rechazando.

"`Pero, ¿por qué?', preguntó, exactamente en el tono y el estilo de la tía Ruth.

"`Porque no te amo', dije.

"Andrew sí se ruborizó. Sé que le parecí indecente. "`Creo... creo que a todos les gusta la idea', tartamudeó.

"`A mí no', repetí. Lo dije en un tono que ni siquiera Andrew podía no comprender.

"Se sorprendió tanto, que creo que no sintió otra cosa que sorpresa, ni siquiera decepción. No supo qué hacer ni qué decir -un Murray no insiste- de manera que se levantó y se fue sin otra palabra. Me pareció que le daba un portazo a la puerta, pero después me di cuenta de que era el viento. Me habría gustado que hubiera dado un portazo. Me habría salvado la autoestima. Es mortificante rechazar a un hombre y descubrir, luego, que el sentimiento de ese hombre es el asombro.

"A la mañana siguiente, evidentemente sospechando algo fuera de lo común por la brevedad de la visita de Andrew, la tía Ruth me preguntó directamente qué había sucedido. La tía Ruth no tiene nada de sutil. Yo se lo dije con la misma franqueza.

"` ¿Qué defecto le encuentras a Andrew?', me preguntó, fríamente. "`Ninguno, pero es chato. Tiene todas las virtudes, pero le falta un toque de pimienta', dije, con la nariz en el aire.

"`Espero que no vayas más lejos y te vaya peor', dijo la tía Ruth ominosamente, refiriéndose, seguro, a Stovepipe Town. Podría haber tranquilizado a la tía Ruth sobre ese punto, también, de haberlo querido. La semana pasada vino Perry a contarme que va a la oficina del señor Abel en Charlottetown a estudiar derecho. Es una oportunidad espléndida para él. El señor Abel oyó su discurso la noche del debate interescolar y le echó el ojo desde entonces, creo. Lo felicité de todo corazón. De verdad me encantó la noticia.

"`Me pagará lo suficiente para que yo me pague el alojamiento', dijo Perry, `y creo que para la ropa me arreglaré consiguiendo algu301

na otra cosa. Tengo que arreglármelas solo. La tía Tom se niega a ayudarme. Tú sabes por qué.'

"`Lo siento, Perry', dije, riendo.

"` ¿No quieres, Emily? dijo. `Me gustaría que esto quedara terminado.'

"`Está terminado', dije.

"`Supongo que me estoy portando como un asno contigo', murmuró Perry.

"`Así es', dije, consolándolo, pero sin dejar de reír. Por alguna razón, nunca he podido tomarme en serio a Perry, como tampoco lo he podido con Andrew. Siempre tengo la sensación de que quiere convencerse de que está enamorado de mí.

Librodot

"`No vas a conseguir un hombre más inteligente que yo así como así', me advirtió Perry. `Voy a llegar lejos.'

"`No me cabe duda', dije, cariñosamente, `y nadie se va a alegrar más que tu amiga Emily B.'

"`Ah, mi amiga', dijo Perry, enfurruñado. `No te quiero como amiga. Pero siempre oí decir que es inútil tratar de convencer a una Murray. ¿Quieres decirme una cosa? No tengo vela en este entierro pero, ¿vas a casarte con Andrew Murray?'

"`No es tu entierro pero... no', dije.

"`Bien', dijo Perry, mientras salía, `si alguna vez cambias de idea, avísame. Va a estar bien, si yo no cambié de idea.'

"He escrito lo que sucedió exactamente. Pero escribí otra cosa en mi cuaderno de cómo tendría que haber sucedido. Creo que he comenzado a superar mi antigua dificultad de hacer que mis personajes imaginados hablen de temas amorosos con fluidez. En mi descripción imaginaria Perry y yo hablábamos *hermoso.*

"Creo que Perry se sintió algo peor que Andrew, y lo lamento. Quiero tanto a Perry, como amigo y compinche. No me gusta desilusionarlo, pero sé que pronto se recuperará.

"De modo que seré la única que se quedará en Blair Water el año que viene. No sé cómo voy a sentirme al respecto. Diría que por momentos me voy a aburrir un poco, tal vez a las tres de la mañana desee haberme ido con la señorita Royal. Pero voy a dedicarme a trabajar dura y seriamente. Es larga la ascensión hasta la cima del Sendero Alpino.

"Pero yo creo en mí misma, y siempre estará el mundo detrás de la cortina."

"La Luna Nueva "21 de junio de 19...

"Apenas llegué a casa esta noche sentí una clara atmósfera de desaprobación y me di cuenta de que la tía Elizabeth estaba al tanto de lo de Andrew. Ella estaba enojada y la tía Laura estaba triste. A la hora del crepúsculo, lo hablé en el jardín con el primo Jimmy. Al parecer, Andrew finalmente sí se sintió muy mal después de que se le pasó el adormecimiento de la impresión. Perdió el apetito y la tía Addie quiere saber, indignada, si yo espero casarme con un príncipe o un millonario, ya que su hijo no es 1o suficientemente bueno para mí.

"El primo Jimmy piensa que actué perfecto. El primo Jimmy pensaría que yo he actuado perfecto aunque hubiera asesinado a Andrew y lo hubiera enterrado en la Tierra de la Rectitud. Es muy lindo tener un amigo así, aunque tener demasiados no sería bueno para uno."

"22 de junio de 19...

"No sé qué es peor, si que alguien a quien uno no quiere le proponga casamiento a una o que alguien que uno quiera no se lo proponga. Las dos cosas son muy desagradables.

"Decidí que ciertas cosas en la vieja casa de John fueron sólo producto de mi imaginación. Me temo que la tía Ruth tenía razón cuando decía que mi imaginación necesitaba un freno. Esta noche anduve por el jardín. A pesar de que es junio, estaba frío y desapacible, y me sentí sola, desalentada y abúlica, tal vez porque hoy me devolvieron dos cuentos en los que tenía muchas esperanzas. De pronto, oí el silbido de Teddy en el huerto viejo. Claro que fui. Es siempre `Oh, silba, que yo iré a tu encuentro, doncel mío', para mí, aunque me moriría antes de admitirlo a nadie que no sea mi diario. Apenas le vi la cara me di cuenta de que había grandes noticias.

"Las había. Me mostró una carta dirigida al `Señor Frederick Kent'. Nunca me acuerdo de que el nombre de Teddy es Frederick, para mí no puede ser otra cosa que

Librodot

Teddy. Ganó una beca en la Escuela de Diseño de Montreal: quinientos dólares por dos años.

En seguida me di cuenta de lo entusiasmado que estaba, con una sensación extraña detrás del entusiasmo hecha de una mezcla tal de miedos, expectativas y esperanzas que no sé qué predominaba.

"`¡Qué espléndido para ti, Teddy!', dije, algo temblorosa. `¡Ay, me alegro tanto! ¿Y tu madre? ¿Qué dice?'

"`Me dejará ir, pero dice que se sentirá muy sola y muy desdichada', dijo Teddy, poniéndose muy serio de pronto. `Quiero que venga conmigo, pero no quiere irse de Tansy Patch. No me gusta pensar en que se quede aquí, sola. Cómo me gustaría que no sintiera eso que siente por ti, Emily. De lo contrario, tú podrías ser un consuelo tan grande para ella.'

"Me pregunto si a Teddy no se le ocurrió que yo también podía necesitar un poco de consuelo. Se hizo un extraño silencio entre los dos. Caminamos por el Camino del Mañana; está tan hermoso que me pregunto si cualquier mañana puede hacerlo más hermoso, hasta que llegamos al cerco de la pradera del estanque y nos quedamos allí, bajo la penumbra gris verdosa de los abetos. De pronto, me sentí muy feliz y en esos pocos minutos parte de mí plantó un jardín, forró hermosos armarios, compró una docena de cucharitas de té de plata, arregló la buhardilla, dobladilló un mantel de damasco doble... y la otra parte *esperaba.* En un momento dije que era una noche preciosa, pero no lo era, y pocos minutos después dije que parecía que iba a llover, y no era así.

"Pero había que decir algo.

"`Voy a trabajar mucho, voy a sacarles el máximo provecho posible a estos dos años', dijo Teddy al fin, mirando Blair Water y el cielo y las dunas y los verdes campos tranquilos y a cualquier cosa, excepto a mí. `Después, tal vez pueda ir a París. Ir al extranjero, ver las obras maestras de los grandes artistas, vivir en su atmósfera, ver las escenas que su genio inmortalizó, todo lo que he ansiado durante toda mi vida. Y cuando regrese...'

"Teddy se interrumpió abruptamente y se volvió a mí. Por la expresión de sus *ojos* pensé que iba a besarme, de verdad. No sé qué habría hecho si no hubiera podido hacer lo que hice: cerrar los *ojos.*

*"`Y* cuando regrese...', repitió, y volvió a interrumpirse. "` ¿Sí'", dije. No le niego a éste, mi diario, que lo dije con bastante expectativa.

"`¡Haré que el nombre de Frederick Kent signifique algo en el Canadá!', dijo Teddy.

"Abrí los ojos.

"Teddy miraba el oro pálido de Blair Water, con el entrecejo fruncido. Volví a tener la sensación de que el aire de la noche no me sentaba bien. Me estremecí, dije muy amablemente algunos lugares comunes y lo dejé que siguiera con el entrecejo fruncido. Me pregunto si le dio timidez besarme o si sencillamente no quiso hacerlo.

"Yo querría muchísimo a Teddy Kent, si él me lo permitiera, si él lo quisiera. Es evidente que no me quiere. No piensa más que en el éxito, en su ambición y en su carrera. Ha olvidado las miradas que intercambiamos en la vieja casa de John, ha olvidado lo que me dijo hace tres años en la tumba de George Horton, que yo era la muchacha más maravillosa del mundo. Va a conocer a cientos de muchachas hermosas en el mundo, jamás volverá a pensar en mí. "Amén".

"Si Teddy no quiere, yo no lo querré a él. Ésa es una tradición de los Murray. Pero yo soy Murray sólo a medias. Hay que considerar la parte Starr. Por suerte, yo tengo una carrera y una ambición, también, en las que pensar, y una diosa celosa a quien servir,

Librodot

como me dijo una vez el señor Carpenter. Creo que ella no toleraría una dedicación dividida.

"Soy consciente de tres sensaciones.

"En lo exterior estoy firme y tradicionalmente compuesta.

"Por debajo de eso hay algo que me dolería muchísimo, suyo no estuviera sofocándolo.

"Y por debajo de eso otra vez la extraña sensación de alivio de tener todavía mi libertad."

"26 de junio de 19...

"Todo Shrewsbury está riéndose de la última hazaña de llse y la mitad de Shrewsbury la critica. Hay un cierto pomposísimo alumno de Tercer Año que actúa de recepcionista en la iglesia de St. John los domingos y a quien llse odia. El domingo pasado ella se disfrazó de vieja. Le pidió prestado su atuendo a una parienta pobre de la señora Adamson que vive con ella: una pollera larga hasta el piso, negra, con borde de crespón; un mantón negro con borde de crespón; sombrero de viuda y un pesado velo de crespón, de viuda. Así ataviada vino con paso temblequeante por la calle y se detuvo ante los escalones de la iglesia, como si no pudiera subirlos. El Joven Pomposidad la vio y, como tiene algún instinto decente detrás de su pomposidad fue, como todo un caballero, a ayudarla. Tomó su mano temblorosa, envuelta en un mitón, -sí le temblaba, porque por detrás del velo Ilse tenía espasmos de risa- y ayudó sus pasos frágiles y temblorosos a subir los escalones, a atravesar el atrio, a recorrer el pasillo y a sentarse en un banco. llse murmuró una bendición entrecortada; le dio un himno, permaneció sentada durante todo el servicio y luego regresó tambaleante a su casa. Al día siguiente la historia recorrió, por supuesto, toda la escuela y el pobre muchacho fue tan ridiculizado por los otros muchachos que toda su pomposidad se diluyó -temporariamente, al menos- bajo la tortura. Tal vez el incidente le haga bien.

"Claro que yo reprendí á llse. Es una persona alegre, osada, que no escatima costos. Siempre hará lo que se le meta en la cabeza, aunque sea dar una voltereta en el pasillo de la iglesia. Yo la quiero, la quiero, la quiero, y no sé qué voy a hacer sin ella el año que viene. Nuestros mañanas siempre estarán separadas a partir de ahora, y seguirán separándose, y cuando nos encontremos por casualidad seremos como desconocidas. Ay, lo sé, lo sé.

"llse se puso furiosa con lo que ella llamó `presunción' de Perry al pensar que yo podía casarme con él.

"`No, no fue presunción, fue condescendencia', dije, riendo. `Perry pertenece a la gran casa ducal de Carabas'.

"`Ah, va a tener éxito, claro. Pero siempre tendrá un dejo de Stovepipe Town', replicó Ilse.

"` ¿Por qué siempre eres tan dura con Perry, llseT, le pregunté. "`Porque cacarea como una gallina', dijo llse, de mal talante. "`Bueno, está en esa edad en que los muchachos lo saben todo', dije, sintiéndome sabia y mayor. `Después de un tiempo, se volverá más ignorante y soportable', continué, sintiéndome epigramática. `Y ha mejorado durante estos años en Shrewsbury', concluí, sintiéndome pagada de mí misma.

"`Hablas como si fuera un repollo', rezongó llse. `¡Por Dios, Emily, no seas tan superior y condescendiente!'

"A veces Ilse me hace mucho bien. Sé que me lo merecía."

"27 de junio de 19...

Librodot

"Anoche soñé que estaba en la vieja casa de verano de La Luna Nueva y veía el Diamante Perdido que relucía en el suelo, a mis pies. Lo levantaba, encantada. Lo tenía un momento en la mano, pero en seguida parecía escapárseme, y salía volando por el aire, dejaba una larga estela de brillo tras de sí y se convertía en una estrella en el cielo de occidente, justo encima del borde del mundo. `Es mi estrella, tengo que alcanzarla antes de que se ponga', pensé, y salí a buscarla. De pronto, aparecía Dean junto a mí, y él también seguía a la estrella. Pensé que tenía que ir despacio, porque él es rengo y no puede ir rápido, y todo el tiempo la estrella se hundía más y más. Sin embargo, yo sentía que no podía dejar a Dean. Y entonces, muy súbitamente, como ocurren las cosas en los sueños, que es tan lindo, sin problemas, Teddy también estaba a mi lado, tendiéndome las manos, con esa mirada en los ojos que le vi dos veces ya. Yo puse mis manos en las suyas y él me acercó a él, yo miraba hacia arriba, hacia él, y entonces Dean exclamó, angustiado: `Mi estrella se ha puesto'. Volví la cabeza para mirar; la estrella se había ido, y me desperté a un amanecer horrible, nublado, lluvioso, sin estrella, sin Teddy, sin beso.

"Me pregunto qué significará el sueño, si es que significa algo. No debo pensar que sí. Es una tradición de los Murray no ser supersticioso."

"28 de junio de 19...

"Esta es mi última noche en Shrewsbury. `Adiós, mundo cruel, me voy a casa', mañana, cuando el primo Jimmy venga a buscarnos, a mí y a mi baúl en el viejo carro y yo vuelva en esa suntuosa carroza a La Luna Nueva.

"Estos tres años en Shrewsbury me parecían tan largos cuando los tenía por delante. Y ahora, mirando hacia atrás, me parecen como el ayer cuando ha pasado. Creo que he ganado algo en ellos. No subrayo tanto, he adquirido algo de compostura y autocontrol, he aprendido algo de la amarga sabiduría del mundo, y he aprendido a sonreír al recibir una nota de rechazo. Creo que ésta ha sido la lección más difícil de aprender, y sin duda la más necesaria.

"Al mirar hacia atrás a estos tres años, algunas cosas resaltan más claras y significativas que otras, como si tuvieran un significado especial en sí mismas. Y no siempre las cosas que son de esperar. Por ejemplo, la enemistad de Evelyn y hasta el horrible incidente del bigote parecen sin la menor importancia. Pero el momento en que vi mi primer poema en *Jardines y bosques,* ah, ése sí que fue un momento importante. Y mi caminata hasta La Luna Nueva la noche de la obra, cuando escribí aquel poemita que el señor Carpenter rompió, la noche en la parva bajo la luna de septiembre, aquella espléndida mujer que le dio una tunda al Rey, el momento en clase cuando descubrí los versos de Keats sobre las `voces airosas', aquel otro momento en la vieja casa de John cuando Teddy me miró a los ojos, ay, me parece que ésas son las cosas que recordaré en el Portal de la Eternidad cuando las burlas de Evelyn Blake, el escándalo de la vieja casa de John, los rezongos de la tía Ruth y la rutina de las lecciones y los exámenes hayan quedado olvidados para siempre. Y mi promesa a la tía Elizabeth me ha ayudado, como predijo el señor Carpenter. No en mi diario, tal vez -en él me dejo ir, uno tiene que tener una válvula de escape-, pero sí en mis cuentos y mi cuaderno.

"Esta tarde fue la graduación. Me puse mi vestido nuevo de organdí color crema con las violetas y llevé un gran ramo de peo~ nías rosadas. Dean, que está en Montreal y regresando a casa, mandó un cable a un florista local para que me mandara un ramo de rosas, diecisiete, una por cada año de mi vida, y me las entregaron cuando fui a recibir mi diploma. Fue un gesto delicioso de parte dé Dean.

"Perry fue el orador de la clase e hizo un lindo discurso. Y obtuvo la medalla por actuación general. Fue una lucha encarnizada entre él y Will Morris, pero ganó Perry.

Librodot

"Yo escribí y leí la profecía del día. Fue muy divertida, y al público pareció encantarle. Tenía otra en casa, en el cuaderno. Era mucho más divertida, pero no se podía leer en público.

"Esta noche escribí mi última nota de sociedad para el señor Towers. Siempre odié ese trabajo, pero me venían bien los pocos peniques que me daba y uno no debe desperdiciar los niveles bajos cuando sube la escalera de la joven ambición.

"También estuve preparando mi equipaje. La tía Ruth estuvo viniendo de vez en cuando a mirarme, pero, extrañamente, no decía nada. Al final, con un suspiro, dijo:

"`Te voy a extrañar mucho, Emily'.

"Nunca pensé que iba a decir ni a sentir nada por el estilo. Me hizo sentir incómoda. Desde que la tía Ruth se portó tan bien con el escándalo de la casa de John, he sentido diferente hacia ella. Pero no podía decirle que voy a extrañarla.

"Pero algo tenía que decir.

"`Siempre te quedaré agradecida, tía Ruth, por lo que has hecho por mí en estos tres años'.

"`Traté de cumplir con mi deber', dijo la tía Ruth, virtuosísima. "Es raro, pero me da un poco de pena dejar este cuartito que nunca me gustó y al que nunca le gusté, y esa larga colina salpicada de luces. Después de todo, he pasado algunos momentos maravillosos aquí. ¡Hasta al pobre Byron moribundo! Pero, por más que me esfuerce, no puedo lamentar separarme del cromo de la reina Alejandra, ni del florero con flores de papel. Claro que la Dama Giovanna se va conmigo. Tiene un lugar en mi cuarto de La Luna Nueva. Aquí siempre pareció una exiliada. Me duele pensar que no volveré a sentir el viento de la noche en la Tierra de la Rectitud. Pero tendré mi viento de la noche en el bosque de John el Altivo. Creo que la tía Elizabeth me permitirá tener una lámpara de querosén para escribir, la puerta de mi cuarto en La Luna Nueva cierra *bien,* y no tendré que tomar leche con té. Hoy, a la caída del Sol, fui al estanquecito perlado que ha sido siempre un lugar embrujado donde demorarse en las noches de primavera. A través de los árboles que lo bordean, sus delicados matices de rosa y azafrán se inmiscuían desde el poniente. No había brisa que lo agitara y todas las hojas, ramas, helechos y briznas de hierba se reflejaban en él. Miré y vi mi rostro y, por un extraño truco del reflejo de una rama doblada, parecía que tuviera puesta una guirnalda de hojas sobre la cabeza, como una corona de laurel.

"Lo tomé como un buen augurio. "¡Tal vez Teddy sólo sintió timidez!"

Fin

Librodot